

POESIAS

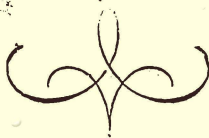
DE

JUAN CRUZ VARELA

Y LAS TRAGEDIAS

DIDO Y ARGENTINA ^{escr.}

DEL MISMO AUTOR



BUENOS AIRES

IMPRESA DE LA TRIBUNA CALLE DE LA VICTORIA NÚM. 37

1879

ADVERTENCIA

Una afición invencible á la poesia me impulsó á escribir versos desde los primeros años de mi juventud; y hoy, que cuento treinta y siete de edad, aun no puedo resistir á una inclinacion semejante. Mezclado muy temprano en la política, sin haber estado en mi mano evitarlo, han pasado catorce años de mi vida entre las agitaciones de la revolucion, y actualmente soy una de sus víctimas. Desterrado de la querida Buenos Aires, hé hallado un asilo en Montevideo, y las Musas me consuelan. Esta sola circunstancia há sido capaz de reducirme á correjir y limar las muchas composiciones métricas, que escribí en diversas épocas, y de las que ya se há publicado una gran parte. Sin la inaccion y fastidio consiguientes á un destierro, jamas me habria dedicado á esta tarea molesta, que será tal vez inútil. A los diez y siete años de mi edad, me parecia que yo era poeta: á los treinta y siete, y despues de un estudio constante de Virjilio, de Horacio, y de las obras de los grandes ingenios, que, en los siglos modernos, han sabido apreciar el tesoro que nos dejó la antigüedad, ni me engaño á mí mismo, ni sé si mis poesias hallarán un censor mas ríjido que yo. El poco mérito que tienen es la razon poderosa porque me habia resistido siempre á reverlas, á pesar de las insinuaciones de la amistad; y como, tratándose de poesia, lo que es mediocre es malo, no hacia falta la lima á lo que no debia, por esta razon publicarse. Muchos creen poseer lo que se necesita para ser poeta; pero esa posesion es dada á muy pocos, y no me harán entrar en el número de ellos ni el sufragio apasionado de mis amigos, ni el placer con que alguna vez mis compatriotas han leído ó escuchado mis versos. Ellos son sin embargo el único caudal que podré dejar á mis hijas; y puede ser que, por este motivo, llegue á ver la luz esta coleccion algun

dia. Por si tal sucede, declaro desde ahora que solo reconozco por mias las composiciones que en ellas se contienen, y como en ella aparecen. Verdad es que son apenas la octava parte de las que han salido de mi pluma; mas yo mismo hé hecho de las otras una merecida justicia, y siento que muchas de ellas paren manuscritas en poder de algunos que se llaman aficionados.

En mi juventud me ejercité casi esclusivamente en el jénero erótico; pero hé condenado al olvido la mayor parte de mis composiciones amatorias, conservando solamente aquellas que pueden, sin inconveniente, salir del estrecho círculo de la amistad, y de las relaciones mas íntimas.

Tampoco figuran en esta coleccion multitud de piezas satíricas, en las que, repetidísimas veces, fueron puestas en ridículo las principales personas, y los actos gubernativos de la administracion que tuvo Buenos Aires, desde mediados de 1827, hasta fines de 1828. Omito ahora esas composiciones, por otra parte demasiado públicas, porque, habiendo sido hijas de las circunstancias, no pueden tener mérito alguno desde que pasaron ellas. Mi coleccion, pues, está reducida á lo que, entre mis obrillas, me ha parecido mas digno de conservarse; y aun habria escludido una que otra pieza de las que ella contiene, sino fuesen del número de las que muchas veces se han impreso, y están por consiguiente en manos de todos. Hé hecho cuanto me ha sido posible por correjirlas y limarlas; pero no es fácil perfeccionar lo que orijinariamente no es bueno.

Por si el que llegue á leerme quiere juzgar por sí mismo de los progresos que yo haya podido hacer en esta difícil carrera, he dividido por años la coleccion. Así que se encontrarán mezclados en ella diversos jéneros de poesia, diversos metros, diversos asuntos, sin otra subdivision que la de las épocas en que cada pieza fué escrita. Puede ser tambien que esto produzca, en la lectura, el placer de la variedad. Sin embargo, mis dos trajédias, publicadas en 1823 y 24, serán colocadas por separado y fuera de este orden.

Montevideo, 15 de Noviembre de 1831.

JUAN C. YARELA.

POESIAS DE JUAN CRUZ VARELA

AÑO DE 1817

Mi inclinacion primera

Desde mi edad temprana,
Desde mis tiernos dias,
Con inesperta mano
Pulsé la blanda lira,
Y hablaba en verso débil
De las pasiones mias.
Tres lustros no contaba,
Cuando la Musa amiga
Mis vacilantes pasos
Bondosa dirijia
Por la escarpada senda
De la sacra colina.
“ No quiero, dijo Apolo,
“ Que este muchacho un dia,
“ Para cantar horrores,
“ Su pluma en sangre tiña;
“ Ni que, en pomposos metros,
“ Estragos y ruinas,
“ Y fuego, y duelo, y guerra,
“ Y mortandad describa.

“ Su corazon, cual cera,
“ Al amor se derrita,
“ Y cante solamente
“ Juegos, ternura y risas.”

Así en la edad incauta
En que tierno palpita
El pecho, y ni siquiera
Soñamos la desdicha,
En delicioso fuego
Mi corazon ardia;
Y mis versos, bañados
En las lágrimas mias,
Lágrimas que de gozo,
No de dolor, corrian,
Eran el solo libro
En que Laura aprendia
Lo que vale, á quince años,
Querer y ser querida.

A un sueño

Huye, terrible sueño,
Vuela de mí, cruel,
Y á mi ajitada mente
No vuelvas otra vez;
Que ni en tus ilusiones
De nuevo ver podré
Ingrato y fementido
Á mi adorado bien.

Deja que de su lábio,
Mas dulce que la miel,
Soló escuche palabras
Que la vida me den,
Y no finjas aquellas
Que desmientan la fé,
Y el cariño inefable
De mi adorado bien.

Anoche cuando anoche
Adiós me dijo, y fué
Á descansar mi amada,
Yo á descansar también,

Arrojéme en mi lecho,
 Sin otra cosa ver
 Que la querida imájen
 De mi adorado bien.

Pero ideas horribles
 Me asaltan de tropel,
 Y de repente miro
 Á mi rival cruël
 Querido, acariciado,
 Encendido, y despues
 Tocar su lábio el lábio
 De mi adorado bien.

Hasta el fondo de mi alma
 Entraron á la vez
 Horrores mil, que nunca
 En mi pecho llevé;
 Y dolores de muerte,
 Y la muerte tambien,
 Y rábia, y ódio, y celos
 De mi adorado bien.

Como la espada, agudo
 Aquel dolor me fué,
 Y como ajeno, amarga
 Es la memoria del;
 Ni lo que yo hé sufrido
 Jamas decir podré,
 Al ver en otros brazos
 Á mi adorado bien.

Mi postrimer momento
Hubiera sido aquel,
Sino es que el llanto amargo
Me vino á socorrer ;
Y trémulo, espirante,
Al cabo desperté,
Llamando entre sollozos
Á mi adorado bien.

Yo recobré la vida ;
Empero, en otra vez,
Connigo ménos duro,
Terrible sueño, sé:
Recuérdame tan solo
Mis ratos de placer,
Y píntame cual sueles
Á mi adorado bien.

M i p a s i o n

Moriré, Laura injusta : tus enojos
Guardaban este premio á mi terneza ;
Y, ni en mi muerte misma, tu dureza
Permitirá una lágrima á tus ojos.

Mis fríjidos despojos
Verás sin ablandarte ;
Que el cielo tiene parte
En mi mal y en tus iras, porque intenta
Un ejemplo dejar á las edades,
En mí, de una pasión la mas violenta,
En tí, de ingratitud y falsedades.

Moriré, fementida ; y, con mi muerte,
Tranquila, libre de importuno amante,
Tranquilo, libre mi rival triunfante,
Os burlaréis de mi infelice suerte.

Tú, con pasión mas fuerte,
Le jurarás entónces
Que ni en los duros bronces
Habrá firmeza igual á tu constancia ;
Y á mis cenizas, ni en la tumba fria,
Dejará sin insultos su arrogancia,
Ni sin desprecios tu esquivez. impia

Así lo quieren, Laura, tus rigores.
 Yo te amé y tú me amaste. ¡Cubra el cielo
 De tristeza y horror, de sombra y duelo,
 Los misteriosos sitios, sabedores
 De los dulces amores
 Que fueron nuestra gloria!
 ¡Perezca la memoria
 De mi querer pasado! ¡Huya mi vida,
 Huya mi pecho á la mansion helada,
 Do el rostro no se vé de mi homicida,
 Y do el fuego de amor no tiene entrada!

Ya Laura mia no es; ya no me quiere;
 Mas Laura es de mi amor: ¿cómo olvidarla?
 Mas allá de la tumba hé de adorarla,
 Porque amor está en la alma, que no muere.
 Sí, mi bien: si yo viere
 Tus iras aumentarse,
 Y tu odio propasarse
 A extremo tal de que tu misma mano
 En mi temprana muerte se empleára,
 Al recibir un golpe tan tirano,
 Diria: *te idolatro*, y espirára.

Al principio te amé sin que me amáras.
 ¿Te acuerdas cuantas ansias me costaste,
 Y cuantos dias bárbaros dejaste,
 Sin que un consuelo á mi penar prestáras?
 Sí, te acuerdas: bien claras
 Existen todavía
 De`la amargura mia

Las señales que dí. Pues ese empeño
 Que tuve entónces en que mia fueras,
 Ese mismo, y mayor, querido dueño,
 Hoy en ser tuyo tengo, aunque no quieras.

Sí, todo yo soy tuvo: tú eres sola
 Mi gloria, mi ambicion, mi bien, mi todo;
 Y en cada instante de diverso modo
 Solo en tu altar mi corazon se inmola.

El mar ola sobre ola
 Amontona, y combate
 La roca, que no abate

Con su empuje potente; así tus iras
 Olvido, ingratitud, desprecios unen
 Contra un amor, que mas ferviente miras
 Cuando mas tus rigores se reúnen.

No te ama mi rival; yo si te adoro:
 Ninguno, que no tenga el pecho mio,
 Supo amarte jamas: miente el impio
 Que hoy es la causa de mi amargo lloro.

Ya tu favor no imploro,
 Ya que me ames no quiero;
 Pero mintió ese fiero,

Si dijo que te amaba. Nadie sabe
 Lo que tú vales, nadie, yo tampoco;
 Pues cuanto amor en todo el mundo cabe
 Tanto abrigo en mi pecho, y aun es poco.

No es tu desden el que mi mal agrava;
 Es no sé que furor. Laura, yo mismo

El piélago de fuego en que me abismo
Nunca pude sondar y ver do acaba.

¡Y mi rival se alaba

De que sabe quererte!

¡Y mi rival no advierte

Que no hay pasion que merecerte pueda!

¡Y tú le das tu amor, y á mi tus iras!

Si no hay un fuego al que mi fuego ceda,
Y mi fuego no basta, dí: ¿á qué aspiras?

¿A qué te olvide yo? Pues, Laura, envano,
Envano me abandonas.—¡Insensible!

¿Con qué envano ese pecho aborrecible
Se mostrará conmigo tan tirano?

No puede ser; mi mano

Firma aquí mi mudanza,

Y mi odio y mi venganza,

Y desamarte siempre. Si dió vida

Amor al corazon para adorarte,

No moriré: mi enojo me convida

A que viva de nuevo para odiarte.

Mi amor en todo el mundo no cabia;

Y mi odio será tal, que yo, irritado,

Yo mismo, en tus desprecios empeñado,

Podré moverme á lástima algun dia.

Tal vez el alma mia,

Para los odios nueva,

A compasion se mueva,

Cuando el que hoy te seduce te abandone.

¡Compasion! ¡Ah! No, pérvida: en tu muerte,

Léjos de que mi enojo te perdone,
 Celebraré tu merecida suerte.

¡ Ah, Laura! No, no creas; hé mentido;
 No habló mi corazon; mitió mi boca;
 Son desvarios de mi pasion loca.
 ¡ Yo aborrecerte! ¡ A tí! ¡ Yo endurecido!
 ¡ En odio convertido
 Un amor tan constante!
 Laura, si delirante

Hé podido ofenderte, al punto muero;
 Al punto, dulce amiga: te hé ultrajado
 Con mi inícuo decir: vivir no quiero,
 Despues que un solo instante te hé agraviado.

Perdona, y no me quieras: sé perjura,
 Mas no aborrezcas la memoria mia;
 Ni al repetir mi nombre en algun dia
 Pierda tu voz su celestial dulzura.

 Concede á mi amargura
 Este alivio siquiera;
 Y cuando placentera

Gozes tu nuevo amor, algun instante
 Piensa tambien en mí, que, despreciado,
 Ni dejaré jamas de ser tu amante,
 Ni moriré de amor sino á tu lado.

Fragmentos de "La Elvira"

Titulé *La Elvira* un poemita erótico, que escribí en Córdoba, á principios del año de 1817, y que dediqué á uno de mis hermanos. Entresacadas de ese pequeño poema son las octavas que van á leerse: el resto de ellas há corrido la misma suerte que la mayor parte de mis composiciones amatorias. Si algun mérito tenia este poemita, como tal, puede ser que lo haya perdido en esta cópia, por faltar en ella el gran número de octavas que me há parecido necesario suprimir. Esta falta hará que parezca cortado el hilo de la narracion, inconexas ciertas ideas, y aisladas algunas descripciones. Creo sin embargo que, si mis obras merecen leerse, lo merecerán tambien los fragmentos que han quedado de *La Elvira*. Están señalados con líneas de puntos los lugares en que se han hecho las supresiones.

¿ A quién mejor que á tí, Jacobo mio,
Podrá de mi dolor la voz aciaga,
La voz que no conmueve al cielo impio
Mas confiada llegar? La Parca amaga
Hundirme pronto en el sepulcro frio ;
Pero ántes que á la Parca satisfaga
Mi temprano tributo, mis dolores
Escucharás, y el fin de mis amores.

Desde nuestra inocente edad primera
Ví tu ternura, mi cariño viste,
Y el placer ó la pena pasagera
De la niñez conmigo dividiste.

Ora mismo esta idea lisongera
 Me enternece, y suspiro: pero ¡ay triste!
 Ese tiempo, de todos envidiado,
 Cayó en el caos de lo ya pasado,

Pasó y no volverá; y á tales dias
 Otros, por mi desgracia, han sucedido,
 Que placer, y delicias, y alegrías
 En desesperacion han convertido.
 Lame así un rio sus riberas frias,
 Y, despues que los campos há corrido,
 Del mar, do al fin se pierde, no retorna,
 Y en sal amarga su dulzor se torna.

Entónces ni los nombres conocia
 De las pasiones que al humano gravan,
 Y, luchando entre sí con furia impia,
 Por desgarrar el corazon acaban.
 Entónces, mi Jacobo, ¿quién diria
 Que mayores tormentos me esperaban
 Que los placeres que gozé á tu lado
 En ese tiempo, en vano suspirado?

.....

Grata á mis votos, el castálio coro,
 O Musa del dolor, al punto deja,
 Y no me niegues el favor que imploro
 Para cantar la pena que me aqueja.
 A tí te toca acompañar mi lloro,
 Sentir conmigo, y escuchar mi queja;

Que el blando Apolo te ordenó mil veces
Que al que canta su mal favorecieses.

La espesa sombra de la noche helada,
Del rabioso aquilon el silvo horrendo,
La natura en el sueño sepultada,
A la Luna las nieblas encubriendo,
Y el triste eco del ave, acostumbrada
A andar entre tinieblas discurriendo;
Todo, todo, á esta hora mas aumenta
El bárbaro dolor que me atormenta.

Ahora, que mi mal mas vivo siento,
Y el volcan de mi pecho mas se enciende,
Ahora, oh Musa, desde tu alto asiento
A consolar á un infeliz descende.
Monta en las álas del lijero viento,
De espectros mil poblado el aire hiende,
Y, pues enseñas á contar dolores,
No niegues á mi solo tus favores.

Rayó una aurora en la que Jove airado
Quiso que yo segunda vez saliera
Del país delicioso y bienhadado,
Do ví lucir el Sol la vez primera.
¡ Oh ! ¡ Nunca me ausentase de tu lado,
Y ese dia fatal jamas luciera !
Esta ausencia, Jacobo, es el oríjen
De las penas acerbas que me aflijen.

.....

Mis male ; es verdad, son precedidos
 De placer y favor ; y nunca tanto
 Gozaron los mortales mas queridos
 De la madre Ciprina : ¿ mas qué encanto
 Que la en pos de ellos, cuando son seguidos
 De atroces penas y de amargo llanto ?
 Oye del bien y el mal ; oye te ruego,
 Compara uno con otro, y tiembla luego.

Una noche, en la hora silenciosa
 En que apenas los céfiros se mueven,
 Porque á turbar el sueño en que reposa
 El mortal fatigado no se atreven ;
 De repente mi alma temerosa
 Mis espíritus todos se conmueven,
 Y una vision que nunca esperaria
 Interrumpió el letargo en que yacia.

Temblando todo, me senté en el lecho,
 Donde mis miembros en quietud posaban,
 Cuando ví de improviso abrirse el techo,
 Rotas las ligazones que lo traban ;
 Y un carro de marfil y de oro hecho,
 Que dos palomas cándidas tiraban,
 Descendió del Olimpo refulgente,
 Y el aire atravesó rapidamente.

Al punto mi retrete reducido
 Se inundó de una luz tan deliciosa,
 Que á los objetos daba el colorido
 Con que deleita purpurina rosa ;

Y Vénus con el niño fementido
 Veloce baja, y junto á mí se posa,
 Embalsamando el aire con olores
 De ambrosía celeste, no de flores.

.....

Dijo, y no el rayo de la nube al suelo
 Tan rápido descende y luminoso,
 Como la Diosa de mi lado al cielo
 Voló en su carro de marfil hermoso.
 Cupido empero dirigió su vuelo
 De mi Elvira al albergue delicioso,
 A preparar su pecho de manera
 Que su intento fatal lograr pudiera.

Solo quedé; mas, triste, conturbado,
 Otro del que ántes era me encontraba,
 Y, de susto y pavor, de lo pasado
 Méenos me convencia que dudaba;
 Y si el veneno en la alma derramado,
 Y si el fuego voraz que me abrasaba
 Sensibles tanto no me hubieran sido,
 Ni á mi vista creyera ni á mi oído.

¿ De vientos encontrados en la brava
 Tormenta, débil nao no viste un dia,
 Como el Euro á una parte la arrojaba,
 Como el Noto á otra parte la impelia?
 Yo así con mil pasiones guerrëaba,
 Sin saber cual de todas seguiria,

Y ya el fuego de amor gustaba al alma,
Ya suspiraba por mi antigua calma.

No bien la Aurora de Titon el lecho,
Negligente cual nunca, abandonaba,
Y, prófuga la Noche, á su despecho,
El manto de tinieblas arrollaba,
Cuando yo, por librar mi triste pecho
De la batalla dura en que se hallaba,
Salí de mi retiro silencioso,
Huyendo de mi mismo presuroso.

El acaso mis pasos dirijia,
Y por fin me condujo al sitio ameno; (*)
Do se respira un aire de alegría,
De olor de rosa y de frescura lleno;
Y do, al nacer y al espirar el dia,
Bellezas mil, con un andar sereno,
Se pasean, sus gracias ostentando,
Y sus cautivos tras de sí llevando.

Lugar do el arte á la natura norma
De sencillez y de primor há dado.
Cerrado en cuadro, cuatro calles forma,
Adornadas por uno y otro lado
De erguidos sauces, que, por alto, en forma
De techo, sn ramaje han enlazado,
El tránsito negando á los ardores
De los rayos del Sol abrasadores.

(*) El hermoso paseo de Córdoba era entónces, mas ó menos, cual se describe en estos versos. Posteriormente han dejado arruinar casi toda su bella arboleda, y se ha deteriorado mucho la obra.

El zéfiro veloz y alegre, cuando
 Se cansa de volar allí reposa,
 Susurros agradables alternando
 Con la voz del jilguero melodiosa ;
 Y, los árboles todos repasando,
 Nuevo frescor entre sus ramas goza,
 O si vé en un asiento una hermosura,
 A besarla desciende de la altura.

Da el agua cristalina no ajitada
 Mas belleza á este cuadro dilatado,
 Porque en su superficie nivelada
 Está el azul del cielo retratado ;
 Y la luz de la luna plateada,
 Brillando en el estanque inalterado,
 Presenta en noches de la primavera
 La vista mas risueña y placentera.

¿ No viste, cuando Eolo tiene atada
 De los vientos la cólera violenta,
 Como el gran río de mi Patria amada
 Lisa como el cristal su faz ostenta ?
 Así esta copia de agua represada
 Siempre su superficie igual presenta,
 Porque el fiero aquilon no la conmueve,
 Y, cuando mas, el zéfiro la mueve.

.....

Se oían rechinar los fuertes gonces
 De las ferradas puertas, que se abrían
 Del mercader á la codicia entónces :

Y allá mas léjos á la par se oían
 Sonidos de atambor, tronar de bronces,
 Y voces de soldados, que ofrecian,
 Por ensayar los lances de la guerra,
 Imájen de batalla en quieta tierra.

A aquellos campos, ominosa escuela
 Del arte de matar al semejante,
 El pueblo todo desolado vuela,
 Porque halla en ellos diversion constante.
 Allí el guerrero la matanza anhela,
 Y no muestra anhelarla en su semblante;
 Marte preside, pero Marte muda
 En placentera faz su faz sañuda.

La Muerte y la Discordia, silenciosas,
 El furor de algun dia presajando,
 De falanje en falanje presurosas
 Anticipada rabia van soplando;
 É imájenes entónces horrorosas
 El soldado feroce recordando,
 Se queja de que tanto se dilate
 El momento del bárbaro combate.

Me aproximaba al sitio; y entre tanta
 Belleza que hácia allí se dirijia,
 ¡Ay! ví que Elvira su lijera planta
 Hácia el mismo lugar tambien movia.
 Acércome, la miro: ¡Dios! ¡y cuanta
 Cuanta llama encendióse en la alma mia!
 Figurarte esta vista tan terrible,
 Esta vista, Jacobo, es imposible.

Un rayo estrepitoso se desprende
De la tronante nube; el estampido,
El estridor con que los aires hiende
De estragos y ruina subseguido,
No conturba, no aterra, no sorprende
Al mortal temeroso y desvalido,
De tal manera cual sorprende Elvira
Al que repente, como yo, la mira.

Al verla, se mantuvo un tiempo largo
Sin circular la sangre por mis venas,
Y todos mis sentidos en letargo,
Cual si del sueño despertase apénas.
Acordéme de Vénus, que al amargo
Llanto me condenó; pero serenas
Sus iras ya creí; ni las temia,
Pues mas Diosa que Elvira ya no habia.

Era un ángel del Cielo. ¡ Ay Dios! ¡ lo que era
Aquella criatura! La mañana
Mas pura y fresca de la Primavera
Pintada vieras en su tez lozana.
La rosa mas subida, la primera
Con que el jardin soberbio se engalana,
Arrimada á su rostro perderia
El brillante color con que lucia.

Duraba hasta esa hora la frescura
Que con el dia el zéfiro derrama;
Hora en que el jilguerillo se apresura
A cantar y saltar de rama en rama;

Hora en que se pasëa en la verdura
 El amante felice con la que ama;
 Y hora en que no vé Febo todavia
 El lujo y tren que en la mitad del dia.

Así es que habia mi beldad salido
 Con el blondo cabello destrenzado,
 Por la frente en dos partes dividido,
 Sin cuidado y con gracia abandonado.
 Un pañuelo finísimo, tendido
 Sobre el pecho turjente cual nevado,
 Orgullosa á momentos se mostraba,
 Y celoso á momentos le ocultaba.

No tan hermosa fué ni tan sencilla
 La misma Vénus, cuando del mar Fríjio
 La pura espuma la lanzó en la orilla,
 Y el mundo absorto veneró el prodijio.
 Si á Elvira Vénus vé, Vénus se humilla,
 Borra de las arenas su vestijio,
 Y, corrida y celosa, al mar volviera,
 Y Diosa del amor mi Ninfa fuera.

Ya ni las voces que el guerrero daba,
 Ni el tronar de los bronces yo sentia:
 Indiferente todo presentaba
 La tierra para mí. La vista mia,
 Por el campo tal vez se divagaba.
 Tan solo á Elvira en su existencia veia;
 Cual si se hubiera el cáos renovado,
 Y á Elvira solamente respetado.

Pero el carro de Febo refulgente
 Ya largo espacio tras de sí dejaba,
 Y al padre de la luz indeficiente
 Una Hóra tras otra acompañaba.
 Ya de sus rayos el calor ardiente
 A abandonar el campo precisaban,
 Y las bellas, cargadas de despojos
 Quitaban el placer de ver sus ojos.

Pero los de mi Elvira, al retirarse,
 En los míos ¡ que gloria ! se fijaron,
 Y la observé ya entónces conturbarse,
 Cuando nuestras miradas se encontraron.
 ¡ Qué no dicen los ojos al mirarse !
 ¡ Qué volcanes no encienden ! ¡ Cuanto hablaron
 Aquella vez los míos ! Y los de ella
 " Ya sé (dijeron) que me encuentras bella. "

¡ Cielos ! Yo la entendí ; yo ví á la hermosa
 Al irse, inquieta, cual de ardor tocada,
 Y noté una espresion casi amorosa,
 Al dirijirme su postrer mirada.
 Su rostro se encendió como la rosa,
 Que al matutino albor desenrollada,
 Parece, aunque contenta, estar corrida
 De verse á tantas flores preferida.

Y retiróse al fin : sus pasos sigo,
 Y llego y veó la mansion dichosa
 Do moraba mi bien : de allí prosigo.
 Ajitado mi marcha presurósa

Hasta la casa mia, y á mi amigo
 Anhelando encontrar; que es mas sabrosa
 La copa del amor, cuando el que ama
 En íntima confianza la derrama.

Y te encontré, Rufino; tú supiste
 La llama de mi pecho, la aprobaste,
 Las gracias de mi Elvira encareciste,
 Y mi dicha futura ponderaste.
 Extático de amor allí me viste
 Pendiente de tu lábio; me animaste
 A que siguiera mi feliz destino,
 Y alfombraste de rosas mi camino.

De rosas y placer. La tierna Elida,
 Bella dueña de tu alma y tus amores,
 La Diosa de tu fé, que hace tu vida
 Envidiada de pechos amadores,
 A la adorable Elvira estaba unida
 Con lazos de amistad, que en los albores
 De la niñez las Gracias les echaron,
 Y mas y mas, creciendo, se anudaron.

Entrambas bellas á la par de Diosas,
 Hechas entrambas para arder amando,
 Sensible el pecho de las dos hermosas,
 Y en la edad de querer; cuando ajitando
 El corazon sus álas temerosas,
 La primer voz de amor se vá escuchando,
 Ya, sin saber por qué, las dos ardian,
 Y las dos sus ardores se decian.

Tú abrigaste primero los de Elida ;
 Y el fuego virjinal, recién brotado,
 Pasando hasta tu pecho, de honda herida
 Sentiste el corazón atravesado,
 Pero fuiste feliz ; ella tu vida
 De bienes celestiales há colmado ;
 Y tú cuentas tus horas presurosas
 Por los placeres que con ella gozas.

Tú le hiciste saber que por mis venas
 Circulaba voraz inmenso fuego ;
 Que á Elvira ví, y que, mirada apénas,
 Furor insano acometióme luego.
 Tu le hiciste sentir todas mis penas,
 Tú me pintaste enamorado y ciego,
 En favor de mis ansias la empeñaste,
 Y el sí de mi ventura le arrancaste.

.....

¡ Ah, Rufino, Rufino ! El cielo airado
 No haga que luzca para tí una Aurora,
 Que arranque de tu pecho el bien gozado,
 Y enclave el mal que mi interior devora.
 Si tal fin á tu amor está marcado,
 Baja mas ántes do la Muerte mora ;
 Que yo mas bien te lloraré perdido,
 Que sufriendo el tormento de un olvido.

Yo ya soy infeliz ; pero entre tanto,
 Si la mano del Tiempo destructora
 No se tiende á borrar el triste canto
 De un miserable que la muerte implora :

Si duran estas líneas, que mi llanto,
 A par que las escribo, descolora,
 Dó mi verso se lea, allí leído
 Será tu nombre al de tu Elida unido.

Lo debo á la amistad, y no es posible
 Faltar á tal deber; que todo pecho,
 Que, por fatalidad, nació sensible,
 Para amor y amistad no mas es hecho.
 En medio de mi vida aborrecible,
 Y en mis continuas lágrimas deshecho,
 Me acordaré por siempre del amigo,
 Que, cuando lloro yo, llora conmigo.

¿ Pero yo dónde estoy ? ¿ La tierna Elvira
 Deja que lleve el viento mi querella,
 Y me oye suspirar, y no suspira,
 Cuando he llorado tanta vez con ella ?
 ¡ Ay, adorado bien ! Toma mi lira,
 Toma mi lira triste, y dame aquella
 Que me templó el amor, cuando cantaba
 La llama celestial que me abrasaba.

¿ Te acuerdas de la noche en que, avisada
 Ya del incendio que en mi pecho hervia,
 En la danza te ví ? Ya, enamorada,
 Tu vista se encontraba con la mia ;
 Ya la bajabas luego abochornada ;
 Ya mirando otra vez te comprendia,
 Y, al sorprenderte, por tu boca hermosa
 Erraba la sonrisa deliciosa. »

Luego, sentada de tu amiga al lado,
Lugar en medio para mí quedaba;
Yo temblando llegué, y el sonrosado
Color á tus mejillas asomaba.
Tu tierno corazon no acostumbrado
A los combates del amor estaba;
Temblaba de lo mismo que queria,
Y de placer y de temor latia.

¡Terrible situacion, en la que ofrece
El pecho un hombre á la doncella pura,
Que siente, que suspira, y se enternece,
Cuando nace de amor esta ternura!
El que sabe querer, y no envilece
El idioma del alma en boca impura,
Ese sabe las dudas, los temores
De la primer conversacion de amores.

Pero, Elvira, ¿qué hacer, cuando ya estaba
La pasion en el pecho rebosando;
Y cuando lo que el labio no expresaba
Iba la tierna Elida declarando?
El momento llegó, y, no bien llegaba,
Cuando, todo mi espíritu esforzando,
Al ¡ay! primero de mi amor me atrevo,
Y el *si* primero de tu amor te debo.

¡Ah, Jacobo, Jacobo! ¿Quién pudiera
Describir lo que sigue á aquel instante,
En que un tierno anador la vez primera
Oye á su amada confesarse amante?

Yo no sé cual quedé; yo prefiriera
 Ese silencio extático, embargante,
 A cuantos goces el amor insano
 Me pudiera brindar con larga mano.

Al fin, ya el pecho de sentir cansado,
 A usar del labio sin querer volvimos,
 Y, el primer susto del amor pasado,
 Todo el ardor del alma nos dijimos.
 Pero tan dulce tiempo era robado
 Al concurso molesto, y conocimos
 Cuanto las sociedades atormentan
 A los que por amor sus horas cuentan.

Separéme de Elvira, y al momento
 La música sonó; volvíme á ella,
 Y la llamé á danzar. ¡ Con qué contento
 A mi deseo se prestó la bella!
 Airosa, suelta, como el leve viento,
 Iban las gracias á besar su huella,
 Y pasmado el concurso la aplaudia,
 Y, Elvira lo miraba y no atendia.

.....

Esa dichosa noche concertados
 Fueron con ella y con su amiga amada
 Todos los medios, por amor dictados,
 De verla y visitarla en su morada.
 ¡ Oh momentos, momentos bienhadados
 De mi primer furor! ¡ Cómo, anegada
 Aquella noche mi alma en alegría,
 De la luz la tardanza maldecia!

Hasta que ví la luz ; la rubia Aurora
 En el fúljido oriente se presenta,
 Y nunca mas hermosa el Cielo dora,
 Y nunca mas belleza el suelo ostenta.
 De mis felices dias precursora,
 Mientras la sombra de la noche ahuyenta,
 Parece convidaba á la natura
 A darme el parabien de mi ventura.

Así cielos y tierra, hombres y Dioses
 Mis inocentes votos aprobaron ;
 Asi mis horas á correr veloces,
 Siguiendo mis placeres, empezaron ;
 Y asi de Elvira las amantes voces
 Inefable ventura me anunciaron,
 Cuando la vez primera á sus umbrales
 Fuí buscando mis bienes y mis males.

Y empezó mi vivir ; porque no es vida
 La que vá sin amor. ¿ Y cómo, y cuando
 La alma felicidad será sentida,
 Sino en los mares del amor nadando ?
 Naturaleza toda nos convida
 Al deber grato de vivir amando,
 Y oprobio eterno, y maldicion, y luto
 A quien no pague al corazon tributo.

El filósofo adusto, que,preciado
 De conocer al hombre, al hombre niega
 El deleite de arder enamorado,
 Mientra el invierno de la edad no llega,

Es un vil impostor, es un malvado,
Que en su soberbia estúpida se ciega;
Triple doblez de bronce hay en su pecho,
Y el corazón de pedernal es hecho.

El que no cree en amor conozca á Elvira,
Y tome la alma que me cupo en suerte;
Esta alma, mi Jacobo, que ya mira
Cercano de dejarme el trance fuerte.
Y todavía por su bien suspira,
Y llora el desamor mas que la muerte,
Y tiembla y se estremece á la memoria
De aquellos días de perdida gloria.

¡Días de paz, en bienandanza idos,
Cuyos instantes, de mi Diosa al lado,
Colmaron mi ventura, y, ya perdidos,
Solo dolor y llanto me han dejado!
¡Ah! ¡Cuanta vez, suspensos mis sentidos,
Y en éxtasis de amor arrebatado,
Los encantos de Elvira contemplaba,
Y á la vista la lágrima saltaba!

Tras un largo callar, tal vez decia:
"Háblame mi querido;" y yo no hablaba,
Embelesado, absorto; ella lo via,
Y modesta una mano me alargaba;
Yo la llevaba hasta la boca mia,
Y con el sumo lábio la tocaba,
Y Elvira, en el mayor desasosiego,
Daba un suspiro, y se ausentaba luego.

Tiemble la hermosa, cuando, sola, al lado
 De su querido el corazon le lata ;
 Que contra el ruego de un amante amado
 Es imposible que el rubor combata.
 El primer beso, á la modestia hurtado,
 El primer nudo del pudor desata,
 Y, arrancada á la flor la primer hoja,
 El hálito del aire la deshoja.

.....

En cada nuevo dia, en cada instante,
 Crecia mas esa inquietud dichosa,
 Ese martirio dulce de un amante,
 Que en el cariño de su bien reposa,
 Y en su ternura fia ; y, anhelante,
 Entónces goza mas cuando no goza,
 Y una mirada su pasion fomenta,
 Y una palabra su esperanza aumenta.

Pero la ley de amor es ley de unirse,
 Y de cambiar las almas. Cuando un pecho,
 Que llega en vivo fuego á consumirse,
 Para tanto volcan se siente estrecho,
 Y no puede á sí mismo combatirse,
 Cede al esfuerzo que el amor há hecho,
 Pasa de la esperanza á las caricias,
 Y lo que fué violencia son delicias.

Sola conmigo la adorada mia
 En las calladas horas se encontraba

De una pesada siesta; y era el día
 Que amor para su triunfo reservaba.
 Nada nuestro silencio interrumpia,
 Nadie nuestros suspiros escuchaba;
 Que hasta el sordo ruido de las jentes
 Cesa en las horas del estio ardiente.

¡Oh Dios! ¡Lo que es amar! La mano bella
 De Elvira tomo, y la apreté temblando;
 Lloran mis ojos, y los fijo en ella,
 Y ella ya estaba, como yo, llorando.
 Abre sus lábios, y sus lábios sella
 Al pronunciar mi nombre sollozando;
 Y en ambos pechos nuevo fuego hervia,
 Y el corazon como jamás latia.

Sobre mi hombro su frente, y reclinada
 En la suya algun tanto mi cabeza,
 Por mis amantes brazos estrechada,
 Y yo estrechado con igual terneza,
 ¡Que delirio! exclamó: luego, eclipsada,
 Como en mortal letargo, su belleza,
 Ni el aliento de aromas exhalaba,
 Ni el albo pecho cual tembló temblaba.

¡Oh susto del amor! ¡Eterno instante
 Del deliquio primero! ¡Infortunado
 Quien no te vió llegar! Mi tierna amante,
 Su espíritu de nuevo recobrado,
 Alza su frente, y, fijo en mi semblante
 Su mirar celestial, todo animado
 Con su mirar quedó. No fuera bella
 Entónces una Diosa al lado de ella.

Entreabierto su lábio y encendido,
 En la nieve del rostro así lucía,
 Como el botón de rosa más subido
 Entre blanca azucena luciría.
 Toda su alma á su boca había salido,
 Cual si saliera por buscar la mía,
 Y toda su alma, que en su lábio erraba,
 Al beso, al primer beso convidaba.

Hasta que tanto fuego ¿ Pero adonde
 Ora mi mente acalorada vuela ?
 ¿ Quién los misterios que el amor esconde
 Con lengua incauta, como yo, revela ?
 Un jénio intolerante ya responde
 ; *Escándalo sin fin!* Mi alma recela
 Que se llame delito mi ventura,
 Y que merezca pena tu ternura.

Tu ternura, mi bien.—¿ Ah ! Yo quisiera,
 Yo quisiera, Jacobo, que algún día
 El universo todo conociera
 A la que causa la amargura mía ;
 Y el universo todo decidiera
 Si otra fortuna, si otro gozo habría
 Para el mortal felice reservado,
 Mayor que amar á Elvira y ser su amado.

¿ Ah ! ¿ Cuán lleno de orgullo y de ternura
 Ante la faz del orbe yo diría ! :
 “ Esta mujer divina, esta belleza,
 “ De alma más pura que la luz del día,

" Me amó otro tiempo con igual fineza,
 " Con fuego igual al que en mi pecho ardia,
 " Y hemos gozado lo que nunca amantes,
 " Colmados de favor, gozaron ántes. "

¡ Todos me oyeran, todos; y á mi bella,
 Al escucharme, atónitos miráran!
 ¡ Cuántas pasiones á la vez por ella,
 Cuántas envidias en mi honor brotáran!
 Los duros, que en su pecho una centella
 De ternura, de amor, nunca abrigáran,
 Las pasiones del hombre excusarian,
 Y por la vez primera sentirian. •

Sí, Jacobo: yo mismo retirado
 Del lado de mi Elvira aquella tarde,
 Me sentia mas digno, y adornado
 De otras virtudes de que hacer alarde.
 Un pecho vivamente enamorado
 Es noble tanto mas cuando mas arde,
 Y una bella modesta, si nos ama,
 Honor enjendra, cuando enjendra llama.

De mí mismo jamás un pensamiento
 Mas elevado tuve, que esos dias
 En que yo era de Elvira, y que tormento
 No mas son hoy en las memorias mias.
 ¿ Por qué se vive así? ¿ Por qué un momento,
 Un momento no mas, las alegrías
 Viene á cortar, y pasa, y siembra horrores,
 Dejando hondo pesar donde hubo amores!

Todo ese tiempo que la Parca hilaba
 De seda y oro á mi dichosa vida,
 Ese tiempo de amor, así pasaba,
 Cual manso arroyo en estacion florida,
 Que huye jugando, y no sentido lava
 La planta solitaria; y adormida,
 Al son del cefirillo, el agua pura,
 Se desliza entre trébol y verdura.

.....

¡ Oh dias de mi gloria! ¡ Oh dulces horas
 Las que, testigos de mi amor, volaban!
 ¿ Quién os creyera nunca precursoras
 De los dias de horror que me esperaban?
 ¿ Pero cuándo las penas roedoras
 Con la quietud del corazon no acaban?
 ¿ Cuál barquilla, que incauta se há engolfado
 En el mar del amor, no há zozobrado?

Una mañana que volé á mi Elvira
 Y á sus besos de miel, la vez primera
 Ví angustiada su faz: llora, me mira,
 Pero ya no me mira placentera.
 La abrazo, la pregunto; Ella suspira,
 Y suspirando calla. Verdadera
 Imájen del dolor que la afijia,
 Mas bella en el dolor me parecia.

Si el fuego de mi amor, para que ardiera,
 Necesitado hubiese otro incentivo,
 Solo el dolor de Elvira hacer pudiera
 El volcan de mi pecho mas activo.

El llanto de sus ojos ya no era
 El llanto del amor; pero, expresivo,
 Yo no sé qué de triste me anunciaba,
 Y mi pecho afijido destrozaba.

Con voz interrumpida— " me has perdido,
 " (Exclamó finalmente) ingrato amante.
 " Déjame ya, infeliz; nunca el olvido
 " Te lanzará de mí; ni un solo instante
 " Viviré sin mi amor; yo te hé querido,
 " Y te querré sin fin. ¡Oh, si inconstante
 " Mi pecho ser pudiera! En algun dia
 " Desenclavarme esta pasion podria."

Dijo, y calló: la muerte en el momento
 Descendió á mis entrañas, y, azorado,
 Ni palabras hallé; que el sentimiento
 Siempre fué mudo cuando fué extremado.
 Elvira prosiguió:— " ya que contento
 " Vivias con mi amor infortunado,
 " ¿ Por qué mi amor dijiste? ¿ No miraste
 " Ligado mi desdoro á lo que hablaste?"

¡ Terrible acusacion! Un llanto largo
 De mis ojos brotó. Jamas creeria
 Que á mi cariño fiel tan triste cargo
 El mismo labio de mi amada haria.
 Por la primera vez el llanto amargo
 No de ternura por mi faz corria;
 Que ponzoña y acíbar derramaba
 En el pecho angustiado que bañaba.

Al cabo prorrumpí; mi juramento
 Oyó mi Elvira al fin; al fin mi boca
 Pidió mi perdicion, si algun momento
 Mi pasion divulgó la lengua loca.
 " ; Perezca yo ! (exclamé): de su alto asiento
 " Dios vé mi corazon, que aquí provoca
 " Su rayo matador y sus enojos,
 " Si traicion en mi pecho ven sus ojos. "

Elvira oyó y tembló; jamas su oído
 Tan execrando hablar habia escuchado.
 " Calla, me dijo, calla: un fementido
 " Sorprendió mi candor, y me há engañado;
 " El me ofreció su pecho corrompido,
 " Que tanta y tanta vez hé despreciado.
 " Criminal te há finjido y alevoso
 " Se mostró interesado en mi reposo.

" Sospechó que te àmaba, y su sospecha
 " Como jactancia tuya me há vendido;
 " Yo, en el furor de mi pasion deshecha,
 " Hé sido poco cauto: el atrevido
 " Todos los pasos del amor acecha,
 " Y en medio del amor me há sorprendido;
 " Me sorprendió tal vez, y el crimen suyo
 " Me lo há pintado como crimen tuyo.

" ; Crédula yo ! Mi honor, mi paz, mi fama,
 " Todo creí perdido en un instante;
 " Y exclamé en mi dolor: " ; mi tierna llama
 " Con tan negra traicion paga mi amante? "

" Lo creí : ¡ ya se vé ! siempre derrama
 " Todo labio impostor la miel delante
 " Del veneno mortal, y sus amores
 " Una infeliz mujer toda es temores.

" Perdóname, te ruego : ya no creo
 " Que á espaldas de la fé viva escondida
 " La pérfida traicion : ahora leo
 " Mas que nunca en tu pecho, y, complacida,
 " Tan solamente tu ternura veo,
 " Y el cariño inmortal á tu querida.
 " Perdóname otra vez : acostumbrados
 " A engañar, nos engañan los malvados. "

Y es así mi, Jacobo : el corrompido,
 Que hace su estudio de vivir mintiendo,
 A la franca verdad roba atrevido
 Su lenguaje y candor ; y así, fingiendo
 Su acento celestial, va fementido
 La sencillez incauta seduciendo.
 El sexo de las gracias ¡ ah ! no sabe
 Cuanto doblez en ciertos pechos cabe.

Así un infame por Elvira ardia
 En impura pasion, creyendo osado
 Causar mintiendo la ruína mia,
 Y en premio á sus calumnias ser amado.
 La dulce paz en que mi amor dormia
 Este mónstruo de horror há trastornado,
 No porque Elvira su pasion pagase,
 Que era imposible que jamás le amase.

Mas la sospecha, que una vez se sienta
 Al lado del amor, pronto es seguida
 De la desconfianza, que se aumenta
 Cada vez mas y mas, sin ser sentida.
 Se entroniza el temor; la duda ahuyenta
 El reposo del alma prevenida,
 Y el mudo sinsabor es el nublado
 A la brava tormenta anticipado.

Un pecho y otro á recelar empieza
 Lo que antes no temia, y la delicia
 Del amor se minora, pues tropieza
 Con un nuevo temor cada caricia.
 En recelo se cambia la franqueza,
 Y asoma el disimulo, vil primicia
 Del dudar punzador; ni en quieta calma
 Desmiente el rostro el escozor del alma.

.....

Elvira hablaba; pero yo veia
 Que su alma candorosa batallaba
 Con oculto dolor que la aflijia,
 Y que, por no afijirme me ocultaba.
 Menos franco su hablar me parecia,
 Y en cada beso suyo imaginaba
 Que me decia: " te amo, mas quisiera
 " Que nunca tu enemigo hablado hubiera. "

Del licor embriagante si filtrado
 Un frágil vaso en otra vez há sido,
 Conserva por un tiempo dilatado
 El olor fuerte del licor perdido.

Tal es el pecho honesto, que agraviado
 En su honor un momento se há creído;
 De la sospecha la impresion acerba,
 Cual dejo amargo, á su pesar, conserva.

No lo ignoraba yo; y así mi fuego,
 Mi espresion, mi ternura redoblaba;
 Una vez el alhago, en otra el ruego,
 Y en todas mis caricias agotaba.
 Jamas á Elvira idolatré tan ciego,
 Jamas mi fuego á mis palabras daba
 Insinuacion mayor. tal vez dulzura,
 Que al querer aquietar á mi hermosura.

Y el tiempo me faltó: yo me dormia
 En tranquila inocencia descuidado,
 Sin sentir acercarse el negro dia,
 Que iba á privarme de mi bien amado.
 El poder arbitrario ya me habia
 Sus maliciosos tiros asestado;
 Y estaban en mi daño preparadas
 Redes dolosas, por un vil forjadas.

A un ministro de Astrea corrompido,
 A quien dió su poder la intriga fea,
 Y cuyo orgullo hidrópico ha torcido
 El fiel de la balanza de la Dea;
 En baja adulacion envejecido,
 De la veraz franqueza sin idea,
 Le dictó su soberbia hacer osado
 Ostentacion de su poder prestado.

.....

AÑO DE 1818

Al triunfo de nuestras armas en los llanos del rio Maipo,
el dia 3 de Abril de 1818

¿ Era que Jove habia
Nuestro baldon eterno sancionado,
Y que tornára un dia
Para siempre á la Patria malhadado ?
¿ O nos guardaba la voluble suerte
Llanto sin fin, asolacion y muerte ?

¿ Y tanta y tanta gloria,
En ocho años de afanes conseguida,
Ser debió transitoria,
Y, gozada no bien, cuando perdida ?
El sud, ya libre, volveria al cabo
Del déspota español á ser esclavo ?

Los que en Maipo acabaron
Una noche tremenda así creyeron, (*)

(*) En la noche del 19 al 20 de Marzo de 1818, fué sorprendido y dispersado por las tropas españolas, en Cancha-rayada, el mismo ejército que, pocos dias despues, triunfó completamente de ellas en Maipo.

Noche en que no lograron
 Sobre los bravos que vencer quisieron,
 Sino aumentar el fuego de venganza,
 Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido,
 Nuestra hueste dispersa, y el Ibero,
 De sombras protegido,
 Vibrando impunemente el duro acero,
 Y repartiendo inesperada muerte,
 “ Triunfamos, dijo ; se fijó la suerte. ”

Como en Pérgamo el Griego
 En noche infanda derramó su enojo,
 Y del inmenso fuego
 Fué la ciudad de Priamo despojo,
 Sin que de sus cenizas renaciera ;
 Así pensó triunfar la hueste Ibera.

Pero el jefe invencible,
 A quien nunca abandona la Victoria,
 Y en lance mas terrible (*)
 Cubrió sus armas de brillante gloria,
 Hurta el momento á la Fortuna ingrata,
 No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la Luna al amparo,
 Con honor salva su dispersa jente,
 Y cuando Febo claro

(*) En el paso de los Andes, y batalla de la cuesta de Chacabuco, que dió la libertad á Chile. Se dió esta memorable batalla el día 12 de Febrero de 1817.

Se sepultó de nuevo en occidente,
 Iban ya las falanjes aguerridas
 Por su jefe hácia Maipo conducidas.

Llegó, llegaron ellas,
 Y San Martín exhorta, increpa, enciende
 Las cubiertas centellas
 Del fuego pátrio, que doquier se extiende.
 El soldado recobra su bravura,
 Y vencer ó morir mil veces jura.

Ya, ya los campeones
 En la sed de venganza se abrasaban,
 Y sus aclamaciones
 El triunfo de sus armas presajaban,
 Cuando el fiero enemigo se descubre,
 Y la llanura inmensa erguido cubre.

Le ven los inmortales,
 El grito todos de victoria alzaron,
 Y los filos fatales,
 Los rayos de la muerte prepararon.
 Los tiranos entónces se acobardan,
 Y pavoridos otra noche aguardan.

¿ Pero quién el deseo
 De venganza ó de muerte refrenaba ?
 Precipitarse veo,
 Cual torrente, que un dique represaba,
 Le rompe, y todo arrasa, á nuestros bravos
 Sobre la multitud de los esclavos.

La colina escalando,
Rayos de guerra los Iberos lanzan,
Y los broncez tronando
Reparten muertes por do quier alcanzan ;
Pero el soldado en quien el Sud confia
Solo en la punta de su acero fia.

Moribundos amigos,
Y alfombras de cadáveres pisando,
Hácia los enemigos
Marchan, corren, se acercan, y, en llegando,
Mil arroyos de sangre de la altura
Hirviendo bajan hasta la llanura.

San Martin los furores
Gobierna del intrépido soldado,
Y el riesgo y los horrores
A despreciar enseña denodado.
Si Marte mismo tal bravura viera,
En Marte mismo algun pavor cupiera.

Empero los Hispanos,
Precipitados de la fuerte altura,
Renuevan en los llanos,
Sin esperanza, la batalla dura ;
Que su hado inevitable los persigue,
Y muy mas grande la matanza sigue.

No sigue, que allí empieza ;
Porque el bruto á la guerra acostumbrado
Se lanza con braveza,

Por el dragon invicto gobernado,
Y tropella y derriba, y el guerrero
Lleva la muerte á do volvió el acero.

¡Ibéria! Tus caudillos,
En la lid hasta entónces no domados,
Dejaron los cuchillos
De los libres del sud ensangrentados.
Allí espiró su saña: allí mordieron
El suelo mismo do mandar quisieron.

Largo tiempo el tirano
Disputa el campo y la tenaz victoria;
Pero disputa envano,
Que ella, cubierta de esplendor y gloria,
Con guirnalda de lauro inmarcescible
Las sienes coronó del invencible.

¡Oh, San Martin! Tu nombre
De edad irá en edad, de jente en jente
Miéntras dure el renombre
Del grande Americano continente,
Y brille de los Andes la alta cumbre
Con nieve eterna y con cercana lumbre.

En elojio de los señores Jenerales D. José de San Martin y D. Antonio Gonzalez Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del rio Maipo, el 5 de Abril de 1818.

(En el canto que vá á leerse tambien se hace mencion de la célebre batalla de Chacabuco. Cuando él se escribió, por insinuacion de personas inmediatas al Gobierno, ya todos los poetas de Buenos Aires habian celebrado, de un modo digno, la victoria de Maipo. Parece que la autoridad deseaba entónces ensalzar el mérito del Sr. Balcarce, que contribuyó no poco á este triunfo, y cuyo mérito habian olvidado nuestros poetas. De todos modos, esta composicion, y la que la precede, son, á mi parecer, las que necesitan mas induljencia entre las mias).

Amados de Caliope, hijos de Febo,
Del Parnaso en las cimas educados,
Perdonad, si los tonos elevados
De vuestro canto á interrumpir me atrevo.
 Sé que pulsar no debo
 La pobre lira mia;
 ¿Mas quién podrá este dia
El ardor refrenar que el pecho inflama?
Veo dos héroes; su renombre solo
Del entusiasmo la sagrada llama
Enciende, y siento que me inspira Apolo.

San Martin y Balcarce, dos guerreros,
A quienes justa nuestra edad aclama,

Y cuyos hechos cantará la Fama
En la serie de siglos venideros.
 Temblad, temblad, Iberos ;
 Vuestro fin se aproxima ;
 Que San Martin la cima
De montes, que su frente han escondido
En las regiones donde el trueno rueda,
Amenaza escalar, y destruído,
Si lo ejecuta, vuestro imperio queda.

Quedará vuestro imperio : en movimiento
Ya las falanjes van ; la falda pisan,
Y la altura tambien ; de allí divisan
En Chacabuco una bandera al viento.
 Como huracan violento,
 Que brama en la alta sierra,
 Los hijos de la guerra
Fieros se lanzan ; el cañon retumba,
Y ellos la espada fulminante vibran :
En la cuesta el tirano halló su tumba,
Y á Chile triste las lejonas libran.

El venerando Maipo, que, en la hondura
De sus puros cristales retirado,
Era un rio sin fama, destinado
A dar inútil riego á una llanura,
 De su mansion oscura
 Oyó el clamor guerrero,
 Y oyó el grito primero
Que, al desplegar sus alas, dió la Fama,
A San Martin cantando sonora.

Alegre entónces á sus Ninfas llama,
Y sobre el agua alzó su faz rugosa.

Convocólas, y dijo: “ Yo esperaba
“ Qué era de haber un dia, en que esté imperio
“ Al déspota feroz de otro hemisferio
“ *No soy tuyo* dijera. Escrito estaba
 “ Que á esta rejion esclava
 “ Un jenio de la guerra,
 “ Desde la opuesta tierra,
“ Mole inmensa de montes traspasando,
“ Vendria victorioso; y en un dia
“ Siglos y siglos de maldad vengando,
“ El oprobioso yugo romperia.

“ Su nombre allá en el libro de los hados
“ En pájinas de luz escrito estaba;
“ Jove empero su nombre reservaba,
“ Y los tiempos al triunfo señalados.
 “ *Cuando sea que osados*
 “ (Dijo el Tonante un dia)
 “ *En la alta serrania*
“ *Ejércitos batallen, sangre corra,*
“ *Vague muerte sin fin, la Fama cante,*
“ *Llegó el feliz momento en que socorra*
“ *Al Araucano el adalid triunfante.*

“ Hoy en la cuesta yo sentí fragores;
“ En Chacabuco las cavernas roncás
“ Del monte retumbaron; voces broncas
“ Escuché de feroces contendores;

- “ Y despues los clamores
 “ De la Fama se oyeron :
 “ San Martin, repitieron,
 “ San Martin es el héroe; Chile vive.
 “ Me alzo yo entónces, y en la cumbre veo
 “ Al capitan ilustre, que recibe
 “ De manos de Mavorte el gran trofeo.
- “ Pero no se acabó : ¿ veis estos llanos,
 “ Delicia un dia de araucana jente?
 “ ¿ Veis los que, yermos, del arado el diente
 “ Sentido no han, ni laboriosas manos ?
 “ Sepulcro de tiranos
 “ A ser vendrán un dia :
 - “ La iberá sangre impia
 “ Dará fertilidad á mis llanuras :
 “ Un nuevo atleta pisará mi arena,
 “ Y otro Marte mayor, lides mas duras
 “ Entónces hé de ver con faz serena.
- “ Balcarce llega ya : mi vaticinio
 “ Es funesto y cruël para el tirano,
 “ Que ostenta su poder en Talcahuano,
 “ Y ha jurado de Chile el exterminio.
 “ En vano á su dominio
 “ Ya sujetar intenta
 “ A una nacion que cuenta .
 “ Con la ayuda de jenios denodados.
 “ Los libres triunfarán ; y en mi llanura
 “ Los monumentos, á su gloria alzados,
 “ Dirán sus triunfos á la edad futura. ”

Así predijo el venerando Rio;
 Luego á la capital su blanca frente
 Vuelve, mira, y aumenta de repente
 Con llanto de placer su raudal frio.
 Cesó el dolor impio
 De las Náyades bellas,
 Y, en vez de sus querellas,
 Los ecos sus cantares repetian.
 Por la orilla festivas divagaron,
 Y, á una seña del Dios que obedecian,
 Con el Dios á las ondas retornaron.

En tanto el primer héroe, que gozosa
 La madre Patria en sus anales cuenta,
 En Santiago, ya libre, se presenta,
 Mas no en Santiago su valor reposa.
 La lejon animosa
 De nuevo al campo guia,
 Y raya al fin el dia
 En que se muestra el campeõn ausente
 Ansiaban ambos la postrer victoria,
 Y ambos conducen la aguerrida jente
 A do se cubra de mas alta gloria.

El tirano tambien, que, rencoroso,
 De Chacabuco la pasada afrenta
 Lavar en sangre americana intenta,
 Y de nuevo imponer su yugo odioso,
 A Talca presuroso
 Conduce los soldados,
 En Europa educados
 En arrastrar el carro de Mavorte,

Y afrontar mil de veces mil de muertes;
 Aquí esperanza de su avara corte,
 Como allá azote de los Galos fuertes.

Con sus antiguos triunfos engréidos,
 A Talca llegan, y en furor aguardan
 A los guerreros que á su enojo tardan,
 Y á quienes ven, sin peleär, vencidos.

Los hijos escojidos
 De la Patria entretanto
 Miraron sin espanto

La muchedumbre inmensa : ronco suena
 El bélico clarin ; el jefe manda,
 Las huestes paran, y con faz serena
 Se espera el dia de matanza infanda.

Pero vino una noche, que Fortuna,
 Avergonzada ya, borró del año ;
 Noche de estragos y de horrible daño,
 Noche funesta á Chile cual ninguna.

De la traidora luna
 Protejido el Ibero,
 Cual suele tigre fiero

De improviso caër sobre la presa,
 Marcha en silencio, llega, nadie advierte,
 Y los patrios soldados en sorpresa
 Circundados se ven de inmensa muerte.

¡ Héros del canto mio ! ¡ Campeones,
 En quienes Chile tiene su esperanza !
 ¿ No impediréis la bárbara matanza ?
 ¿ Impunemente morirán lejiones ?

¡ Mañana los pendones
 Del opresor de Lima
 Verá el sol de su cima
 Flamëar, en afrenta de su prole,
 Sobre montones mil de cuerpos muertos?
 ¡ Ah! ¡ Tanta vida envano no se inmole?
 Salvad los restos de pavor cubiertos.

Y los salvaron. San Martin ajeno
 De vil temor á la Fortuna instable,
 Y Balcarce, y Las Heras indomable,
 Cual nunca ostentan su valor sereno.
 Se oye su voz cual trueno,
 Y con la diestra fuerte
 Repartiendo la muerte,
 Y abriendo entre la turba anchos caminos,
 La retirada ordenan al soldado;
 Y, cediendo un momento á los destinos,
 Dejan por fin el campo abandonado.

Su triunfo oscuro al enemigo ciega,
 Y su ilusion acrece y su confianza;
 Hácia los libres denodado avanza,
 Y en el llano los vé que Maipo riega;
 Y marcha, y corre, y llega,
 Y, de la guerra al grito,
 Desde el hondo Cocito
 Muerte y Discordia acuden. De repente
 El clamor en silencio se há mudado,
 Uno al otro se mira el combatiente,
 Y teme acaso y tiembla el mas osado.

Mas dió el bronce la seña de matanza,
 Y las patrias lejiones al momento
 Se desprenden, cual rayo, de su asiento,
 Que llegaron las horas de venganza.

No, Musa, no; no alcanza

El entusiasmo á tanto.

¿Cómo podrá mi canto

Producir una imájen de aquel dia,
 A la Muerte por Jove abandonado,
 Y á los horrores de la guerra impia?
 Cante otro jenio lo que á mí no es dado.

Mi voz á los dos ínclitos varones
 San Martin y Balcarce es consagrada:
 Ni yo diré la lucha encarnizada,
 Y el destrozo feroz de las lejiones.

Las brillantes acciones,

Y el estrago horroroso,

Y el triunfo portentoso,

Obra fué toda de ellos. Los Iberos
 Los vieron con asombro, batallando,
 Cruzar por entre el plomo y los aceros,
 Trofeos á trofeos aumentando.

Por tres veces la Parca en la matanza
 De los dos héroes el morir decreta,
 Y, al descargar el golpe, los respeta,
 Y dirige á otra parte su venganza.

Al cabo la balanza

Se inclinó de los hados;

Redoblan los soldados

El bélico furor, la justa saña;

Sangre y mas sangre por do quier se vierte,
 Y, donde ántes guerreros de la España,
 Solo se ven despojos de la Muerte.

Triunfamos; lo vió Febo, y, afijiendo
 Los brutos de su carro, al occidente
 Baja, y al viejo mundo hasta el oriente
 El triunfo de sus hijos fué diciendo.

El sacro Maipo viendo

Su presajio cumplido,

El curso reprimido

Soltó de nuevo de su linfa pura.

“ Vivid, héroes, envidia de guerreros, ”

“ Vivid siempre, exclamó; que en mi llanura

“ Disteis sepulcro á mis tiranos fieros. ”

Y la América allá en la erguida sierra,
 Do un jenio singular la vió sentada, (*)
 Su faz de llanto en de placer mudada,
 Se vió ya la señora de la tierra.

Héroes, mi Musa cierra,

Cierra ya el labio osado;

La Patria, que há logrado

Por vuestro esfuerzo libertad y gloria,

Y renombre y poder irresistible,

Sabrá inmortalizar vuestra memoria

En el mármol y bronce indestructible.

(*) D. Estéban d- Luca, en su canto al triunfo de Maipo, pinta á la América como á una Diosa, llena de magnificencia, que, sentada en la mas elevada cumbre de los Andes, domina desde allí nuestras felices rejiones.

Délia sobre todas

Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo,
Si en vuestros altares
Ya no quemo incienso,
Y á un ídolo solo,
En su solo templo,
Consagro mi culto
Reverente, eterno.
No penseis que se haya
Extinguido el fuego,
En que venturoso
Ardí desde tierno ;
Ni que ingrato olvide
Los favores vuestros,
Que en distintos dias
Dichoso me hicieron.
Pero Délia . . . ¡ Dioses !
Todo el bien supremo,
Toda la ventura
Que promete el cielo,
Todo es ella sola ;
Y en el universo
Lo que es ella nadie
Fué, ni puedo serlo.

Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo.
Aunque acostumbrado
Mi cariño incierto,
En los juveniles
Años inexpertos,
A mudarse pronto,
Como pluma al viento,
Mi adorable amiga
Fijó mis deseos ;
Y ya en otra llama
No arderá mi pecho,
Ni otro nombre nunca
Sonará en mis versos.
Desde que ama á Délia,
Y Délia mi afecto
Bondadosa paga
Con igual extremo,
Cuanto veo amable,
Cuanto veo bello,
Todo lo comparo
Con ella, y confieso
Que al instante mismo
Me corro de hacerlo.
Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo.

Laura mi inconstancia
Cita por modelo ;
La linda Dorila
Con airado ceño

Desfigura, al verme,
Su semblante bello;
Y Cintia y Elvira
Publican de acuerdo
Que soy un perjuro,
Que soy un perverso.
Yo las hé querido
Con amor sincero,
Que mentidos nunca
Mis afectos fueron;
Y entónces creía
Que era eterno el fuego,
Que á la vez por ellas
Abrasó mi pecho.
Si fué de otro modo,
¿ Yo qué culpa tengo
De que haya una Délia
En el universo,
Y no haya querido
Formar otra el cielo?
Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo.

¡ Ah ! Si todas fueseis
Como es ella, cierto
Que el primer cariño
Seria el postrero,
Y al primer suspiro
El último aliento
Fiel responderia
En todos los pechos. .

Pero la inconstancia
No tiene remedio;
Porque Délia es una,
Y el amor artero
A todos y á todas
Sujeta á su imperio.
Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo:
Adios para siempre,
Que Délia es mi dueño.*

El motivo de mi constancia

¿ Piensas que tus ojos
Que al que miran matan ;
Que tu linda boca,
Nido de las Gracias ;
Tu pecho nevado,
Tu risa, tu habla,
Tus mil atractivos,
Conservan mi llama ?
¡ Ah, Délia inocente !
¡ Y cómo te engañas !
Ojuelos vivaces
Tambien tiene Laura,
Y el labio de rosa,
Y el cuello de nácar ;
Tambien en su pecho
Tuvo Amor entrada,
Y en él há dejado
Bien profunda llaga ;
Y con todo pude
Por fin olvidarla.

¿ Sabes, dulce amiga,
La dichosa causa, .

Que ya no me deja
Lugar á mudanzas?
¿Sabes el encanto
Que, despues de tanta
Llama pasajera,
Fijó mi inconstancia?
Tu alma solamente,
Bien mio; tu alma,
Cual un Angel, pura,
Cual la cera, blanda,
Y sencilla, y tierna,
Y amante, y dotada
De tantas virtudes
Cuantas tienes gracias.
Sí, Délia; no puedo
Dejar de adorarla;
Y si miéntras viva
No me desamparas,
Ni rompes el lazo
Que une nuestras almas,
Yo seré la envidia
De todo lo que ama,
Tú harás un dichoso,
Obra reservada
Al poder divino
De Deidades altas.

Mi motivo de hacer versos

¿ Riquezas? Por ellas
Jamás me desvelo,
Ni á sus escojidos
El Númen de Délos
Promete otra cosa
Que el laurel modesto.
Como Homero nadie,
Y fué pobre Homero,
Y lo fué Virjilio,
Y todos con ellos.
¿ Qué corra mi fama,
Cuando ya esté muerto ;
Y que, cuando vuelvan
Los siglos que fueron,
Me envidien, me alaben
Mis últimos nietos ?
¡ Hay tal niñería !
No, no; ni por pienso
La fama no libra
Del avaro Averno,
Ni yo merecerla
Por mis versos creo ;
Pues naturaleza
No me hizo soberbio.

¿Favor de los grandes
Será lo que anhele ?
Ni ellos le dispensan,
Ni yo le deseo ;
Y aunque, por desgracia,
De muchos dependo,
A ninguno adulo,
Y á ninguno temo.

¿ Y en cantar entónces
Cual será mi objeto ?
Tú, Délia, lo sabes,
Que, oyéndome un verso,
Solo por ser mio,
Me das mil de besos ;
Y entónces me abraso,
Me ajito, me incendio ;
Sobre tus mejillas
Un momento muero,
Y luego, al sentido
Perdido volviendo,
Torno con mas fuerza
A cantar mas tierno
Lo que pueden, Délia,
Tus labios hibréos.

Mis designios frustrados

Un día en que lograron
Las armas argentinas
Contra el tirano un triunfo
Que con celosa envidia
En Santa Helena el corso
Batallador sabria,
Iba á subir al Pindo,
Y, en elevada rima,
Dar eternos loóres,
A San Martin queria.
Pero no bien trepaba
La sagrada, colina,
Cuando al encuentro mio
Vino la Musa amiga,
Y me puso en la mano
Con graciosa sonrisa
El instrumento mismo
Que yo á buscar venia.
Le tomé, y á tocarle
En mis transportes iba,
Mas quedaron burladas
Las esperanzas mias;
Que mi voz dijo *Marte*,
Y sonó *Amor* la lira.

Soltéla con enojo,
 Y dije: ¿ es este dia
 “ Para cantar amores,
 “ O guerras y ruínas?
 “ ¿ Cuando airado Mavorte,
 “ Belona enfurecida. . . . ”
 Iba á seguir; empero,
 Llegando Clio á prisa,
 “ Canta, canta, me dijo,
 “ Que mi númen te inspira:
 “ Aquesta compañera
 “ No dicta mas que risas,
 “ Sin que otra cosa Apolo
 “ En jamas le permita.”
 El disorde instrumento
 Volví á tomar con ira,
 Y alzé la voz de nuevo,
 Y sonó *Amor* la lira.

Clio desplega entónces
 Una risa maligna,
 Y me dice: “ ¡inocente!
 “ Deja que Lopez siga,
 “ Con Rodriguez y Luca
 “ Y Rójas este dia, (*)
 “ El carro de la muerte,
 “ Que al Orco precipita
 “ A cuantos han mordido
 “ El polvo en lid impia.

(*) El Dr. D. Vicente Lopez, Fr. Cayetano Rodriguez, D. Estevan de Luca, y D. Juan Ramon Rojas, poetas porteños, cantaron muchas veces, de un modo digno, los triunfos de nuestras armas y las glorias argentinas.

“ Ellos, no tú, del héroe
 “ Canten la sien invicta,
 “ De palmas, y de gloria,
 “ Y de laurel ceñida. ”
 Entónces, por desquite,
 Dije : “ la Délia mia
 “ Vale mas que mil héroes ”,
 “ Y retiréme á prisa.

Otra vez que en el templo
 De Astrea ví injusticias,
 Otras mil veces digo,
 Porque ví repetidas,
 Vengarlas quise en verso ;
 Pero ; inútil porfia !
 Al invocar á Témis,
 Resonó *Amor* la lira.

Despues, cuando enseñada
 Ví la filosofia,
 Como en la culta Europá,
 Aquí en la Patria mia,
 Tributar me propuse
 La alabanza debida
 A Lafinur, al jóven (*)

(*) D. Juan Crisóstomo Lafinur, natural de Córdoba de Tucuman, y doctor en aquella Universidad, era, cuando se escribió esta pieza, catedrático de filosofia en la de Buenos Aires. Este jóven, hábil humanista, poeta distinguido, fué perseguido por los fanáticos defensores de los absurdos, que, con el nombre de filosofia, se enseñaban antiguamente. Dió Lafinur en Buenos Aires un curso lucidísimo; pero la ignorancia, la preocupacion, la envidia y la calumnia consiguieron hacerle abandonar su carrera. Resuelto á seguirla en Mendoza, experimentó allí las mismas contradicciones: se retiró en consecuencia al otro lado de los Andes, y murió en Santiago de Chile, en el año de 1823, á los 29 de su edad.

Es muy sensible que no exista una coleccion de sus muchas y bellas poesias; ella haria un grande honor al Parnaso Argentino.

A quien con rabia impia
 El jenio furibundo
 Del fanatismo mira,
 Y á quien, desde muy tierno,
 Tierna amistad me liga.
 En el laudable empeño
 Mi mente se fatiga,
 Por encontrar palabras
 De su alabanza dignas :
 Pero rebelde el canto
 Ni á la amistad se brinda ;
 Que la invoqué anhelante,
 Y sonó *Amor* la lira.

Con tanto desengaño,
 Exclamé : “ ¡ Délia mia !
 “ Si es que me há concedido
 “ El hado larga vida,
 “ Miéntas que corra el tiempo
 “ En que las Parcas hilan,
 “ Voy á escribir un verso ;
 “ Pero tú, tierna amiga,
 “ Serás el solo objeto
 “ De las canciones mias.
 “ ¿ Y qué quieres que cante,
 “ ¿ Y qué quieres que diga,
 “ Si *Amor* tan solamente
 “ Sabe sonar mi lira ?

A un amigo, en su larga enfermedad

¿Cuál es la suerte del mortal que habita
Este globo infeliz, mi dulce amigo?
Pérfida y siempre incierta. Instable el hado
Ora dichosos á las unos hace,
Ora á los otros al dolor condena,
Y hoy de improviso nos sorprende, y roba
La Ventura de ayer. Juega insolente
Con el linaje humano la Fortuna,
Solamente constante en su inconstancia.
Igual el bien y el mal, y repartidos
Por ciega mano de voltaria suerte,
El hombre en su razon tan solo encuentra
Contra el rigor del hado firme apoyo,
Y sabe el bien gozar sin engreirse,
Como sufrir el mal sin desaliento.
Iban ántes en larga bienandanza
Tus dias, es verdad, sin ser sentidos;
Y el placer te reía, y tu contento
Nunca otro estado presajiarle pudo.
Alzaba el almo Sol su rubia frente,
Y te via feliz, y de tus gozos
Era testigo, al esconder su llama.
Un suspiro jamás, sin ser de amores,

Un deseo jamas, sin ser formado
Por la ternura de que siempre lleno,
Tu corazon está; la mediania,
Que te daba el sustento y daba todo
Cuanto, ansia el hombre honrado; tus amigos,
Tus libros, tus amores; ¡ ay! ¿ entónces
A la sed de gozar qué mas faltaba?
¿ A las sed de gozar, que, miéntras vamos
Riéndo de placeres en placeres,
Nunca se satisface, y mas se ensancha
El corazon avaro, que no sabe
Qué mas hay que gozar, y mas desea?
¿ Cuándo pesó en tus ojos la gravosa
Lágrima del dolor? ¿ Su amargo acíbar
Alguna vez probaste, deslizado
Por tus mejillas hasta el labio yerto?
¿ O allá en el hondo pecho hervir sentiste
De pena cruda los sollozos roncós?
¿ Sufriste alguna vez? ¡ Y qué! ¿ Creías
De contento cargado ir á la tumba,
Cuando el tiempo fugaz la mano helada,
Que encanece el cabello, en tu cabeza
Trémulo en fin pusiera? Lo creiste;
Y repente tus dias se nublaron,
Y el hombre de placer en la desgracia
No tuvo faz serena. Congojosa
Corrió la enfermedad negra cortina
Al lecho del dolor, y en él te lanza,
Y caes y yaces: tras un mal, mil otros
De un variado sufrir amargo cáliz
Apurar te hacen, y sus heces bebes,
Y toleraste un tiempo; al cabo empero

Te ví desesperado. ¡ Amigo, amigo!
 ¿ El hombre cuándo es hombre? ¿ Cuándo claro
 Alumbra todo Sol sus días bellos,
 Y opaca niebla de congoja acerba
 Jamas sobre el placer su velo tiende?
 No, No; que entonces el corazon cerrado
 Está á virtudes que el sufrir enseña,
 Y que aprenderse deben. La desgracia
 Es la escuela del hombre. Si no hubiese
 En la tormenta una ancla; si, irritado
 El cielo contra tí, todo su enojo
 De hoy en mas en tu vida derramára,
 Y te vedase el esperar siquiera;
 Entónces... ni aun entónces... ¡ Qué! ¿ No escucha
 El hombre á su razon? ¿ Y la alma noble
 No muestra su valor en conformarse?
 ¿ Mas por qué no esperar? ¿ Acaso, un dia
 Mas constante que el bien el mal há sido?
 ¡ La rueda de Fortuna, que hora pasa
 Rápida sobre tí, mañana un vuelco
 No dará, y otra vez veráste alzado?
 ¿ O el hombre jime siempre, ó siempre goza?
 Y la Esperanza, ese vivir del triste,
 Esa Diosa benéfica, que alivia
 El peso de los males miéntras duran,
 Y anticipado el bien gozar nos hace,
 ¿ No te merece culto? Amigo mio,
 Vivir para el dolor es triste suerte;
 Pero palabras de consuelo escucha,
 Y en brazos de la Muerte no te arrojes.
 ¡ Desesperado, que á la Parca invocas!
 Ayúdate á tí mismo, que te amenguas,

Si aumentas tu sufrir con tu abandono.
 Harto hambrienta la Muerte, carnicera
 En tí y en todos cebará algun dia
 Tanta voracidad: pero nosotros
 ¿ Por qué al encuentro al despiadado golpe
 Habrémos de salir?—¿ Amigo ! ¿ Fátuo,
 Insensato de mí ! ¿ Lúgubre acento
 Hago yo resonar en tus oídos,
 Cual si la tumba vieras ? ¿ Qué ! ¿ Mañana,
 Si, mañana, gozoso no hé de verte
 Saltar del lecho, y, á mi brazo asido,
 Los sitios solos, que á pensar convidan,
 Pasëar con pié firme y alegrarte ?

¿ Te acuerdas de los ratos en que, juntos,
 Atras dejando el bullicioso pueblo,
 Y desdeñando la molesta turba,
 Que el ócio hace vagar en la ancha plaza,
 Del corazon y de la mente encanto
 Ya de Virjilio los primores eran,
 Ya del tierno Melendez la dulzura ?
 Ora, sentados cabe el grande rio,
 Aspirando frescor, y respirando
 Amistad y llaneza, mudas iban,
 Y rápidas á un tiempo, alegres horas ;
 Ya el tardo pié moviendo hácia el Retiro,
 Diciendo versos, recordando escenas
 De placer y ternura, todo daba
 Pábulo al fuego de amistad sencilla.
 ¿ Y qué, cuando, en las pláticas de amores,
 Del primer beso de tu esposa bella
 Te acordabas amante, y de mi amada

Me acordaba tambien? ¡ Ah! Nueva entónces
La que era antigua llama ¡ cuánto ardia!

¿ Lo recuerdas, querido? Todo, todo
Va á tornar prontamente; tú lo quieras,
Y prontamente tornará. ¿ No miras
Que anhelan todos tu salud, y presto
A recobrarla vas? Tierna, oficiosa,
Los ya pesados ojos con el llanto
Levanta al cielo tu aflijida madre,
Y los vuelve á tu lecho, y te acaricia,
Y otra vez llora, y tu tristeza condena.
Tu amante esposa, á quien el cielo há dado,
Pródigo en bienes, cuantas gracias pueden
Ornar su sexo y en cuya alma moran,
Hijas de la ternura, las virtudes,
¡ Cuánto se afana, se acongoja cuanto,
Porque tú mismo tu penar aumentas,
Y desoyes su voz consoladora!

¡ Confía, tierno amigo. ¡ Cuántos jimen
Hoy mucho mas que tú! pero mañana,
Libres del peso del dolor, en risa
Se volverá su llanto; y lo presienten,
Y presintiendo viven. La Esperanza. . . .
¡ Qué no hace la Esperanza! Si te entregas
A sus brazos de paz; si te abandonas
A los consejos de tu tierna madre,
Tu dulce esposa, tu ferviente amigo,
Verás cuan claros y cuan presto lucen
Los dias que anticipa mi deseo.
Ya su Aurora dichosa se adelanta,
Y mi verso profético la canta.

AÑO DE 1819

E l e n o j o

Con Délia enojéme,
Pero nadie sabe
Enojós con Délia
Después lo que valen.
Satisfecho, alegre,
Amado y amante,
Sin zelos de Délia,
Sin Délia zelarme ;
Temores un día
Sentí apoderarse
Del pecho, y el pecho
Palpitar, temblarme,
Circular mas pronto
Mi sangre que ántes,
Y en la mente dudas,
Y en la alma combates,
Y cosas que nunca
Podrán esplicarse.

Yo no sé ; yo quise
De Délia quejarme,

Y ni hallaba queja
Fundada que darle,
Ni ménos podia
Mi amor aquietarse.
La razon. . . ¿ Cuando hubo
Razon en amantes ?
Ríjida y severa,
Jamás tiene parte
En lo que sucede
A dos pechos que arden.
¿ Y es preciso acaso
Razon para amarse ?
El corazon solo
Sabe lo bastante,
Y él hace los nudos
De amor y deshace.

Al fin, al bien mio
Dije mis pesares,
Mis fieros temores,
Mis ansias fatales,
Mis dudas, y nada ;
Porque ¿ qué imputarle ?
Escuchóme atenta
Y, en vez de excusarse,
Rióse la hermosa,
Y luego á mirarme
Se vuelve, y su labio
Segunda vez abre
Con otra sonrisa
Que el pecho me parte.
Amor, que en sus ojos

Está, y nunca sale,
Tambien se reía,
De ver aquel lance ;
Pero yo irritéme,
Y en aquel instante
Zeloso, ofendido,
Volé inconsolable
A do, solo y triste,
Llorar mis pesares
Pudiera, y de Délia
Y el cielo quejarme.
Así todo un dia
Pasé, cual no cabe
Que amadores pechos
Igual otro pasen.

Por fin á las plantas
De Délia á arrojarme
Volví nuevamente,
Y volví á quejarme,
Y á llamarla ingrata,
Y á que me matase,
Si acaso el olvido....
Pero Délia, amante
Mas que nunca entónces,
Mas que nunca amable,
Ya llora conmigo,
Ya me satisface ;
Consiente que guste
Su beso inefable,
Y enjuga mi llanto ;
Y vuelve á abrazarme ;

Y nunca sus labios
Como entonces arden,
Y nunca otro néctar
Me dió mas sūave,
Ni fueron tan tiernos
Sus suspiros ántea
Mil veces, mi Délia,
Volviera á enojarme,
Aunque me costára
Mayores pesares,
Si con igual fuego
Volvieses á darme
Eso que me diste
Por desenojarme.

A L a f i n u r

O Lafinur, tú pierdes
Sensiblemente el tiempo,
Revolviendo los libros
De autores mil diversos,
Y en pos de inútil ciencia
Afanoso corriendo.
De la filosofía
Enseñando el sendero,
A la Verdad conduces
A tus jóvenes tiernos,
Y toda tu ventura
Consiste solo en eso.

Desengáñate: hubo
Para mí cierto tiempo,
En que también Minerva
Me introdujo en su templo,
Y subió en sus altares
El humo de mi incienso.
Entonces yo creía
Que solo aqúeste empleo
Era digno del hombre,
Y me engañaba necio.

Porque, dime, querido,
¿ Qué te importa en efecto
Que el hombre solo piense
A fuer del sentimiento,
O que piense, movido
De principio diverso ?
¿ Qué te importa que, fijo
El Sol en medio cielo,
Jire la Tierra en torno
Por el espacio inmenso,
O que, fija la Tierra,
Jire en contorno Febo ?
¿ Qué importan las distancias
Que hay de Mercurio á Vénus,
O de Marte á Saturno,
O de Saturno al centro ?
Han de volar tus años,
Y cuando el cano tiempo
En tu cabeza blanca
Ponga el pesado dedo,
Dime ¿ de tanta ciencia
Qué há de quedarte luego ?
Corta la Parca el hilo,
Vas al sombrío reino,
Y el que pasó la Estijia
No vuelve del Averno,
A empleär de otro modo
Los perdidos momentos.

Haz tu deber, amigo ;
Que si dió vida el cielo
Al mortal desgraciado,

Para que muera luego,
 El destino del hombre
 En amar está puesto ;
 Y es instante vacío,
 Y de ningún provecho,
 En el que no exhalamos
 Algun suspiro tierno.
 ¿ Conoces á mi Délia,
 A mi adorado dueño ?
 Pues otra Délia busca,
 Querido amigo, luego.
 Como la mía nunca
 La encontrarás, es cierto ;
 Pero Cupido sabe
 Herir también los pechos,
 Que, cuando están tocados
 De su divino fuego
 Toda querida es Diosa,
 Todo lo amado es bello.

Mírame á mí, encerrado
 Del gabinete en medio,
 Cercano á los que rijen
 La suerte de los pueblos,
 A do vine arrastrado
 Por un destino ciego,
 Esto, á que llaman dicha
 Los aspirantes necios,
 ¿ Piensas que satisface
 Ni aun el menor deseo,
 Cuando no se há nacido
 Con corazón de fierro ?

¡ Ah, Lafinur ! Te engañas ;
 Dejo el palacio, y vuelo
 A los labios de Délia,
 Que me esperan sedientos ;
 Y el sumo de las flores
 Que, con prolijo aseo,
 Las abejitas liban
 Para su miel, es ménos
 Dulce que el dulce néctar
 Que de su boca bebo.

Esto solo es fortuna ;
 Esto es vida ; y si muero,
 Y recoge mi Délia
 Mi postrimer aliento,
 Me quedaré en sus brazos
 Como en un blando sueño.
 Que si hay memorias tiernas
 Allá en el hondo seno,
 Adonde todos vamos,
 De donde nadie há vuelto,
 Yo, habitador tranquilo
 Del país de los muertos,
 Me acordaré de Délia,
 Y esperaré el momento
 De su hado inevitable,
 Para unirme de nuevo
 A la que, sombra entónces,
 No será amada ménos.

Ea, querido amigo,
 Aprovecha tu tiempo ;

Que uno al otro los días
Se atropellan violentos,
Como si fuera largo
El plazo que tenemos.

El Amor

Cual jóven incauta,
Que una rosa linda,
Que el prado le brinda,
Se atreve á tomar ;
Y siente su mano
De espinas punzada,
O muy pronto ajada
Su flor vé quedar :

Tal el pecho triste,
Que al amor aspira,
O al momento mira
Su pena nacer,
• O su gloria instable,
Su vano contento,
Húyen como el viento,
Para no volver.

Sólo yo, de Délia
Amante dichoso,
Si lloro es de gozo,
Jamás de dolor ;

Y ella por momentos
Olvida . . . ; oh delicia !
La usada caricia
Por otra mayor.

El Jardin de Délia

Ya pasó el crudo Invierno,
Que con su mano yerta
Desnudó el verde prado,
Yermó la hojosa selva,
Y llevó sus rigores
Hasta el jardin de Délia.

Ya pasó el crudo Invierno,
Y la alma Primavera
Por valles y por montes
Va derramando esencias ;
Por montes y por valles
Su venida risueña
De nueva vida anima
A la natura muerta,
Y el primero que vive
Es el jardin de Délia.

Ayer, al darme el beso
De su boquita bella,
“ A este sitio (me dijo)
“ Cuando mañana vuelvas,
“ Te daré en otro beso

“ Alguna hojita fresca
“ De aquella rosa linda,
“ Que será la primera
“ Que se abrirá olorosa
“ En el jardin de Délia. ”

Esta mañana, ansioso •
Con tan dulce promesa,
Volví, volví volando
A buscar á mi bella,
Que ya triste culpaba
Mi tardanza molesta.
Halléla reclinada
Sobre la muelle yerba,
Fijos los lindos ojos
En la rosita abierta,
Que meciéndose estaba
En la planta materna,
Y dando envidia á flores
En el jardin de Délia.

Vióme la hermosa, y luego
Se levantó contenta ;
Llegué, llegó á la rosa,
Arranca una hoja de ella,
Y, puesta entre su labio,
Voló hácia mí risueña ;
Y su labio y la hojita
A mi boca sedienta
Gustaron como á Dioses
El delicioso néctar,

Y el aura embalsamaron
En el jardin de Délia.

¡ Oh dulce beso ! ¡ oh rosa !
Cuando la Primavera
Los soles del Estio
Dentro de poco tema,
A tu rosal se acoja,
Bajo su sombra duerma.
Sean sus florecitas
Causa de mas finezas,
Incentivo de amores,
Adornos de mi bella,
Y yo vendré á regarle
En el jardin de Délia.

AÑO DE 1820

A un amigo, en la muerte de su padre

Mira lo que es el hombre. Angosta fosa,
Do yacen los cadáveres en polvo,
Es la hondura insondable, que divide
Los que la horrenda eternidad abarca.
De los que alumbra el Sol. Dulce es la obra
Que al hombre da la vida; pero apénas
A la primera luz los ojos abre
El mísero mortal, fiero la Parca
Le envidia su vivir, y avara fija
La aciaga hora, que, por mas que tarde,
Siempre llega temprano: corto espacio
Entre la cuna y el sepulcro media.
¿Do está tu padre ya? Los tristes ecos
Resonarán de tu lamento envano,
Llamando mil de veces en el dia
Al autor de los tuyos. Ponderosa
La lápida cayó sobre su tumba,
Y sobre ella los siglos eternals.
Las sombras no responden, y la Muerte
Despiadada desoye nuestras voces;

Que, hecha una vez la presa, á nadie es dado
 De su garra arrancarla. Tuve padre,
 Y le perdí cual tú. ¡Cómo le amaba!
 Esta ternura que en el pecho anido;
 Este anhelar el bien; el dulce llanto,
 Que vierto siempre sobre el mal ajeno;
 Esta tendencia á amar; dado fué todo,
 Todo dado por él. Yo de su labio
 Cuando el endeleble pié movia apénas,
 Las lecciones del bien ya recibia,
 Y él la semilla de virtud regaba
 Que en mi pecho plantó. Si mis amigos
 En mi oscuro vivir quizá me juzgan
 Digno de ser amado cual los amo,
 ¿ A quién piensas, Manuel, que yo lo deba?
 ¡ Ah! memoria, memoria! La honda herida,
 Que en mi azorado pecho abrió tal golpe,
 Todavía reciente, está sangrando.
 Un jiro apénas el planeta nuestro
 Há dado en torno al Sol, desde la noche
 En que, bañado en mi copioso llanto,
 Y desgarrado el corazon, mil besos
 ¡ Ultimos besos! en la yerta frente
 Dí al amado cadáver, y de pronto
 De mis brazos amantes le arrancaron,
 Y le escondieron en la horrenda huesa,
 Donde quizá con las de algún perverso
 Se mezclaron cenizas respetables.
 ¡ Oh Señor de la vida y de la muerte!
 ¿ Por qué no me escuchaste? Yo, humildoso
 Mi faz cosia con el polvo negro,
 Y te rogaba que el instante aciago,

Señalado al morir del padre mio,
 Lentamente viniera, y tarde entrára
 En la série constante de las horas.
 ¿Por qué no me escuchaste, y en mis ojos
 Perenne manantial de amargo llanto
 Sin piedad has abierto? Si una sombra
 Era de unirse á las del reino oscuro,
 ¿Mi vida aquí no estaba? En flor yo hubiera
 A la tumba bajado, y ningun hijo,
 Ninguna esposa en mi morir penára
 ¡Oh Dios! ¡Oh Dios terrible! ¿Que, no viste
 Que condenabas con tu horrendo fallo
 Diez hijos inocentes á las penas,
 Y una esposa infeliz al abandono
 De la horfandad y la viudez llorosa?
 Perdóname, Manuel, si en vez de darte
 Alivio en tu dolor, te lo redoblo
 Con recordar el mio. Amigos siempre,
 Y siempre en suerte igual, también ahora
 Nuestro acerbo penar aduna el hado.

Llora, llora, querido; este consuelo,
 Dado á los pechos tiernos, es el sólo
 Que, en su enojo terrible, el cielo mismo
 No te querrá robar. Llora, tu padre
 Lágrimas pide, y la pesada losa,
 Que de tu vista le ocultó, bañada
 Debe en lágrimas ser. El poderoso
 Baja á la noche del sepulcro, y lleva
 Tras sí la maldicion del miserable,
 La execracion comun; con ojo enjuto
 Todos miran su fin; el arte entónces

Sus primores apura ; letras de oro,
 Mausëolos erguidos, que levantan
 Su escandalosa mole á mas altura
 Que el fúnebre cipres que los rodea ;
 La pompa, en fin, de sus funestos dias,
 Llevada hasta la tumba con sus vicios,
 Enseña á las edades venideras
 El sitio donde yace ; quien? un mónstruo,
 Qué negaba el sustento y el vestido
 A la viuda infeliz, cuando mil veces,
 Desde el pié de la escala, que subida
 Daba al soberbio alcázar, le mostraba
 Excuálido á su niño, único resto
 De su pasada gloria y sus amores.
 Le negaba el sustento, y entretanto
 ¿ Lo creyeras, Manuel? los vicios todos
 Compraba con el oro, y en el juego
 El pan de cien familias devoraba.
 Mas la Parca asaltóle, y, miserable,
 Cerró sus ojos al eterno sueño,
 Y los cerró ; que horror ! sin ser llorado ;
 Que hasta sus hijos, á su ejempló viles,
 Con ávido placer vieron el oro,
 Amargo fruto de violencias largas.

Pero el bueno no así ; no así tu padre ;
 La amistad, la ternura, los amores,
 Y las virtudes todas presidieron
 Su plácido nacer ; su cuna todas
 Mecieron á la par, y hasta la tumba
 Le acompañaron fieles. ¿ No le viste
 Dar sin temor el postrimero paso

En la carrera de la vida? Amigo,
 El pavor y la duda punzadora
 Que asaltan al mortal, cuando ya pisa
 Los lóbregos umbrales de la Muerte,
 Y la espantable eternidad descubre,
 Son hijos del tenaz remordimiento,
 Que róe el corazon de los malvados;
 Son hijos. . . . si; pero ¡ ay ! que igual balanza
 Del ímprobo y del justo pesa siempre
 El menguado vivir. Igual la Muerte
 Huella la torre del monarca excelso,
 Y á la cabaña baja; y cual si fueran
 La virtud al poder, y al crimen torpe
 La probidad humilde comparables,
 Así la dura en los olvidos largos
 De la noche sin fin los hunde ciega.

Todo acaba, Manuel, todo obedece
 La ley de destruccion; el opulento,
 Y el mendigo infeliz; el poderoso,
 Y el que la faz en su presencia inclina;
 El que ama la virtud, y el que la insulta;
 El fresco jóven, y el temblon anciano;
 Los hombres y sus obras; todo, todo
 A un mismo fin camina: un mismo dia.
 Vé caer con estruendo añoso roble,
 Que fatigaba al tiempo, y vé á la rosa,
 Hija lozana del frescor del alba,
 A la par perecer; sin que al primero
 Valer pudiera tanto sol vencido,
 Ni á la flor tiernequita el ser aquella
 La primera mañana, en que modesta

Rompió el verde boton, embalsamando,
 Apénas al nacer, el aire en torno.

No se piensa en el mal, y el mal se acerca
 Cuando se teme ménos: pero, amigo
 ¿ Por qué há de ser igual la ley terrible?
 ¿ Para todos igual? ¿ Cuándo tu padre
 Mereció perecer? ¿ No es que há teñido
 La probidad de blanco sus cabellos?
 ¿ Por qué á tu amor filial fué arrebatado,
 Cuando serenos tus alegres dias,
 Mas serenos que nunca, te halagaban?
 ¿ Por qué no tienen en el duro trance
 Ni la honradez ni la virtud valia?
 Tal es, querido, el horroroso fallo
 De la tremenda ley; pero no pienses
 Hallar en mi alma la crüel firmeza
 Del que aconseja que se niegue el lloro
 A las cenizas de los muertos caros.
 ¿ Acaso alivia los dolores crudos
 El ser comun el mal? ¿ O la alma tierna
 Verá consuelos en la idea fria
 De que el jemir y el llanto dar no pueden
 Nueva vida á una sombra? Llorá, llorá;
 Que aunque todos perezcan, si parece
 El dulce objeto, al corazon querido,
 Es bronce el corazon, si no derraman
 Los ojos su dolor. Este consuelo
 Es el que quiero á mi amistad que debas.
 Yo lloraré contigo; en algun dia
 Hemos llorado juntos, y conoces
 Quanto mi pecho al sentimiento cede.

¿Te acuerdas de Rufino? ¿cómo amaba
 A su adorable Elida! “Yo (decía
 “En los transportes de su amor hirviente)
 “En lazo eterno me uniré con ella;
 “Yo haré su seno virjinal fecundo,
 “Y los dos orbes del intacto pecho
 “Dos veneros serán de miel y néctar,
 “Do sus labios aplique el dulce fruto
 “De nuestra union de amor, y beba en ellos,
 “A la par del sustento, las virtudes
 “Que en Elida adoré:” y oyó la Parca,
 Y envidióle su dicha, y á la bella
 Al punto lanza en la rejion de olvido.
 ¡Oh! ¡cuál vimos entónces al cuitado!
 ¡*Elida!* ¡*Elida!* en ronca voz decia,
 Y decia, y lloraba, y sus dolores
 Hondos entraban en el pecho nuestro,
 Y su llanto con llanto acompañamos.

Sí, Manuel; si hay acaso sacrificios
 Para aplacar los mánes, son tan solo
 Los tributos de lágrimas, que pagan
 A su memoria los sensibles pechos,
 Que anidaron ternura: pero piensa
 Que, al otro lado de la tumba helada,
 Hay una vida de deleite puro,
 Y deleite eternal; y que tu padre
 El galardón del justo goza en ella,
 Y en el seno de Dios sin fin descansa.

En la muerte del Exmo. Sr. Jeneral D. Manuel Belgrano

Si á tu poder fatal, Muerte implacable,
Algún triunfo bastára,
Que llenase tu cólera insaciable,
Y todos tus trofeos coronára,
¿ Cuál otro esperarías,
Y cuando mayor llanto causarías ?

¿ Con qué al fin á Belgrano nos robaste,
Y ciega y olvidada
De su gloria y su mérito quedaste,
Al levantar la diestra descarnada ?
A una nacion entera
Condena al llanto tu venganza fiera.

No heriste al adalid en tantos dias
De mortandad horrible ;
Al jénio de la guerra en él veías,
Que á respetarle te obligó invencible,
Y, vuelta á otro guerrero,
Cebabas tu despique carnicero.

Para arrojarte al bárbaro atentado,
Alevosa esperaste

Verle en el lecho del dolor postrado;
 Y aun allí, cuando el crimen consumaste,
 Te azoró tu delito,
 Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Pero ¡ay! que, puestos en igual balanza
 El justo y el malvado,
 Todos víctimas son de igual venganza;
 - Y, perdida una sombra, á nadie es dado
 Con el llanto y jemido
 Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas: ¡y á la tierra,
 Que defendió tu espada,
 Todo lo que en tu túmulo se encierra ^(*)
 Quien podrá ya volver? ^(*) Abandonada
 La Patria al desconsuelo,
 La copa apura del furor del cielo.

Y de furor sin fin. Al templo sacro,
 A la Virtud alzado,
 Ya no vá adorador: su simulacro,
 Por el crimen triunfante profanado,
 En trozos dividido,
 Cayó hasta el polvo, en vilipendio hundido. ^(†)

Quizá tu vida, como el éter pura,
 A los dias de duelo,
 Y de desolacion y de amargura,

(**) Los dos versos aquí anotados son de Cien fuegos.

(†) No deberán extrañarse muchas expresiones y conceptos de esta composicion, si se recuerda que el virtuoso Jeneral Belgrano murió en el periodo mas crítico del desgraciado año 820. Los mejores y mas decididos patriotas desesperaban entónces de la salvacion del pais. . . .

No debiera llegar; y justo el cielo
 Inmaturo te lleva
 Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad; pero entretanto
 ¿ A quien sus ojos vuelven
 Los hijos de la Patria, en el espanto
 En que tu muerte y su aficcion la envuelven?
 Héla ya desolada,
 Y á enojosa viudez abandonada.

La virtud, el valor, ya sin modelo,
 No mas serán seguidos;
 Que el teson incansable, el noble zelo
 En llenar los deberes distinguidos,
 No son mas que memoria
 Que han dejado tus hechos y tu gloria.

¿ Do está la hueste que tu voz oía,
 Y que á la Patria daba
 Seguridad y honor? ¿ La que algun dia
 Hueste de virtüosos se llamaba,
 Y cuyo solo amago
 Fuë tanta vez al enemigo estrago?

No ya tu dedo mostrará el camino,
 Por do seguir debia;
 Ni sus triunfantes sienes el destino
 Coronará, cual coronó algun dia,
 Cuando, fiel á tu mando,
 Del laurel á la sombra iba marchando.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno,
 La obediencia perdida,
 No mas escucha de la guerra el trueno ;
 Que, en pequeñas reliquias dividida,
 Y acá y allá vagando,
 Las banderas infiel va abandonando.

Por esto llora la Virtud; y hoy dia,
 Que campos y ciudades,
 Por la furia brutal de la Anarquia,
 Son t  atro de sangre y de maldades,
 La Patria sin consuelo
 Su doliente clamor levanta al cielo.

Pero envano : el camino de la Parca
 Nunca mas se atraviesa,
 Y, si una sombra el Aqueronte abarca,
 Nada es bastante   rescatar su presa ;
 Que al reino del espanto,
 Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, jenos, que en la fuente pura,
 Bebisteis de Hipocrene,
 Y   quienes, al cantar vuestra amargura,
 Acompa a llorosa Melpomene,
   Os negareis al canto
 En este dia de comun quebranto?

  Ser  que nunca en metro doloroso
 Alzeis   las estrellas
 El renombre del h eroe virtuoso,

Que nunca quiso abandonar las huellas,
Hoy de nadie trilladas,
Por la virtud y el mérito estampadas?

No hagais que del honor triunfe el olvido ;
Tomad mi pobre lira,
Vuestro dolor la temple, y su sonido
Será digno del númen que os inspira,
Y del héroe la gloria
Durará eternamente en la memoria.

¡ O Jefes de los pueblos ! A la frente
No estais de sus destinos
Para hacerlos jemir bárbaramente.
Belgrano os ha mostrado los caminos
Que llevan á la fama ;
Oíd la voz que de su templo os llama.

Id á la tumba donde está encerrado
El fríjido esqueleto ;
Llegad, y el corazon sobresaltado
Sentiréis de pavor y de respeto,
Cual si os dijera él mismo :
“ Evocad de mi tumba el patriotismo. ”

ANO DE 1821

A la libertad de Lima, por el ejército libertador del Perú, al
mando del Exmo. señor Jeneral D. José de San Martín,
el día 10 de Julio de 1821.

¿Cuál embriaguez, cuál entusiasmo mi alma
Hoy arrebatan? ¿y en la sangre mía
Por qué un hervor desconocido siento?
¿Quién, con alegre voz, la triste calma
Se atreve á perturbar, en que yacia,
Víctima inútil de un dolor violento!
¿Sois, vosotras, ó vírjenes del Pindo,
Las que ajitais mi pecho? Perdonadme,
Si á vuestro imperio, dócil, no me rindo;
Y de una vez dejadme
Que, en lugar de mi canto,
Vierta sobre mi Patria largo llanto.

¿Y como hé de cantar? Desde la orilla
Del plateado rio hasta las cumbres
De los montes que en Salta se levantan,
¿No veis, no veis que la mortal semilla
De discordia cundió? ¿Qué pesadumbres!
¿Qué asolacion y lágrimas! Quebrantan

El freno las pasiones en un año :
 ¡ Oh año veinte del siglo ! Tú pasaste,
 Y contigo tu horror : empero el daño
 Que tras de ti dejaste,
 A la patria condena
 A ignominiosa y duradera pena.

¿ Mas qué gozo hasta ahora no sentido
 Mi corazon inunda de repente ?
 ¿ Que Dios es este que mi pecho inflama ?
 ¿ Será, será verdad que desmentido
 Queda mi vaticinio eternamente,
 Y que el llanto ya envano se derrama ?
 Si, vírgenes, corred ; las victoriosas
 Sienes de un heroe coronad festivas
 De albo jazmin, y de laurel y rosas ;
 Y, entre alabanza y vivas,
 A los Libertadores
 El camino cubrid de palma y flores.

Oigo el eco veloz, que, atravesando
 Del Pacífico mar la quieta hondura,
 Resuena de los Andes en la cima.
 Ya, ya llega á nosotros, proclamando
 De San-Martin el nombre, y la bravura
 De los que dieron libertad á Lima.
 ¡ Libertad ! ¡ Libertad ! no mas resuena
 En todo el continente ; y el ruido
 Del último eslabon de la cadena,
 En trozos dividido,
 Amedranta y aterra
 A todos los tiranos de la tierra.

Y todo cierto fué. Los batallones
 Condujo San Martín, y circundaron,
 De los Reyes las hórridas murallas, (*)
 Do rujian de España los leones.
 Los Iberos atónitos temblaron,
 Cual si vieran al Dios de las batallas;
 Y pávidos contemplan desde el muro
 Al adalid, que la soberbia frente
 De los Andes holló con pie seguro,
 Y á su escuadron valiente,
 Y el famoso estandarte,
 Signo de libertad, honor de Marte.

Acudid, acudid con mano fuerte
 Erguidos héroes de la erguida España;
 Abrid las férreas puertas, y llevando
 Las falanjes al campo de la muerte,
 En el campo venced. La fiera saña
 De vuestros duros pechos derramando
 Sobre los libres que teneis al frente,
 Vengaos en ellos: decidid ahora
 Si el Perú debe ser independiente,
 O si Lima, señora
 De tan rica comarca,
 Será siempre la esclava de un monarca.

Esos son, esos son los que dos veces,
 En Chacabuco y Maipo, ya os mostraron
 Que humillar saben el poder de Europa,

(*) Lima era llamada *La Ciudad de los Reyes*

Y convertir sus lauros en cipreces.
 El mismo rayo lanzan que lanzaron ;
 Vibran el mismo acero ; esa es la tropa,
 Y ese su jeneral. La misma guerra
 Con que el suelo de Arauco han redimido,
 Conducen hoy á la domada tierra,
 Que el yugo aborrecido
 De vuestra tirania
 Sacudir sin su auxilio no podria.

¿ Y abandonais de un golpe las venganzas
 A vuestro amo insolente prometidas,
 Y el enconoso y temerario empeño ?
 ¿ Oh ! Dejad, si podeis, las esperanzas
 De los libres del Sud desvanecidas ;
 El Perú conservad á vuestro dueño,
 Y enseñadnos de nuevo á ser esclavos.
 Pero ; que ! ¿ No salis del doble muro
 A llamar al combate á nuestros bravos ?
 ¿ Y su asilo seguro
 Pávido no abandona
 Fiero Español, que su valor pregona ?

¿ Mas qué estrépito horrisono en las plazas
 De la oprimida capital se siente ?
 ¿ Qué repentino movimiento lleva
 Por do quier las falanjes ? ¿ Qué amenazas !
 ¿ Qué clamor á la vez !—¿ Se cree valiente
 El ibero crüel, y así se ceba
 Del pueblo inerme en el brutal saqueo ?
 ¿ Cobardes ! ¿ Ya perdida la esperanza,
 Vuestro oprobio há de ser vuestro trofeo ?

¿Será que la venganza
Hasta la afrenta os lleve?

Pero ¡cuando un tirano no es aleve!

Mas no osarán, ó San Martin terrible,
Arrostrar tus enojos. Hélos, hélos,
Que ya, la capital abandonando
A tu poder tremendo, irresistible,
De la encumbrada sierra por los hielos
Asilo á su vergüenza van buscando.
Donde la planta fijan allí imprimen
La huella del horror. ¡Empero á donde,
Cuando sus hados al malvado oprimen,
De su furor se esconde?
Sobre su cuello alzadas
Ya estan de tus guerreros las espadas.

Entra, jenio inmortal : anega tu alma
En el placer de libertar al suelo ;
Entra en la gran ciudad, y los abrazos
Recibe de los libres, y la palma
Con que tu triunfo coronó tu anhelo.
Has roto ya los apretados lazos,
Y el férreo yugo del Perú oprimido :
Por do quier haya libres en el mundo,
Y resuene tu nombre, será oído
Con respeto profundo,
Y la Fama sonora
Le cantará por cuanto Febo dora.

¡Cuál se goza la América, elevando
Cada vez mas y mas su digno trono

Sobre ruinas de ambicion ibera!
 Sus hijos, sus derechos recobrando,
 El oprobioso nombre de colono
 Para siempre borrarón. Nueva era,
 Nuevo tiempo se cuenta: la memoria
 De nuestra antigua servidumbre hundida
 En el olvido quede; y si en la historia
 Debe ser repetida,
 Que solamente sea
 Porque nuestra justicia el mundo vea.

¡ Preclaro Jeneral! Anníbal mismo
 Envidiára tu nombre, si existiera,
 Que en los Andes á Anníbal exediste.
 ¡ Con qué placer su heroico patriotismo,
 Reproducido en tí, Washington viera!
 Su sombra ilustre por do quier te asiste,
 Y tuyas son tus obras. No, no acabes,
 Sin que acabe el tirano en justa guerra;
 Y, cuando el crimen de tres siglos laves,
 Da la paz á la tierra;
 Que de hoy para entónces
 Tuyo es el mármol, tuyos son los bronces

¡ Provincias, que, en el Sud del Nuevo mundo,
 Disteis de libertad el primer grito,
 Y el primer estandarte levantásteis!
 Sobre vosotras, si, su aliento inmundo
 La Anarquia sopló; pero al Cocito
 El monstruo horrible de una vez lanzásteis.
 El funesto año fué, y al negro olvido
 Está ya su memoria encomendada,

Y á honor mayor volveis: tal, combatido
 Por la mar irritada,
 Vaga un bajel incierto,
 Y escapa de la mar, y gana el puerto

¿ Mas vosotros qué haceis, imitadores
 De Píndaro inmortal, hijos amados
 Del padre de la luz y la armonia?
 Cantad á San Martin, y sus loores
 Llevad en vuestros metros delicados
 Desde do nace hasta do muere el dia.
 De todo triunfa el Tiempo; sin las Musas
 Un heroe al fin no es heroe; que perdido
 Debe quedar su nombre en las confusas
 Tinieblas del olvido,
 Si el sonoro verso
 No recuerda su gloria al universo.

Solo al sublime canto y á los Dioses
 Dado es vencer al Tiempo. ¿ Quien ahora
 De Enēas las hazañas conociera?
 ¿ Quien de Príamo triste los atroces
 Dolores, y la llama asoladora
 De su ciudad inmensa, si no fuera
 La Musa de Maron? ¿ Y sin Homero,
 Qué seria de Aquíles? Los lóores
 Cantad, cantad del inmortal guerrero;
 Y tributadle honores,
 Que no puede mi lira,
 Dignos dél y del Númen que os inspira.

En elojio de mi amigo D. Estéban de Luca, por su canto lírico á la libertad de Lima, publicado en Buenos Aires, en Octubre de 1821.

¿ Es este el jóven, que otro tiempo há hecho,
Con encendido canto,
Envidiables las ansias de su pecho,
Su fogosa pasion, su dulce llanto,
Los ojuelos de Amélia,
Y el beso hiblëo que le daba Célia ?

¿ Es este el jóven, que la guerra infanda
Y sus negros horrores
Abominó sin fin ? ¿ Cuya alma blanda,
Ilustrada, sencilla, los clamores
No oyó del semejante,
Sin que el llanto bañára su semblante ?

Yo le ví, yo le ví, cuando pulsaba
Al son de amor su lira,
Y con versos de miel nos enseñaba
La primer ley que la natura inspira,
La ley del sentimiento,
De que mortal ninguno vive exento.

¿ No era que Apolo le negó algun dia
 Que, en metros numerosos,
 Cantar pudiera la fatiga impia
 De alumnos de Belona sanguinosos,
 Que con funesta guerra
 Abruman fieros la angustiada tierra ?

¿ Cómo es que ahora denodado eleva
 Muy mas soberbio vuelo;
 Y del héroe del Sud el nombre lleva
 De la honda tierra al encumbrado cielo ?
 ¿ Los bélicos furores
 Canta tambien el que cantaba amores ?

Si, si; pero su Musa no se goza
 En la matanza horrenda,
 Y en la rabia guerrera que destroza
 La humanidad en bárbara contienda;
 Ni en metros inhumanos
 Héroes llamó jamas á los tiranos (*)

Mas su Musa se goza, cuando advierte
 Que jenios bienhechores,
 Venciendo mares, precipicios, muerte,
 Llevan la libertad, y los clamores
 Del oprimido acallan,
 Y al opresor indómito avasallan.

La humanidad entónces le arrebatata,
 Y su misma blandura ;

(*) Ni en metros inhumanos
 Héroes hé de llamar á los tiranos. . . . Cadaíso.

Besa la mano fuerte, que desata
Al Perú sus cadenas; la ventura
Canta de sus hermanos,
Y execra la maldad de los tiranos.

En su entusiasmo jeneroso sigue
La hueste protectora
Que al duro Ibero en el Perú persigue;
Su jénio le arrebató, le acalora,
Y, en feliz fantasia,
Vé cuanto en Lima San Martín hacia.

A su mente fatídica es muy corta
De este siglo la escena;
El divino poeta se transporta;
Vive en el porvenir, y á la cadena
De las generaciones.
Anuncia celestiales bendiciones.

A sus ojos no mas está patente
El libro del Destino;
Sus páginas de fuego de repente
Manifiestas le son, y allí el camino
Libre, feliz, glorioso,
Que el cielo nos prepara, lee gozoso.

Y canta el vate: á San Martín entónces
Ver inmortal quisiera;
Empero no es el mármol ni los bronce
A quienes esto es dado. Duradera
Del héroe sin segundo
Debe ser la memoria, como el mundo.

El cerro de los Andes, que mas lleve
 De las nubes al seno
 Su frente indestructible, y que se eleve
 A las regiones donde rueda el trueno,
 Cincelado, pulido,
 Será en humana forma convertido.

Este es el monumento que eternice
 Del heroe la memoria,
 Y en los futuros siglos divinice
 Por todas las naciones esa gloria,
 Que ya el nuestro respeta;
 Así lo canta el inmortal poëta.

Pero al humano esfuerzo está negada
 La obra que concebiste;
 Esa mole asombrosa, inalterada
 Desde el nacer del mundo, se resiste
 A que el mortal osado
 Se eleve hasta donde ella se há elevado.

Tú solo harás, Estévan, con tu canto
 Tan brillantes proezas
 Duraderas y vivas, hasta tanto
 Que el universo entero hecho pavesas,
 Informe, destruido,
 Caiga en el cáos de donde há nacido.

De San Martin el nombre que se lea
 En todas las regiones;
 Que tu nombre tambien con él se vea,
 Y el del que hizo callar á las naciones,

Cuando cantó exaltado—
 “Oid, mortales, el grito sagrado.” (*)

Entretanto, á los jenios que aspiraren
 A los premios del Pindo,
 Y á celebrar las glorias que alcanzaren
 Los libres de mi Patria, yo les brindo
 Tu grave canto, Estévan,
 Por que bellezas, como en fuente, beban.



(*) Este es el primer verso de nuestra canción ó himno nacional, obra del gran poeta Don Vicente López.

A D. Juan C. Varela, por su elogio á mi canto lírico sobre la
libertad de Lima (*)

¿ Es verdad, dulce Fábio, que mi Musa,
Cuando las glorias atrevida canta
De San Martin en Lima,
Tu congojoso espíritu levanta
Del Pindo á la árdua cima ?
¿ Es verdad que há podido
Su métrica armonia
Tu númen inflamar en este dia ?
¿ Pudo ser que, en un tono no aprendido,
Digno solo del héroe que yo canto,
Löor me tributases,
Y, en tan grato löor, el hoúdo espanto
Y el terror del tirano redoblases ?

Si, pudo ser: así me lo asegura
De Fábio la amistad sincera y pura ;
Así el fuego sagrado y noble aliento

(*) Visto por mi amigo D. Estéban de Luca el anterior elogio á su *Canto lírico á la libertad de Lima*, me remitió en contestacion, desde Buenos Aires á Córdoba, donde yo me hallaba entónces, en clase de diputado por mi provincia, la composicion siguiente, que hé creído deber insertar en esta coleccion de mis piezas. Esta oda de Luca guarda tanta analogia con la mia que antecede, que deben ir siempre juntas, como correspondencia de dos amigos. Sin embargo, me hubiese abstenido de copiar entre mis obritas los elogios que me hace aquel, si no creyera que redundan mas en su alabanza que en la mia, y que este rasgo poético es una prueba mas de la justicia con que yo me determiné á encomiar las bellezas de su Musa. Añadiré solamente que el sufragio de Luca me es muy lisonjero. La Patria, las letras, y la amistad lamentarán siempre la prematura y desgraciada muerte de un jóven de tantas esperanzas.

Que ajitado respiro,
 Cuando escucho su acento,
 Cuando su verso numeroso admiro.
 O dulce cante Fábio, ó heroico y grave,
 Es siempre superior á mi deseo :
 ¿ Mas como no há de ser, si siempre sabe
 Arrebatár, como el divino Orfeo ?
 Yo extático le escucho, yo me olvido ;
 Y, aunque el Dios invocado ora me inspira,
 A pagarle no alcanzan sus elojios
 Los débiles acentos de mi lira.

Yo inflamarle logré; yo de la pena
 Pude tal vez librarle, con que afije
 La Discordia fatal su pecho blando.
 No le torno al placer, cuando ella truena
 En medio de los pueblos arrojando
 Las sierpes venenosas,
 Que horribles los ajitan,
 Y al crimen y al furor los precipitan.
 ¿ Qué mas premios, qué palmas venturosas
 Pudiera desear, despues que hé sido
 Gratamente acojido
 Por tan insigne vate? Erato hermosa
 Le inspira, cuando dulce canta amores ;
 Caliope, cuando canta de la guerra
 Los sangrientos furores,
 Y amedrenta y aterra
 A todos los tiranos de la tierra.

¿ Tu apruebas mi cantar, querido Fábio ?
 Tú, que sabes de Apolo

Los dones conocer? ¡Tú, que de un polo
 Al otro, con armónico concento,
 Llevas el claro nombre
 De patrios campeones,
 Que en su heroico ardimiento
 Fueron por la Victoria coronados?
 Ya sus cantos oyeron las naciones
 Con sorpresa y placer, sin que turbados
 Fueran por los clamores de la Envidia.
 Yo tu númen admiro, fiel le aprecio,
 Y, si mi verso aplaudes, al profano,
 Al insensato vulgo menosprecio;
 Y me rio de aquellos que, engreídos
 Con las oscuras leyes que aprendieron,
 La ley del sentimiento no entendieron;
 Y si una vez el nombre pronunciaron
 De las sagradas Musas,
 Sirenas peligrosas las llamaron.

Mas tú, á pesar del bárbaro destino,
 Que á inútil padecer hoy te condena,
 Cantas en faz serena,
 Y con furor divino,
 De San Martin el triunfo, que resuena
 Por el inmenso indiano continente.
 Al templo de la gloria arrebatados
 Descubres á los heroes de repente;
 Y, al verse por tu lira celebrados,
 Se oye que claman, desde el rubio oriente
 Hasta el opuesto ocaso:
 “Diez años por la Patria combatimos;
 “Nuestra sangre por ella derramamos;

“ Libres empero al fin, hoy conseguimos
“ El premio mas glorioso á que aspiramos.”

Así otro tiempo Píndaro sublime,
Cuando el laüd armónico pulsaba,
Como un Dios en la Grecia presidia.
La llama del honor en ella ardia,
Y osado el Espartano se arrojaba
Al combate, á la muerte, á la victoria.
Aun dura la alta gloria
Del divino poëta;
Ni el Tiempo destructor en su carrera
Podrá jamás borrarla. Así tu númen,
Que se lanza, cual rápido cometa,
Por la brillante y anchurosa estera
De la imaginacion, eterno debe
Ser encanto del hombre,
Cuando, siglos y siglos ya pasados,
Tu belísono acento les renueve
La virtud, el valor, y alto renombre
De los hijos del Sud siempre esforzados.

Mis recuerdos en la ausencia

Adios, primavera
De vida feliz ;
Adios, dulces horas,
Queridas de Amor,
Que raudas volasteis
Sobre un infeliz,
Y en cada recuerdo
Dejais un dolor.

Adios : si tan presto
Debisteis pasar,
¡ Oh, nunca mis ojos
Os vieran lucir !
Que en sus años tiernos
Quien supo gozar,
En los venideros
No sabe vivir.

Cinco lustros fueron
De mi vida ya,
Y ni sombra de ellos
Tras ellos quedó.

Lo mismo la nave
Por las aguas va,
Sin dejar la huella
Que pasando abrió.

Mi tiempo dichoso
Sin sentir se fué:
¡ Ya se ve! si todo
Se pasó en amar.
Mas todo lo bello,
Yo no sé por qué,
Apénas empieza,
Se siente acabar.

El pecho un momento
Se goza, y despues
Convertido en penas
El gozo quedó;
Que instable Fortuna
Hoy vuelca á sus piés
Al que ayer en alto
Su rueda llevó.

Así la rosita
Un dia no mas,
Al reír del alba,
Da honor al verjel:
Con lijeras alas
El fresco fugaz
Se vuela, y marchita
Perece sin él.

Mi vivir pasado
Gozando se fué,
Y ora ya la vida
Tormento me dá;
Que hasta la memoria
De lo que gozé,
Como hiel, amarga
Para el alma es ya.

Si el Tiempo en un punto
Robase mi edad,
Trayéndome pronto
La lenta vejez,
No me consumiera
La triste ansiedad
De gozar placeres
Que gozé una vez.

¿ Pero habrá quien lleve
Vida sin amor,
Cuando de ella apénas
Las primicias van ?
¿ Cuando, de los años
En todo el vigor,
Cada nuevo aliento
Es nuevo volcan ?

¡ Ay, besos de Délia,
Por los que otra vez
A los mas dichosos
Mil envidias dí !

¡ Ay, besos de Délia !
Ay, dulce embriaguez
Del feliz que siente
Lo que yo sentí !

¿ Y llaman deberes
Del hombre social
Los que al hombre arrancan
De la paz de amor ?
¿ Que Deidad es esta,
Cebada en mi mal,
Que me dá destinos
A que tengo horror ?

Aquí, Délia, solo,
Tan léjos de tí,
Recuerdo aquel tiempo
Del primer querer,
Que llenó mi vida,
Sin que hubiera en mí
Mas deber que amarte,
Y á tu lado arder.

Vosotros, dichosos,
Que sabeis amar,
A darme consuelos
Volando venid ;
Y, por los placeres
Que podeis gozar,
De la triste ausencia
La pena medid.

Venid, y sabréis
Que mi pecho ardió
Cual otro, cual todos
No ardieron jamas;
Que ninguno há sido
Dichoso cual yo,
Y ni mas amado,
Ni que amára mas.

Recuerdos de amores,
Hoy vueltos dolor,
¿ Qué quereis, decidme,
Con un infeliz?
¿ Acaso mitiga
Del hado el rigor
La memoria estéril
De un tiempo feliz?

Dejadme, recuerdos;
No volvais á mí,
Ni en inútil fuego
Me hagais abrasar;
Que, desde el instante
Que á Délia no ví,
Ni el morir es pena,
Ni el vivir gozar.

AÑO DE 1822

A Délia, despues de la ausencia

Volaron, Délia, volaron,
Y aquí en pos vinieron otros,
Pero ¡qué distintos dias
De los que perdidos lloro!
Tanto mas temible el Tiempo,
Cuanto rueda silencioso,
Porque nadie se precava,
Para atropellarlo todo,
No hay cosa que no sepulte
En los olvidos mas hondos.
Él torna en estéril yermo,
La pampa del bosque hojoso,
En palacios las cabañas,
Las ciudades en escombros,
En desplacer el contento,
Y la vida en frio polvo.
Sus alas todo lo cubren,
Y á su sombra muere todo,
Bien como la luz febea.
Al subir la Noche al polo.

El cuanto enjendra destruye ;
 Pero, al vernos á nosotros,
 ¿ Quién pensara que pudiese
 Borrar con sn dedo corvo
 Del libro de nuestra vida
 Nuestro querer ardoroso ?
 Yo sembré amor en tu pecho,
 Me diste amor en retorno,
 Y, de tanto amor por fruto,
 Solo desamor recojo.
 Lo mismo en terreno ingrato
 El jardinero afanoso
 Un año recoge rosas,
 Y despues el triste abrojo.

¿ Qué es esto, Délia ? ¿ Ha volado
 Todo tu amor como un soplo,
 Y el lazo que nos ligaba
 Una corta ausencia há roto ?
 ¿ Qué has visto en mí, que desmienta
 Aquellos fervientes votos,
 Que formé desde el instante
 En que te dije : “ te adoro ? ”
 Tú sabes que de mi vida
 Te hize total abandono,
 Y tú misma confesabas
 Que, como yo, ningun otro
 Sacrificaba tan ciego
 De amor en las aras todo.

¿ Has olvidado, bien mio,
 Tanto rato delicioso

De embriaguez y de ternura,
 En que, abrasados y solos,
 Gozábamos cuanto tiene
 El amor de misterioso?
 Yo te miraba y temblabas;
 Y tus adormidos ojos,
 Y tus labios entreabiertos,
 Y tu bellísimo rostro,
 Como la rosa encendido,
 Y mas que la rosa hermoso,
 Los volcanes en que ardias
 Me decian silenciosos.

¿Y yo, Délia? Delirante,
 En el lánguido abandono
 En que sumerje el deleite,
 Cuando há llegado á su colmo,
 ¿Te acuerdas que te decia:
 “¿Délia de mi vida! ¿cómo
 “Há espirado el universo,
 “Y hemos quedado nosotros
 “En el silencio de amor
 “Viviendo y gozando solos?”
 ¡Ay, amiga! Se borraron
 Esas memorias muy pronto,
 Y cuando, mas lleno de ellas,
 Fiel á tu lado retorno,
 Fria acojida me dice
 Que ya no soy venturoso.
 ¿Por qué me dejas? Si hubiese
 Alguna razon; tus ojos
 Si hubieran en este pecho

Penetrado algun trastorno ;
 Si un corazon que era tuyo,
 Y hecho para tí tan solo,
 Hubiera sido en la ausencia
 De ajena llama despojo ;
 Entónçes, mi Diosa, entónçes
 Fulmináras tus enojos
 Contra el ingrato perjuro,
 Que pudo ofenderte loco.
 Pero, Délia, si yo nunca
 Te adoré como te adoro,
 Díme, ¿ por qué me abandonas ?
 ¿ Será acaso que algun otro
 Siente correr por sus venas
 Mayor llama, ó por sus ojos
 Llanto mas tierno que el mio,
 Siempre que á tu lado lloro ?
 No, Délia ; tú no me dejas
 Por otro amor ; yo conozco
 Tu corazon ; y mi mano
 Cuando sobre el mio pongo,
 Y sus latidos consulto,
 Y lo siento tembloroso,
 Me asegura que mi amada
 No me desquiere por otro,
 Y, si me deja, me deja
 Cansada de amar tan solo.

¡ Cansada de amar ! ¿ Mudable
 Te has hecho, mi bien ? ¿ Y cómo
 Piensas vivir sin amante,
 Despues de un amor dichoso ?

¿ Con qué llenarás, incauta,
Aquel vacío tan hondo
Que Amor vengativo deja
En los corazones todos,
Cuando á inútiles recuerdos
Los abandona zeloso ?
¿ Délia ! ¿ A la ausencia y al tiempo
Cediste al fin ? ¿ Y á tu rostro
El color de la vergüenza
No se asoma ? Los viciosos,
Los que jamas ven el alma,
Porque sus inmensos ojos
De penetrar no son dignos
Los misterios deliciosos
De lo que es amor, ¿ qué triunfo
Van á celebrar gozosos !

Délia, adios ; eras mi vida
En tiempo mas venturoso,
Y á no merecida muerte
Hoy me condena tu enojo.
Vive contenta ; y que el cielo,
En pago de este abandono,
Colme tu vida de bienes,
Y tu corazón de gozo.
Nunca del dolor el llanto
Anuble tus bellos ojos,
Ni mi memoria importuna
Turbe tu feliz reposo.

La reconciliacion

Otra vez á llorar, iré á rogarte,
Despiadada, otra vez; iré, y tu triunfo
Contemplantas soberbia, mientras baje
Hasta tus piés mi boca, y allí el beso
Estampe del dolor, y donde pisas
Riegue, inútil quizá, mi llanto amargo.

Héme ya junto á tí: ¿ me ves, ingrata ?
Mírame, si te atreves, y reprocha
Alguna falta á mi querer eterno,
Una siquiera á mi pasion terrible.
Alza tu vista, Délia, y tus miradas
Se encuentren con las mias. ¿ No estás viendo
Que no vengo á quejarme, aunque pudiera,
Y debiera tal vez ? De nada, nada
Acusarte pretendo, y bien conoces
Que un pecho, que no fuera el pecho mio,
Lanzado hubiëra para siempre, siempre,
De su seno amador la imájen tuya.
Olvido todo, y á rogarte vengo,
Cual si yo fuese quien rogar debiera.
¿ Tal es el fuego que arde y que consume,
Sin alivio, cruël, estas entrañas,

En que sola tu imájen no es pavesa!
 Olvido todo; mírame; ¿qué dudas?
 No es aquí el ofendido, es el amante
 El que te viene á ver; ni los derechos,
 Que sobre tí el Amor me diera un dia,
 Pretendo hacer valer cuando te busco.
 ¿No alzas tu rostro, Délia? ¿De qué tiemblas?
 ¿Qué temes! ¡oh! tú temes ablandarte,
 Y cruël te resistes á tí misma.
 No soy yo; tu conciencia, el pecho tuyo,
 Son los que ahora en mi favor te arguyen;
 Te confunde su voz, y eres tan dura,
 Que de tí misma, Délia, estás triunfando,
 Por que no triunfe yo; por que no triunfe
 La razon de mi amor, que tú conoces,
 Y para despreciarla te violentas.

Sea, sea cual quieres; yo me arrojo
 Humildoso á tus piés, y respetando
 La misma ingratitud que me condena,
 La mano adoro, que, con golpe crudo,
 El puñal y la muerte hundió en mi seno.

Yo soy, yo soy, amiga. En algun dia
 (No va léjos aún) temblar he visto,
 Al acercarme á tí, tu ebúrneo pècho,
 Y al colocar en él, como en su trono,
 La linda rosa, de las flores reina,
 Arder bajo mi mano le sentia.
 ¡Cuántas veces posaba en paz de amores,
 Adorada mujer, sobre mis hombros

Tu frente placentera, y yo mi brazo
 De tu espléndido cuello en torno echaba!
 ¡Y cuántas á mi seno, de tus ojos,
 Las lágrimas dulcísimas cayeron!
 La Luna, el Sol, la fúljida mañana,
 La luz ya desmayada de la tarde,
 La densa niebla de la opaca noche,
 Este lugar, aquel, y mil lugares,
 Todos testigos son de los extremos
 A que, cediendo á la amorosa llama,
 Se abandonaba tu alma gozadora.
 ¡Nada te dicen ellos? ¡Nada, ingrata?
 ¡Así desóyes su lenguaje mudo,
 Que, á tu pesar, el corazon penetra?
 Desóyelo; lo puedes; pero al ménos
 Escucharás mi voz interrumpida,
 Y que el sollozo y la vergüenza ahogan.

¡Qué te hize yo, mi bien? (porque no puedo
 Llamarte de otro modo, aunque me vendes).
 ¡Qué pude hacerte yo, que así tornára
 Todo el fuego de amor en todo el hielo
 De inesperado olvido? ¡Y estos eran
 Aquellos juramentos, que envidiaron
 Los Dioses mismos que tu voto oyeron?
 ¡Qué te dice tu pecho, ingrata mia?
 Ingrata y adorada, ¡qué te dice?
 ¡Y qué fatal firmeza te sostiene
 Contra el remordimiento que te ajita?

Pero yo no pretendo confundirte,
 Ni que cielos y tierra se conjuren

Contra mi solo amor. ¿Y qué ganára
 Con irritarte mas, cuando en tu oído
 Sonará como insulto temerario
 El decirte siquiera: *te perdono?*
 Hé venido á rogar, á suplicarte
 No me dejes morir amante y jóven,
 A tu desprecio injusto abandonado.
 ¡Délia! ¡Adorable Délia! ¿En este pecho
 Tal incendio de amor por qué encendiste,
 Si era de haber un dia, en que tú misma
 Quisieras sin razon verle apagado?

Ese dia llegó: no fué mi voto
 Quien acercó su luz; ni mi deseo
 Distinto le quisiera de otros dias,
 Que coronaron mi pasion inmensa.
 Toda eras mia entónces, y, engreído,
 Mi pecho á tanta gloria no bastaba.
 Allá en tu corazon está la huella
 De tu pasion á mí, y el labio tuyo
 Aun saborea el dejo deleitoso
 Que queda en pos del regalado beso.

¡Cuántas cosas, ó Délia, á tu memoria
 Pudiera yo traër! ¡Y cuántas quejas
 Con tan dulces recuerdos te daria,
 Si no fuera mi llanto quien te hablára!
 Permíteme llorar; deja que bañe
 Mis mejillas un agua, que otro tiempo
 No brotó de dolor, brotó de gozo,
 Y empapó tus entrañas en deleite.

¿ Y qué quieres de mí? ¿ Quiéres que viva
 Sin tu amor, si tu amor es solamente
 Quien anima mi ser y me conserva?
 Retírame tu mano, ingrata mia,
 Y me verás morir entre dolores,
 Inocente morir. Yo nunca, nunca
 Pude ofenderte, amiga: ¿ y tú te olvidas
 De cuanto un dia interesarte supo?
 ¿ No te hago falta ya? ¿ No te hace falta
 Mi pobre corazon? Tú misma, Délia,
 Me llamabas amable por amarme,
 ¿ Y ora me dejas, cuando ya hé probado
 Lo que vale querer y ser querido?
 ¿ Ser querido por tí, que es mas ventura
 Que la que espera la virtud en premio?
 Délia, no me abandones; tan siquiera
 Dame tiempo, mi bien, á prepararme
 Al duro golpe de tu injusta mano;
 Ni así, cual rayo, en un instante mismo,
 Tu improviso furor estalle y mate.

¿ Mas tú, mi bien, suspiras?—Délia amada,
 ¿ Qué movimiento, qué pasion te ajita?
 ¿ Quieres hablarme tímida, y las voces
 Perturbacion extraña no te deja.
 Encontrar ni elejir?—¿ Lloraste, amiga?
 ¿ Son tuyos estos brazos, que del suelo
 Temblando me levantan, y mi frente
 En tu seno dulcísimo reclinan?
 ¿ Es tuyo el beso que en mi boca vaga?
 ¿ Tuyo es el llanto que mi rostro moja?
 ¡ Ah! cese de una vez llanto tan tierno!

Yo no quise afijirte, ni afijido
Está tu amante ya, ¡ Cuanto han borrado
Las lágrimas de Délia! ¡ Cuanto gozo
Vuelven al corazon! ¡ No ves, querida,
Como ni tú ni yo romper podemos
Los vínculos que ligan nuestras almas?
¡ Ay! ¡ A que nueva vida, dueño amado,
Del umbral de la muerte me has llamado!

Al incendio del pueblo de Cangallo en el Perú, ejecutado por el Jeneral Español Carratalá, y aprobado por el virey La Serna, en decreto de 11 de Enero de 1822.

¡ Venganza eterna ! ¡ Sin piedad, venganza !
Hijos del Sol, ¿ qué haceis ? Ahora, ahora
Renazca el odio y el rencor inmenso,
A que provoca la feroz matanza,
La sed de sangre que sin fin devora
A los tigres de Ibéria. El humo denso
Mirad cual forma impenetrable nube,
Y el éter todo en derredor se inflama ;
Oíd, mirad que la enemiga llama
Hasta los astros sube,
Y entre ardientes escombros y ceniza
Un pueblo de patriotas agoniza.

¿ No sabeis ? ¿ No sabeis ? El fiero hispano,
Estirpe atroz del execrando Atila,
En el Perú desesperado brama ;
Y, en su última impotencia deshumano,
Con bárbaro furor quema, aniquila,
Y se goza el feroz en ver la llama.
¡ Cangallo miserable ! ¡ Pueblo-amigo !
Destinado á llenar en nuestra historia

Las pájinas de llanto! Tu memoria
No pereció contigo; (*)
Vengarte en esos bárbaros juramos,
Vengarte, si, y á la venganza vamos.

(*) El incendio del pueblo de Cangallo dió lugar á que el gobierno de Buenos Aires decretára, en 1822, que una de las principales calles de la capital llevára el nombre de aquel pueblo.

La gloria de Buenos Aires (*)

CORO

Eleve mos, ó Patria, tu gloria
A los cielos en dulce cantar,
Y de Ocaso á la Aurora tu nombre,
Buenos Aires, se escuche sonar.

En la orilla del rio Argentino
Levantó Libertad sus altares,
Y los libres del mundo á millares
Agolpados se ven acudir.
Incesante el incienso á los astros
Entre voces de júbilo sube,
Escuchando la diosa en la nube
Libertad, Libertad repetir.

CORO

Sobre olvido de oprobio pasado
Buenos Aires su nombre levanta,

(*) Este himno fué compuesto para la apertura de la academia de música y canto instalada en Buenos Aires, el 1^o de Octubre de 1822. No debe extrañarse que esta coleccion de poesias contenga, mas que en los otros años, en los de 822 y 23 composiciones hechas en honor de Buenos Aires. Su propiedad y su gloria eran entón ces grandes; y no puede recordarse aquella época sin que el patriotismo se conmueva, y sin sentir el dolor mas profundo por la desolacion é ignominia en que, ocho años despues, se há visto sumerjida la Patria. ¡Quiera el cielo que se levante pronto de su actual humillacion!

Y la fama le admira y le canta
 Por do Febo derrama su luz :
 Que los dias de luto volaron
 De funesta y horrible memoria,
 En que timbres, honores y gloria
 Se envolvieron en negro capuz.

CORO

Desplegando sus alas el jenio
 Que á los libres del mundo preside,
 Por el mar, que la tierra divide,
 Atraviesa con curso veloz ;
 Y repite en el otro hemisfério,
 Que no siente pesar sus cadenas :
 “ Buenos Aires empaña de Aténas
 “ El remoto inmortal esplendor.

CORO

“ Su poder encontraron las leyes,
 “ Encontró la Justicia su templo ;
 “ Buenos Aires presenta el ejemplo
 “ Que la tierra debiera imitar.
 “ Há dejado la exelsa morada
 “ De los cielos Astrêa divina,
 “ Y en la playa feliz argentina
 “ Vió gozosa elevado su altar.”

CORO

Esta voz en contorno retumba
 Del ibérico bárbaro tronó,
 Y sus garras en hórrido encono

El Leon contra sí convirtió ;
 Y erizada la sórdida greña,
 Y brotando la llama en sus ojos,
 Un rujido mostró los enojos
 De que el libre del Sud se burló.

CORO

Pero España tambien restituye
 El imperio sagrado á las leyes,
 Y el poder absoluto en los reyes
 Se avergüenza por fin de sufrir. (*)
 A sus hijos, que en sangre tiñeron
 Otra vez nuestro suelo inocente,
 Nuestros ojos verán de repente
 Al abrazo de paz acudir.

CORO

Entretanto á las otras naciones
 El honor de la nuestra arrebatá,
 Y á los hijos del Rio de Plata
 Ya saludan en dulce amistad ;
 Y sus naves, surcando las olas
 Del abismo salado y profundo,
 Abandonan las playas de un mundo,
 Por buscar en el otro igualdad.

CORO

Buenos Aires es patria de libres,
 Y esta gloria le dieron sus hechos ;

(*) Alusion al sistema constitucional, que regia entónces á la España y que Fernando abolió poco despues.

De los hombres que tienen derechos
Buenos Aires es patria comun ;
Que los rotos pedazos de hierro
De la antigua pesada cadena
Nuestro rio revuelve en su arena,
Irritando sus olas aún :

CORO

Nuestro Sol nos saluda festivo,
Al mostrarnos la faz en Oriente,
Y, al hundir en Ocaso la frente,
Se despide festivo tambien ;
Y la Patria se goza en sus hijos,
Bendiciendo á los niños que crecen,
Que fervientes su voto le ofrecen,
Y que siempre serán su sosten.

En honor de Buenos Aires

*Verùm hæc tantùm alias inter caput extulit urbes,
Quantùm lenta solent inter viburna cupressi.*

VIRG., Egl. 1. 3

Era la noche ; y la ciudad, amada
 Por el Dios de los Libres,
Tranquila en brazos de la Paz dormia,
En profundo silencio sepultada.
La mole de sus torres parecia
 Antiguo monumento,
Allá en remoto siglo levantado,
Para grandioso y digno enseñamiento ;
 Y ora mudo, olvidado,
Pero del crudo tiempo respetado.

De lumbreras menores rodéada
 La Luna en medio cielo.
En su carroza de ébano sentada,
Con su luz melancólica y serena
 Bañaba el quieto suelo ;
Y el grande rio de la Patria mia

De su orilla feliz la suelta arena
 Suavemente en sus aguas revolvía ;
 A la luz de la Luna así brillando,
 Cual una copia inmensa
 De derretida plata brillaría,
 Trémula, undante, en movimiento blando.

Dejando el lado de mi dulce dueño,
 Que, en esas horas mudas, misteriosas,
 Ya descansaba el delicioso sueño
 De las fatigas del amor preciosas,
 Contento el corazon, suelta la mente,
 Me sentí de repente
 A la lira impulsado,
 Cual de poder divino,
 Y á cantar el destino
 Del suelo afortunado
 En que la suerte plácida me diera
 Abrir mis ojos á la luz primera.

¡ Buenos Aires ! ¡ Mi patria ! En algun día
 La maldicion del cielo
 Tu recinto inundó, y oscuro velo
 Tus inmortales glorias encubria.
 En su carro de espanto
 Rodando por tus calles la Anarquía,
 Tus calles anegaba en sangre y llanto,
 Y en fraticida mano se ajitaba
 De la Discordia impia
 El tizon infernal. Entónces era
 Cuando ní el hijo al padre respetaba,

Ni el hermano al hermano
 Debida parte en su cariño diera.
 De las leyes al solio soberano
 Subió el crimen triunfante,
 Y el altar de la ley cayó al instante,
 En trozos dividido,
 Por entre el polvo en vilipendio hundido.
 Los Dioses tutelares nos miraron
 Con ojos sin piedad, y á su desgracia
 La ciudad infelice abandonaron.

Ese tiempo voló, y en nuestra historia
 No borrará el honor de tu memoria,
 Inmortal Buenos Aires: hoy levantas
 Sobre los otros pueblos tu grandeza,
 Cual alza su cabeza
 A la nube el cipres, entre las plantas
 Y arbustos pequeñuelos,
 Que apénas se levantan de los suelos.

¡ Gloria eterna á tu nombre ! Por do quiera
 Presentas, Patria mia,
 Un motivo de asombro á las naciones.
 Creyeron que el olvido te embriera,
 Y que tu noble fama moriria
 Entre nuestras funestas disensiones ;
 Pero tú resplandeces mas glorioso,
 Despues de disipados
 Los hórridos nublados
 De la civil contienda borrascosa :
 Bien como el alto Sol en alto cielo

Brilla mas refulgente,
 Tras tempestad sombría, cuyo velo
 Nos robaba la lumbre de su frente.
 Yo admiro tu esplendor, y le contemplo
 Y le admiro otra vez. Mi incierto paso
 Se dirige hácia allá, y entro en el templo
 Donde la ley se dicta en tono digno,
 Sin que lo estorve prepotente brazo,
 Ni se oiga del poder ultraje indigno.
 Con tal triunfo engreído el ciudadano,
 Obedece gustoso
 Las leyes que le mandan ser dichoso,
 Y bendice la mano
 Que firmó su fortuna,
 Y la del hijo de su amor precioso,
 A quien la Libertad mece en la cuna.

Hácia acá vuelvo, y al poder encuentro
 Noblemente ocupado
 En proteger al débil, al malvado
 Castigar, corregir, y hacer el centro
 Del comercio y las luces protectoras
 Al pueblo afortunado,
 Que se puso en sus manos bienhechoras.
 ¡Tiranos ¡ah! los que afijis al hombre!
 Sonará con horror eternamente
 Vuestro execrando nombre;
 Y vosotros, vosotros, que á la frente
 Estais de los destinos
 De mi pueblo feliz, vuestros caminos
 Los de la Fama son; y cuando el bronce

Se pula en nuestro suelo, ¡ cuánto entonces
 Honrará nuestro artista la memoria
 De los que dieron á su patria gloria!
 ¿ Pero quien me transporta á los altares
 Dó Minerva se adora,
 Y los dones celestes atesora,
 Que prodiga sin fin y sin medida?
 ¡ Juventud escojida
 Del escojido pueblo! Yo á millares
 Agolpada te veo
 A la fuente correr, en que se bebe
 La ciencia y la inmortal sabiduria;
 Ni mi ardiente deseo
 Mira distante el dia
 En que la Patria debe
 Fiarte su ventura,
 Esperando le pagues con usura.

¡ Esparta libre! ¡ Aténas ilustrada!
 ¡ Remotos nombres, que al remoto tiempo
 Pasaréis con honor! Pues imitada
 En Buenos Aires fué la inmensa gloria,
 Que en edades de atras os dió renombre,
 Y hace que vuestra historia
 Hoy todavia al universo asombre;
 Buenos Aires unida en adelante
 Irá á vuestra memoria,
 Y, cuando ella se cante
 En los siglos que vengán, nuestros nietos
 Tributarán iguales sus respetos
 Al pueblo que há imitado
 Los modelos que al mundo habeis dejado.

Así cantaba yó ; pero entretanto
Mostró la Aurora su rosada frente,
De grana y oro se vistió el Oriente,
Y, cansada la lira, cesó el canto.

La supersticion (*)

¡ Oh vil supersticion ! funesta plaga
De la aflijida tierra,
Mas terrible mil veces,
Y mas asoladora que la guerra.
La impostura es tu madre, nuevas créces
La sencillez te da, y en el instante
El poder se fomenta,
Y sus aspiraciones alimenta.
En todo tiempo la maldad triunfante,
Bajo doloso velo,
Há cubierto de crímenes el suelo,
Y tú les diste de virtud el nombre.
En todo tiempo el hombre,
Supersticioso, débil, engañado,
Oráculos falaces há escuchado,
Que la mentira por verdad vendieron,
Y al universo en su interes dijeron :
“ Oye, cree, y enmudece ;
“ El cielo te lo manda, y obedece. ”

(*) Debe tenerse presente al leer esta composicion, que fué hecha en una época en que se habia exaltado furiosamente el fanatismo, con motivo de la reforma eclesiástica, sabiamente ejecutada en Buenos Aires por el gobierno.

Ciego, ciego el mortal obedecia;
 Y, contra el mismo corazon luchando,
 Y contra su conciencia batallando,
 Corazon y conciencia sujetaba
 A la voz que le hablaba
 En nombre de los cielos,
 Y en nombre de los cielos le mentia.

Viérase entónces, al rayar el dia,
 Engañado el Ejipto,
 Postrarse con sacrílego respeto
 Ante el primer objeto
 Que presentó á su paso
 La fatalidad ciega del acaso.
 Viérasele despues correr el Nilo
 Con afan presuroso,
 Y al feroz cocodrilo
 Tributar humildoso
 La adoracion debida
 Al Ser que diera al universo vida.

Viérase como, en Aúlida, Ifijenia,
 De Cálcas al mandato,
 Fué del beso materno arrebatada,
 Y en aras homicidas
 Con horrenda piedad sacrificada,
 Consintiéndolo Atridas (*);
 Y el ejército iluso, y tantos reyes,
 El fuego de las aras encendiendo,

(*) Atridas: patronímico. Agamemnon, padre de Ifjenia, era hijo de Atréo.

Y á las bárbaras leyes
 Del sacrificador obedeciendo,
 Imaginaban Dioses
 Como Cálcas tiranos y feroces.

Mas bárbaros despues, mas inhumanos
 Los sacerdotes de una ley de gracia.
 Que manda nos amemos como hermanos,
 Con sacrílega audacia
 Del código divino que rompieron
 Los intérpretes santos se finjieron ;
 Y, sujetando al hombre á un yugo fuerte,
 La ley de caridad fué ley de muerte.
 ¡ Oh Religión de paz y de consuelo !
 ¿ Siempre há de ser tu nombre profanado ?
 ¿ Y eternamente el fanatismo osado
 Cubrirá sus horrores con tu velo ?
 Si del mísero pueblo en la ignorancia
 Estriban su poder y su arrogancia,
 ¿ Nunca penetrará tu lumbre pura
 Del error comunal la niebla oscura ?

Pero escucho una voz, que, repitiendo
Libertad, Libertad, en dulces tonos,
 A los pueblos despierta, estremeciendo
 En su cimiento los soberbios tronos.
 Al romperse los duros eslabones
 Que forzó el despotismo,
 Se romperá tambien esa cadena
 Con que ató á la razón el fanatismo,
 Y brillará serena
 La aurora de la paz en las naciones.

Su vivo resplandor que ya se acerca,
Deslumbra á los iníquos impostores,
Y, entre el temor horrible que los cerca,
Redoblan sus engaños y furores.
Pueblos, no los oigais; ellos violaron
De la razon los fueros,
Al cielo y á los hombres insultaron,
Y su interés es siempre embrutecéros.

Al bello sexo de Buenos Aires

Así cual mira, tras borrasca fiera,
El triste navegante
Aparecer el Sol sobre la esfera,
Y á la mar bramadora en un instante
Restituir la calma placentera ;
Así, Argentinas bellas, os miramos
Derramando consuelos
Sobre los que, ya libres, habitamos
La tierra mas amada de los cielos.

El pátrio campëon, que en la milicia
Pasó sus verdes años ;
El ministro imparcial de la justicia ;
El sabio que destruye los engaños ;
Consagrados tal vez por la malicia,
El mercadante activo y afanoso ;
Todos, todos, oh bellas,
A vuestro lado olvidan deleitoso
Penas á un tiempo, y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa á vuestros pasos,
Y, ciega, arrebatada,
Cae en los blandos amorosos lazos
En que se engrie de mirarse atada ;

Os formó el mismo Amor ; y los abrazos
 De la Diosa sin par de la hermosura,
 Con otras tan ingrata,
 Colmaron de belleza y de ternura
 A las hijas del Rio de la Plata.

Mostrándose la Luna majestuosa,
 Vive y se alegra el cielo ;
 Y así gallarda la Porteña hermosa
 Da vida y alegría á nuestro suelo :
 Pues le dieron con mano bondadosa
 Vénus sus ademanes espresivos,
 Los amores su risa,
 Las Gracias su donaire y atractivos,
 Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece
 Con las hijas donosas
 De su suelo feliz, y tal parece
 Cual rosal, lleno de galanas rosas,
 Que del amor en la estacion florece.
 Todas son bellas, y la mano incierta
 Que al rosal se adelanta,
 Una entre mil á separar no acierta
 Entre la pompa de la verde planta.

¿Cuál es el pecho de metal formado,
 Cuál corazon de peña,
 Que al mirar espresivo y delicado,
 Al dulcísimo hablar de una porteña,
 Puede permanecer desamorado ?
 ¡ Hijas del primer pueblo americano !

Ostentad vuestra gracia,
 Y cesen ya de presumir en vano
 Beldades de Jeörgia y de Circasia.

¿ Qué quereis? ¿ Quéreis templos en que vamos
 A dar adoraciones
 A vosotras, oh Diosas, que admiramos?
 Vuestros altares son los corazones,
 Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,
 Nuestros votos amor; y, mil de veces
 Mortal afortunado,
 Que el corazon á la Argentina ofreces,
 Y la Argentina te llamó su amado!

Mas no solo á vosotras la belleza,
 Porteñas adorables,
 Pródiga quiso dar naturaleza;
 Porque, para formáros mas amable,
 Há llenado vuestra alma de grandeza;
 Y en vosotras unida la hermosura
 Al sentimiento, al jenio,
 Dominais en nosotros por ternura,
 Dominais en nosotros por injenio.

Vuestra imaginacion, cual vuestro rio,
 Ensanchada, atrevida,
 Corre con majestuoso señorío,
 Sin que pueda mirarse contenida.
 Aumentad vuestro hermoso poderío
 Con los adornos útiles del alma;
 Y goze á vuestro lado

El tumulto de amor, la dulce calma
A un tiempo el amador embelesado.

Adios, hermosas de la Patria mia,
¡ Feliz, feliz mi verso,
Si pudiera lograr que en algun dia
Llenase vuestro nombre el universo !
Y sí lo llenará. La luz que envia
Al anchuroso mundo el Sol benigno,
Es en todos lōada,
Aunque en labio y en metro menos digno
Llegue á ser por alguno celebrada.

Sobre la invencion y libertad de la imprenta

Amor, que sobre todas las Deidades
Has recibido adoraciones mias,
Tu dulce poderio y tus bondades
 Ya celebró mi canto

En lo florido de mis frescos dias,
Y regué tus altares con mi llanto.
Canté lo que sentí. Despues mi rima,
Resonando entre gritos de victoria,
Hizo volar por cuanto Febo anima
Los nombres de los ínclitos varones
 De perenne memoria,
Que las iberas huestes debelaron,
Y el suelo de mi Patria libertaron.

Canté lo que debí : y hora la mente,
De un entusiasmo nuevo arrebatada,
 Trasportada se siente
Hasta el templo del Jenio, donde mora
 La Invencion crëadora ;
 Templo en cuyos altares,
De la turba vulgar no frecuentados,
 Seres privilegiados
Presentan sus ofrendas singulares,
Y á par de la Deidad son adorados.

Extraño ardor me inflama ;
 Y, en mi rápido vuelo,
 Allá me encuentro en el helado suelo
 Do Guttemberg nació. Quintana solo
 Supo ensalzar su nombre,
 Quintana, el hijo del querer de Apolo,
 Émulo de Tirteo en fuerte canto,
 Y á quien solo se diera
 Que, de su lira al sonoro encanto,
 Digno de Guttemberg su verso fuera. (*)

Arrastrando los carros de la guerra,
 Jenios de destruccion al Rhin llevaron
 La plaga asoladora de la tierra ;
 Y el renombre del Rhin eternizaron
 Solamente á los ojos
 De los hombres feroces,
 Que, sedientos de sangre y de despojos,
 La humanidad y sus derechos huellan,
 Y del cielo y natura
 Las leyes sacrosantas atropellan.
 ¡ Oh Rhin ensangrentado ! No tu fama
 Deberás al furor: el Dios del verso,
 Los veraces anales de la historia,
 El jénio, el universo,
 Celebrarán tu gloria,
 No porque oíste el horroroso estruendo,
 Sí porque viste á Guttemberg naciendo.

(*) Guttemberg inventó la imprenta. El desgraciado poeta español, D. Manuel José Quintana, cantó aquella invencion de un modo digna de ella.

El inventó la imprenta, y del olvido
 Redimió grandes nombres;
 Que el invento atrevido
 Eternizó las obras de los hombres,
 Y ató todos los tiempos al presente.
 Todo cuanto la mente
 De algun mortal contemplador concibe,
 O exaltada imajina,
 Si libre, inmensa, por do quier camina;
 Cuanto precepto la razon prescribe;
 Todo, todo estampado,
 Y en copias mil y mil multiplicado,
 Cruza la erguida sierra,
 Cruza el ponto profundo,
 Que divide la tierra de la tierra,
 Y atraviesa veloz el ancho mundo
 Del ecuador al polo,
 Y del Ocaso, do la Noche mora,
 Hasta el fúljido reino de la Aurora.
 ¿Tanto puede la imprenta! Ni esto solo
 A su poder es dado;
 Que los sabios del tiempo que há pasado
 Hoy con nosotros hablan;
 Y, quando el postrer siglo haya llegado,
 Hablará el mas lejano descendiente
 Con ellos y nosotros igualmente. (*)
 Así la ilustracion, como la llama
 Del Sol inapagable,

(*) Las ideas á que se refiere esta nota, y otras muchas espresadas en esta composicion, son tambien aplicables á la simple escritura; pero es indudable que pueden referirse con mayor exactitud y estension al uso de la imprenta, por quanto ella nos trasmite los escritos anteriores de un modo mas general, mas fácil y duradero.

Que enseñorea inmóvil la natura,
 De un día en otro sin cesar renace,
 De un siglo en otro permanente dura.

¡ Loor á Guttemberg ! ¡ Ni quien creyera
 Que su invencion benéfica, sublime
 En algun tiempo fuera
 Causadora de males,
 Que empaparon en sangre los mortales ?
 El Fanatismo y el Poder, que siempre
 En daño de los hombres se adunaron,
 Del invento feliz se aprovecharon,
 Y el sirvió á los horrores
 Que al universo aflijen,
 Cuando aquellos desplagan sus furoros,
 Y con vara de fierro al mundo rijen.

La imprenta publicaba
 Que al mas vil, al mas bárbaro tirano,
 Si en un infame trono se sentaba,
 Del mismo Dios la sacrosanta mano
 Daba el cetro gravoso,
 Que en yugo ignominioso
 A los míseros pueblos abrumaba.

Envano, envano la Filosofía,
 Siempre amiga del hombre,
 Descubrir el engaño pretendia,
 Disimulado con mentido nombre.
 De la Verdad severa
 La penetrante voz no bien se oyera,

Cuando atroz Fanatismo,
 Evocando las furias del abismo,
 Soplaba airada la funesta hoguera,
 Y la execranda llama consumia
 Las páginas de luz, que se atrevia
 Algun sabio á escribir con libre mano;
 Que el desusado tono
 Estremeció al tirano,
 Y sintió bajo el pié temblando el trono.

Así quedó, cegado
 El canal que la imprenta en algun dia,
 Para dar curso á la sabiduria,
 Benéfica mostró. Desde el momento
 A nadie le fué dado
 Disponer de su libre pensamiento,
 Cual si le fuera por merced prestado.
 Cuando un nuevo camino
 A los hombres se muestra, y las Deidades
 Ofrecen nuevo don, ¿será destino
 Ingratos abusar de sus bondades,
 Y hacerlas instrumento
 De crímenes sin cuento,
 De opresion, de venganzas y maldades?
 ¡ Ah! ¡ Qué proterva condicion del hombre!

Así llegó de la fecunda tierra
 Al seno enjendrador su osada mano,
 Y el metal que se encierra
 En las hondas entrañas
 De las erguidas ásperas montañas,

Arrebatára á la caverna oscura
 Do plugo sepultarlo á la natura.
 El ríjido metal se convertia
 En surcador arado,
 Y el campo alborozado
 Una mies abundosa prometia.
 Pero pronto sonó de guerra impia
 La maldecida trompa,
 Y el metal en espada convertido,
 Y en dura lanza que los pechos rompa,
 Todo el campo cubierto
 De cadáveres fuera,
 Y la sangre humeando discurriera
 Por entre el surco del arado abierto.

Así la selva sus robustos pinos
 A la mar vió lanzados,
 Y, venciendo las ondas denodados,
 Hallar nuevos caminos
 Que de un mundo conducen á otro mundo,
 Y hermanan las naciones del Oriente
 Con los pueblos lejanos de Occidente.
 Mas tambien pronto por el mar profundo,
 Preñados de furores y venganza,
 Los armados bajeles navegaron,
 Y en llanura de bárbara matanza
 Los piélagos inmensos transformaron.

¿ De qué no abusa el hombre ? Así la imprenta,
 Un tiempo envilecida,
 O brutales caprichos adulaba

De la Ambicion sedienta,
 O, al Fanatismo pérfido vendida,
 Mentia en cada letra, y blasfemaba
 Del mismo Dios excelso,
 Cuyo nombre sacrílega estampaba.

Esas negras edades
 De ignorancia y maldades,
 Y universal error, ya son pasadas ;
 Y el hombre, dueño de su pensamiento,
 Libre como su hablar y sus miradas,
 Libre como la luz y como el viento,
 En rasgos indelebles lo publica.
 Su tesoro de ciencia comunica,
 O, de temor seguro,
 Juzga al déspota duro,
 Veraz y mensurado le condena,
 Y sin violencia su furor refrena :
 Y de la Hipocresia
 Los simulados crímenes delata,
 Y á la Impostura pérfida arrebatada
 El doloso disfraz que la cubria.

¡Feliz, feliz el suelo
 Donde los hombres gozan
 De tanta libertad ! Los que destrozan,
 Allá bajo otro cielo,
 La triste humanidad, y en los sudores
 Y en el llanto infeliz del miserable
 Se bañan con placer abominable,
 ¿Que harian si la prensa sus furores

Al sometido pueblo revelára,
 La amenaza llevase á sus oídos,
 Y el odio de los buenos concitára,
 Del opreso acallando los jemidos?
 Temblad, tiranos, miéntras libre sea
 El ejercicio de escribir honroso:
 Y siempre lo será; que el mundo ahora
 No es ya cual lo desea
 Vuestra ambicion fatal y asoladora.

Mas yo me vuelvo á venerar al hombre
 Que cultiva el saber, y que el tesoro
 De su mente prodiga. Su renombre,
 Con caracteres de oro
 Escrito en los anales de la ciencia,
 Irá á la mas remota descendencia.
 Es premio de su afan: no quiso avaro
 Sus luces ocultar: pudo dejarlas
 En resplandor universal y claro,
 Y no debió en la tumba sepultarlas.
 Libre escribió lo que en tenaz empeño
 Arrancó á la recóndita natura,
 Y de la lengua pura
 De la Filosofía
 Escuchó con anhelo en algún dia.
 Aprendió y enseñó: tantas lecciones
 Prepagaron las prensas: las naciones
 Perecerán despues, y otros imperios
 Se verán levantados
 Sobre antiguos imperios derrocados:
 Empero el sabio sin cesar renace,
 Que asi la imprenta sus prodijios hace.

Por esta noble libertad se llama
El siglo en que vivimos
El siglo de las luces, aunque brama
Sañudo el Fanatismo, que quisiera
Muchos lustros al Tiempo en su carrera
Hacer retrogradar, porque tornára
Su poderio infausto, abominable,
Antes por la ignorancia respetado,
Pero, en dias felices, execrable
Al universo en fin desengañado.

¡ Oh Patria en que nací, digna morada
De la alma Libertad, en donde el jenio
Se remonta brillante !
Si la imprenta afanada
Los frutos del saber y del ingenio
Multiplica y derrama á cada instante,
Esa, mi amada Patria, esa es tu gloria.
Coronada tu frente
Mil veces del laurel de la victoria,
La libertad, la ciencia solamente
Te han sublimado á la envidiada altura,
Donde el orbe te mira,
Y á do envano procura
Encumbrarse en tu honor mi humilde lira.

A la juventud Argentina

¡ Hijos felices de infelices padres !
¡ Jeneracion presente !
Jeneracion de luz, á cuyo oriente
Se disipan las nieblas tenebrosas
Que el Sol de libertad nos encubrian.
Libertad y razon aquí yacian
Atadas con cadenas ponderosas,
Cuando el brazo crüel del Despotismo,
Cuando el poder atroz del Fanatismo
El trono sostenian
Á la negra Ignorancia levantado,
Y, en tres siglos de oprobio, respetado.

Vuestros padres sintieron,
Juventud Argentina,
La horrible humillacion en que vivieron ;
É impávidos alzaron de repente
La faz que al polvo la opresion inclina
En el esclavo tímido, indolente.
Lágrimas encendidas de sus ojos
De indignacion brotaron,
Y por los hijos de su amor juraron

Desafiar del tirano los enojos,
 Y dar la libertad al patrio suelo.
 Oyó propicio el cielo
 El juramento santo,
 Y en el alto sitial tembló de espanto
 El opresor erguido,
 Y al polvo luego descendió vencido.
 Sus brazos á la lid apercibieron
 Los nuevos campönes,
 Del grito aterrador que al aire dieron
 El eco por la América resuena,
 Y, trozando los duros eslabones
 De la antigua cadena,
 Vengaron en un dia
 Sesenta lustros de opresion impia.
 Con tan rara y espléndida victoria
 Nació á la libertad un mundo entero,
 Y el argentino pueblo fué el primero
 Que se cubrió de tan inmensa gloria.

¡ Honor eterno á los eternos nombres
 De los que al nuevo mundo libertaron,
 É intrépidos osaron
 Revelar sus derechos á los hombres!
 ¡ Honor mil veces mas! Sus dignos hijos
 Son hijos de la Patria, que gozosa
 La juventud admira numerosa
 Que será su sosten, y que algun dia
 Hará en nuestro hemisferio
 Perdurable el imperio
 De la alma celestial sabiduria.

Jeneracion presente, tú levantas
 El formidable muro,
 Que el ya pasado tiempo, del futuro
 Dividirá por siempre: tú quebrantas
 El yugo ignominioso cuyo peso
 Abrumó á la Razon envilecida,
 Y en las tinieblas del error dormida.
 Tus ojos pueden ya mirar ahora
 Los torrentes de luz que triunfadora
 La gran Filosofía,
 Desde el trono fulgente
 En que preside al mundo, al mundo envia ;
 Y cuando ya no rueda estrepitoso
 Del belígero Dios el carro horrendo,
 Minerva de su templo luminoso
 Las puertas de oro abriendo,
 A sus altares, juventud, te llama,
 Y sobre tí sus dádivas derrama.

¡ Ah ! Yo te veo alegre y presurosa
 Acercarte á las aras de la Diosa,
 Y, de entusiasmo llena,
 Beber de aquella fuente
 Que al mismo pié de los altares nace ;
 Ni tu ansia de saber se satisface
 Sin bañarte ambiciosa en su corriente.
 El genio de la Patria embebecido,
 O juventud, te mira,
 Y el genio de la Patria enternecido
 Te bendice, te admira,
 Y al fruto de tu verde primavera

Sus esperanzas libra. Nueva éra
 En tí comienza ahora,
 Y la alma Libertad, desde sus aras,
 Se engrie vencedora
 En el gran porvenir que le preparas.

Pero ¡ ay ! que la Ignorancia se reviste
 Del furor de los monstruos: á la Envidia
 Pide su hiel, su saña al Fanatismo,
 Y encarnizada lidia
 Por arrancar del fondo del abismo
 Todos los medios que á su triunfo ayuden.
 En su favor acuden
 La vil Hipocresia,
 La estúpida Arrogancia,
 Y el Engaño, y la Astucia, y la Falsia.
 Protejida de todos la Ignorancia,
 Se arrastra simulada en dobles jiros,
 Y cual sierpe enconada y venenosa
 Que se oculta en la yerba maliciosa,
 Dirije astuta sus infestos tiros
 Contra la incauta juventud preciosa.
 Ella cultiva empero
 Virtud y ciencia con igual esmero,
 Y los caminos de la gloria aprende.

Al resplandor de la sagrada llama
 Que en vuestros pechos prende,
 Jóvenes tiernos, descubrid la trama
 Del hipócrita artero,
 Y si iracundo y despechado brama
 El fanático fiero,

Despreciad sus clamores. Un demente
Podrá intentar con una sola mano
 Atajar la corriente
Del caudaloso rio; pero en vano:
Que un dique tan pequeño no contiene
 La fuerza con que viene
El raudal cristalino y sonoro.
Así há intentado el Fanatismo odioso,
Irritado y demente en su agonía,
Salirte, amable juventud, al paso,
 Esperanzado acaso
En que otra vez envuelto quedaria
En la antigua tiniebla el nuevo día.
 Pero tú, arrebatada
Del fuego de los libres, y á la ciencia
Con ardor juvenil precipitada,
Arrastrarás tambien en tu carrera
Al fascinado que impedirla quiera.

Profecía de la grandeza de Buenos Aires (*)

¡ Cuál te admiro, Natura, en esos jenios
Que, ostentando tu fue za creãdora,
Produces rara vez! El que preside
Los trastornos del orbe, y los modera,
El Ser universal, que todo abarca,
Al inmortal Colon escojer quiso,
Y revelarle solo los misterios
Que á las tres partes del antiguo mundo
La série de los siglos ocultára.
Al resto de la tierra ignotos eran
Otra tierra, otro mar: el Dios de todo
Dijo: " Colon parezca: " el héroe nace,
Su mente ajita inspiracion divina,
En demanda de un mundo parte, le halla,

(*) Pocos objetos dieron tanta materia á la mordacidad de los enemigos del gobierno, en el año de 1822, como el empeño con que la autoridad promovia y fomentaba los trabajos hidráulicos. En una ciudad como Buenos Aires, que carece de aguas corrientes; en una campaña en que son tan escasas; en un territorio en que los medios de conduccion son tan difíciles; en un puerto tan abierto, tan inseguro, y tan poco profundo como el nuestro; las experiencias hidráulicas que pudieran dar por resultado allanar estos inconvenientes, debian ser uno de los primeros cuidados de un gobierno patriota y hábil, á pesar de la animosidad de sus enemigos. Lo fueron en efecto; y si la rabia de los partidos no hubiese posteriormente despedazado el pais, puede ser que la República fuese ya deudora á un puñado de hombres beneméritos de mejoras tan importantes. De todos modos, la perspectiva halagüena y grandiosa que presentan á la imaginacion aquellos objetos, aun sin verlos realizados, es capaz por sí sola de animar el jenio poético, y se presta fácilmente á sus inspiraciones. No sé si será una prueba de ello la composicion que va á leerse, escrita á los primeros anuncios de aquellas obras; pero si yo hé sabido sacar partido del asunto, él no será por eso ménos digno de la lira.

Y de la creación se ostenta el lujo.
 Estas rejiones son donde la mano
 Del Supremo Hacedor está marcada,
 Ni saber al mortal es permitido
 Porque le plugo el esmerarse en ellas.

A todos los países dió Natura
 Parte de sus tesoros, pero á todos
 Algo quiso negar, porque se hallára
 Allá en remoto clima, y en el cambio
 La hermandad de los hombres se estrechase,
 Ligando el mismo lazo á los de Aurora
 Y á los hijos lejanos de Occidente.
 El hombre todo corrompiólo un día.
 ¡ Que no corrompen la ambicion y el oro !
 Tornóse la hermandad en guerra infanda ;
 Y sed de humana sangre y de riquezas
 Fué la sola pasion de los mortales,
 Que, en el delirio de adquirir matando,
 Todos los lazos de amistad rompieron.

Ávido empero de la nueva gloria
 Digna de su valor, Colon se lanza
 A mar no conocido, le atraviesa,
 Y, en premio del milagro, al fin descubre
 Las playas de la paz, y la gran parte
 Nunca sentida en el inmenso todo. (*)
 Al descubrirlas, la Natura en pompa

(*) La expresion *inmenso todo*, aplicada aquí á solo el globo terráqueo, es empleada por otros poetas para significar toda la creacion.

Al universo atónito se muestra ;
Y en el boato de sus nuevas galas
La vió el habitador del viejo mundo,
Envidioso despues, primero absorto.
La tierra de Colon era la tierra
De la Naturaleza. En ella á un tiempo
Portentosa, terrible; al hombre infunde
El miedo santo á las eternas causas,
Y á un tiempo en mano pródiga le brinda
Todos los dones que en distintas playas
De la tierra partió, dando á las unas
Lo que á las otras misteriosa niega.

Yo ví en los Andes la preñada nube
Mas baja que la cima, y en los cerros
Rodando el trueno, y aterrando al valle,
Que en torrentes las aguas inundaban,
Blancas de espuma, y entre piedra rotas.
Yo ví los llanos de la Patria mia,
Anchos, inmensos, do sin fin, en torno,
Cual la imaginacion, la vista vaga,
Y en la hermosa planicie nada encuentra
Mas que verde extension, y el horizonte
Así parece cual si asiento fuera
Del vastísimo cóncavo del cielo.
Naturaleza allí clama por brazos
Que el seno vírgen de la tierra rompan,
Y que llenen su voto, la simiente.
Do quier echando en el fecundo suelo ;
Do quier abriendo los canales hondos
Por do corran las aguas, ó robadas,
Para el riego benéfico, al gran rio

Que cantó Labarden (*), ó desde el centro
 Avaro de la tierra, do se ocultan,
 Por una mano hidráulica arrancadas.

¡ Cuantos prodijios en la idea veo !
 Y á mí querida Patria ¡ cuanta gloria
 Fatídica la mente pronostica !
 Veo brotando los raudales puros
 De la linfa fugaz, y la llanura
 Aquí tornada en selva populosa,
 Donde el ramoso roble crezca y sea
 Mudo testigo del morir de siglos,
 Y el pino se alze á la superna nube
 En mole jigantea, y las raices
 A la honda entraña de la tierra lleve.
 Allí el terreno nivelarse miro,
 Y sustentar jimiendo el peso enorme
 De la gran caseria, do la lana,
 En vistoso tejido convertida,
 La fábrica extranjera no visite
 Para volver en delicada tela
 A ser adorno de la linda vírjen
 Que las orillas arjentinas pisa.

Vendrá la primavera, precedida
 De mansa lluvia, que fecunde el campo,
 Y el prado vista de florida alfombra.
 El zéfiro la mueva, y en la nube
 Se temple el rayo, pero no se apague,
 Del Sol enjendrador. En el estío
 A Céres grata la campiña amena,

(*) Alude á la *Oda al Paraná*, del poeta porteño D. Manuel de Labarden.

Cúbrase toda de materna espiga ;
Y ría el labrador, mientras el viento
La blonda mies ondea, y sus sudores
Los parvulitos y la tierna esposa
En dulces besos doblemente pagan.
Llegue el Otoño, y entre parra verde
Su sien corone con las anchas hojas,
Y entre los mostos del lagar se bañe.

Corren las aguas en distinto rumbo,
Y á par de ellas corriendo los raudales
De nacional riqueza, el orbe todo
Se agolpa á nuestras playas. Las familias
Del europeo, que en cansada guerra
Y en miseria vivió, su hogar odioso.
Con placer abandonan, y á las popas
De los bajeles, que á la mar se fian,
Suben á despedirse de aquel suelo
Que les negára el pan, ingrato siempre.
Al arjentino puerto leda arriba
Preñada de hombres la lijera nave,
Y el suelo besan, que promete al cabo
Sustento á sus hijuelos, y reposo,
Cuando la ancianidad tardía venga,
Y el tiempo pese en la cabeza cana.
A la campaña corren, y entregados
Al trabajo rural, y á los amores
Que nacen en la paz, se multiplican
Cual la simiente que en el suelo arrojan,
Y el Jenio de la Patria los bendice.
La poblacion se aumenta: el campo entónces
No pide brazos, ni desierto llora ;

Y Céres y Pomoná, y las Deidades
 Tutoras de las artes y la industria,
 Se gozan presidiendo los trabajos,
 Cual si volviesen las edades de oro.
 El indio rudo, que rencor eterno
 Heredó de sus padres, su venganza
 Entónces depondrá, ó allá en las sierras,
 Do como él es inculta la natura,
 Pasará solo su salvaje vida ;
 Ni, como ahora, en el veloz caballo
 Discurrirá por la llanura inmensa,
 Talando campos y sembrando muertes.

¡ Oh poder de los hombres ! Tú alcanzaste
 A medir de los astros la carrera,
 A seguir de la luna el presto paso,
 Y del cometa la escondida marcha.
 Las aguas fujitivas detuviste
 En su curso veloz y deleznable,
 Y, cual si fueran sólidas, tu mano
 Sobre montañas conducir las supo,
 Precipitarlas al sediento valle
 Por los caminos que mas bien quisiste,
 Y en nuevo lecho adormecerlas luego.
 La Hidráulica á las ciencias, á las artes,
 A la industria social, nuevos tesoros
 Próvida muestra, y á la Patria mia
 Larga fortuna para siempre ofrece.
 Ni solo al campo quedará ceñido
 El beneficio de la diestra ciencia
 Que ayuda á producir á la natura.
 Súbito el noto al Argentino encrespa,

Que, en bramadoras olas levantado,
 La nave embiste, que al recorvo diente
 Clavára en vano en la tenaz arena.
 Las indómitas aguas, algun día
 En mas seguro puerto encarceladas,
 No harán temblar al nauta miserable,
 Como tembló en Agosto, cuando el rio
 Los males aumentó del año infando. (*)

Aquí en la capital las anchas plazas
 Se adornarán tambien, cuando las fuentes (**)
 El agua arrojen que en cambiantes varios
 El rayo vuelva que despida Febo ;
 Y, con vistosos juegos, detenidas
 A las hermosas en su marcha tenga,
 Miéntras yo las alabo con mi verso,
 Salpicada la frente en linfa pura.
 ¡ Os vea yo correr, vistosas fuentes !
 ¡ Os vea yo correr ! y desde entónces,
 Para siempre jamas, solo vosotras
 Mi Aganipe seréis y mi Hipocrene.
 Yo volaré á vosotras cuando el estro
 Hierva en mi fantasia, y en la mente
 Ardor de canto irresistible sienta.
 Los hombres que estos bienes á mi Patria
 Supieron prodigar, asunto digno
 De mi verso serán, y á las estrellas
 Volará en mis loores su renombre ;

(*) El año de 1820 es deplorablemente célebre entre nosotros. El temporal del 20 de Agosto de ese mismo año, es memorable tambien.

(**) Estaba decretada la colocacion de dos fuentes, llamadas del *25 de Mayo*, y de la *Independencia* ; la primera en la plaza de aquel nombre, la segunda en la de la Victoria

**Y de Colon los venerables mánes
Se gozarán entre la tumba helada,
Al ver al cabo que en la tierra suya
Hay un país que afortunado goza
De paz, de libertad y de abundancia.**

Epigramas

No acertando un buen casado
Con algun nombre bonito,
Que poner á un angelito
Que su mujer le habia dado ;
Ella le dijo : “ querido,
Lo del nombre es poca cosa,
La empresa dificultosa
Es dar con el apellido. ”

Un soldado bravo y fiel,
Cayendo de la metralla,
Exclamó : “ mi coronel,
Digan en algun papel
Que yo hé muerto en la batalla. ”
“ ¿ Quién ha de hablar de un soldado ?
(Respondió el jefe altanero).
Yo sí seré celebrado,
Que una bala me há pasado
Por las plumas del sombrero ”.

Todo, todo es corrupcion,
(Dijo airado un litigante :)
El escribano es ladron,

Mi abogado es un bribon,
 Vendido á mi contrincante:
 El juez enseña al testigo
 Lo que há de hablar: un cadalso
 No basta para castigo.
 ¡ Y yo no encuentro un amigo
 Que quiera jurar en falso !

Blas en un corro decia :
 “ No hay mujer tan apegada,
 Tan fiel, tan enamorada,
 Tan tierna como la mia. ”

Un su amigo que le oyó
 Me dijo: “ mas la alabára,
 Si entre él y la tal pasára
 Lo que pasa entre ella y yo. ”

Hablando de una batalla,
 En que cierto militar,
 Furibundo en el hablar,
 Se escondió como un canalla;
 Un chusco le preguntó:
 “ ¿ Y en tan sangriento embolismo
 Usted á cuantos mató ? ”
 El guapeton respondió:
 “ Yo no me alabo á mí mismo. ”

AÑO DE 1823

Cancion para las jóvenes de la academia de música, en
la celebridad del 23 de Mayo.

CORO

Venid, amadoras
De bella harmonia,
A cantar el dia
De la libertad.

En Mayo cambiaron,
A impulso divino,
Su triste destino
Los hijos del Sud ;
Y sesenta lustros
De horrores sin cuento
Un solo momento
Borró de virtud.

CORO

El luciente padre
Del dia y del verso

Por el universo
 Tanto honor cantó;
 Y la Fama al punto,
 Doblando su vuelo,
 De la tierra al cielo
 Tambien le llevó.

CORO

Sus garras entónces
 El león de España
 En hórrida zaña
 Volvió contra sí;
 Y lanzó la fiera
 Tremendo rujido,
 Do quiera temido,
 Despreciado aquí.

CORO

Del hermano, el padre,
 El hijo, el esposo,
 El brazo nervioso
 Entónces se armó;
 Y el llano y el cerro,
 La arena y la óla
 La sangre española
 Copiosa tiñó.

CORO

La madre, en las filas
 Abrazando al hijo,

“ No vuelvas, le dijo,
“ Sin gloria, ” y lloró;
Y la tierna esposa
Al jóven guerrero
Le ciñó el acero,
Y un beso le dió.

CORO

Así libertada
La domada tierra,
Calló de la guerra
Al cabo el clarin ;
Y campos que fueran
Alfombra de muertos,
De espigas cubiertos
Miramos al fin.

CORO

Hoy el Sol saluda,
Desde el alto cielo,
A su amado suelo
Ya libre y en paz ;
Que los duros tiempos
De muerte y furores,
De sangre y horrores,
No vuelven jamas.

CORO

Venid, y ciñamos
Nuestra sien de rosa,

No porque la hermosa
Nunca esté mejor ;
Si porque llevamos,
En honor del día,
Signos de alegría,
Coronas de flor.

CORO

Venid, entonemos
Virginales coros ;
Mirad los tesoros
Que nos dá la paz ;
Mirad como vienen
Por el mar profundo
Los libres del mundo
Al suelo feraz.

CORO

Hoy nos vió la Aurora,
Al nacer, cantando ;
Que el Sol, en bajando,
Nos mire también ;
Pues ya de la Patria
Todo mal se aleja,
Y el cielo nos deja
Gozar tanto bien.

CORO



La corona de Mayo (*)

Deus nobis hæc otia fecit.

VIRG., Eclog. 1.

Este es el sitio ¡ oh Dios ! este es el sitio
Del horror y la muerte. En algun dia,
 Por el cóncavo techo,
En roncós ayes resonar se oía
 El lúgubre jemido
De víctima infeliz, que al triste lecho
Atada con horrisona cadena,
 Al cielo endurecido
Decia envano su cansada pena.
De este lugar hasta el cadalso horrible,
En el carro de muerte arrebatados,
Iban los infelices destinados
Al desagravio de la ley hollada,
Y de la sociedad menospreciada.

(*) Dió motivo á esta composicion la funcion de música y canto, con que la *sociedad filarmónica*, que existia entónces en Buenos Aires, solemnizó el aniversario de Mayo, como por corona de las festividades de aquel año. Para evitar notas que interrumpirian la lectura de esta pieza, no está demas advertir que el salón de la predicha sociedad era uno de los edificios llamados antes la *Cuna*. En Buenos Aires se sabe con cuanta razon se habia hecho odioso este nombre; y seguramente la autoridad hizo bien en vender aquella casa á un particular, quien la ha destinado á usos que harán olvidar su aborrecible memoria. Algunos nombres que se leen en esta pieza métrica son los de las personas que mas contribuyeron á la brillantez de la funcion.

Pero mas todavia : mas odiosa
Para los libres era
Esta estancia horrorosa,
Por las escenas bárbaras que viera
En las horas de luto, que cubrieron
El suelo en que algun día
La libertad y la igualdad nacieron.
Los grandes héroes de la Patria mia,
Los ilustres varones
Que el primer grito levantar osaron,
Y, con pasmo de todas las naciones,
Al merecido abismo
Despeñaron el fiero despotismo ;
Esos patriotas de memoria eterna,
Encarcelados por ingrata mano,
Aquí en dolor jimieron,
Y víctimas del odio deshumano
De los partidos y la envidia fueron.

Mil de veces al cielo demandamos
Un rayo vengador, que este edificio
En polvo convirtiera ;
Y al cielo, á nuestros votos impropicio,
El rayo suspendió ; pero ya era
Prometido otro tiempo venturoso,
En que libre gozára el Arjentino
De la tranquila paz el don divino,
Ya luce esplendoroso
Ese dia feliz : el fiero Marte,
Y el carro en que atropella la Anarquia,
Cuando sus serpentes y su horror reparte,

Gozosa solo en la nefanda guerra,
Pasaron ya otro dia
Para no mas volver, y en nuestra tierra
Ni la huella dejaron
Que señale el lugar por do rodaron.

Este Mayo lo vió : su bella Aurora,
En el fúlgido oriente levantada,
Miró la tierra por el cielo amada,
Y miró paz y union. En esa hora,
Se elevó nuestro canto al firmamento,
Y el alijero viento
Desde el cielo á la tierra lo volvia,
Mientras la Fama rápida volaba
Y á todo el universo lo anunciaba.

Mayo fué cual ninguno ;
Y reservada su corona estaba
Al Dios de la harmonia,
Que invisible y gozoso presidia
El coro de amadores
De la música y canto ;
El los colmó de todos sus favores,
Y del mágico encantō
Que todas las pasiones adormece,
Y todos los sentidos embelece.

Hoy es templo de Apolo
Este lugar de llanto y de tormento ;
Y donde ántes el eco del lamento
Se levantaba desoido y solo,
Al fin se siente un dia
Todo el placer que causa la harmonia.

¿ Pero donde mi verso
 Podrá empezar alabador, y donde
 En esta nueva escena corresponde
 Redoblar mi loor? Jovenes bellas,
 Que así como en el cielo las estrellas
 En una noche hermosa,
 Así en la concurrencia habeis lucido
 De otra noche dichosa,
 Que la corona há sido
 De la fiesta de Mayo mas pomposa ;
 Vosotras me diréis á quien mi rima
 Primero nombrará : solo vosotras,
 Si mi verso menguado
 De su objeto al nivel no se sublima,
 Con elogio podréis mas delicado
 Decir lo que allí visteis,
 Decir, bellas, mas bien lo que sentisteis.

Sonó la cancion pátria : al escucharla
 En la lid el soldado,
 En todo tiempo el pecho denodado
 Presentó al plomo, ó á la punta fiera,
 Y aquel canto le hiciera
 O vencer en la lucha,
 O morir sin dolor, pues que lo escucha,
 Pero nunca há sonado
 El himno de los libres
 Como sonó esa noche. Trasportado
 El auditorio inmenso
 Al templo de la gloria se sentia,
 Y el corazon, suspenso;
 En fuego patrio, como nunca, ardia.

Impresion tan profunda, fuego tanto
¿Quién pudiera apagar, sin el hechizo
De otro mas dulce y melódioso canto?
Micaëla cantó, y ella deshizo
De nuevo el corazon en tierno llanto.
En otro tiempo Circe, aquella maga,
 Aquella encantadora,
Hija del astro que el oriente dora,
Su voz omnipotente levantaba,
Y al momento á los socios infelices
 Del afamado Ulíses
Con su voz á su arbitrio trasformaba.
 Ella el hondo cimiento
Hizo temblar del globo, el firmamento
 Oscureció mil veces.
Hizo volver la mar, y amedrentados
Ir á otras aguas los enormes peces.
Pero nunca, jamas, los corazones
Supo mover su voz, como conmueve
 El dulcísimo acento
Que Micaëla plácida levanta,
Cuando su labio lisonjera mueve,
Cuando, orgullosa de sus artes, canta.
Cármén cantó con ella: ¿y cual há sido
 El corazon de bronce,
Cual el pecho de acero defendido,
Que de placer no palpitára entonce?
¿Y que fiereza habrá que no desarmen,
Trinando juntas, Micaëla y Cármén?
Esa noche las Gracias se ausentaron
 Del templo de Citéres,
Y sola, sola, en el altar dejaron

A la madre de Amor y los placeres,
 Por venir á llenar de un nuevo encanto
 A las que sin su auxilio pueden tanto.

¡ Oh poder sin igual de la harmonia !
 Cuando en nave traidora
 El Lésbico Arion el mar surcaba,
 Tocó su harpa sonora,
 Y el delfin, que en las ondas la escuchaba,
 Al músico en su espalda recibiera,
 Y á la orilla inofenso le trajera.
 Un instrumento igual con igual arte
 Escuché yo esta vez, pero tañido
 Por diestra mano de argentina airosa.
 Le escuché, y hé creido
 Que desde su caverna tenebrosa
 Pudo el delfin salir, que el ponto pudo
 Deponer su furor, y, quieto y mudo,
 Conducir en la calma mas serena
 Al músico de Lésbos á la arena.

Pero el genio se pierde : cierto es todo
 Lo que dicen de Orféo,
 Cierto tambien lo que de Anfion se cuenta:
 Con arte celestial hallaron modo
 De conmover á la natura, atenta
 Al harmónico son ; y á su deseo
 Las encinas del bosque obedecian,
 Las piedras de los montes se movian.
 Todo, todo es verdad ; que yo á Massoni
 Hé visto cuando el arco
 A la cuerda multísona aplicaba ;
 Y por un raro encanto

Sentí que su instrumento remedaba
 Del jilguerillo el harmonioso canto,
 O la flauta sonora
 Con que Mercurio adormeció los ojos
 Del Árgos velador, en una hora
 En que del grande Jove los enojos
 Del todo rebosaron,
 Y del Argos la muerte decretaron.
 Massoni es el amado
 Del Dios de Délos, y su hermoso coro,
 Y dispensa á su agrado
 De la harmonia el celestial tesoro.

Tú, Esnäola, tambien debida parte
 En mi verso tendrás: tu edad temprana,
 Tu talento sublime y prematuro,
 La perfeccion de tu arte,
 Todo viene en tu honor; y estás seguro
 De que tu sien alguna vez Apolo
 Coronará con el laurel, que solo
 Suele adornar privilegiadas sienes.
 ¡ Tanto derecho á sus favores tienes !

Mas, si mi labio la alabanza mueve,
 O musa, ¿ á quien no debe
 Mi loor alcanzar? ¡ Ah! perdonadme,
 Vosotros, que á la escena contribuisteis,
 Vosotros, que supisteis
 Hacernos olvidar en un momento
 El justo horror con que la planta hollaba
 El ancho pavimento
 Qué ántes el llanto del dolor bañaba.

Si, perdonadme ; y permitid que pueda
 En el débil estilo
 Que á mi verso impotente se conceda,
 Invocar á la Patria, y la memoria
 Del bienhadado dia,
 Que la llenó de gloria,
 Y sepultó en el Sud la tirania.
 ; Oh Mayo venturoso !
 Mes de los meses, pero mas dichoso
 Esta vez que jamas : *un Dios há sido*
Quien la calma de paz al fin nos diera.
 Felices nos has visto : en su carrera
 No se detiene el tiempo : cuando tornes
 En años venideros,
 Mas felices tal vez, mas placenteros
 Tu Sol nos hallará ; y otro poëta
 De Apolo mas querido,
 No con mal hado, como yo, nacido,
 Celebrará ese Sol, y su alabanza
 Alcanzará á do su lumbre alcanza:

A la Paz; con motivo de la convencion preliminar, celebrada en 1823, entre el gobierno de Buenos Aires, y los comisionados españoles cerca de él.

Monarcas de la tierra,
¿ La misera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término á la guerra.

Quint. Od. á la Paz.

Baja tu vista, ordenador del mundo,
Alza tu diestra valerosa, y hunde
 En el seno profundo
 De la abrumada tierra
Al monstruo horrible de la infanda guerra.
La luminosa página, gravada
En el eterno libro del Destino,
Al siglo diez y nueve prometiera
La paz y libertad. ¿ Cual asesino
Contrasta el hado, y en su saña fiera
Bebiendo sangre, y empapando el suelo
 En mas sangre y mas llanto,
Destruye al hombre, y menosprecia al cielo ?
El malvado en su furia puede tanto,
¿ Y tu brazo, gran Dios, no lo aniquila ?
Pon término, Señor, á nuestros males,
Derrama tus enojos iracundo

Sobre el mortal que afije á los mortales :
Baja tu vista, ordenador del mundo.

Allá do el Sol se eleva, aquí do esconde
Su esplendorosa faz, horror y guerra,
Y nada mas alumbra. ¿Dónde, dónde
Está el asilo de la Paz? ¿Qué mano
Derrocó sus altares en la tierra?

Al feroz Otomano

Mirad allá embriagándose con sangre,
Que de los descendientes de Leonidas
Se derrama á raudales,
Porque abrieron un dia sus anales,
Y vilmente perdidas
Su independencia y libertad miraron,
Y de vergüenza y de dolor lloraron.
Esparta, Aténas, Salamina, todo
A su mente volvió; y el pecho griego,
Escandecido al cabo,
Se mostró griego, y convirtió en venganza
El deshonor y timidez de esclavo.
Trozaron fieros la cadena, y luego
Del mismo fierro que forjóla un dia
Instrumentos hicieron de matanza,
Y el grito ¡guerra! retumbó en Turquía.

Infelices, ¿do vais? En vano, en vano
Los tiempos revelaron á los hombres
Lo que es la humanidad, y lo que valen
De patria y libertad los santos nombres.

Do quier hay un tirano;
Do quier hay viles que á su voz acuden;

El rayo lanzan, el acero esgrimen,
 Las sierpes venenosas se sacuden,
 Los parvulitos y las madres jimen,
 Y á vuestra destruccion nada se opone:
 Que hay bárbaros que ayuden
 A que el crimen al crimen se amontone.

¿Y el nombre griego, y la valiente empresa,
 Digna del nombre, y de victoria y fama,
 En nada quedarán? ¿Y el vilipendio
 Y el escarnio del turco será acaso
 Debido premio á la ferviente llama,
 Que en Grecia cunde, y se procura paso
 De pecho en pecho, y á los héroes llama
 A la muerte, á la gloria,
 Que no siempre consiste en la victoria?

Mas ellos triunfarán: las libertades
 Triunfan en este siglo. Los delitos
 De los tiranos que á la guerra incitan,
 Y, sin oír de humanidad los gritos,
 De furor en furor se precipitan,
 Nunca mayores fueron que en la éra
 En que, ociosa la espada,
 Del moho y del orin se consumiera,
 Si no hubiese asesinos,
 Que, queriendo oponer á los destinos,
 Luchan contra el torrente
 En que va envuelto el mundo. En algun dia,
 No está léjos quizá, la tirania
 Será cual era gigantesca mole,

Que de Febo los rayos atajaba,
 Y las auchas comarcas asombraba ;
 Y, al huracan cediendo de repente,
 Desde la altiva frente
 Hasta el hondo cimiento desquiciada,
 Sus ruinas largamente se tendieron.
 Muchos con ella, á su caer, cayeron,
 Empero nunca mas será agoviada
 La tierra con su inmensa pesadumbre,
 Y la que fué el escándalo algun tiempo
 Del llano y de la cumbre,
 Será del caminante
 El escárnio y la mofa en adelante.

La Grécia lo verá ; verálo luego
 La malhadada Ibéria,
 Que zelosa miraba como ardia
 En la sencilla América ese fuego
 En que ella misma hoy dia
 Consumiéndose está, porque, despierta
 Del profundo letargo,
 En que há yacido en cautiverio largo,
 Se acuerda de su honor, y esta memoria
 La impele al fin á recobrar su gloria.
 ¿ No lo veis ? ¿ No lo veis ? El galo astuto,
 Trastornador del orbe, há derramado,
 Desde el alto Pirene
 Hasta el muro de Gádes afamado,
 Los rencores del trono. ¿ Cómo viene
 A hollar vuestros derechos ? ¿ Qué razones,
 Españoles, habrá para oprimiros ?
 La guerra es la razon de los Borbones.

Acaso la justicia vengadora
 Del árbitro y Señor de todo imperio,
 Sentir os hace ahora
 Los horrores que en todo este hemisferio
 Pesaron sin cesar, en tres centurias
 De un poder ejercido por las Furias.
 Nos cansamos al fin : vosotros mismos
 Pusisteis en la mano
 Del apacible y blando americano
 La espada fulminante
 Que tanto en vuestra sangre se há teñido,
 Mostrándose triunfante
 Donde quier en trece años há lucido.

Y ¡ qué ! ¿ no basta ya ? ¿ Nuestros derechos
 No son como los vuestros ? ¿ Qué muralla
 Presentaréis mejor que vuestros pechos
 A la rabia implacable en que batalla
 En su hórrida agonía
 La espirante y odiosa tiranía ?
 Libres seréis : nosotros
 Lo somos ya, lo somos : no hay potencia
 Que baste á contrastarnos,
 Ni poder en la tierra que robarnos
 Pueda ya libertad é independencia.
 Desde los llanos que Arjentino baña
 Hasta las cumbres del Perú fragoso ;
 Desde el suelo fructífero de Chile
 Hasta el istmo famoso,
 Y hasta la tierra que codicia suma
 En la sangre empapó de Motezuma,
 Mil templos se han alzado

A la alma Libertad, y enteramente
 En la feliz América inocente
 Su numen bienhechor será adorado.
 ¡ Y por que no se envainan los aceros ?
 ¿ El sagrado motivo no há cesado
 Que los hizo algun dia
 Con estrago lucir? Los campos yermos
 Mirad, en que debia
 La espiga levantarse, y abundosa
 Crecer en medio de la paz, y henchirse
 Del grano que dá vida; y sonreirse
 El labrador, cuando á su tierna esposa
 Alegre el primer fruto presentára,
 Y ella el sudor del rostro le enjugára.

Hora corre el sudor, pero mezclado
 Con la sangre y el polvo de las lides,
 Y todavia el bárbaro soldado
 Pisa la mies naciente,
 Quema feroz las enramadas vides,
 Destruye y mata: ¿ y para que? ¿ No es dado
 Vivir en brazos de la paz, siquiera
 Cuando la ley severa
 De la necesidad no nos obliga
 A la crüel fatiga
 De atropellar la humanidad y hollarla?
 ¿ Viviremos sin paz, pudiendo hallarla?
 ¡ Oh jefes de la tierra !
 ¿ La mísera plegária
No escuchais de los pueblos que os imploran ?
Poned, poned un término á la guerra.

Su término será. ¡Patria querida!
 ¡Inmortal Buenos Aires! De tu seno
 Los primeros guerreros se lanzaron,
 Que con paso sereno
 El inmenso país atravesaron
 Entre muerte y horrores,
 Y donde quier al enemigo hallaron
 Los miró el enemigo triunfadores.
 De tu seno salieron; pero ahora
 Ya tu misma preparas
 Los bienes de la paz consoladora,
 Y acudes á tus aras,
 De todos tus rivales vencedora.
 ¡Oh jefes de los pueblos! Los oídos
 Abrid al cabo al grito penetrante
 Del huérfano y la viuda desvalidos,
 Y de la vírjen que perdió á su amante,
 Cercano el dia de llamarse esposa.
 La guerra lo robó: la tez de rosa,
 Pálida ya y sin brillo, se há empañado
 Con el largo llorar. ¡Nefanda guerra!
 El suelo está de crímenes preñado,
 ¡Y á tante crímen como el suelo encierra
 Bárbaros todavía añadirémos
 Los que vienen contigo,
 Cuando en la furia del combate vemos
 En lugar de un hermano á un enemigo?

¡Guerra! ¡Execrando nombre! ¡cuánto, cuanto
 El suelo de la América ha sufrido
 Por tan terrible azote; y há corrido
 Cuanto de sangre y llanto

En trece años de horrores ! ¿ Y esto llama
 Timbre y honor la historia ? ¿ Y á la Fama
 Se atreve á encomendar la poesia
 Ese número inmenso de atentados
 Que los anales de la guerra llenan,
 Por la lira y el canto consagrados ?
 ¿ Para qué son los rayos ? ¿ Por qué truenan
 Los cielos sin objeto,
 Pudiendo aniquilar al insensible,
 Que de la humanidad huella el respeto,
 Y, por no dar al hombre lo que debe,
 A fiar á la guerra aborrecible
 El interes de su ambicion se atreve ?

¡ Paz, paz, Americanos ! Ya la España
 Sabe que toda vez que la justicia
 Nos há inspirado belicosa saña,
 Sabemos combatir, y siempre fieles
 A nuestro empeño y nuestro honor, cubrirnos
 En medio de la muerte de laureles.
 Pero baste de muertes y de horrores ;
 Dad olivo á mi sien, dadme que cante
 La quietud de la paz en adelante.
 Dadme que pueda en metro delicado,
 Y no en un verso duro, ensangrentado,
 Llevar de polo á polo
 El nombre de los jenios bienhechores
 Que los primeros á la paz llamaron.
 Si, yo los cantaré, y el mismo Apolo
 Asistirá á mi canto.
 ¡ De la paz la dulzura puede tanto !
 Mirad los campos y los anchos rios

En vital movimiento,
Y el comercio y la industria sus tesoros
En la tierra verter, y en vez de lloros,
Risas, placer, y universal contento.
Haced la paz, y todas las Deidades,
Amigas de la paz, en nuestro suelo
Fijarán su morada :
Y cuando el jenio de la guerra añada
Maldades á maldades
Allá en el mundo que se llama antiguo,
Aquí en el nuevo, en hermandad dichosa,
Que nunca turbará la furia insana,
La madre Patria mirará gozosa
Una sola familia americana.

AÑO DE 1825

En un convite de amigos: con motivo del triunfo de
Ayacucho

¡ Patria ! ¡ Dulce amistad ! ¡ Nombres sagrados,
Que, llenando de gozo nuestro pecho,
Con estro y entusiasmo pronunciados,
Llenais el ancho techo
Del soberbio salon ! Llenad ahora
Mi corazon fogoso de alegria,
De fuego movedor mi voz sonora,
De imágenes y ardor mi fantasia.
Este es, este es el dia
Por Apolo y las Musas esperado.
Suene la lira, y el poëta cante ;
Y si un noble entusiasmo le arrebatara,
A quien se sienta sobre el trono espante,
A quien desprecie la amistad combata.

CORO

Suene la lira, y el poëta cante ;
Y, si un noble entusiasmo le arrebatara,
A quien se sienta sobre el trono espante,
A quien desprecie la amistad combata.

¡ Cantar ! Yo, amigos, con placer cantára,
Y, llevados mis ecos por el viento,

Si mi sencilla voz tanto alcanzára,
 Volaría del suelo al firmamento.
 Mas ¿ cómo hé de cantar? Oíd la guerra;
 Mirad los campos dó creció la espiga,
 Ved como los holló planta enemiga,
 Y al punto en sangre se empapó la tierra.

Ved los ancianos padres
 Como el rostro del hijo en llanto mojan,
 Y luego al campo de la lid le arrojan,
 Y muere la esperanza de las madres.
 Vuelve la vista la llorosa vírgen,
 Y hasta los astros sube
 De denso polvo tenebrosa nube,
 Que no le deja ver su tierno amante.

El entretanto marcha
 De todos los guerreros adelante;
 Llega el combate, y combatiendo muere.
 La fama su catástrofe refiere.
 Y de la vírgen en la tez de rosa
 Se vé marchita pálida azucena,
 Cuando, de amor y de esperanzas llena,
 Iba, al volver su amado, á ser esposa.
 ¡ Guerra! ¡ Execrando nombre! De mi verso
 No llenes mas las sílabas sangrientas,
 Y, pues la paz del universo ahuyentas,
 Como yo te aborrezca el universo.

CORO

¡ Guerra! ¡ Execrando nombre! De mi verso
 No llenes mas las sílabas sangrientas,
 Y, pues la paz del universo ahuyentas,
 Que como el te aborrezca el universo.

Mas ya pasó el horror. Así el torrente
 Los diques rompe, inunda, todo arrasa,
 Y arrebatada en su rápida corriente
 Cuanto estorba su furia; pero pasa.
 ¡ Bolívar ! ¡ Jenio, cuyo nombre estaba
 En páginas de fuego
 Y con buril divino
 Gravado allá en el libro del destino,
 Desde que Dios los mundos arreglaba !
 El alma de Washíngton te movía,
 El ardor de Leonidas te animaba,
 Y el jénio de Colon se conmovía
 En el seno profundo
 De su tumba callada,
 Por ver sin libertad su amado mundo.
 Pero lució tu espada,
 Y desde el Istmo á Lima,
 El rio, el valle, la nevada cima
 La miraron triunfante; y, no cansada
 De escarmentar tiranos,
 A Sucre la entregaste por tus manos,
 Para que consumára la venganza
 El dia de la última matanza.
 Ese dia lució: dad á mis sienes
 La oliva de la paz: dadme que cante
 Solo de la hermandad los dulces bienes,
 Al sonar de mi lira en adelante.

CORO

Ese dia lució: dad á sus sienes
 La oliva de la paz: dadle que cante
 Solo de la hermandad los dulces bienes,
 Al sonar de su lira en adelante.

Al escuchar el grito levantado
 En el campo terrible de Ayacucho,
 Y el himno á la victoria consagrado,
 Alíjera la Fama se desprende
 De la enriscada altura,
 De do miraba la batalla dura,
 Y rauda como el viento el aire hiende ;
 Y cruza con insólita presteza
 Del Pacífico mar la quieta hondura,
 De los nevados Andes la aspereza ;
 Y, al clamor repetido de victoria,
 La argentina ribera há resonado
 Con los ecos sublimes de la gloria.
 Ya el labrador no teme que el soldado
 Queme la mies naciente ; en paz amiga
 Crece en el campo la abundosa espiga ;
 Tranquilo el tardo buey lleva el arado
 Cae la simiente en la fecunda tierra,
 Y ella la cubre, y abundancia encierra.
 Sin miedo al cabo sus hijuelos besa
 La madre cariñosa, y de su seno,
 De vida y néctar lleno,
 Los vé pendientes sin pavor. Un dia
 Sostendrán su vejez, sin que en las lides
 Perezcan en su verde primavera,
 Y viuda y sola inconsolable muera.
 La intacta vírjen y la fresca esposa
 Al consorte, al amado,
 En su pecho nevado
 Reclinarán en paz ; y si rebosa
 Y dentro hierve el amoroso fuego,
 En un beso de amor diranle luego :

“ Ya no irás á la guerra ; combatamos
 “ A ver quien ama mas, y así muramos.”
 Cantemos, pues, la paz. Ceñidme un dia
 De mirtos, y de pámpanos y trigos,
 Y dadme vino de la tierra mia,
 Con que pueda brindar á mis amigos.

CORO

Cantemos, pues, la paz. Ceñidlo un dia
 De mirtos, y de pámpanos y trigos,
 Y dadle vino de la tierra suya,
 Con que pueda brindar á sus amigos.

¿ Y allá en Europa, sobre el alto trono,
 De crímenes y sangre circundados,
 Aun hay tirano que con bronco tono
 Del hombre el exterminio há decretado ?
 De nuestra Patria en el altar juremos,
 A vista de estos heroes, que miramos
 Con respeto profundo, (*)
 Que nunca atravesar al nuevo mundo
 El furor del antiguo dejarémos.
 Un límite fijemos
 En cuanto el ancho mar abarca inmenso,
 Y este límite extenso,
 Desde este dia para siempre al cabo,
 Divida al hombre libre del esclavo,
 De la amigable paz la guerra impia,
 Al bárbaro opresor del oprimido,
 Y de la libertad la tirania.

(*) La sala del banquete estaba adornada con los retratos de Bolívar, de San Martín, y de otros ilustres Jenerales Americanos.

CORO

Divida al hombre libre del esclavo,
 De la amigable paz la guerra impia,
 Al bárbaro opresor del oprimido,
 Y de la libertad la tirania.

¡Ea, amigos, bebamos!; y que ahora
 En el pecho y la copa brindadora
 Los placeres diversos se confundan;
 Y cual los rayos de Titan inundan
 De fulgorosa lumbré
 La atmósfera y los mares,
 Los valles y la cumbre,
 Así este día á nuestras almas traiga
 Especies todas de placer unidas,
 Y, cuando el vino á nuestro pecho caiga,
 Destierre los cuidados homicidas.
 Beba el amante por su dulce amada,
 El tierno esposo por su esposa beba,
 Mientras al labio de los padres lleva
 La salud de los hijos este vino.
 Celebrad nuestro plácido destino,
 Bebed por Sucre y su valiente tropa,
 Y amor y libertad, Patria y amigos,
 Confúndase en el pecho y en la copa.

CORO

Celebrad nuestro plácido destino,
 Bebed por Sucre y su valiente tropa,
 Y amor y libertad, Patria y amigos,
 Confúndase en el pecho y en la copa.

La Gaceta

PARÓDIA DE UNA LETRA AJENA

Para ver hechos diversos,
E imponerse en un segundo
De lo que pasa en el mundo
Y hacen algunos perversos ;
Y para imprimir sus versos
El que la eche de poëta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para herir hoy, y elojiar
Mañana á los funcionarios,
Llamar revolucionarios
A los de opuesto pensar,
Protestando no insultar,
Cuando á nadie se respeta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para que luzca mejor
El que por sabio es tenido,
Siendo un fátuo presumido
Que no pasa de hablador,

Y **por** alborotador
No hay cosa en que no se meta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para proclamar abusos,
Finjiendo que se critican,
Y á todos los que replican
Llamar idiotas ilusos,
Que no conocen los usos
De la tierra del Profeta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para mentir sin vergüenza,
Contradecirse de paso,
Creyendo que en todo caso
Todo lo sufre la prensa,
Y que el vulgo que no piensa
No conocerá la treta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para que hombres de otro mundo
Vengan á llamarnos bobos,
Y con piel de oveja lobos
Nos traten de un modo inmundo,
Con un desprecio profundo,
Con avilantez completa,
Es lo que hay una Gaceta.

Para ostentar mucha ciencia
Con ajenas producciones,
Dándolas como lecciones

De nuestra propia experiencia,
Contando con la paciencia
Del que paga su peseta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para formar un Estado
En ménos de media hora,
Antes que luzca otra aurora
Darle vuelta al otro lado,
Y meternos de contado
Al laberinto de Creta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para escribir cada dia,
Sin exámen lo que venga
A la cabeza, y convenga
A la presente mania,
Y seguir en la porfia
De cambiar con la veleta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para que, por conclusion,
Sepamos algo de todo,
Quien es patriota, quien godo,
Quien no tiene educacion,
Porque en esto la nacion
Encuentra ganancia neta,
Es lo que hay una Gaceta.

AÑO DE 1826

Al armamento de la República Argentina, contra el emperador del Brasil, Pedro I

“¿Donde está la nacion, que en solo un dia
Vengó tres siglos de oprobioso llanto,
Y, al son de la cadena que rompía,
Marchaba triunfadora,
Precedida de estragos y de espanto?
¿Donde estan los laureles,
Las palmas donde, que el Perú produjo?
¿Donde está el estandarte que condujo
Al fértil Chile las legiones fieles,
Que abrumó de trofeos y de gloria
En Chacabuco y Maipo la Victoria?
Se acabó tanto honor: que al fin es mia
Gran parte de la tierra
Que á esa rival nacion pertenecía;
Y ella lo vé y lo sufre.” Así decia
El déspotá altanero
Que en el Brasil domina;
Mas del insulto fiero
Al eco ignominioso

Movióse la República Argentina,
 Y sacudió el letárgico reposo.
 El platëado rio en el momento
 Hincha sus olas, y en su espalda inmensa
 Las naves lleva que el honor guiaba,
 Y el jenio de la guerra destinaba
 A la justa venganza de la ofensa.
 Y miéntas tanto en Sarandí mordian
 Los esclavos del déspota la tierra,
 Y raudales de sangre le advertian
 Que aquel era el ensayo
 De los horrores de tan dura guerra.

Ya está suspenso el rayo
 Sobre el trono que insulta á un mundo entero;
 Y el valor argentino há renacido
 Al eco grande del clamor guerrero,
 Al eco fuerte del honor herido.
 Los hijos de la Patria le escucharon,
 Y con terrible acento
 El terrible escarmiento
 Del insolente usurpador juraron.
 Tomad, romped mi lira,
 Que hasta aquí solamente acompañaba
 El blando canto que el amor inspira,
 Y tan languidamente resonaba.
 Dadme, Lopez, la trompa con que un dia
 Entonasteis el himno
 Sonoro, grave, de Tirteo digno,
 Que el guerrero en las lides repetia.
 . . . Dádmela, y yo podría
 Hacer entónces que mi fuerte aliento,

Lanzado en las orillas de occidente,
 Atravesase raudo por el viento,
 Y fuese á resonar en el oriente :
 Yo exitaria allí mayor venganza,
 El bélico furor irritaria,
 Y en cada campo de feroz matanza
 Su escarmiento al tirano mostraria.
 ¿ Mas qué continuo movimiento ajita
 Las opuestas riberas ?
 ¿ Qué muchedumbre aquí se precipita
 A las naves veleras,
 Allá descende, vuelven afanadas,
 Y de hombres parten otra vez cargadas ?
 Si; que ni las caricias
 Del tierno fruto de una union dichosa,
 Ni sabrosas delicias,
 Gozadas en los brazos de la esposa,
 Detienen al guerrero,
 Que, á su vista ciñéndose el acero
 Recibe el beso del amor, mezclado
 Con llanto que el dolor há derramado.
 ¿ Por qué se lanzan á la opuesta orilla ?
 ¿ Por qué abandonan los paternos lares,
 Los fuegos del amor, la paz sencilla ?
 ¿ Por qué ?—Porque peligran los altares
 Que á la alma Libertad alzar supimos
 En todo este hemisferio,
 Si por mas largo tiempo consentimos
 Que insulte á la República un imperio.

 Y no la insultará: volad, valientes,
 Y aprenda esta leccion ese tirano :

“ Los tronos en el suelo americano
Son una mancha que borrarse debe;
Y el que insolente á provocar se atreve
El valor arjentino,
Siempre se estrellará contra el Destino.”

Al aniversario del 25 de Mayo

Es lento el aprender de las naciones,
Y largo su sufrir; mas raya un día
En que al cabo la misma tiranía
De los pueblos completa las lecciones,
 Apura el sufrimiento,
Y obra la indignación un escarmiento.

¿Cuándo fué, para ejemplo
De los que al mundo su placer oprimen,
Que de tres siglos el antiguo crimen
Castigado quedó, y el santo templo
Resonó con los himnos de victoria?
¿No es hoy el día de tamaña gloria?
¿Pues quien nubla su esplendor divino?
¡Anublarle! Jamas. Con sangre nueva
Hoy escribe su historia el argentino,
Escarmentando al déspota que lleva
 Al frente de sus haces
Las imperiales águilas rapaces.

El padre de la luz se alza esplendente
 En el día de Mayo,
Y divisa en los campos del Oriente

Cruzar ardiendo de la guerra el rayo.
 ¡Salud! ¡Salud, guerreros
 Que en tan dichoso día
 Aflais nuevamente los aceros
 Que en Sarandí brillaron! Hoy os guía
 El genio de la Patria á la victoria.
 ¡Cuanta, cuanta memoria
 Con este sol renace!
 Y ¡cuanto vuestro honor se satisface
 De que os haya la Patria encomendado
 El conservar la gloria que le dieron
 Los que en el primer Mayo han destrozado
 Las cadenas que siglos la oprimieron!

Mas ¡ay! que el pensamiento
 Atras se vuelve, y del oscuro olvido
 Rasgarse el velo impenetrable siento.
 ¡Son esos los anales
 De la Patria infeliz en que hé nacido?
 Esos son, esos son; acerbos males,
 Opresion, fanatismo, tirania,
 Ignorancia, miseria;
 Eso te debe, Ibéria,
 La que fué tuya América algun día.
 Con sangre estan escritos
 Los fastos de la historia americana,
 Y todos nuestros fastos son delitos,
 Mientras nos dominabas inhumana:
 Delitos tuyos son. El Dios de todo
 “Hasta aquí, dijo, consentir me plugo;
 “Húndase la Ambicion en el abismo;

“ No jima un mundo bajo infame yugo,
“ Y que llore á su vez el Despotismo.”

¡ Héroes de Mayo ! Autores de una gloria
Que no será en el orbe transitoria,
Miéntras Febo, abrazando en su carrera
 Los ámbitos del cielo,
Recuerde el dia en que la vez primera
La voz de *Libertad al patrio suelo*
Hicisteis resonar, vuestro renombre
 Resonará igualmente,
 Para ejemplo del hombre,
Para que todo déspota escarmiente.

Cancion marcial

C O R O

¡ A la guerra, á la guerra, Argentinos !
El acero empuñad vengador ;
Que la Patria y la gloria nos llaman,
Y es un vil quien no acude á su voz.

De la raza funesta de reyes
Abortó Portugal un tirano,
Que ambicioso pasó el Océano
Y altanero estas playas holló.
Al escándalo nuevo y horrible
De mirar en América un trono,
En los libres renace el encono
Que esa estirpe fatal inspiró.

C O R O

Sorprendido, impotente, doblaba
El Brasil la cerviz orgullosa,
Y el tirano con planta imperiosa
De sus hijos el cuello pisó.
Vanidoso del pérfido triunfo,

No bastó una nación á su enojo,
 Y engreído, con bárbaro arrojo,
 Nuestra Patria en su furia insultó.

CORO

El valiente Argentino dormía
 A la sombra de palma y laureles,
 Que otra vez en batallas crüeles
 De la garra arrancó de un León :
 Pero, el grito feroz del agravio,
 Despertó del letargo profundo,
 Y una voz repitió por el mundo :
 “ Ya está en paz la terrible nación. ”

CORO

¡ Argentinos valientes, al arma !
 Que la trompa sonó de la guerra ;
 Y no impune profane la tierra
 De los reyes un vástago vil.
 El conduce á morir sus esclavos :
 Morirán ; mas nosotros marchemos,
 Y, pisando sus cuerpos, gritemos :
 “ ¡ Libertad, libertad al Brasil ! ”

CORO

Hoy de tanto guerrero argentino
 Se conmueve la tumba gloriosa,
 Y, arrojando la fríjida losa,
 Se presentan con nítida faz.

Ellos gritan : “ tomad nuestra lanza,
 O vivientes ; seguid nuestro ejemplo,
 Y ofreced de la gloria en el templo
 De la vida el momento fugaz. ”

CORO

Reposad, reposad, raza de heroes ;
 Nuestro ejemplo á la lid nos convida ;
 De la Patria á quien disteis la vida
 Vuestros hijos son hijos tambien :
 Hoy por fin nos unió la venganza ;
 A vencer al tirano volamos,
 Y volver de la lucha os juramos
 De laurel coronada la sien.

CORO

¡ Argentinos, union ! y marchemos
 A humillar al tirano insolente,
 Que usurpó nuestros campos de Oriente,
 Y pretende vejar la nacion.

Escarmiente ese déspota altivo
 Que á insultar nuestra Patria se atreve,
 Y que léjos de América lleve
 A los reyes la horrible leccion.

CORO

Argentinas hermosas preparan
 El jasmín, la azucena y la rosa,

Con que adornen sus manos la fosa
Del valiente que espire en la lid.

Pero no; que preparan coronas
Con que ciña su frente el guerrero,
Cuando envaine triunfante el acero
Que tremendo se mira lucir.

CORO

AÑO DE 1827

Al Jeneral Brown; en una reunion de amigos

En un pecho magnánimo la suerte
Poder ninguno tiene :
Superior á los hados y á la muerte,
El corazon del héroe se sostiene
Con su sola firmeza,
Y se estrella el destino en su entereza.

Verdad será que, caprichosa y ciega
La Fórtuna inconstante,
Con el linaje humano fácil juega
Al volver de su rueda; y que, constante
Tan solo en las mudanzas,
Se burla de las grandes esperanzas.

Del jenio no se burla: el heroismo
Favores no mendiga ;
El siente que, bastándose á sí mismo,
La suerte al cabo á sus empresas liga,
Y que logra fijarla,
Porque tiene el poder de dominarla.

Si, tiene tal poder; y Brown lo tuvo,
 Cuando, en un año entero,
Contra el hado y la fuerza se mantuvo,
Siendo espanto y terror del Brasileiro,
 Y arrancando con gloria
El laurel de la mano á la Victoria.

C a n c i o n

C O R O

¡ Al Brasil, Argentinos !
Marchemos al Brasil ;
Que allí crecen laureles
Con que la sien ceñir.

Bajó del cielo el Númen
Que la Nacion adora ;
De guerra vengadora
Los ecos escuchó ;
Y vió del Arjentino
La belicosa pompa,
Cuando la ronca trompa
Del crudo Marte oyó.

C O R O

¡ Cuan bella hácia nosotros
La Libertad descende,
Y los pechos enciende,
Si alguno no arde ya !
La victoria la sigue,
Y con sus alas cubre

El campo en que descubre
Que el Argentino está.

CORO

Un tirano insolente,
De otros tiranos hijo,
"Mia es la tierra", dijo,
Y profanó el umbral:
Pero en el sitio mismo
Donde pasó la afrenta,
De venganza crüenta
Se dió la gran señal.

CORO

Alzó el Dios de la guerra
Su formidable lanza ;
El campo de matanza
Con ella señaló,
Y en él la Muerte dura,
Que oyó el feroz llamado,
Su carro ensangrentado
Crujiendo despeñó.

CORO

Pero el valiente entónces
A la consorte, al niño,
Dá el beso del cariño,
Dá el beso del amor ;

Y rompiendo al momento
El delicioso abrazo,
Arma el nervioso brazo
De acero vengador.

CORO

El argentado río,
Que furibundo azota
A la enemiga flota
Que quiebra su cristal,
Manso y tranquila lleva
Los bajeles veleros,
Donde van los guerreros
A la orilla oriental.

CORO

Llegaron, y el esclavo
Del tirano inclemente
La avergonzada frente
No pudo mas alzar ;
Y á la distancia larga,
Y tras del muro fuerte,
La inevitable muerte
Temblando ve llegar.

CORO

Sobre él van los guerreros
Que á Chile libertaron ;

Sobre él los que marcharon
 Con paso vencedor,
 Llevando sus banderas
 Del Tucuman á Lima,
 Del Plata al Apurima,
 De Oriente al Ecuador.

CORO

Si los Andes no fueron
 Barreras á su saña,
 Y humilde la montaña
 Sus cimas abatió;
 En el Brasil abrigo
 Contra el furor guerrero
 Su déspota altanero
 Envano hallar pensó.

CORO

Al formidable golpe
 Del arjentino bravo,
 Del déspota el esclavo
 La tierra morderá:
 Y escribiráse entónces
 Con la sangre enemiga
 El decreto que diga:
 “No hay un imperio ya.”

CORO

Cuando el tirano vea
 Brillar nuestros alfanjes,

Segundo sus falanjes
En medio del Brasil,
De libertad las voces
Oirá también alzarse,
Y el trono sepultarse
Bajo su planta vil.

CORO

Volad, volad, valientes,
Despedazad los lazos,
Con que ese rey los brazos
De una nación ató;
Y aprenda que, si alguno
Tolera indiferente
Que insulte al continente,
El Argentino nó.

CORO

En el regreso de la expedición contra los indios bárbaros,
mandada por el Coronel D. Federico Rauch

Jóven terrible, rayo de la guerra,
Espanto del desierto,
Cuando vuelves triunfante á nuestra tierra,
Del negro polvo de la lid cubierto,
Te saluda la Patria agradecida ;
Y la campaña rica,
Que debe á tu valor su nueva vida,
Tus claros hechos, y tu honor publica.

¡ Gloria al valiente Rauch ! Suelo extranjero
Su cuna vió mecer: del Rhin helado
Fueron las aguas que bebió primero ;
Y amó la Libertad, y abandonado
Con noble intrepidez á su destino,
Vino por medio de la mar furiosa
A defender las aras de la Diosa
En la orilla feliz del Argentino.
Desde entónces la espada fulminante,
En sosten de la Patria que elejia,
Cual hijo de la Patria el mas amante,
El intrépido huésped se ceñia ;
Y mientras tanto el bárbaro indomable,

El indio rudo, habitador del yermo,
Con estrago espantable
Por toda la comarca discurria,
Y su rencor antiguo, inaplacable,
De horfandad y miseria la cubria.

Como suele caer de la montaña,
Precipitado al llano de repente,
Con estrépito horrísono el torrente,
Y retiembla á lo léjos la campaña,
Y arrebatan las ondas victoriosas
El pastor, el ganado, la cabaña,
Las mieses y las vides pampanosas ;
O como suele con bramido horrendo
El huracan pasar, y, por do pasa,
Rauda y vertijinoso todo arrasa,
Y todo se desploma con estruendo ;
El salvaje feroz no de otro modo
En clamorosas bombas se lanzaba
Del fondo del desierto,
Y nuestros ricos campos inundaba.
A la piedad y á la ternura muerto
Su corazon ferino, y abrasado
De la sed de rapiña y de matanza,
El brutal indio, rudamente armado
Del fuego, de la flecha, y de la lanza,
Volaba en el alípedo caballo,
Derramando á torrentes su venganza.

A la plácida luz de la alba luna,
Que nunca horrores alumbrar debiera,
Acometia sin barrera alguna

De los salvajes la caterva fiera ;
 Y el súbito alarido,
 Y la hórrida algazara, interrumpian
 El sueño fementido,
 En que, fiados en la paz yacian
 Del campo los tranquilos moradores.
 Ese era el sueño precursor de muerte.
 ¡ Era el último sueño ! Los amores
 Tal vez de la consorte y las caricias
 Al lecho humilde de la humilde choza
 Le hicieron descender entre delicias.
 ¿ Y el miserable esposo
 Volverá de tan plácido reposo,
 Al grito de la turba despiadada,
 Para caer en brazos de su amada,
 Exánime, sangriento, moribundo,
 Verla insultar por un salvaje inmundo
 Con brutal osadía,
 Y espirar en tan bárbara agonía ?

Si ; que ya el fuego abrasador devora
 Los apacibles lares ;
 Y el temblon viejo, que abrigado mora
 Allá en los mas recónditos hogares,
 El descarnado pecho atravesado
 De saeta homicida,
 Lanzó el cansado aliento por la herida ;
 Y entretanto, del lecho immaculado
 Arrebata con brazo ensangrentado
 A la intacta doncella
 Otro bárbaro atroz, y la destina

Para esclava de torpe concubina,
Sin apiadarse al llanto de la bella.

¿ Y tan negros horrores
Impunemente cometer dejamos,
Sin levantar la diestra al escarmiento?
La riqueza adquirida con sudores,
La poblacion del campo, y su ornamento,
Se roba, se destruye, ¿ y no vengamos
El repetido ultraje
Con el castigo del feroz salvaje?
¿ Qué mengua! ¿ Qué vergüenza? Rauch no pudo
Mas tiempo tolerar; y concitando
Contra la ruda chusma insolentada
La valerosa hueste de su mando,
La condujo al desierto denodada.

Ajil muy mas que el indio, y atrevido
Como feróz aquel, pisa el soldado
El terreno hasta entónces oprimido
Solo de planta bárbara, y surcado
Por la reja jamas. La turba impia
Entraba ya á la tosca tolderia, (*)
Y de pingüe ganado rica presa
Entre sí dividia,
Ajena de temor; mas la sorpresa
Fué mayor que el placer; pues de repente,
Como en dia sereno
Alguna vez se siente

(*) Este es el nombre que se dá entre nosotros á las informes chozas de cuero en que habitan los salvajes.

Allá á lo léjos retumbar el trueno,
Sintieron á sus pies temblar la tierra,
Al repetido golpe de la planta
Del cuadrúpedo amigo de la guerra,
Que fogoso contra ellos se adelanta ;
Y el jinete, vibrando el corvo acero,
Y Rauch, de la lejion á la cabeza,
Arremeten con ímpetu mas fiero,
Con mas estrago, con mayor braveza,
 Que el incendio violento,
Cuando vuela en la selva con el viento.

Reliquias de la inmensa muchedumbre
 Salvan del grande estrago,
Y, atravesando de la sangre el lago,
Escalan fujitivas la alta cumbre
 De la helada montaña,
Que domina soberbia la campaña.
 De su primer espanto
 En la fragosa altura
 Recobrados un tanto,
Creyeron su existencia ya segura,
Y defenderse intentan nuevamente
Con tosca ardid de inusitada guerra,
Cual el que allá, en la infancia de la tierra,
 El primer combatiente
Osaria tal vez; pero el valiente,
Conducido por Rauch á la victoria,
 Arredrarse no sabe,
Ni abandonar las sendas de la gloria.
Con firme pié, por la pendiente grave
 De la cuesta fragosa,

La leñon animosa

Con el rayo en la mano se aproxima:
Y mientras tanto, desde la alta cima,
Con estruendo espantoso despeñadas,
Ruedan moles injentes por la sierra,
Al empuje del bárbaro arrojadas.
Toda retumba en derredor la tierra,
Al repetido golpe de la roca
Que con las otras estridente choca;

Pero el fuerte soldado
Entre la dura lluvia se abalanza,
Y, venciendo el peligro denodado,
El plomo al cabo del mosquete lanza;
Y luego, luego, en la enemiga altura
Pone el pie vencedor, y largos corren
Los arroyos de sangre á la llanura.

¡ Pudo llevarse en fin el escarmiento
A los campos lejanos,
Que habitan los salvajes inhumanos!
¡ A tanto alcanza el bélico ardimiento!
Pudo llevarse por la vez primera;
Y de playa extranjera
Vino á las nuestras un guerrero experto,
A exterminar la raza carnícora
De los tigres feroces del desierto.

Campaña del ejército republicano al Brasil, y triunfo
de Ituzaingó

CANTO LÍRICO (*)

Las barreras del Tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡ Oh porvenir, impenetrable, oscuro !
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo :
Partióse al fin el diamantino muro,
Con que de mi existencia dividias
Tus hombres, tus sucesos y tus dias.

(*) DEDICATORIA—Al señor Jeneral del ejército republicano, Brigadier D. Carlos Alvear.

Exmo. señor: Tengo el honor de presentar á V. E. el adjunto *Canto lírico*. El no tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

Si vinieran Luca, Lafinur, Rodriguez y Rojas, jenios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino, ó si pulsara Lopez su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serian cantadas de un modo digno de ellas.

Pero espero que se sirva V. E. acoger mi *Canto lírico*, como un tributo humilde de mi respeto á su persona, y á su mérito.

B. L. M. de V. E.

Señor—

J. C. V.

Buenos Aires, Marzo 22 de 1827.

Mil siglos ya volaron
 Ante los ojos míos : mil naciones
 Con ellos perecieron,
 Y otras jeneraciones
 Y otros imperios á su vez nacieron ;
 Empero á la República Argentina
 Salvarse miro de la gran ruína.
 Presente allá en las pósteras edades,
 Veo que no há quedado ni memoria
 De Griegos y Romanos : otra historia
 De admiracion embarga al universo :
 Otros hechos sublimes, otros nombres
 Miro allí consignados
 En las líneas fatídicas del verso,
 Y en páginas eternas ; y los hombres
 Los pronuncian de asombro penetrados,
 Con respeto profundo,
 Por los inmensos ámbitos del mundo.

No suenan las Termópilas ; los llanos
 De Maraton no suenan ;
 Platéa y Salamina
 Cual si no fueran son, y ya no llenan
 Leonidas y Temístocles el orbe ;
 Que otra gloria perínclita domina,
 Y la atencion del universo absorbe.
 Esos nombres ilustres se eclipsaron,
 Los de Alvëar y Brown los remplazaron ;
 Y en todos los anales de la guerra
 Ituzaingó y el Uruguay escritos,
 Enseñan á los reyes de la tierra
 Que los libres no sufren sus delitos.

Descended hácia mí, Númen del canto,
Mientras el jenio de la Historia corta
La pluma de oro, que á la tierra deje,
Cual yo la miro en el momento, absorta.
Miéntras jaspes, y mármoles, y bronces
 El buril no penetra,
 Y á los siglos de entónces
Gravada pasa indestructible letra ;
O miéntras en estátuas colosales
El mundo no conoce todavia
Esos republicanos inmortales,
Blason eterno de la Patria mia,
Descended hácia mí, Númen del canto ;
Y si un mortal feliz pudiese tanto,
Mi verso irá por cuanto Febo dora,
 Del Austro á los Triones,
Y, leído en las playas de Occidente,
Llevado por la Fama voladora,
Admirará despues á las naciones
Que reciben la lumbre refulgente
Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,
Y respirando rencorosa saña,
Porque ya no asolaba al Nuevo mundo,
Como cuando triunfamos de la España,
El monstruo de la guerra concitára
 A la Ambicion sedienta,
 Y la Ambicion sangrienta,
Que del monstruo los ecos escuchára,
Usurpadora al llamamiento acude.
La Venganza sus crímenes prepara,

La Discordia sus víboras sacude,
 Y atruenan sus ruidos el Averno.
 Estos jeníos del mal luego quebrantan
 Las eternas puertas del infierno,
 Con hórrido alarido al mundo espantan,
 Y al Brasil se lanzaron,
 Y el estruendoso carro despeñaron.

Entónces ese déspota insolente,
 Que en el Brasil domina,
 Tiende á los bellos campos del Oriente
 Una mano alevosa y asesina ;
 Y con enojo horrible y bronco tono,
 “ No puede ser (clainó) que el Argentino
 Asi se burle de la voz del trono,
 Y tenga mas poder que el del destino.
 El mio es dominar un hemisferio,
 Que tuvo la osadia
 De aspirar á ser libre en algun dia ;
 Ni basta á mi ambicion mi solo imperio. ”

Así dijo el tirano : pero escrito
 Estaba ya en el alto firmamento
 Con caracteres ígneos su delito,
 Con caracteres ígneos su escarmiento.
 Escrito estaba, y de la voz divina,
 El fallo irrevocable, el cumplimiento
 Confíóse á la Republica Argentina.
 Ella llamó á sus hijos, y sus hijos
 El flamíjero acero descolgaron,
 Esos mismos aceros que algun dia
 Las falanjes ibéricas segaron, .

Cuando otro rey imbécil nos quería
Arrebatár la independencia cara,
Y que el baldon de América durára.

Ya tremolante veo
Aquel mismo estandarte,
Que en otro tiempo vió Montevideo,
Cuando sañudo Marte
El muro amenazaba y los pendones
Ornados de castillos y leones.
Ya las voces escucho
De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los Iberos
En Tucuman, en Maipo, en Ayacucho;
Guerreros Arjentinos, que llevaron
Triunfantes sus banderas,
Desde la márjen del undoso Plata
Hasta el opimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campëones;
Parten de allí, cual rayo, á otras rejiones,
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió, Quito amagada
Miró Arjentinos, y quedó asombrada;
Y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo
En bélico furor toda la tierra.
Justo rencor á la nacion conmueve,
Justa venganza cada pecho encierra,
¿ Y quien es el valiente que se atreve

A conducir los bravos á la guerra?
 ¿ Quien es el Jeneral que en sí confia?
 ¿ Cual es mas fuerte, si el acero blande?
 ¿ A quien la Patria sus venganzas fia?
 ¿ Cual es el heroe que á los heroes mande?
 Alvëar se mostró : toda la hueste
 Con víctores festivos le aclamaba :
¡ Este es el vencedor, el jenio es este !
 Y sus triunfos la hueste presajaba.

La espalda en tanto del inmenso rio
 Las naos brasileras
 Oprimen formidables y altaneras.
 En marcial fuego y belicoso brio
 Arda la capital, los campos ardan :
 ¿ Mas como irán á la oriental ribera
 Los fuertes adalides, que ya tardan,
 Y de cuyo ardimiento solo espera
 La libertad el oprimido Oriente?
 ¡ Tardar ! No lo consiente
 El marino impertérito, terrible,
 Que sintiéndose intrépido, invencible,
 Se decide á forzar á la Victoria
 A que empiece á tejerle la corona,
 Con que muy pronto en Uruguay las sienes
 Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil
 Pero no débil desde que él se alzára ;
 Y la espumante prora,
 Que divide las ondas cristalinas,
 Convierte al enemigo vencedora.

Le arroja de las aguas argentinas,
 Y, en un combate y mil, al mundo enseña
 Que el poder es ser bravo, y que Fortuna
 Del sublime valor, que la desdeña,
 No tiene en las hazañas parte alguna.
 Mientras que, vencedor por su destino,
 Brown combatia la tremenda flota,
 Quedaba libre el líquido camino,
 Y á la playa remota
 Volaban las lejiones
 Que al causador de tan inícua guerra
 A mostrar iban ya nuestros pendones
 Triunfantes en las aguas y en la tierra.

“ ¡ Salud, hijos de Oriente valerosos,
 Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria !
 No basta una victoria
 Para humillar tiranos orgullosos :
 Ya la Patria os saluda ;
 Sus hijos sois ; y uniendo el Occidente
 Su esfuerzo á los esfuerzos del Oriente,
 Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda. ”
 Así dijo Alvëar, y en la ribera
 Mandó plantar la bicolor bandera
 De su nacion preclara,
 Insignia á la Victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,
 O Númenes del canto ;
 Pulsad mi lira con el plectro de oro,
 O borro el verso que no alcanza á tanto.

Oiga yo resonar. . . . Mas ¿qué interrumpe
 El eco celestial de la armonía?
 ¿Quién en voces horrísonas prorrumpe,
 Y destruye su grata melodía?
 ¡Ay! que sonó la trompa,
 La ronca trompa del feroz Mavorte,
 Y en belicosa pompa
 Se desprendió del campo la cohorte.
 ¡Oh madres argentinas! en el pecho
 Estrechad, estrechad al tierno infante,
 Que ya no tiene padre en adelante.
 ¡Esposas! empapad el yerto lecho
 En llanto de dolor, que ya partieron,
 Y la Orfandad y la Viudez amarga
 La marcha del soldado precedieron,
 Derramando tras sí miseria larga.
 Pero no: presentad á vuestros hijos
 El valor de sus padres por modelo,
 Y dejad á las madres brasileras
 Llanto sin fin, inacabable duelo;
 Que sus hijos estan en las hileras,
 Al filo vengador de las espadas,
 Y al altar de la Muerte destinadas.

¡Tirano del Brasil! ya nuestros bravos
 Traspasaron el límite anchuroso,
 Que divide la tierra de los libres
 De la tierra infeliz de los esclavos.
 Ahora es tiempo de que el rayo vibres
 Con que nos amagabas jactancioso,
 Cuando inmensas distancias separaban
 Ejércitos y ejércitos, ni Marte

En tus campos plantaba su estandarte,
 Ni nuestro Sol tus águilas miraban.
 ¡ Tirano del Brasil ! ¿ Adonde, adonde
 Los ministros estan de tu venganza ?
 O cual es el lugar en que se esconde,
 Huyendo de la bárbara matanza,
 Ese grupo venal, en cuya frente
 Miró la marca del esclavo impresa,
 Afrentando el valor del combatiente ?
 ¡ Déspota ! Tú, que conservar pretendes
 La posesion de una provincia ajena,
 ¿ Tu mismo patrimonio no defiendes ?
 ¿ Y cual es el poder de que blasonas,
 Si apenas nuestro intrépido soldado
 El umbral del imperio há traspasado,
 El suelo del imperio le abandonas ?

¡ Oh Dios ! ¡ Y un pueblo entero
 Su honor, su suerte, su vivir te fia !
 ¿ Quién lo defiende del furor guerrero ?
 ¿ Son las breñas de la alta serrania
 La palestra en que esperan tus soldados
 De glorioso laurel ser coronados ?
 Esas armas, que brillan en la cumbre
 Del escarpado monte,
 Como la luna con aciaga lumbre,
 Cuando pálida sube al horizonte ;
 Esos brazos inertes,
 Con oro vil comprados,
 Y solo á la cadena acostumbrados,
 ¿ Son los que has elejido
 Para vencer los adalides fuertes,
 Que larga y cruda guerra há endurecido ?

Si ; que yo veo la caverna oscura
Preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,
Si no van nuestros bravos á buscarlos
Al mismo pié de la dolosa altura.

Así el astuto Griego,
Para envolver en una noche infanda
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
Solo esperó en la necia confianza
Con que hasta el pié del pérfido caballo
El troyano imprudente correría,
Y, sin prever la bárbara asechanza,
A su sombra tranquilo dormiría.
Pero así no será ; porque el guerrero
En quien hoy la República confía,

Si es que aprendió de Marte
Frio valor en el combate fiero,
No ostenta ménos el saber y el arte
Con que prevé, dirige, determina,
Y el arma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas y el lugar combina.
Desde hoy, Alvëar, tu nombre aumenta
La lista de los grandes Jenerales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y á quienes glorifica en sus anales.
¡ Tal premio há merecido tu pericia
En el arte fatal de la milicia !

Fatal y necesario—Derramado

Por la extension desierta,
Donde horroriza la natura muerta,
Nada es que el Sol abrasador hostigue
Al escuadron valiente,

Y no haya fresca linfa que mitigue
 La sed rabiosa, inaplacable, ardiente:
 Su gloria es la fatiga,
 Y la bóveda espléndida del cielo,
 O de la húmeda noche el negro velo,
 El solo techo que al guerrero abriga:
 Marchar es su descanso,
 Y áridos arenales sus caminos;
 Pero tienen valor, son Arjentinós.

Abreme tus volúmenes, Historia,
 Y muéstrame aquel hombre,
 Que fatigó á la tierra con su gloria,
 Y fatiga tu pluma con su nombre.
 Del Ejipto en los vastos arenales
 Le halla mi acalorada fantasia,
 Seguido de franceses inmortales;
 Y se goza feliz la Musa mia
 En ver que el mismo verso
 Que esa campaña describir podria,
 La de Alvëar tambien describiria;
 Y atónito observára el universo
 Que del gran capitan el gran modelo
 No envano se há gravado en la memoria,
 Y que tenemos gloria
 Parecida á la suya en nuestro suelo.

Mas ya salen del yermo inhospitable
 Las huestes arjentinás,
 Y mostraron su frente deleitable
 De Bayés las bellísimas colinas.
 ¡Brasileros! Mirad los que pregonan

Su renombre y sus triunfos hazañosos ;
 Mirad esos soldados que blasonan
 De que armaron sus brazos poderosos
 Por defenderos hoy, como abandonan
 Al furor militar del extranjero
 Vuestro honor, vuestra vida. ¿ Y qué sería
 De vosotros, ó pueblos, este día,
 Si el arjentino acero
 Fuese instrumento vil en viles manos
 De la ambicion fatal de los tiranos ?

¿ Que haceis, que haceis, soldados,
 Que ya no descendéis de la alta cumbre,
 Y, por estas llanuras derramados,
 Ostentais vuestra inmensa muchedumbre ?
 ¿ Todo el tesoro que Bayés encierra
 Abandonais así ? ¿ No sois testigos
 De que recojen ya los enemigos
 Las ansiadas primicias de la guerra ?
 ¿ Y estan entre vosotros los valientes
 Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
 Y, á la ambicion y al despotismo fieles,
 A playas remotísimas vinieron,
 En demanda de gloria y de laureles ?
 ¡ Que ! ¿ No hay audacia en el feroz Jermáno,
 Y audacia no hay en el Sicambro fiero,
 Para bajar al llano
 Con ímpetu guerrero,
 Y que triunfe el valor y no la suerte
 En los campos horribles de la Muerte ?
 ¡ Vano esperar ! Ni en la enriscada altura
 Defendidos se creen : asi, acosada

Del veloz cazador, tímida cierva,
Mas y mas se enmaraña en la espesura
 Y aun su pavor conserva
Ya del venablo y del lebel segura.
Mirad, mirad la marcha triunfadora,
Con que avanza la hueste vencedora,
Conquistando los pueblos del imperio.
Pero ¡ que conquistar ! despedazando
Los grillos de oprobioso cautiverio,
Y por todo su tránsito sembrando
La semilla del árbol, que algun dia
Cubra todo el Brasil, como há cubierto,
Del frio Septentrion al Mediodia,
El suelo que Colon há descubierto.
Pero Alvëar, siguiendo á la Victoria,
Quiere que el lauro de la lid le brinde,
Y envano, envano, San Gabriel se rinde,
Que un pueblo sin defensa es poca gloria.

Como cuando retiembla el pavimento,
Del fuego subterráneo conmovido,
Y el rio, en encontrado movimiento,
O retorna al lugar donde há nacido,

 O, en curso desusado,

Baña los campos que no habia bañado ;
Así retiembla la campaña en torno,
Bajo el pié del alípedo caballo,
Y así en varias y opuestas direcciones
Corren los formidables escuadrones,
Y ya la falda de la sierra tocan,
Que inexpugnable al enemigo abriga,
Y ya vuelven al llano y le provocan,

Sin perdonar trabajo ni fatiga.
 ¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes
 Os cubrirán de gloria,
 Y harán que se conserve entre las jentes
 Con respeto y honor vuestra memoria,
 Hoy se ven precisados
 A simular pavor y retirarse,
 Por probar si se atreven á lanzarse
 De la sierra esos tímidos soldados:
 Mas del castigo tiemblen espantoso,
 Con que habrán de pagar en algun dia
 La torpe villanía
 De obligar al ardid á un valeroso.
 Así dijo Alvëar, y á las lejiones
 Que ansiaban el momento de venganza,
 Ordenó que siguieran sus pendones
 Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entónces, que cobarde
 Ocultó en las montañas su pavura,
 De tardio valor haciendo alarde,
 Inunda con sus haces la llanura.
 ¡Infelices! Marchad; la Muerte espera;
 Para saciar su saña nunca es tarde,
 Y ella os vá á sorprender en la carrera.

El Sol sepulta en tanto
 Su carro esplendoroso en occidente,
 Y abandona el Olimpo refuljente
 A la callada noche: el negro manto
 Cubre la frente de la luna clara,
 Y el trémulo brillar de los luceros,

El horror que en el campo se prepara,
 Y el bélico furor de los guerreros.
 En la densa tiniebla de la noche
 Mil sombras pavorosas divagaban,
 Cuyo lamento y míseros jemidos
 Las huestes enemigas aquejaban,
 Y, por lúgubres ecos repetidos,
 Sangre, horrores y muerte presajiaban.

 Pero al campo arjentino

 No así el pavor cubria

En tan terrible noche: de contino
 Alvëar su recinto recorria,
 Y ora dispone qué escuadron tremendo
 Siga á Lavalle en su feroz avance,
 Ora elije el lugar de donde lance
 El tronador cañon su globo ardiendo.
 Este es el sitio que el infante guarde,
 Aquella el ala que primero parta,
 Aquí la muerte una falanje aguarde,
 Allá la muerte otra lejion reparta.
 Diestro, sereno, activo, todo ordena

 Para el trance cercano,

Y la enemiga fuerza de antemano
 Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa expectacion del dia
 Hizo cesar el Sol; y el brasilero,
 Que en fuga vergonzosa nos creia,
 Atónito, azorado,
 Mira á su frente al enemigo fiero,
 A espantable venganza preparado.
 ¡ Oh dia de prodijios y de horrores !

¡ Día de luto, asolacion y llanto !
 No, no te puede celebrar mi canto ;
 Perdonadme, terribles vencedores,
 Que este asunto no es mio :
 Toma tu trompa, ensalzadora Clio.

Antes que los mortales
 La industria de matar adelantáran,
 Y el rayo á las esferas celestiales
 Atrevidos robáran,
 Y en los hórridos bronces le encerráran,
 Con no ménos furor, con ménos arte,
 A los campos de Marte
 Los feroces guerreros descendian
 En silencio espantoso, y mas de cerca
 Mas segura la muerte repartian.
 Así en Ituzaingó silencio horrible
 Reinaba en toda la extension del campo,
 Y con paso terrible,
 Y con serena frente,
 Se acercaba uno al otro el combatiente.
 La presencia del riesgo, la certeza
 De morir en la lid, si no vencian,
 Infundieron valor, dieron fiereza
 A los mismos soldados,
 Que en las breñas poco ántes abrigados,
 Parecian un grupo de indolentes,
 Timidos, pusilánimes, indignos,
 De matar y morir entre valientes.
 Ya se acercan las masas condensadas
 De los fieros Teutones,

De agudas bayonetas erizadas,
 Cercadas del cañon : sus batallones
 Muros parecen que moviera el arte;
 Inexpugnable muro ; no hay guerrero
 Tan formidable que contra él se estrelle,
 Ni rayos suficientes á abrasarle,
 Ni fogoso bridon que le atropelle,
 Ni pujanza bastante á derribarle.

Solo el patrio soldado,
 Que vencer ó morir habia jurado,
 La tremenda falanje
 Pudiera ver llegar, y no temblára ;
 Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje
 Desnudó con que pronto la segára.

Pero el bronce tronó ; la Muerte fiera
 Subió en su carro á la señal de Marte,
 Y se lanzó en el campo carnicera.
 El belicoso bruto al punto parte,
 Que ya el audaz jinete
 Alzó el acero y le soltó la brida,
 Y, al ímpetu feroz con que arremete,
 Retiembla la campaña combatida.
 De temor que el estrago á la distancia
 No tan sangriento sea,
 Y de que silbe el plomo en la pelea,
 Sin herir, sin matar, los escuadrones
 Acometen, se encuentran, se rechazan,
 Y se estrellan lejiones con lejiones,
 Y con mútuo furor se despedazan.
 Queda encerrado en el fusil entónces
 El plomo matador, callan los bronces ;

Y el puñal fiero y el recorvo sable,
 La bayoneta y la tremenda lanza,
 Sirven mas al furor de la venganza,
 Y en silencio horroroso y espantable
 Se ejecuta la bárbara matanza,
 Sin eleccion de muerte
 Ciega revuelve su fatal guadaña,
 Y ciegamente hiere; rinde al fuerte,
 Ceba en el débil su sangrienta saña,
 Y ningun bando es suyo. En la campaña
 La sangre amiga y la enemiga sangre,
 Con furia igual vertidas,
 En un mismo raudal corren unidas;
 Brazo á brazo pelea el combatiente,
 No hay punta aguda ni tajante acero
 Que no penetre el pecho de un valiente,
 Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razon serena
 De Alvëar los esfuerzos dirijia,
 Y del duro soldado la osadia
 Ora estimula mas, ora refrena:
 Su ánimo imperturbable no se inmuta,
 Y en el confuso caos mantenía
 La inalterable calma del que ordena,
 La ardiente intrepidez del que ejecuta.
 De en medio de la lid llamando á Brandzen,
 “Allí (dijo) el combate es mas sangriento,
 Y nuestra Patria, amiga, este momento
 Entre el honor y la ignominia lucha.”
 No dijo mas: el heroe que lo escucha,
 Fiero, orgulloso de que así lo mande,

Y allí le envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu desciende :
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos
Redobló del soldado : tal un día
Allá á los campos de la antigua Troya
 Héctor descendería,
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquíles y la muerte.
Y el momento llegó : la Parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,
Una víctima grande señalára,
Y Brandzen espiró ¡ Golpe terrible !
¡ Oh Brasileras huestes ! Mas valiera
 Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón há derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahóra empezará. “ ¡ Venganza ! ” grita
El intrépido Paz : “ ¡ venganza ! ” clama,
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
Y “ ¡ venganza ! ” Alvëar también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue : vanamente,
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto jinete brasileiro
Oponerse pretende al horroroso
Al repetido choque : allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza,

Como torrente, el escuadron furioso
Por sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja á su espalda el espantoso estrago,
Y en sólida falanje al fin se estrella.
La aguda bayoneta la defiende
 De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
 De su prision de fuego ;
Pero mas bravo el arjentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza,
Y del fogoso bruto el ancho pecho.
Ciérrase luego : el escuadron deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete,
Asi las olas la muralla embaten,
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
Retroceden, y vuelven, y furiosas
Con repetido empuje la combaten ;
Hasta que se desploma á lo mas hondo
La contrastada mole, y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo.
No de otro modo allí desaparecieron
Esas fuertes columnas, esperanza
Del vil usurpador : en la matanza
Tambien algunos libres perecieron ;
Mas, cayendo opresores á millares,
 Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandzen y Besares.

La lid por todas partes entretanto
 Es, como aquí, sangrienta,
 Y, como aquí, se aumenta
 Por todas partes el horror y espanto.
 Asorda el trueno del cañon: su fuego
 La árida yerba inflama
 Que todo el campo cubre; cunde luego
 La abrasadora inextinguible llama, (*)
 Mientras el aire hienden
 Globos ardiendo que tambien lo encienden.
 Pelea el combatiente enfurecido
 Entre el incendio, el humo, la ceniza;
 Y el grito lamentable del herido,
 La hórrida convulsion del que agoniza,
 La sangre que en el campo corre hirviendo,
 Los miembros de sus troncos separados,
 Y á la llama de pábulo sirviendo
 Muertos y moribundos hacinados;
 Tal es el cuadro que la lid presenta.
 ¿Y ya no es tiempo, ¡Oh Dios! de que se sienta
 De la afijida humanidad el llanto?
 Basta para triunfar. ¡Que! ¿la Victoria
 Vende tan caramente sus laureles?
 ¿Las palmas de la gloria valen tanto,
 Que se compren con muertes tan crúeles?

¿Y, en medio del estrago,
 Adonde está el guerrero,
 Cuya presencia triunfa, cuyo amago

(*) Nada en Ituzaingó fué tan horrible, como el incendio jeneral del campo, en medio de la batalla. El fuego prendió en el pasto, demasiado alto, y ya seco por la fuerza de los soles, y cundió con extraordinaria rapidez. Muchos heridos perecieron ábrados, sin haber sido posible libertarlos de las llamas.

Pavor infunde al enemigo fiero,
 Y cuyo brazo el jenio de la guerra
 Armára él mismo del fulmíneo acero,
 Para que hiciera estremecer la tierra?
 ¿Lavalle dónde está?—Cual raudo viento,
 Que arrebatara en furioso remolino
 Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,
 Derribando no mas, se abre camino;
 O cual de la alta cumbre de repente,
 Las desquiciadas voces arrastrando,
 Rápido se despeña algun torrente,
 Y á los llanos con ímpetu bajando,
 Todo arranca en su curso, todo arrasa,
 Y sobre escombros espumante pasa;
 Así Lavalle y su escuadron valiente
 Atropellan, derriban este dia
 A todos los que hubieron la osadia
 De ponerse insensatos á su frente.
 Muy mas allá del campo de batalla
 Los siguen, los persiguen, los acosan,
 Los acaban en fin, y no reposan,
 Y á la lid vuelven que pendiente se halla.

Llegaron, y al instante
 Disipada la nube que ocultaba
 La faz del Sol, que su zénit tocaba,
 Se mostró, mas que nunca, radiante.
 De lo mas elevado
 De los aires descende de repente
 Un trono refulgente,
 De azul, y de oro, y resplandor cercado.
 Armoniosos cantares

Mil coros celestiales repetian,
 Y las sombras de Brandzen y Besáres
 El pedestal del trono sostenian.
 Belgrano estaba en él: su frente orlaba
 El laurel de la gloria,
 Y en su mano brillaba
 La espada que nos daba la Victoria
 Cuando Belgrano fué.—“ Basta de sangre
 “ (El héroe prorrumpió) ; que este es el día
 “ En que, en otro Febrero,
 “ Rendir vió Salta el pabellon ibero, (*)
 “ Y cubrirse de honor la Patria mia.
 “ Este estrago terrible, este escarmiento
 “ Es sacrificio á mi memoria digno,
 “ Y digno de la Patria el vencimiento.
 “ Argentinos, triunfad. ” Dijo, y benigno
 A la sien de Alvëar en el momento
 Hizo el lauro bajar que le adornaba,
 Y la vision desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza
 Entónces el Terror : el brasilerero
 El estrago contempla, se horroriza,
 Y deja el premio del combate fiero
 A quien ganarle supo. El arjentino
 Tambien vuelve y se asombra
 De mirar á sus pies la horrible alfombra
 Que le dejó la Muerte por despojos.

(*) El 20 de Febrero de 1827 fué la batalla de Ituzaingó; y en el mismo día del año de 1813, el ejército patrio del Perú, al mando del Jeneral Belgrano, obligó á rendirse en la ciudad de Salta, despues de una sangrienta refriega en sus inmediaciones, á todo el ejército español, con sus armas y bagajes, desde su Jeneral D. Pio Tristan hasta el último soldado.

Ella su vista en el estrago ceba ;
 Y, no bien satisfechos sus enojos,
 Por sobre muertos su carroza lleva.

¡ Ilustre Jeneral ! ¡ Oh, si mi verso
 Al del cisne de Mantua se igualára !
 ¡ Como entónces por todo el universo
 Orgullosa mi Musa te aclamára !
 Y á la paz vuestro nombre ensalzaria,
 Soler, Oribe, Paz, Olavarria,
 Preclaros adalides,
 Vencedores en estas y otras lides.
 Ni tu nombre, Vilela esclarecido,
 Fuera por mí olvidado ;
 Tú al campo del honor has conducido
 Pacíficos vecinos (*), que al soldado
 Dieron grandes ejemplos de bravura,
 Cual si en la escuela de la guerra dura
 Educado se hubiesen,
 Y á sus horrores avezados fuesen,
 ¡ Vivid, vivid, guerreros ! Las hileras
 Que en el campo formais, son hoy la Patria ;
 Solo cubren su honor vuestras banderas.
 Hija de la Victoria, ya de léjos
 Os saluda la paz, y á los reflejos
 De su lumbre divina,
 Triunfante, y de ambiciosos respetada,
 Libre, rica, tranquila, organizada,
 Ya brilla la República Argentina.

(*) El rejimiento de caballeria de milicias, conocido jeneralmente por el nombre de *Colorados de las Conchas*, al mando de su coronel D. José Maria Vilela, se portó en toda la campaña, y en el acto de la batalla, como el mejor de los cuerpos veteranos.

ANO DE 1830

A las Musas

Merced, Ninfas sagradas,
Del Parnaso y del Pindo habitadoras,
Merced, Musas amadas,
Mis fieles bienhechoras,
Que en la desgracia no me sois traidoras.

No la faz importuna
De la desdicha os arredró, ni el vuelo
Seguis de la Fortuna;
Y en extranjero suelo
Me dais, ó Musas, celestial consuelo.

Cuando el aura süave
De la prosperidad la vela inflaba
De mi pequeña nave,
Miéntas el mar tragaba
Grandes bajeles en tormenta brava.

Del Pindo con las flores
Vosotras coronabais mi barquilla;

Y, con vuestros favores,
 A mi Délia sencilla
 Canté, y el fuego que en sus ojos brilla.

Canté la inmensa gloria
 Que á mi Patria perínclita cubria,
 Cuando de la victoria
 Los frutos recojia,
 Y con lauro inmortal su sien ceñia.

Sus leyes protectoras,
 Que, obedecidas con respeto santo,
 En mas felices horas
 Le dieron lustre tanto,
 Fueron asunto digno de mi canto.

Asunto digno fueron
 Las ciencias y las artes, que, á porfia,
 La cuna ennoblecieron
 De un pueblo que nacia
 Entre el estruendo de la guerra impia.

Y la paz, don del cielo,
 No ménos fué en mi verso celebrado,
 Cuando del patrio suelo
 Huyó precipitada
 La guerra por las madres detestada.

Y tu lúgubre acento,
 O Melpómene trájica, me diste,
 Y tu puñal sangriento-;

Y resonar oïste
El gran tēatro con mi verso triste ;

Que son las duras leyes
De la desdicha iguales : ella oprime
A los excelsos reyes,
Y el magnate sublime
Tambien hundido en la miseria jime.

Si mi pueblo algun dia
Me escuchó con aplauso no pequeño,
Y la Envidia veia
El favor halagüeño
Sesgos los ojos, iracundo el ceño ;

Si me cupo la gloria
De ensalzar á los patrios adalides
De perenne memoria,
Que, rivales de Alcides,
Contaron los trofeos por las lides ;

Y del rio Arjentino
Las Ninfas mis cantares repitieron
Con su labio divino,
Y á mis cantares dieron
Este premio que nunca merecieron ;

Vosotras sois las Diosas
A quienes solamente lo hé debido,
Piéridas hermosas,
Y vuestro don han sido
Los dias venturosos que hé vivido.

Perdonadme, si ahora
Lo vengo á confesar, cuando há sonado
La inesperada hora
Del enojo del hado,
Y en otro tiempo ingrato lo hé callado.

Así audaz marinero
De los Dioses se olvida en la bonanza ;
En el peligro empero
Los llama sin tardanza,
Y solo pone en ellos su esperanza.

Vosotras sois la mia ;
Amparadme en el tiempo que me queda,
Y la Fortuna impia
Verá que, en calma leda,
Me duermo al son de su estruendosa rueda.

Hoy mismo que, arrojado
Léjos del seno de la Patria hermosa,
Sin crimen castigado,
Sin hijas, sin esposa,
Arrastro una existencia fatigosa.

Alzo la voz del canto,
Y siento en mi desgracia algun consuelo,
Y el entusiasmo santo
Con que pedir al cielo
Que venga los ultrajes de mi suelo.

Cuando Dios irritado
Decretó castigar la Patria mia,

Por crimen reservado
 A su sabiduria,
 Dióla ese monstruo que la aflije hoy dia.

Con mano sanguinaria
 Robó, y abusa del poder robado ;
 Y la turba nefária,
 Por quien se vé ensalzado,
 Se empuja de atentado en atentado.

Su audacia sin ejemplo
 Echa por tierra con brutal violencia
 De Libertad el templo,
 Y alza con insolencia
 Escandaloso altar á la Licencia.

El aleve asesino
 Recibe de la sangre derramada
 El precio en que convino ;
 Y accion tan execrada
 Es largamente ; Oh Dios ! recompensada.

La virtud desfallece,
 El crimen triunfa, la inocencia jime,
 Y la ley enmudece,
 Cuando, en su nombre, esgrime
 La espada el mónstruo que, en su nombre, oprime.

Do el orador famoso
 Alzaba, en medio del senado augusto,
 El eco victorioso,

Y con tono robusto
Enseñaba las reglas de lo justo,

Hoy palaciego astroso
Repite la leccion que le há dictado
El déspota furioso
Que lo tiene comprado,
Y sanciona delitos el malvado.

Pisó el feroz salvaje
Con planta inmunda la ciudad insigne;
Y del horrendo ultraje
No hay pecho que se indigne,
Y que á la humillacion no se resigne;

Que, proscriptos los bravos,
Oprimidos los buenos, y en cadenas
Los que no son esclavos,
En tan negras escenas
El llanto femenil se sufre apénas.

Basta, Musas, de llanto.
En mi patria infeliz tambien proscrita
Está la voz del canto,
Y vuestro culto irrita:
Hüid, hüid de la rejion maldita.

La Ignorancia y Torpeza,
Que vuestro templo nítido escalaron,
Con bárbara rudeza
Vuestras aras hollaron,
Y en lo alto del altar se colocaron.

Volved cuando, irritado,
Alze la diestra el vengador Tonante,
Y, de sufrir cansado
La iniquidad triunfante,
Con su justicia al universo espante.

Empero ya me abruma
Del infortunio la insufrible carga,
Y el Tiempo, que consume
Nuestra existencia amarga,
Me dé una vida miserable y larga ;

Ya en un punto mis penas
Cesen, y viva venturoso luego ;
Siempre, dulces Camenas,
Que conserveis os ruego
Estro en mi mente, y en mi pecho fuego.

A Délia, desde mi destierro

Miéntras el cielo
Próvido quiera
Prestarme vida,
Cándida Délia,
Y yo tu llama
Férvido sienta,
No en hado triste
Tímida creas ;
No te acobarde
Bárbara ausencia,
Ni del tirano
Pérfido veas
El vil semblante,
Cándida Délia.

El que en un tiempo
Alcázar era,
Donde moraban
Témis y Astrea,
Es estos dias
Hórrida cueva,
Donde la Envidia
Lívica reina,

Y á la Venganza
 Víctimas muestra.
 Lamentos la alta
 Bóveda llenan,
 La voz del llanto
 Lúgubre suena,
 Y al infortunio
 Bárbaro befa
 El mónstruo que oye
 Mísera queja.
 ¡ Huye del mónstruo,
 Cándida Délia!

¡ Ay! Qué yo nunca
 Prófugo sepa
 (Mas bien te lllore
 Pálida, yerta)
 Que de mi amiga
 Lágrimas tiernas
 Los piés del tigre
 Vándalo riegan ;
 Ni que á su oïdo
 Súplica extrema,
 Por su proscrito,
 Trémula; lleva
 La mi inocente
 Cándida Délia,

¡ Oh, Buenos Aires,
 Nítida, bella,
 Cuando Fortuna
 Pródiga fuera

De lo que hoy día
Pérfida niega!
Negros horrores,
Crímen y afrenta
Contaminaron
Próspera tierra,
Que tantas glorias
Inclita cuenta.
Por esto sufras
Intima pena;
Llores por esto,
Cándida Délia.

Deja que siga
Sórdida secta
Nueva doctrina,
Práctica nueva;
Y que consagre
Máximas fieras,
De las que el mismo
Déspota tiembla,
Y con asombro
Fálasis viera.
Justo es que tantos
Crímenes tengan
Digno castigo;
Y época llega
En la que el alto
Númen encienda
Rayo que lance
Fúljida diestra.

Tú no le temes,
Cándida Délia.

Adios, mi amada,
Mi única prenda;
Mientras ausente
Lánguida penas,
Amor, que un día
Plácido uniera
Mi alma á la tuya,
Plácido vela
Sobre nosotros,
Cándida Délia.

De mi muerte

Ora benigno me dilate Jove
Estos momentos que llamamos vida,
Ora le plazca que el presente sea
Mi último dia :

Bien me acostumbre la dolencia larga
A ver de léjos que la Muerte llega,
Bien como rayo, que improviso hiere,
Súbito venga :

Ya me arrebate del festin alegre,
Entre los brindis del lijero Baco,
Ya cuando, á solas, de mi Patria lloro
Triste los hados ;

Sin que me aflija roëdora duda,
Bajaré impávido á la eterna noche,
Y las riberas pisaré tranquilo
Del Aqueronte

Iré á presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impio turba ;

Que por mi causa no corrió en la tierra
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado, que, evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazón de piedra
Al afijido, que á su vista jime,
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia, que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros,
Y el pecho blando que me dió natura
Finje de acero.

Mas, como el Númen que al mortal espera
En las rejiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ajeno,
Mi alma no teme.

O cielo, escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que solo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno

Muera primero que mi tierna esposa,
Primero muera que mis dulces hijas,
Y, moribundo, con errante mano
Pulse la lira.

En un convite de amigos, en el aniversario del 23 de Mayo

¡ Oh Baco bullicioso,
Oh padre de las viñas,
Desterrador de penas,
Enjendrador de dichas !
Deja tu ronco carro,
Que horrendos tigres tiran,
Deja los aparatos
De la feroz conquista,
Y ven con los adornos
Que te prestó la risa,
Despues que subyugaste
Al universo un dia.
No traigas, Dios amable,
El tirso por insignia,
Sino en la diestra mano
El fruto de la viña,
En la otra un vaso lleno
De su licor de vida,
Y la sien temulenta
De pámpanos ceñida.
Ven, ó Baco, y preside
La reunión festiva ;
Giró de buena gana

Te cederá su silla (*),
 Porque tú eres al cabo
 El Dios de la alegría,
 Y este es el día grande
 Entre los grandes días:

No quiero yo que Apolo
 Pulse esta vez mi lira,
 Ni el coro de las nueve
 A mi placer me sirva.
 Beban otros poetas,
 Que á gran renombre aspiran,
 Las aguas de Hipocrene,
 Las de Aganipe linfas;
 Pero yo en otra fuente
 No beba la alegría,
 Mas que del dulce néctar
 En la ancha copa henchida.
 Bebamos, pues, amigos.
 ¿Por quien?—Por las queridas,
 Los que aun al himeneo
 Dura cerviz no rindan.—
 ¿Por quien?—Por las esposas,
 Los que en nupciales dichas
 Apuran inocentes
 La capa de delicias.—
 ¿Por quien?—Por los guerreros,
 A quienes Marte tizna
 Con el oscuro polvo
 De la sangrienta riña,

(*) Así se llamaba el individuo que presidía la mesa.

Y que, tremendos, fuertes,
En los aciagos días
Nuestra patria salvaron
De la guerra homicida
Del león que en Iberia
Está ruiendo de ira.—
¿ Por quien?—Por los patriotas,
Primeros estadistas,
Que, el primer veinticinco,
Del cieno en que yacian
Se alzaron, y, al alzarse,
Dieron á un mundo vida.
¡ Ea, amigos ! Bebamos
En cordial alegría,
Apuremos los dones
Con que Liéo brinda,
Y con tiernos recuerdos
Nutramos nuestra dicha.
Vayan y vengan copas ;
Vuela, ó Baco, este día
Desde un extremo al otro
De la mesa festiva,
Como vuela Cupido,
El Dios de las delicias,
Del Ida al Amatonte,
Del Amatonte al Ida ;
Y concede propicio
A todos los convivas
Arder en igual fuego
Que el que mi pecho ajita.

La Matrona de Éfeso

Cuento, traducido de La-Fontaine.

Si hay algun cuento usado, y repetido
Hasta el fastidio por el mundo todo,
Es el que me há ocurrido
Narrar en estos versos á mi modo.
¿Y entónces, para qué le has elejido?
¿Quién te empeña, poëta, en un asunto,
Que de tantos escritos ya lo há sido?
¿Pues tendrá tu matrona, te pregunto,
Alguna gracia rara,
Si con la de Petrónio se compara?
¿Cómo harás tú que nos parezca nueva?
Sin responder, censor, porque seria
Lo de nunca acabar, haré la prueba :
Verémos si la tal rejuvenece
En mis versos, y déjame que empieze.

En otro tiempo en Efeso vivia
Una dama modesta y virtüosa,
Cual nunca fué mujer; y se sabia,
Por la pública fama,

Que en su amor conyugal era extremosa.
 No se hablaba en el pueblo de otra cosa
 Que de la honestidad de dicha dama ;
 Iban todos á verla,
 Como á un raro potente,
 Que era honor de su sexo, y ornamento
 De su patria, feliz con poséerla.
 Cada madre á su chica la mostraba
 Como el dechado que imitar debiera :
 Cada esposo en presencia la ensalzaba
 De su fiel compañera,
 Y el suyo con locura la adoraba.

Murió el hombre : decir de que manera
 Una frivolidad inútil fuera.
 Murió el hombre ; y déjole en testamento
 Tanto y tanto legado,
 Que la infeliz se hubiera consolado,
 Si aliviasen los bienes el tormento
 De perder á un marido,
 Tan buen amante como bien querido.
 Mil viudas sin embargo,
 Y de las que se arrancan los cabellos
 En su dolor amargo,
 Fijan los ojos bellos,
 Nublados con el llanto, en la moneda,
 Y hacen la cuenta de lo que les queda.

Pero la nuestra todo alborotaba
 Con gritos, y lamentos, y clamores,
 Y, entregada á sus bárbaros dolores,
 Todos los corazones traspasaba :

Y eso que bien se sabe
Que, por grande que sea
La desesperacion que en la alma cabe,
Hacemos todos que mayor se vea;
Por que siempre un poquito
De ostentacion se mezcla con el llanto,
Y en el mayor quebranto
Es mas agudo que el dolor, el grito.

Cada cual consolaba á la aflijida,
Diciendo que en el mundo
Todo tiene su término y medida,
Y que aquel sentimiento tan profundo
Pudiera ser culpable por exeso;
Y la afijan mas diciéndole eso.
Ella, en fin, renunciando á la luz pura,
De que ya no gozaba
El querido consorte á quien lloraba,
Entra en su tumba oscura,
Con el propósito invariable y tierno
De unirse con la sombra en el infierno.

Mas vease de paso lo que puede
Una amistad sincera,
Porque á veces sucede
Que tambien en locura dejenera.
Una jóven esclava, lastimada
Del dolor de la bella,
La acompañó á la lúgubre morada,
Pronto á morir con ella;
Pronto, se entiende, porque solo habia
Examinado á medias el proyecto :

Que, en llegando al efecto,
 Quien sabe aquel coraje adonde iria.
 Juntas se habian criado
 La señora y la esclava,
 Y el recíproco amor que las ligaba
 Al paso de la edad se habia aumentado ;
 Ni acá en el bajo suelo
 En dos hembras se hallára
 De tal inclinacion otro modelo,
 Aun cuando con linterna se buscára.

Como tenia mas discernimiento
 La esclava que la dama,
 Dejó pasar en ella
 El primer movimiento,
 Y despues procuró volviere su ama
 A la trillada huella
 Del comun y ordinario sentimiento.
 Pero envano ; porque ella, inaccesible
 A cuanto era consuelo,
 Tan solo examinaba con desvelo
 Todo medio posible
 De seguir á su muerto al reino oscuro.
 El camino mas corto y mas seguro
 Fuera el puñal sin duda ;
 Mas la amante viüda
 Todavía anhelaba
 Apacentar sus ojos
 Con los queridos fríjidos despojos
 Que la tumba encerraba ;
 Ni usó de otro alimento
 Sepultada en el triste monumento.

Esto quiere decir que, entre mil puertas
 Que, en cualquiera ocasion y á cualquiera hora,
 Para salir del mundo estan abiertas,
 Escojió la del hambre la señora.

Se pasó el primer dia,
 Y se pasó el segundo,
 Sin mas mantenimiento
 Que el suspiro profundo,
 Y la frecuente queja, y el lamento.
 Natura, Dioses, y Fortuna impia,
 Todo, todo acusaba
 La dama inconsolable
 En su querella inútil, perdurable,
 Y su extremo dolor nada olvidaba,
 Si es que explicarse sabe
 Tan retóricamente un dolor grave.

El caso es que otro muerto residia
 Cerca de donde estaba nuestra jente ;
 Mas de un modo bastante diferente,
 Porque mas monumento no tenia
 Que la altura eminente
 De una horca fatal de que pendia.
 Estaba aquel cadáver destinado
 A servir de escarmiento á malhechores,
 Y, bien recompensado,
 Custodiaba el depósito un soldado.
 Pero los superiores
 Mandado habian que, si algun pariente,
 Un amigo, ó los otros salteadores,
 Robasen el cadáver, en caliente

Pasára el centinela descuido
A ocupar la vacante del colgado.
Era mucho rigor sin duda alguna,
Mas la utilidad pública exijia
Que el soldado corriese esta fortuna.

Volviendo al monumento, en él habria
Sin duda alguna raja ó hendedura,
 Por donde una luz clara
El guarda vió brillar de noche oscura,
Cosa en aquel lugar bastante rara.
 Su colgado abandona,
Corre curioso allá, y sus oídos
 Hirieron desde léjos los jemidos
Con que poblaba el aire la matrona.
 Llega, y entra, y se admira,
Pregunta á la mujer porque suspira,
Por que se queja, y grita, y llora tanto,
A que viene, por fin, tan triste canto,
Tan negra y melancólica morada?
La dama, en sus lamentos ocupada,
De frívolas preguntas no hizo caso;
El muerto solo, sin gastar saliva,
Diciendo estaba el lúgubre fracaso
Que la obligaba á sepultarse viva;
Y añadió la criada: “ hemos jurado
“ Esperar y sufrir la muerte lenta
“ Del dolor y del hambre.” Aunque el soldado
En línea de orador no entraba en cuenta,
Les hizo concebir lo que es la vida;
Y la dama esta vez estuvo ántenta,
 Que un poco adormecida

Ya su pasión estaba,
 Y el poderoso tiempo mudo obraba.
 El soldado siguió: “ si un juramento
 “ Os impide probar el alimento,
 “ Ved solamente como el mío tomo;
 “ Que no porque mireis como yo como,
 “ Há de ser ménos cierta vuestra muerte. ”

Este temperamento
 A las dos hembras agradó, de suerte
 Que permiso le dieron
 Para traer su cena,
 Y muy pronto de vuelta le tuvieron.

La esclava, en esta escena,
 Ya á renunciar dispuesta se sentía
 Del difunto la triste compañía.

“ Una idea, señora,
 “ Acaba (dijo) de asaltarme ahora.
 “ ¿ Que importa á mi señor, que en paz descanse,
 “ Que dejéis de vivir? ¿ Teneis por cierto
 “ Que, si vos ántes que el hubieseis muerto,
 “ Fuera hombre de seguiros al alcance?
 “ No, señora; él querria
 “ Terminar su carrera,
 “ Y la nuestra pudiera
 “ Ser larga todavía,
 “ Si vuestra voluntad lo consintiera.
 “ ¿ A que fin á la muerte anticiparnos,
 “ Y en la tumba á veinte años encerrarnos?
 “ Las horas de la vida son escasas,
 “ Harto tiempo tendremos
 “ De habitar estas casas,

“Y, pues que no nos corren, esperemos.
 “Yo de mí sé decir que me alegrára
 “De morir con arrugas en la cara:
 “¿Y de vuestros brillantes atractivos
 “Vos intentais privar en adelante,
 “En favor de los muertos, á los vivos?
 “¿De que os podrá servir estar entre ellos?
 “Poco há que, fija en vuestros ojos bellos,
 “Y contemplando atenta ese semblante
 “En que todo su esmero el cielo há puesto,
 “Por darle la belleza que admiramos,
 “Decia yo: ¡que lástima que vamos
 “Nosotras mismas á enterrar todo esto!”

Al discurso halagüeño

La matrona volvió como de un sueño,
 Y la ocasion entónces aprovecha
 El Dios que enciende del amor la llama.

Como una aguda flecha

De su carcax dorado

De medio á medio traspasó al soldado,
 Y otro de refilon hirió á la dama.

Jóven, bella, y graciosa,

En medio de las lágrimas tenia

Mas brillo su hermosura portentosa ;

Y el de gusto mas fino y delicado

Ciertamente podria,

Aun siendo su mujer, haberla amado.

El militar una pasion furiosa

Al punto concibió: mujer hermosa

Es mas bella otro tanto,

Cuando por sus mejillas corre el llanto.

Hé aquí que nuestra viuda ya comienza
A escuchar la alabanza,
Veneno que al amor allana el paso ;
Héla ya que el soldado que la incensa
No solo no la cansa,
Sino que amable le parece acaso.
El pudo tanto con su tierno ruego,
Que logró que comiese la señora ;
El pudo tanto, que agradó muy luego ;
Y, de halago en halago, en una hora
El soldado se hizo
Mas digno á la verdad de ser amado
Que el muerto mas bizarro y bien formado.
Poco á poco deshizo
El proyecto fatal de la viüda ;
Poco á poco tambien ella se muda,
Hasta que en risa al fin paró su llanto,
De lo que ciertamente no me espanto.
Por no perder un tiempo tan precioso,
La desolada al punto
Hizo del fresco amante un nuevo esposo ;
Todo, todo á la barbas del difunto.

Miéntas este himeneo se trataba,
Un ladron atrevido,
Del descuido del guarda prevalido,
El racimo de la horca descolgaba.
Como en la tumba se sintió el ruido
Salió mas que de prisa el veterano,
Y allá se fué corriendo, pero envano,
Porque ya era negocio concluído.
A contarles el cuento

Vuelve muy aflijido al monumento,
 Y todo era temor y conturbarse,
 Sin saber atinar donde ocultarse.

Viéndole así perdido,
 Dijo la esclava: “¿con que os han robado
 “El muerto consabido,
 “Y el rigor de las leyes extremado
 “Decís que, en tal desgracia,
 “No permite que el juez os haga gracia?
 “Pues, si mi ama quisiera,
 “Pronto remedio á todo yo pusiera.
 “Al muerto que tenemos por delante
 “Colguemos en lugar del otro muerto:
 “¿Y quien lo advertirá? Nadie, por cierto.”
 La dama consintió.—¿Sexo inconstante!
 Mujer siempre es mujer. Las hay muy bellas,
 Las hay que no lo son: si en todas ellas
 Fidelidad se hallára,
 Cualquier otro atractivo les sobrára.

Gazmoñas, desconfiad de vuestras fuerza,
 Y no forméis designio que se tuerza.
 Si son vuestras plausibles intenciones
 Resistir incentivos y ocasiones,
 Las nuestras son muy buenas igualmente;
 Pero, en la ejecucion, muy comunmente
 Nos engañamos hembras y varones:
 La matrona da de ello testimonio.
 Y, no lo lleve á mal el buen Prétrónio,

El caso de este cuento
No es tan raro portento,
Que á la edad venidera
Proponer por ejemplo se debiera.
Lo que yo encuentro malo en esta viuda
Es el proyecto de enterrarse viva,
Mal formado sin duda,
Y la bulla que armó tan exesiva ;
Porque eso de colgar á su marido,
Cuando ya era cadáver, es sabido
Que no debió ser cosa de importancia.
Salvaba el muerto al vivo ; y en sustancia
Considerado el hecho,
Y á todas luces bien examinado,
Soldado en pie derecho
Vale mas que monarca sepultado.

ANO DE 1831

A m i l i r a

Ven, mi blanda lira,
Mi solo tesoro,
Y tus cuerdas de oro
Den dulce sonido,
Que temple mi llanto,
Y acalle el jemido,
Y acompañe al canto.

Ven, mi amada lira,
Presente de Apolo,
A quien debo solo
Mi pasada gloria,
Y, en este momento,
La grata memoria
Que alivia el tormento.

Se olvida contigo
La negra perfidia,
Y envano la Envidia
Aguza su diente,

Que envenena tanto ;
Pues nada se siente
Con tu dulce canto.

Roncos alaridos
De plebe altanera,
Que á venganza fiera
Caudillo provoca,
Que en ella confía,
Plácida sofoca
Tu bella armonia.

Escuchar no deja
Tu sonido blando
El eco nefando
De calumnia horrenda,
Y el grito no espanta
Que en civil contienda
La rabia levanta.

¿ Qué importa que intruso
Perjuro tirano
Con sangrienta mano
De mi hogar me expulse,
Mi patria me vede,
Sin que yo te pulse
Privarme no puede ?

¿ Si impedir no pudo
Que, en prófuga nave,
Mi acento süave

Se elevára al viento,
 Tú le acompañáras,
 Y el Noto violento
 Y el mar aquietáras?

Ven, mi blanda lira:
 Pero ya no quiero
 Al amor artero
 Rendir homenaje,
 Que ingrato no paga,
 Ni sufrir que aje
 Mi enconada llaga.

¡ Demasiados triunfos
 En mis frescos años
 Prestó á sus engaños
 Mi verdad incauta;
 Surcando afanoso
 Inexperto nauta
 Su mar proceloso !

Sobre siete lustros
 Dos inviernos cuento,
 Y en largo escarmiento
 Prudente me hice.
 No mas desvarios,
 Que amor ya no dice
 Con los años míos.

Tampoco, mi lira,
 Llevemos al cielo
 De mi amado suelo

La perdida gloria.
¡ Ah ! ¡ Su actual estado
Ojalá la historia
Dejase olvidado !

Y cuando contára
Nuestros hechos grandes,
Vencidos los Andes,
Naciones creadas,
Rendidas naciones,
Huestes debeladas,
Armas y pendones.

Dijese: “ cerraron
“ Carrera brillante
“ Postrados delante
“ De la Paz hermosa,
“ Y habitan su templo,
“ Y de union dichosa
“ Dan al mundo ejemplo.

“ Mas dirá : la gloria
“ Del pueblo arjentino,
“ Su noble destino,
“ Su gran nombradia,
“ Fueron vanas voces :
“ Solo hay guerra impía,
“ Crímenes atroces.

“ Convirtió en tēatro
“ De horror y maldades -

“ Campos y ciudades
“ La civil discordia,
“ Y arrojó deshechos
“ De dulce concordia
“ Los lazos estrechos.

“ Contra el ciudadano
“ Se volvió el acero,
“ Que á enemigo fiero
“ Mejor inmolára,
“ Y son desoidos
“ De la Patria cara
“ Los hondos jemidos.

“ Sangre de Arjentinos,
“ Que arjentino brazo
“ Vierte á cada paso
“ En sus propios láres,
“ Lleva el grande rio
“ A los anchos mares
“ El tributo impio.”

O lira, dejemos
Que historia severa
Ni excuse siquiera
Crímenes tan feos ;
Y tú la voz mia,
Fiel á mis deseos,
Acompaña hoy dia.

La gratitud sola
Hoy mi pecho ajita,

Y á cantar me incita
Al pueblo de Oriente,
Pueblo virtuoso,
Que cuanto es valiente
Tanto es jeneroso.

¡ Ah ! ¡ Dado me fuera
Con verso inspirado,
En tono no usado
Y en cántico nuevo,
Hasta donde alcanza
La lumbre de Febo
Llevar su alabanza !

Al hijo de Aténas,
Proscripto, vencido,
Espartano erguido
La tierra negára ;
Pero al punto abiertas
Tebas y Megara
Se muestran sus puertas.

Así al Arjentino,
Con furia arrojado
De un déspota odiado
Por mano nefaria,
La oriental ribera,
Grata, hospitalaria,
Luego recibiera ;

Y el muro que vence
De la mar la saña,

Y bella campaña
Do rie natura,
Dan al desterrado
Morada segura
Y asilo sagrado.

¿ Dónde están tus leyes,
Buenos Aires triste ;
Despoblar te viste,
Y oprimida callas ?
Te habitan tiranos,
Buscas y no hallas
A tus ciudadanos.

Si en tu seno algunos
El mónstruo conserva,
Fiero los reserva
Para atroz injuria.
¡ Oh Dios ! ¿ No levantas
Tu brazo, y la furia
Del mónstruo quebrantas ?

Consuélete al ménos,
O Patria adorada,
Si en pena extremada
Cabe algun consuelo,
Saber que á tus hijos
Da alivio este suelo
De males prolijos.

Del déspota infame,
Que altivo te humilla,

Tocan esta orilla
 Los verdugos fieles ;
 Las áncoras echan,
 Y de sus bajeles
 Nuestro asilo acechan.

O, cual si viniesen
 A caza de fieras, (*)
 Por estas riberas
 Sagaces se ocultan,
 Buscando proscritos,
 Y la tierra insultan
 Con nuevos delitos.

El redil seguro
 Del manso cordero
 Tigre carnívero
 Lo mismo rodea :
 La cerca le estorba,
 Y contra ella emplea
 Diente y garra corva ;

Mas viendo que envano
 La estacada mide,
 Que saciar le impide
 Su sed sanguinosa,
 Cólerico brama,

(*) Cuando el Gobierno de Buenos Aires llegó á temer que los proscritos y emigrados, residentes en el Estado Oriental del Uruguay, intentasen pasar á Entre-Ríos, provincia argentina, mandó una escuadrilla, con el objeto de impedirlo. El jefe de estas fuerzas navales, remitiendo presos á Buenos Aires seis individuos, que habia tomado en la costa de Entre-Ríos, dijo, en comunicacion oficial á su gobierno, que los *habia podido cazar*. Estos cazadores de hombres violaron despues el territorio de la República Oriental, independiente y amigo.

Y espuma rabiosa
En torno derrama.

No de otra manera
El furor insano
A tu vil tirano
Devora impotente,
Porque no nos niega
Su asilo el Oriente,
Ni vil nos entrega.

Pero no sus iras
Diga mas mi verso ;
Harto de un perverso
Ya el renombre aterra,
Y el cielo irritado
Lavará la tierra
De tanto atentado.

Hoy triunfa el delito :
Mas tú, lira mia,
Espera que un dia
Venturoso torne,
Y á la Patria amada
La gloria retorne
Que le fué robada.

Envaño colosos
Que levanta el crimen
A la tierra oprimen,
Y su fama suena :
Un soplo del viento

Se lleva la arena
Que fué su cimiento ;

Y entónces, cayendo
Con grande fracaso,
Da el terrible caso
Leccion á los hombres,
Y marca la historia
Los hechos, los nombres,
La infame memoria.

Si á tu trono llega,
Deidad del Oriente,
La voz reverente
De la Musa mia,
De este pueblo aleja
La discordia impía
Que á mi patria aqueja.

Y haga de tus hijos
La union venturosa
Una numerosa
Familia de hermanos,
Envidia del suelo,
Terror de tiranos,
Y el amor del cielo.

Traducción de algunas Odas de Horacio

ODA I DEL LIBRO I

O Mecénas ilustre
Por tu réjio linaje,
O tú, mi dulce gloria,
Y amparo mio jeneroso y grande : 4

Hay á quienes agrada
Que su carro levante
El olímpico polvo ;
Y, si llegan las ruedas humeantes 8

Al término, y veloces
Revuelven sin tocarle,
Noble palma los alza
A la par de los Dioses inmortales. 12

Al uno lisonjean
Puestos y dignidades,
Honos que prodiga
La tumba de Quirites inconstante : 16

Mientras quisiera el otro
Que en su granero entrase

- Cuanto trigo se coje
En los terrenos de Africa feraces. 20
- Al que la tosca azada
Toma sin desdeñarse,
Y en cultivar se goza
El campo que ha heredado de sus padres. 24
- De Atalo las riquezas
Ofrecerás en balde,
Porque el mar borrascoso
Surque, pávido nauta, en Cipria nave. 28
- Con las Icárias olas
Cuando el Austro combate,
La quietud de su aldea
Alaba temeroso el mercadante; 32
- Pero luego repara
La henchida barca, y parte,
Porque no sabe, dócil,
Con la dura pobreza conformarse. 36
- Tal hai, que, reclinado
Cerca de donde nace
La sacra linfa pura,
O á la sombra en los verdes madroñales, 40
- Y de Másico añejo
Con la copa abundante,
Aprovecha las horas
Que roba á sus tareas principales. 44

A muchos de la trompa
Y del clarin aplacen
Los mezclados sonidos,
Y la lid detestada por las madres. 48

El cazador se olvida
De su consorte amable,
Y al raso en día crudo
Sufre el rigor del frío penetrante, 52

Ya la tímida cierva
Vean sus fieles canes,
Ya las espesas redes
El Marso jabalí rompa pujante. 56

Pueda mi sien empero
De yedra coronarse,
Premio de doctas frentes,
Que á los Dioses supremos me levante; 60

Euterpe no me niegue
Flauta tocar süave,
Ni Polimnia las cuerdas
De la Lésbica lira resonante; 64

Y de los frescos bosques
La sombra deleitable
Cantaré, y de las Ninfas
Con los ligeros Sátiros los bailes. 68

Pero si tú me cuentas
 Entre líricos vates,
 Con mi frente sublime
 Tocaré las estrellas rutilantes.

72

NOTAS—*Mecénas* Vers. 1.—Cayo Cilnio Mecénas, privado de Augusto, y gran protector de Horacio, Virgilio, Propertio y otros injénios célebres.

Y si llegan las ruedas humeantes— Al término, y veloces— Revuelven sin tocarle. Vers. 8, 9, 10. (Metaque fervidis evitata rotis.) Habia en la extremidad del circo una especie de pirámide, que era la *meta*, y en torno de ella debian jirar los carros, sin tocarla.

De Atalo las riquezas— Vers. 25. (Attalidis conditionibus.) Fué Atalo un riquísimo rey de Pérgamo.

En Cipria nave— Vers. 23. (Trabe Cypria;) bajel de Chipre por cualquier bajel; lo mismo que, en el verso precedente el original, *mare Mirtoum*, por cualquier mar. Chipre es una isla de Asia en el Mediterraneo.

Con las Icárias olas— Vers. 29. (Icariis fluctibus.) Sabida es la fábula de Icaro, que dió su nombre al mar en que cayó.

Másico añejo— Vers. 41. El monte Másico en Campania era célebre por sus vinos.

El Marso jabali— Vers. 56. (Marsus aper.) Los Marsos eran los habitantes del pais que hoy se llama Abruzo, en cuyos bosques se criaban javalies.

Euterpe, Polimnia.— Vers. 61, 63. Dos de las nueve Musas.

Lésbica lira— Vers. 64. (Lesboum barbiton.) Alceo y otros célebres líricos, eran naturales de Lésbos.

El sentido de la anterior traduccion, desde el verso 57, que corresponde al *me doctorum edere præmia frontium*, hasta el fin de la oda, es el mismo en que la tradujo Búrgos; entendiendo aquel pasaje de la pieza del modo que lo interpretaron Acron y Porfirio.

ODA XV DEL LIBRO I.

Cuando el pérfido pastor
 A Helena que le hospedára,
 Por los borrascosos mares
 Llevaba en naves Idálias,
 Neréo á los vientos hizo 5
 Quedar en ociosa calma,
 Y así le cantó los hados
 Horribles que le esperaban.

“ Con siniestro agüero llevas 10
 A la que pronto en tu patria
 Con ejército incontable
 Buscará la Grecia, armada
 Para destrüir, ó Páris.
 De tal ultraje en venganza,
 El reino antiguo de Príamo, 15
 Y tus bodas temerarias.
 A caballo y caballero
 ¡ Ay! ¡ cuanto sudor aguarda!
 ¡ Y á la troyana nacion
 Cuanto funeral preparas! 20
 Que ya iracunda apercibe
 Yelmo, escudo, y carro Pálas.”

“ Envano engreído y fiero, 25
 Por cuanto Vénus te ampara,
 Peinarás tu cabellera,
 Y versos que ellás aplaudan
 Cantarás entre mujeres,

Al son de cítara blanda;
 Y de tu tálamo envano
 Querrás apartar las lanzas, 30
 Y evitar la aguda punta
 De la saëta de Cándia.”

“ Ya estrepitoso te sigue
 El velocísimo *Ajax*;
 No escaparás, y, aunque tarde, 35
 En castigo de tu infamia,
 Tus perfumados cabellos
 Há de ser que el polvo barran.
 ¿ Ves al hijo de *Laërtes*,
 Exterminio de tu patria? 40
 ¿ Al Pílio *Nestor* no miras;
 Y que intrépidos te asaltan
 Ya *Teucro* el de *Salamina*,
 Ya *Estenelo*, en las batallas
 Diestro, y auriga fogoso 45
 Cuando los caballos manda?
 También verás á *Merion*;
 Y *Diomédes*, de mas alma
 Que su padre, ardiendo en ira
 Por encontrarte se afana. 50
 Huyendo dél sin aliento
 Irás con trémula planta,
 Cual ciervo que há visto al lobo
 En la parte mas lejana
 Del valle, y huye medroso, 55
 Olvidado de la grama:
 Y no así lo prometiste,
 A tu hermosura robada.”

“ Resentimientos de Aquiles
 Alargarán la esperanza,
 Y los dias de Ilion,
 Y de las madres troyanas ;
 Mas, pasados ciertos años,
 Arderá la griega llama,
 Que convertirá en ceniza
 Todas las casas Iliacas.”

60

NOTAS—*A Helena que se hospedára.*—Vers. 2. Esta Helena, hija de Júpiter y de Leda fué mujer de Menelao; y robada á su marido por Páris, hijo de Priamo rey de Troya. acarreó sobre esta ciudad todo el furor de la Grecia.

Neréo—Vers. 5. Dios marino, padre de las Nereidas.

Ajax—Vers. 34. Hubo dos de este nombre en el sitio de Troya; Ajax Telamon y Ajax Oileo. El primero es célebre por su contienda con Ulises, sobre la adjudicacion de las armas de Aquiles: el segundo, de quien aquí se habla, fué muy distinguido por su valor y por su impiedad.

Tus perfumados cabellos.—Vers. 37. El orijinal dice *adulteros crines*: yo no creo que pueda traducirse literalmente á ninguna lengua viva esa atrevidisima expresion.

¿ Ves al hijo de Laërtes ?—Vers. 39. El hijo de Laërtes es Ulises.

Al Pilio Nestor.—Pilos, ciudad del Peloponeso, era la capital del distrito que Nestor mandaba. Este adquirió gran reputacion en el sitio de Troya.

Teucro el de Salamina—Vers. 43. Era hijo de Telamon y de Hesione: se distinguió mucho en el sitio de aquella famosa ciudad.

Estenelo.—Vers. 44. Hijo de Capaneo y Evadne: fué de los que entraron á Troya dentro del célebre caballo.

Merion—Vers. 47. Hijo de Molo, y cochero de Idomenéo: se distinguió en esta famosa guerra.

Diomédes—Vers. 48. Hijo de Tidéo; hizo prodigios de valor en los campos de Troya Pálas le hizo inmortal.

Resentimientos de Aquiles—Vers. 59. (Iracunda diem proferet Ilio etc.) Irritado Aquiles contra Agamemnon, se habia retirado á sus naves, negándose á combatir; y, en su ausencia del campo, los troyanos triunfaron en todos los encuentros con los griegos. Pero al fin Aquiles, por vengar la muerte de su amigo Patroclo, olvidado de sus resentimientos, volvió á los combates.

ODA XXXIV DEL LIBRO I

Yo que, en errados caminos
De desatinada ciencia,
Poco ó nada he adorado
A las Deidades supremas,
Me veo forzado ahora 5
A volver atrás la vela,
Y, dejando esta derrota,
Seguir mi antigua carrera.
Porque muchas veces Jove,
Con la radiante centella, 10
Partió la nube, y veloces
Por las rejiones etéreas
Los tronadores caballos
Llevaron la ronca rueda.
Con el estruendoso impulso 15
Retembló la inerte tierra,
Y los vagarosos rios,
Y la Estijia, y la tremenda
Mansion del Ténaro odioso,
Y de Atlas la plaga extrema. 20

Dios puede en profunda sima
 Convertir la mole excelsa,
 Humilla al prócer, y en alto
 Al desconocido muestra;
 Y de allí rapaz Fortuna
 La cumbre de la grandeza
 Con grande estridor arranca,
 Y la pone aquí contenta.

25

NOTAS — *De desatinada ciencia.* — Vers. 2. (Insanientis sapientiæ.) Búrgos interpreta: “de una sabiduría que, fundada en la impiedad, corrompe, infatúa, enloquece, y es mas perjudicial que la ignorancia misma.” Esta interpretacion parece la cierta; porque Horacio en esa oda no hace mas que detestar su antigua impiedad, y empieza arrepiñtiéndose de haber desdeñado el culto de los Dioses.

Estijia — Vers. 18. Rio ó laguna de los infiernos.

Ténaro — Vers. 19. Era el Ténaro un promontorio de Lacónia, en el que habia una caverna, por la que se decia que se bajaba á los infiernos: así es que estos tambien se llaman el Ténaro.

Y de Atlas la plaga extrema. — Vers. 20. (Atlanteusque finis.) Un comentador dice que la extremidad de la tierra se fijaba entonces en el Oceano Atlántico, así llamado del monte Atlas.

ODA V DEL LIBRO III

El trueno anuncia que el supremo Jove
 Es Dios del cielo; y lo será en la tierra
 El grande Augusto, que aumentó su imperio
 Con los Britanos y tremendos Persas.

¿ Con qué el soldado á quien mandaba Craso 5
 Vivió ligado con indigna afrenta
 A una consorte bárbara? ; Oh trastorno
 En las costumbres de la patria! ; Fuera,
 Fuera creíble que el guerrero Marso
 Y el guerrero de Apúlia envejecieran 10
 Labrando el campo de enemigos suegros,
 Y atados de un rey Medo á la cadena?
 ; Y que, existiendo el Capitólio y Roma,
 Así perdido la memoria hubieran
 De los broqueles sacros, de la fama, 15
 Y de la toga, y de la eterna Vesta?

Esto el gran Régulo evitar queria,
 Al desechar con próvida entereza
 La torpe condicion de su rescate; 20
 Por no dar un ejemplo, que pudiera
 Ser pernicioso al venidero siglo,
 Si Roma no mostraba la firmeza
 De abandonar su juventud cautiva
 A perecer, sin apiadarse de ella.

“ Clavadas en los templos de Cartago
 “ Yo he visto (dijo) las banderas nuestras,

“ Y las armas que, en sangre no teñidas,
 “ Arrebatadas al soldado fueran. 30
 “ Yo ví los ciudadanos, que nacieron
 “ Para la libertad, atar con fuerza
 “ A las espaldas los torcidos brazos;
 “ He visto de Cartago abrir las puertas,
 “ Y cultivar aquellos mismos campos
 “ Que nosotros talamos en la guerra. 35

“ ¡ Y que! ¿ El soldado á quien redima el oro
 “ Ha de ser mas valiente cuando vuelva?
 “ No será, senadores; ni á su crimen
 “ Tal pérdida agregueis. No recupera
 “ Teñida lana su color perdido; 40
 “ Ni el valor verdadero, que se deja
 “ Del corazon salir, de nuevo vuelve
 “ A los ya envilecidos. Si pelea,
 “ Despedazando las espesas redes,
 “ Con el modesto cazador la cierva, 45
 “ Entónces será fuerte aquel soldado
 “ Que al enemigo pérfido se entrega,
 “ Y entónces á las púnicas lejiones
 “ Arrollará terrible en otra guerra
 “ Aquel que en sus lagartos los cordeles 50
 “ Apretar se dejó sin resistencia,
 “ Y que temió morir. Hubo romano
 “ Que no supo en sus armas la defensa
 “ De su vida encontrar, y ; por hallarla,
 “ De la lid hizo paces. ¡ Oh vergüenza!
 “ Oh gran Cártago, de la triste Italia 55
 “ Con la oprobiosa ruina mas soberbia! ”

Habló, y es fama que, evitando el beso
 De púdica consorte, y á su tierna
 Prole de sí apartando, como esclavo
 Fijó su rostro varonil en tierra;
 Hasta que en el senado vacilante
 Logró que su opinion prevaleciera,
 Y que el duro consejo se siguiese,
 Nunca por otro dado. Con presteza
 Entónces sigue el desterrado ilustre
 A los tristes amigos que le cercan.

60

Pues bien sabia que le preparaba
 Extranjero verdugo muerte fiera;
 Y sin embargo despidió á sus deudos,
 Y al pueblo opuesto á su temida vuelta,
 Como si á las campiñas de Venafro,
 O si á Tarento á solazarse fuera,
 De sus clientes en los largos pleitos
 Obtenida la última sentencia.

70

75

NOTAS—*¿ Con que el soldado á quien mandaba Craso.*—Vers. 5. En los años 701 de Roma, marchó Craso contra los Partos con cien mil romanos, y pereció con sus mejores tropas. En 734, Augusto, sin combatir, obligó á Trates á que entregase las águilas romanas, y los soldados hechos prisioneros en la derrota de Craso. Debe advertirse que Persas, Partos, Medas, son nombres de una misma nacion, usados promiscuamente por Horacio con mucha frecuencia.

El guerrero Marso, el guerrero de Apulia—Vers. 910. Ya se há dicho en otra ocasion que los Marsos habitaban el pais hoy llamado Ab uzo: la Apulia se llama Pulla en el dia

De los broqueles sacros.—Vers. 15. (Anciliorum.) Llamaban los romanos *ancilia* á los broqueles sagrados, depositados en el templo de Marte. Decian que uno de ellos habia caido del cielo en el reinado de Numa.

La torpe condiccion de su rescate.—20. Régulo, uno de los heroes de la primer guerra púnica, fué hecho prisionero al fin por los cartajineses. Estos le enviaron á Roma, con condicion de que volviera, si el senado romano no pasaba por un tratado, en el que, entre otras condiciones desventajosas para la república, entraba la de rescatar con oro á los prisioneros. Régulo aconsejó que no se admitiesen semejantes proposiciones; el senado las desechó, cediendo á su dictamen, y aquel republicano volvió nuevamente á poder de sus enemigos, quienes le dieron una muerte atroz. El discurso que Horacio pone en boca de Régulo, es uno de los mas bellos trozos de aquel grande lírico

ODA IX DEL LIBRO III

Diálogo entre el Poeta y Lidia

HORACIO

Mientras yo te agradaba,
Y á tu cuello nevado
Rival afortunado
Sus brazos no enlazaba,
Era mas venturoso
Que el monarca de Persia poderoso.

LIDIA

Mientras que tú estuviste
Solo en mi llama ardiendo,
Ni á Lída posponiendo,
A Clöe preferiste,
Era mas afamada
Que la romana Ilia renombrada.

HORACIO

Tan solo me enamora
Hoy Clöe la de Trácia,
La de cantar con gracia,
Y cítara sonora:
Yo por ella muriera
Si la Parca mas vida así le diera.

LIDIA

Por Cálais el Turino
 Mi corazon se inflama,
 Y en recíproca llama
 Ardemos de contino:
 Yo dos veces muriera,
 Si la Parca mas vida al jóven diera.

HORACIO

¿ Y si al pecho volviese
 Aquel mi amor primero?
 ¿ Si fuerte, como acero,
 Su yugo nos uniese?
 ¿ Si á Clöe despidiera,
 Y mi puerta otra vez á Lída abriera?

LIDIA

Aunque él es mas hermoso
 Que un astro, y tú lijero
 Como la arista, y fiero
 Como mar borrascoso,
 Contigo viviria
 Y contigo contenta moriria.

ÍNDICE

PÁJINAS

AÑO DE 1817

Mi inclinacion primera.....	5
A un sueño.....	7
Mi pasion.....	11
Fragmentos de La Elvira.....	17

AÑO DE 1818

Al triunfo de nuestras armas en los llanos del rio Maipo, el dia 5 de Abril de 1818.....	45
El elogio de los señores Jenerales, D. José de San Martin y D. Antonio Gonzalez Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del rio Maipo el 5 de Abril de 1818.....	51
Délia sobre todas.....	61
El motivo de mi constancia.....	65
Mi motivo de hacer versós.....	67
Mis designios frustrados.....	69
A un amigo en su larga enfermedad.....	73

AÑO DE 1819

El enojo.....	79
A Lafinur.....	83
El amor.....	89
El jardin de Délia.....	91

AÑO DE 1820

A un amigo en la muerte de su padre.....	95
En la muerte del Exmo. S. Jeneral D. Manuel Belgrano....	103

AÑO DE 1821

A la libertad de Lima, por el ejército libertador del Perú, al mando del Exmo. señor Jeneral D. José de San Martín, el dia 10 de Julio de 1821.....	109
En elojio de mi amigo D. Estévan de Luca, por su <i>Canto lírico á la libertad de Lima</i> , publicado en Buenos Aires, en Octu- bre de 1821.....	117
A D. Juan C. Varela, por su elojio á mi canto lírico sobre la libertad de Lima. (Poesia de Luca).....	123
Mis recuerdos en la ausencia.....	127

AÑO DE 1822

A Délia, despues de la ausencia.....	133
La reconciliacion.....	139
Al incendio del pueblo de Cangallo, en el Perú, ejecutado por el Jeneral español Carratalá, y aprobado por el virrei. La Serna, en decreto de 11 de Enero de 1822.....	145
La gloria de Buenos Aires.....	147
En honor de Buenos Aires.....	151
La supersticion:.....	157
Al bello sexo de Buenos Aires.....	161
Sobre la invencion y libertad de imprenta.....	165
A la juventud argentina.....	175
Profecia de la grandeza de Buenos Aires.....	181
Epigramas.....	189

AÑO DE 1823

Cancion para las jóvenes de la academia de música, en la cele- bridad del 25 de Mayo.....	191
--	-----

	PÁGINAS
La corona de Mayo.....	195
A la paz.....	203

AÑO DE 1825

En un convite de amigos: con motivo del triunfo de Ayacucho	213
La Gazeta.....	219

AÑO DE 1826

Al armamento de la República Arjentina, contra el emperador del Brasil, Pedro I.....	223
Al aniversario del 25 de Mayo.....	227
Cancion marcial.....	231

AÑO DE 1827

Al Jeneral Brown; en una reunion de amigos.....	235
Cancion.....	237
En el regreso de la expedicion contra los indios bárbaros, mandada por el coronel D. Federico Rauch.....	243
Campaña del ejército republicano al Brasil, y triunfo de Ituzaingó. Canto lírico.....	249

AÑO DE 1830

A las Musas.....	273
A Délia desde mi destierro.....	281
De mi muerte.....	285
En un convite de amigos, en el aniversario del 25 de Mayo...	287
La matrona de Efeso. Cuento, traducido de La Fontaine.....	291

AÑO DE 1831

A mi lira.....	303
Traduccion de algunas ódas de Horacio, Oda I del libro I....	313

	<u>PÁJINAS</u>
Oda XV del libro I.....	317
Oda XXXIV del libro I.....	320
Oda V del libro III.....	322
Oda IX del libro III. Diálogo entre el poeta y Lidia.....	425

D I D O

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

POR

JUAN CRUZ VARELA

1 8 2 3

ACTORES

DIDO, Viuda de Siquéo, y Reina de Cartago.
ANA, Hermana de Dido.
ENEAS, Rey elejido por los Troyanos que escaparon del incendio
 de su patria.
NESTEO, } Dos de los gefes Troyanos.
SERGESTO, }
BARCENIA, Dama del Palacio de Dido.

La escena es en Cartago, en un salon del Palacio de la Reina.

AL SR. D. BERNARDINO RIVADAVIA

MINISTRO DE GOBIERNO Y RELACIONES ESTERIORES

Señor:

En una época en que todo marcha en nuestro país rápidamente hacia la perfección, cada individuo particular se siente arrebatado del movimiento común, y sus ideas insensiblemente se elevan. Mi pobre musa también ha sido envuelta en esta revolución general; y olvidándose que, cuando más, solo puede serle permitido el tocar la lira, ha tenido la audacia de aspirar á mayor sublimidad, y se atreve á ofrecer á V. S. su primer ensayo en la tragedia. He meditado tanto sobre este género de composiciones, y estoy tan penetrado de las dificultades que ellas presentan aun á los mejores poetas, que conozco que hay algo de temeridad en haber emprendido esta obra: pero dedicándola á V. S.

“¿QUID TENTASSE NOCEBIT?”

La indulgencia con que V. S. ha mirado siempre mis composiciones en otro género, me ha inspirado esta confianza. Mi DIDO será feliz si, en alguno de los ratos que dejen á V. S. libres sus vastas atenciones, consigue escitarle ese dulce placer que nace de saber sentir. Por lo demás, yo quisiera que mi temeridad sirviera de estímulo á algunos de nuestros jóvenes privilegiados por la naturaleza; que ejercitaran sus talentos en el drama; y que algún día una musa argentina llegue á merecer que se diga de ella;

“SOLA SOPHOCLEŒ TUA CARMINA DIGNA COTHURNO.”

Tengo el honor de ser con el mas profundo respeto

• Señor:

Atento servidor

Juán Cruz Varela

DIDO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Nestéo, Sèrgesto

SERGESTO

Fuera mengua, en verdad, si hubiera Enéas
Formado tal designio: mas, Nestéo,
¿No miras tus sospechas disiparse
Bien como el humo se disipa al viento?
El amor á la gloria y á la fama
Es superior á todo; y los inciensos
Que los héroes ofrecen, nunca suben
En honor de otro Dios, ni en otro templo.
Dido es hermosa, es reina; nuestras naves
En paz amiga recibió en sus puertos;
Y desde aquella noche, en que, pendiente
De los lábios de Enéas, el suceso
Oyó de Troya, y nuestros crudos males,
La flecha del amor hirió su pecho.
Todo es verdad: pero jamás podria
Nuestro rey humillarse hasta el extremo
De olvidarse á si mismo, porque Dido

No se acuerda de sí. Nunca, Nestéo,
 Me quise persuadir que el mismo Enéas
 Manchase así la historia de sus hechos.
 En fin, ya tú lo ves: nuestros bajeles
 Las velas hoy ofrecerán al viento;
 Y mañana la Aurora, al levantarse,
 Nos verá en alta mar, lejos de un puerto
 Do se respira un aire ponzoñoso
 Destructor de la gloria, y en que el tiempo
 En ócio muelle y femenino halago
 Se pierde sin honor y sin provecho.
 Enéas juntamente con nosotros
 Se lanzará á la mar; él el primero
 En paz serena afrontará el peligro,
 Y á insultar á la muerte aprenderemos.

NESTEO

Mi sospecha, Sergesto, si crecía,
 Era porque crecía mi deseo
 De abandonar cuanto antes unas playas
 Que á los Troyanos ha negado el cielo.
 Los restos de Ilion son destinados
 Para dar nueva forma al universo,
 Y hacer que las edades venideras
 Repitan con asombro nuestros hechos.
 ¿Que debía yo creer, cuando miraba
 Pasarse tantos soles, y con ellos
 Enéas entregarse á los placeres
 Que, de la reina en el delirio ciego,
 Le ofrece este palacio?—Es necesario
 De bronce duro amurallarse el pecho
 Contra el halago de mujer que adora,
 Contra la astucia del amor artero.
 Enéas lo hizo ya: cuando la noche
 Cielos y tierra con oscuro velo
 Cubra, y entregue los mortales todos
 Al letargo pacífico del sueño,

Entonces nuestras naves silenciosas
 Al mar se confiarán: tal es al menos
 La orden que Enéas á Cloanto diera
 Cuando á su estancia lo llamó en secreto
 Al rayar este día, en que la gloria
 A mostrársenos vuelve.—Yo, Sergesto,
 Reviví con la nueva; y de mi engaño
 Yo solo sé con que placer he vuelto.
 Otra vez en Enéas hallo al héroe
 Que, de mi patria en el fatal incendio,
 Me enseñó en una noche solamente
 Como puede un mortal hacerse eterno.

SERGESTO

Siempre debiste hacer esa justicia
 Al mérito de Enéas. Tantos hechos,
 Tantas proezas, y un renombre claro
 No se mancillan pronto, y mucho menos
 Por el débil amor, cuyos placeres
 Tan solo afectan femeniles pechos.

NESTOR

Cuando inundaron los troyanos campos
 Las falanges inmensas de los griegos,
 Tres lustros no contabas, y de entonces
 Sonó en tu oído de la guerra el éo.
 Diez años de un combate continuado
 A la ruina de Troya precedieron,
 Y, en tan largo período, el pecho tuyo
 Solo en justa venganza estuvo hirviendo.
 Gritos feroces, moribundos ayes,
 Ríos de sangre, asolación y muertos,
 Tal era el cuadro de la patria nuestra
 En tantos días de furor inmenso;
 Y tal escuela á conocer no enseña

El corazón del hombre.—Yo, Sergesto,
 Con pocos años mas de los que cuentas,
 Sé cuanto puede amor. Cuando los griegos
 Vinieron sobre Troya, las troyanas
 Solamente bastáran á vencerlos,
 Si los griegos tuvieran corazones
 Que no fueran de tigres ó de acero.
 Cuando yo á Aquiles conocí, y á Ulises,
 Y á los dos hijos del soberbio Atréo,
 Ya habia conocido la violencia
 Con que arde á veces del amor el fuego,
 Y cuan difícil es ahogar su llama
 A quien se goza con su mismo incendio.
 Por esto, amigo, cuando ya seis lunas
 Ha que pisamos de Cartago el suelo,
 Sin que hasta hoy Enéas se acordase
 De su honor y de Itália, en el silencio
 Mi sospecha oculté: pero he temido
 Que en el altar de amor quemára incienso,
 Y que la gratitud de ser amado
 Amante lo tornára, posponiendo
 Su antigua gloria, y la mayor que resta
 Con llenar del destino los decretos.

SERGESTO

Pues de otro modo há sido.—El Sol ya brilla (*)
 Sobre la cima de los altos cerros
 Que á Cartago dominan: el instante
 Es ya llegado en que cumplir debemos
 La órden que, por medio de Cloánto,
 Enéas nos ha dado. Con secreto
 De nuestra pronta fuga, y de la hora
 En que es preciso concurrir al puerto,
 Avisemos á todos los troyanos:

(*) Dice esto como en actitud de mirar afuera por alguna ventana del salon.

Y do el honor nos llama, allá volemos,
Y nunca Énéas sienta haber nombrado
Por uno de sus jefes á Sergesto.

NESTEO

Vamos, amigo.—¡ Malhadada reina ! (*)
¡ Cuanto tu suerte y tu dolor lamento (†)

ESCENA II

D i d o , A n a

DIDO

¡ Ay, Ana ! Tú lo sabes : la primera
Te abrí mi corazon ; y mi secreto,
Hasta que el fondo te mostré del alma,
Tus ojos penetrantes no leyeron.
Mi ardor no es obra tuya : yo no imputo
Ni imputaré jamás á tus consejos
El repentino estrago de esta llama
Que ya en pavezas convirtió mi pecho.
Frenética era ya, cuando tu lengua
Aun no aprobára mi furor inmenso,
Ni tu cariño á la infelice Dido
Te hiciera tolerables sus excesos.
Esta insana pasion me lleva toda,
Y todo abrasa cuanto en torno veo.
¿ Será que tal volcan, Ana querida,
En mi daño los Dioses encendieron ?
Perdona á mi dolor : deja que llore,
Y derráme mis ansias en tu seno
Yo no sé, yo no sé que abismos hondos
Cabarse bajo de mi planta sienta. (‡)

(*) Aparte.

(†) Se van los dos.

(‡) Se inclina unos instantes en el seno de su hermana.

¿ De cuándo acá, mi Dido, ese lenguaje
 De desesperacion ? ¿ esos afectos
 De uua inquietud ansiosa y affigente,
 Contrarios hoy á los de ayer serenos ?
 Troya y Enéas en igual renombre
 Sonaban en Cartago, y el incendio
 De la ciudad mas populosa de Asia
 Ya llenaba de asombro el universo.
 Tú admirabas al héroe que, entre llamas,
 Penates, padre, esposa, el hijo á un tiempo
 Supo salvar con valerosa mano ;
 Sin que de Atridas los soldados fieros,
 Ni los horrores de la noche infanda
 Pudieran contrastar su noble esfuerzo.
 Tú lo admirabas ; y en las nuevas salas
 Sirven de adorno á tu palacio régio
 Los animados lienzos, do trazaron
 Tantas hazañas los pinceles diestros.
 En ellos ¡ cuantas veces hemos visto
 Entre escombros, y ruina, y humo, y fuego,
 Vibrar de Enéas la tremenda espada,
 Y circundar mil muertes á los griegos !
 Allí se mira entre falange espesa
 Las puntas despreciar de cien aceros,
 Solo animar desesperanzada hueste,
 Solo triunfar del bárbaro Androgéo
 Y vengar solo los airados manes
 De los fuertes de Ilion, que perecieron
 En el largo período de diez años
 Contra toda la Grecia combatiendo.
 ¡ Dido ! tú lo mirabas ; y el destino
 Todavía ocultaba entre sus velos
 Del grande Enéas la futura suerte,
 Y tu suerte tambien ; ni al pensamiento
 Pudo venir jamás que nuestras playas
 Vieran de Troya los preciosos restos.

Ellos se fiaron á merced del ponto ;
 Y al ponto amotinaron tantos vientos
 Cuantos de Juno á la inmortal venganza
 Y al eterno rencor obedecieron.
 Otro Dios los salvó: las rotas naves
 Arribaron por fin á nuestros puertos,
 Y Enéas á tus ojos se presenta
 Muy mayor que su fama.--Cuando el cielo
 Se ocupa de un mortal, y lo reserva
 Para obrar sus prodijios ¿ qué recelo
 Puede inspirarte la pasion mas digna
 Que abrigára jamás humano pecho ?
 ¿ Temes amar lo que los Dioses aman ?
 ¿ O son que Dido las Deidades menos ?

DIDO

¡ Ay, hermana ! perdona . . . no es mi llama,
 Es mi destino cruel al que yo temo.
 Yo le ví, tú le viste ; y era Enéas,
 Mas que un mortal, un Dios ; hijo de Vénus,
 Amable, tierno, cual su tierna madre,
 Grande su nombre como el universo,
 Me miró, me incendió ; y el lábio suyo,
 Trémulo hablando del infausto ruego
 Que devoró su patria, mas volcanes
 Prendió con sus palabras aquí dentro,
 Que en el silencio de traidora noche
 Allá en su Troya los rencores griegos.
 Amor y elevacion eran sus ojos,
 Elevacion y amor era su acento ;
 Y, al mirar, y al hablarme, yo bebía,
 Sedienta de agradarle, este veneno
 En que ya está mi sangre convertida,
 Y hará mi gloria ó mi infortunio eternos.
 Al principio dudé si el pecho mio
 Sería digno de su heróico pecho.

No he fijado, aunque reina, las miradas
 De los moderadores de los cielos ;
 No soy mas que mortal ; y yo creía
 Ver brillar en Enéas un reflejo
 De aquella lumbre celestial, que pasa
 Del rostro de los Dioses al de aquellos
 Que su amor soberano arrebataron,
 O de tan alto origen descendieron.
 Mi temor era justo ; pero pronto
 No pudo mas el alma obedecerlo,
 Y cedió á su pasion : los ojos mios
 Declararon por fin al extranjero
 El arñor que en mis venas discurría,
 Penetrando sutil hasta los huesos.
 Su corazon, hermana, solo es duro
 Enfrente de la muerte, cuando lleno
 De corage sañudo en los combates,
 La venganza y furor hinchán su pecho :
 Pero, al lado de Dido, si es que pudo
 Resistir al amor, no quiso al menos
 Negar el paso á los ardores mios,
 Y los dejó llegar hasta su seno.
 Mil de veces pedíle en ruego blando
 Que me quisiera referir de nuevo
 Los hados de su patria, y mil de veces
 Los escuché con redoblado anhelo.
 ¡ Astúcias de mi amor !—Mientras su lábio
 Pendiente me tenía, yo en los besos
 Me gozaba de Ascánio, y en el hijo
 Encontraba á su padre mi deseo.
 Todo fué Enéas para mí de entonces ;
 Enéas eran mis dichosos sueños,
 Enéas era mi vijilia ansiosa,
 Y mi palacio, de su nombre lleno,
 Y Cartago tambien, de mis furores
 Testigo todos con asombro fueron.
 Esta ciudad reciente, cuyos muros

Empeñé con afán, de su cimiento
 No los vé ya subir; los torreónes
 Que elevar á las nubes se debieron,
 Para defensa de Cartago un día,
 Apenas se alzan del nivel del suelo;
 E, interrumpidas ya las obras todas,
 Mi sola ocupacion es mi amor ciego.
 Pero ayer . . . ; ay hermana ! . . . los destinos,
 Los destinos de Dido la perdieron
 No nací para tanto . . . ; Nunca, nunca,
 Llegáran sus bajeles á mis puertos.
 Y nunca, nunca tu infeliz hermana
 Sufriera tan atroz remordimiento !
 ¡ Ay, Ana ! ¿ Ya lo sabes ? ¿ Qué querias
 De una flaca muger, contra el incendio
 Que, entre la sombra de callada selva,
 La abrasaba en presencia de su objeto ?
 ¡ Día de perdicion ! ayer luciste.
 ¡ Silencio de los bosques ! ¡ Oh silencio
 Peligroso al pudor ! Deja que oculte
 Mi vergüenza, Ana mia, y mi secreto. (*)

ANA (†)

¿ Y así rehusas nuevamente abrirte
 A la que sola te dará consuelos ?
 Ignoro tu pesar : pero ¿ en que parte
 Vas á encontrar alivio á tu tormento,
 Si en mi seno amoroso y compasivo
 No quieres descargar su enorme peso ?
 Quanto mas delicada, es mas espuesta
 Una intensa pasión á contratiempos,
 Y quanto mas incendio, mas temores
 Tal vez circundan los amantes pechos.

(*) En ademan de irse.

(†) Deteniéndola.

Háblame, Di lo; que quizá tu llanto
 Discurre en vano por tu rostro bello;
 Y quizá en vano se atormenta un alma
 Que debiera nadar entre contentos.
 Las veces de razon, querida hermana,
 La amistad hace en los amantes ciegos,
 Y la mia merece lo que anhela,
 Porque no anhela mas que tu sosiego.

DIDO

Ver no quiero, Ana mia, convertidos
 Tu amistad y cariño en menosprecio.
 Si desato mi lengua, y en su claro
 Te pongo el corazon, todo tu afecto
 Se cámbia en ódio á la infelice Dido,
 Y todo, todo, hasta mi hermana pierdo.
 Ya se vengaron los airados Dioses,
 Y ya el castigo de mi culpa siento:
 No aumentes mi dolor con la verguenza
 De confesar yo misma mis excesos.
 No me creí culpable; pero anoche
 Crímen y pena me ha mostrado un sueño,
 Y estoy abandonada á la venganza,
 A la justa venganza de los cielos.
 No me aborrezcas, Ana, en mi desdicha,
 Que bastante yo misma me aborrezco.

ANA

¡ Ingrata! ¡ ingrata! ¿ Alguna vez por suerte
 Te faltó mi amistad? ¿ ó en largo tiempo
 El dolor te amargó, sin que mi mano
 Derramára dulzuras en tu seno?
 ¡ Aborrecerte yo! ¿ Pudiste, Dido,
 Así ofenderme, cuando no te ofendí?
 ¿ Este retorno á las finezas mias
 Debiste prepararme, ó yo temerlo?

Si Enéas y su amor te ocupan toda,
Y si él solo te basta, por lo menos,
La amistad de tu hermana merecía
Un galardón mejor que tu desprecio.

DIDO

No insultes mi dolor, ni más agravies
Un tierno corazón, en que reservo
La sola parte que á mi hermana toca
Sin entregarla al que prendió este fuego.

ANA

¿Y en que te obstinas, ó por que no admities
La sola mano que te dá el remedio ?

DIDO

No hay remedio, querida ; si mi labio
El misterio revela, no por eso
Esperes aliviar las ansias mías.

ANA

Te ayudaré á sentir, si más no puedo,
Y ¡ que dulce es llorar, cuando se mezclan
Lágrimas de amistad al llanto nuestro !

DIDO

¿ Lo quieres ? Está bien. ¡ Así quisiera
Mis ansiedades aquietar el cielo !
Oye la causa de mi mal, y mira
Si te sabré querer, cuando me atrevo
A descubrirte la vergüenza mía.
¡ Oh ! ¡ si como es oculta al universo,
Así lo fuese á las Deidades todas
Cuya venganza desde anoche temo,
Y que en sueño espantoso me mostraron
Que fui culpable, sin pensar en serlo !

Sal; vé si alguno el importuno paso
 Hacia esta estancia mueve, y al momento
 Hazlo retroceder, no siendo Enéas.
 El solo escuchar puede los tormentos
 Que desde anoche el corazon desgarran;
 El solo puede, pues por él padezco. (*)

ESCENA III

D i d o (s o l a)

DIDO

¿ Qué la voy á decir? ¿ Por dó mi lengua
 Primero empezará? Sino refiero
 El crimen que me abrumba, ni la causa
 De mis terrores referirla puedo.
 ¡ Crimen! Enéas es esposo mio:
 Si decirlo á la faz del orbe ertero
 De mi estrella el rigor no me permite,
 Testigo ha sido de mi union el cielo.
 En el fuego del rayo que cruzaba
 Prendió su antorcha el plácido himené),
 Fué nuestro altar un álamo del bosque,
 Y la selva frondosa nuestro templo.
 ¡ Crimen! Mi corazon exento y libre
 Quedó desde la muerte de Siquéo;
 Y si no quise darlo al duro Yarbás,
 Al blando Enéas entregarlo puedo
 Mas, Dido, tú deliras te fascinan
 Tu pasión miserable y tu deseo.
 Si la culpa no és tnya ¿ cómo anoche
 ¡ Criminal! ¡ criminal! te dijo el cielo?
 ¿ Y cómo tu razon, cuando volviste
 Del horrífico espanto de aquel sueño,
 Te empezó á condenar, y te condena
 Siempre que á la razon das un momento?

(*) Ana se va.

¡ Dioses, que el fondo de mi pecho visteis,
 Y las ansias mirais en que peléo !
 ¿ Sois Dioses sin piedad ? . . . ¿ y abandonada
 Podré verme de Enéas ? . . . ¿ será cierto
 Lo que entre sombras ví ?—Vuelve, querida ;
 ¡ Ay, Ana ! vuelve, y me darás consuelo. (*)

ESCENA IV

D i d o , A n a

ANA

Nadie se acerca, hermana : del palacio
 Dicen que Enéas se ausentó, al momento
 Que el primer rayo, precursor del día,
 Con oro el horizonte fué vistiendo.
 Cloánto iba con él, y á poco rato
 Nestéo, añaden, que salió, y Sergesto. (†)
 Es rara esta conducta, yo á Barcénia
 Encargué que indagára con secreto
 El motivo que pueda ocasionarla,
 Y que á informarnos regresara luego.
 Mas no vendrá tan pronto que no puedas
 Pero, Dido, ¡ que extraño abatimiento !
 Héme á tu lado nuevamente, amiga ;
 Deposita tus penas en mi pecho ;
 Que, si acaso aliviarte no me es dado,
 Sabré contigo perecer al menos.

DIDO

¡ Cruel ! ¡ cruel !—¿ Qué nueva me has traído ?
 ¡ Qué puñal, sin saberlo, hasta mi seno
 ¿ Lo vés ? ¿ lo vés ? . . . ya se cumplió No habia
 La luz del sol esclarecido el cielo,

(*) Dice esto como llamando á su hermana; y, en acabando de hablar, quedará la escena en silencio por un breve rato, pasado el cual Ana se presentará en ella.

(†) Mientras Ana está refiriendo esto, Dido mostrará su sorpresa y su inquietud.

Cuando Enéas . . . ¡ oh Dios!—¿ Y donde ha ido ?
 ¿ A qué fin á la aurora, y en silencio,
 Del palacio salir?—¿ Qué nuevos pasos !
 ¿ Qué no debo temer de este misterio !
 ¿ Ves como erá verdad ; verdad terrible,
 La que anunciaba mi horroroso sueño ?

ANA

Depon, querida, turbacion tan grande.
 ¿ Qué sueño es ese, que á tan duro extremo
 De dolor te arrebata ?—Ya no es justo
 Atormentarme mas con tu silencio.

DIDO

Pues oye, y tiembla, como yo he temblado,
 Y vé si encuentras á mi mal remedio.
 Desde que Enéas arribó á mis playas
 No tuve mas afan que complacerlo,
 Estudiar sus miradas, sus acciones,
 Anticiparme á todos sus deseos,
 Idolatrarlo, en fin.—Diestro en la flecha,
 Era la caza su mayor recreo ;
 Y tú me has visto las mañanas todas
 Acompañarle por el bosque espeso,
 Por la llanura de los verdes valles,
 Y por la cumbre de los altos cerros.
 Ayer sereno, como nunca, el dia
 En oriente lució : los compañeros
 De Enéas, los magnates de mi corte,
 Y Ascánio mismo, con nosotros fueron.
 Mas, no bien se esparciera por los campos
 El venatorio bando, cuando el trueno
 Empezó á retumbar y en negra nube
 Cubrirse el sol, y encapotarse el cielo.
 Ardiendo el rayo sin cesar cruzaba,

Y el aire todo convertido en fuego,
 El miedo santo á las eternas causas,
 El pavor inspiraba, y el respeto.
 Toda !a comitiva disipóse ;
 Y en las cabañas, ó en los hondos senos
 De las cavernas dó las fieras moran
 Buscaron un asilo los dispersos.
 A Enéas y á tu hermana un bosque amigo
 Amparo les prestó, y en su silencio
 Solo la voz de amor fué triunfadora,
 Y empezó á resonar dentro del pecho.
 Ana, si Dido fué culpable, ha sido
 Cómplice de su culpa el mismo cielo.
 El suspendió sus rayos y sus iras
 En el momento que en el bosque espeso
 Penetró nuestra planta ; cual si fuera
 La tormenta terrible, de himenéo
 La precursora pompa. Aquel instante
 Estalló mi volcan, y ¿qué te puedo
 Decir yo con mi voz, que no te diga
 Mejor que con mi voz, con mi silencio ? (*)

ANA

Prosigue, Dido: de tu blanda hermana
 No esperes otra cosa que consuelos.

DIDO

Tal es mi culpa, si llamarse culpa
 Puede el amor, y la pasion que debo
 A un héroe que ya miro como esposo,
 Y que sin duda lô es pero yo tiemblo
 Al recordar la noche que ha seguido
 A un dia que empezó tan placentero.
 Llegó la hora en que recibe á todos

(*) Dirá esto cubriéndose el rostro, como avergonzada.

--

En paz amiga el regalado sueño,
 Y en que los miembros fatigados hallan
 El plácido descanso en blando lecho.
 No bien entré en el mio, y mis sentidos
 Ocupaba el sopor, cuando del templo
 Donde reposan en la yerta tumba
 Las frías cenizas de Siquéo,
 De repente las bóvedas temblaron;
 Y, arrojando con furia el pavimento
 Las lozas sepulcrales, fué mi esposo
 Entre los descarnados esqueletos
 El que primero conmovióse miro,
 Y acercarse hácia mí con paso lento.
 Su mirar era horrible, y en mi oído,
 Sonó ronca su voz, cual suena el trueno,
 Cuando, de monte en monte retumbando,
 Lejos se escucha resonar el éco.
 “ ¡ *Perjura!* ” (dijo), y al decirlo airado,
 Me arrancó con violencia de mi lecho,
 Y, llevándome al borde de su tumba,
 “ Este es (añade) tu debido premio.
 “ Has roto el juramento sacrosanto
 “ Que pronunciaste al espirar Siquéo,
 “ Y que oyeron los Dioses infernales,
 “ Que presiden la muerte y el silencio :
 “ Ven á sufrir tormentos espantosos
 “ En la mansion callada de los muertos.”
 Sus palabras horrisonas entonces
 Los cadáveres todos repitieron,
 Y ya lanzaban en la horrenda huesa
 A tu hermana infeliz, cuando su acento
 “ ¡ Enéas! (exclamó,) ven á librarme
 “ De los horrores que por tí padezco.”
 A mi voz los espectros, silenciosos,
 El mar me señalaron, y cubierto
 De bajeles el mar, el mismo Enéas
 Iba huyendo de Dido en uno de ellos.

Entonces desperté. y, abandonada
 Al furor de las sombras, aquel sueño
 Hubiera puesto término á mi vida,
 Si en fuerza del pavor no me despierto.
 Un sudor frio, anunciador de muerte,
 Bañaba todos mis cansados miembros,
 Y la imaginacion me presentaba
 En cada nuevo instante horrores nuevos.
 Al fin brilló la luz, que nunca, nunca
 Ha tardado como hoy á mi deseo.
 Ana, ya tú lo viste: el alba apenas
 Apagaba su lumbré á los luceros,
 Cuando volé á tu estancia; de la mia,
 Y de mi lecho, y de mí misma huyendo.
 Ya sabes mi delito y mis temores:
 Si el primero no es tal ¡ pluguiera el cielo
 Que estos no fuesen mas que sombra vana,
 Y que volasen cual voló mi sueño!

ANA

¿ Y así, Dido, te entregas al prestigio
 De una ilusion soñada?—¡ Que!—¿ Los celos
 Es tan fuerte pasion que sus furoros
 Lleve hasta las mansiones de los muertos?
 A los que yacen en la tumba ¿ piensas
 Que ni tú ni tu amor. . . .

DIDO

Sí; ya lo veo:
 Mas, si nada hay comun`entre el que goza
 La luz del dia, y el que fué; á lo menos
 Es muy posible que un amante ingrato
 A quien vive por él deje muriendo.

ANA

Mas ¿ qué razon á tus temores hallas?
 ¿ Qué mudanza ves tú que yo no veo?

Esta es la hora, y este mismo el sitio
 A que todos los días el primero
 Concorre Enéas, y de aquí á la caza
 Conmigo sale.—¿ Donde está ?—Yo temo
 Que la primera vez que falta Enéas
 No sé que me prepara de funesto.

ANA

Tal vez no tardará : pero siquiera,
 En tanto que el motivo no sabemos,
 No anticipes tu mal. ¿ A quien, hermana,
 Para ser infeliz le falta tiempo ?
 Tu verás como Enéas . . . mas Barcénia
 Hácia aquí viene ya : todo el misterio
 De su lábio sabrás ; verás cual vuelves
 A tu tranquilidad y tu sociego.

ESCENA V

Dido, Ana, Barcénia

DIDO

¿ Qué me dices Barcénia ?—¿ Son fundados,
 O no debo dar crédito á mis sueños ?

BARCÉNIA

No os comprendo, señora ; ni tampoco
 De comprender acabo lo que vengo
 De escuchar y de ver : de nuestras playas
 Hoy los troyanos se despiden creo.
 Unos á otros en secreto se hablan,
 En confuso tropel bajan al puerto,
 Y Enéas, y Cloánto, y otros jefes,
 Parecen ordenar un movimiento

Que debe hacer la armada. En tal conducta
 Hay algo ciertamente de misterio :
 Los tírios y troyanos ya no forman,
 Como hasta el día de hoy, un solo pueblo ;
 Desconfían, se evitan, y parece
 Mostrarse mutuamente algun recelo.
 Se habla de un modo vário de la causa
 Que ha producido tan extraño efecto :
 Todos se encuentran, se preguntan todos,
 Y nadie sabe responder lo cierto ;
 Pero yo temo que tal vez mañana . . .

DIDO (*)

Basta, Barcénia.—¿ Y es posible, cielos,
 Que así se burle, sin hallar castigo,
 De una reina infeliz un extranjero ?
 ¿ Qué mas hé de saber ¿ —¿ Hermana ! ¡ amiga !
 Vé, dí á ese monstruo que deseo verlo,
 Verlo la última vez : tú sola puedes
 Librarme en tantas ansias : el perverso
 A tí sola se abría, y te confiaba
 Su doble corazon y sus secretos.
 Ana, él te amaba, y á tu hermana triste
 Mostraba solo su mentido fuego.

ANA

No mas insultes mi amistad, querida ;
 Que ya bastante en tu dolor padezco.
 Buscaré á tu enemigo ; mal hé dicho :
 No lo será tal vez : . . . en fin, yo vuelo
 A encontrarme con él : es imposible
 Que quepa tal perfidia en tales pechos.

(*) Prorumpirá con ímpetu, y su agitacion irá creciendo por grados hasta finalizar el acto.

Vé, vuela, llama al cruel : dile que Dido
 Arde mas en su amor cada momento ;
 Dile que se consumen mis entrañas
 En destructor inapagable incendio,
 Y que todo mi ser . . . no digas nada . . .
 Deja que me abandone.—Yo ¿ qué pierdo
 Si he perdido mi paz, mi dulce calma,
 Y quizá mi virtud, por un perverso ?
 La muerte nada mas . . . tal vez la hora
 Es esta ya, en que, tranquilo y quieto,
 Se lanzará á la mar, y de mi pena
 Se burlará con otros, convirtiendo
 Hácia Cartago la insultante vista
 Y gozando en mi mal . . . ¿ Vés como el tiempo,
 Ana mia, se vá ?—Vuela, querida ;
 Pide, ruega, importuna : yo no creo
 Que tanto mienta el exterior de un hombre . . .
 ¡ Tórnelo yo á mirar, y parta luego !
 Pero no huya de mí sin que mi lengua
 ¡ Ingrato ! ¡ ingrato ! le repita al menos.

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Enéas, Nesteo

ENÉAS

Era mejor que el corazón, amigo,
Hecho de bronce ó de diamante fuera,
Y que nunca, jamás, en él tuviesen
Algun poder las impresiones tiernas.
Mi trabajada vida ningún paso
Me ofreció tan difícil; y mas cuesta
En la lucha de afectos encontrados
Hacer que al corazón la gloria venza,
Que insultar los peligros y la muerte
En el ardor feroz de la pelea,
Y arrollar con denodo imperturbable
En negra noche las falanges griegas.
¿Quién creería que un pecho acostumbrado
A los horrores de la cruda guerra,
Fuese pecho amador, blando, sensible,
Que á los encantos del amor cediera?
Ello es así.—De mi valor, Nesteo,
El esfuerzo mayor es esta ausencia.
Dido se quejará de su destino,
Pero nunca de mí. Por donde quiera
Lléveme el hado; mas la imagen suya
Estará siempre en mi memoria impresa;

Que el amor no degrada, y nunca puede
Ser generoso quien ingrato sea.

NESTEO

La pasion de la reina es acreedora
A una pasion igual, y si no fueran
Las órdenes del cielo

ENÉAS

No, Nestéo ;
Es grande mi pasion, mas no me ciega ;
Y yo estoy bien seguro de mi triunfo,
Pues mi primer deber lucha con ella.
La victoria es costosa, pero al cabo
Siempre fué necesaria : estas riberas
No son en las que un dia los troyanos
Hallar su patria y su fortuna esperan.
Las reliquias de Troya, reservadas
Para formar una nacion soberbia,
Deben solo fijarse en las regiones
Dó el Tiber corre, y el Latino reina.
El oráculo santo lo ha ordenado ;
Y á nosotros, amigo, solo resta
Obedecer al cielo, y engreírnos
De ser los instrumentos que quisieran
Los Dioses elegir, para que un dia
Su voluntad suprema se cumpliera.
Mas, aunque las Deidades sus designios
Hubieran ocultado, nunca Enéas
Pudiera permitir que tantos héroes
Como han sobrevivido á la funesta
Destruccion de su patria, peregrinos
En la extension de la anchurosa tierra,
Mendigasen asilos extrangeros,
Y esclavos fuesen de una ley agena.
Atravesando mares, é insultando

La muerte, la desgracia, y la miseria,
 Debiéramos buscar de cualquier modo
 Entre nuevos peligros, glorias nuevas.
 La historia de los héroes pocos dias
 Debe marcar oscuros, y la nuestra
 Há de servir de ejemplo á las edades,
 Por mas que cueste al corazon violencia.

NESTEO

Tal es mi parecer; y el lábio mio
 Jamás desmiente mi interior. Quisiera
 Que, mudos los oráculos, dejáran
 A nuestra sola decision la empresa
 De conquistar la fama; y que la gloria
 De un inmortal renombre la debieran
 A sí mismos, no al cielo, los troyanos.
 Mas, por mucho que el alma se poséa
 De esta noble ambicion, no puedo menos
 Que lamentar la suerte de una reina. . . .

ENÉAS

Es justo, amigo: como tú lamento
 Su desventura yo: ¿ni quien pudiera
 Con mas razon dolerse de sus males,
 Que el mismo que los causa? La demencia
 De la pasion de Dido, sus transportes,
 El fuego abraasdor en que se incendia,
 Estériles no han sido, y á mi pecho
 Harto cuesta el sentirlos.—Era fuerza
 Esperar en Cartago á que volviese
 La estacion mansa de la primavera,
 Para lanzar á un mar desconocido
 Nuestras pequeñas naves; y la reina
 En todo este período ha fomentado
 La infundada esperanza de que Enéas,
 Prestándose por fin á un himenéo,

No saldría ya mas de estas riberas.
 Su amor pasó á mi pecho, pero nunca
 Su ceguedad pasó; ni de mi lengua
 El dictado de esposa escuchar pudo,
 Por mas que quiso que su esposo fuera.
 Si yo no me debiese á los destinos,
 Solo á Dido, Nestéo, me debiera;
 Porque al cabo la amé, ni vendrá dia
 En que de haberla amado me arrepienta.

NESTEO

¡ Dificil posicion! Y ¡ cómo á veces
 Los cuidados que el cielo nos dispensa,
 Y el interés que en nuestra dicha toma
 Suspiros mil al corazon le cuestan!
 Mas por esto, señor, mejor sería,
 Pues no hay otro remedio, que la ausencia
 Fuese como la fuga, sin mostrarnos
 Otra vez á la vista de la reina.
 ¿ A qué fin esponeros á reproches
 Que ciertamente la razon condena,
 Pero que el corazon, por mas que luce,
 Encuentra justos, y en silencio aprueba?
 Bien veis que á Dido ni el amor de gloria
 Ni el destino arrebató: amante y ciega
 Ni escucha mas razon que su cariño,
 Ni siente mas que su pasion intensa.
 O ¿ quereis que, abatida, desolada,
 Desperada despues, vuestra presencia
 Encone mas la herida de su pecho,
 Y se deje llevar . . . ; Señor! es fuerza
 Que huyamos de una vez: en su delirio
 Una muger amante todo atenta,
 Y quien sabo si Dido . . . mas, vos mismo,
 Al rayar este dia, con la idea
 Estabais de partir sin ser notado.
 ¿ Qué causa puede haber que asi convierta . . .

ENÉAS

Es verdad, lo pensé ; mas yo creía
 Ocultar nuestra fuga de la reina,
 Y que su desengaño le viniese
 Cuando, léjos del puerto nuestras velas,
 Ni yo viera su llanto, ni ella misma
 Que yo insultaba su dolor creyera.
 Se frustró mi designio, el movimiento
 En que están los troyanos, la presteza
 Con que acuden al puerto, mi salida
 Temprano del palacio, y la sorpresa
 Que há causado á la reina el que este día
 Faltase yo del sitio en que me espera
 Para ir á la caza, han escitado
 Su amarga duda, y su cruel sospecha.
 Yo lo temí cuando en la playa misma
 En medio del concurso ví á Barcénia,
 Y la curiosidad que la agitaba ;
 Y sin embargo resistí esta prueba :
 Mas la hermana de Dido de repente
 Ansiosa entre el tumulto se me acerca,
 Me aparta de Cloánto, de su hermana
 Me pinta la aficcion, llora, me ruega,
 Y yo entonces prometo . . . ¿ Quién resiste
 Consolar á su amante, cuando ella
 No exige mas consuelos que la vista
 Del causador de sus amargas penas ?
 Le prometí volver ; hé vuelto, amigo,
 Y ; ojalá que mi pecho no sintiera
 Lo terrible del lance ! mas, al menos,
 Yo puedo resistir . . .

NESTÉO

Podeis ; pero ella
 Ni sabrá, ni podrá : no son consuelos,
 Son causas de furor las que la reina

En su delirio busca ; la esperanza
 Aun quizá la promete ¿ Quién consuela
 A una mujer frenética ? Es preciso
 Que vuestra pronta fuga la convenza
 Que ya no hay esperar : entonces puede
 Que, por creeros ingrato

ENÉAS

¿ Y yo debiera
 Darla motivo para que algun dia
 Me impute con razon nota tan fea,
 Y recuerde mi nombre como el nombre
 De un insensible, que el dolor desprecia ?
 No, Nestéo ; hé de verla : estoy seguro
 De no olvidarme de quien soy : la reina
 Sabrá que, si la dejo, en ningun tiempo
 La dejaría, si no fuese Enéas.
 Pronto debe venir hasta este sitio :
 Retírate, Nestéo : en la ribera
 Que todo se prepare, y vuelve al punto
 En que deba mi nave dar la vela. (*)

ESCENA II

D i d o , E n é a s (†)

DIDO

¿ Pudiste, pérfido, esperar ; creíste
 Que el disimulo tu maldad cubriera ?
 ¿ Y así, callado, entre ignominia y llanto
 Dejarme abandonada ?—¿ Menosprecias
 El hospedage que te dí officiosa,

(*) Se vá Nesteo.

(†) Al empezar esta escena habrá algunos momentos de silencio, en los que Dido mirará á Enéas con cierto aire de indignacion ; y este manifestará lo indeciso y difícil de su posicion actual. Al cabo Dido prorumpirá exaltado ; y en t da la escena ambos actores variarán de voz, de expresion y de afecto, segun lo que espresen los versos.

Y que pude no darte ? ¿ la obsecuencia,
 La amistad de los tírios ? mas que todo,
 ¿ La pasion impetuosa de una reina ?
 ¡ Perjuro ! ¿ sabes lo que á mí me debes ?
 ¿ O el burlarte en mi mal crees que á tu nombre
 Puede añadir honor ?— ¡ Qué es esto, Enéas !
 Mi amor, la mano que te dí de esposa,
 Este fuego voráz, que por mis venas
 Circula, y cunde, y me consume toda,
 Sin dejarme sentir mas existencia
 Que la que siento para amarte ¿ nada,
 Nada es bastante para hacer que vuelvas
 A contemplar á Dido, y los horrores
 En que la dejas para siempre envuelta ?
 Bien lo predijo mi espantoso sueño
 La tumba, nada mas, la tumba yerta,
 La venganza terrible de los manes,
 Ese es el premio que mi amor espera.
 Anoche yo te ví, te ví, perjuro,
 Abandonar á Dido ; y Dido, en presa
 A los espectros, y á la horrenda muerte,
 Conoció tarde lo que amarte cuesta.
 Yo te llamaba, y te llamaba envano :
 Héme ya junto á tí : puedes siquiera
 Librarme de tí mismo, de los males
 Que, aun en idea, sin piedad me aterran.
 ¡ Ingrato ! ¡ ingrato ! tan siquiera aguarda
 A que, mas decidida, te prometa
 Un viaje fácil la estacion propicia.
 Un dia, nada mas, un dia espera.
 Yo no pretendo que en Cartago siempre
 Vivas, y reines, y á mi lado mueras :
 ¡ Oh ! ¡ si pudiera ser ! pero te ruego
 Que un breve espacio, una pequeña tregua
 Prestes á mi dolor, mientras mi pecho
 A vivir muertes en la horrible ausencia
 Se puede preparar ; mientras la suerte
 A saber ser tan infeliz me enseña.

¿ Me lo podrás negar ?—¿ Tendrás acaso
 De bronce el corazon ?—Parta mi Enéas,
 Parta á su Itália, y en remotos clinas
 Un bello reino y una amante bella
 Busque en buenhora ; pero déme al menos
 Derramar mi dolor en su presencia ;
 Y esta inmensa pasion siquiera logre
 Que quien la vió nacer, un dia vea
 Hasta donde llegó . . . —¡ Miserá Dido !
 ¡ Oh Dioses !—¡ Que furor ! . . . —Y si tuvieras
 Pecho de bronce, y corazon de roca,
 ¿ Qué mas harías con tu amante ?—¿ Cierras
 El labio mentidor ?—¿ Nada respondes ?
 ¿ Llegar pudiste hasta esperar mi afrenta
 Para entonces, malvado, y solo entonces,
 Abandonarme así ?—¡ Oh luz funesta
 La que ayer me alumbró !—¿ Por qué no vino
 Una fiera del bosque . . . —¡ Oh Dios !—Tu lengua
 Hora calla, traidor ?—Mejor callára
 Cuando á tu amante en su delirio oyeras.
 ¡ Cruel ! ¿ Y no se asoma por tus ojos
 Ni mentida, una lágrima siquiera ?

ENÉAS

¡ Dido ! ¡ Miserá reina ! Yo conozco
 La razon de tu amor : jamás Enéas
 Se olvidará de lo que á Dido debe,
 Y de los males que por él la cercan.
 Si yo solo de mí y de mis acciones,
 Como tú de las tuyas, dispusiera,
 Nunca tendrías que llamarme ingrato,
 Por mas que fuese tu pasion violenta.
 No es para mí la vida que los cielos
 Con afan cuidadoso me dispensan :
 Me débito á sus designios ; y el Olimpo,
 Cuando escoje á un mortal, marca la senda

Por dó debe marchar, ni le permite
 Un solo paso separarse de ella.
 No es una sombra vana, no es un sueño
 Al que obedezco yo, ¿ni quién pudiera
 Así curarse de ilusiones tales ?
 Un Dios es, Dido, quien á mi me ordena
 Buscar entre peligros y borrascas
 Mas allá de los mares otra tierra.
 Un Dios es, Dido, quien mis pasos mueve :
 A la Deidad, no á mí. . . .

DIDO

¡ Malvado ! ¿ Piensas
 Que tambien no hay un Dios que á Dido cuida,
 Y del perjúrio y la traicion la vengá ?

ENÉAS

No soy perjuro ni traidor, querida :
 Si así te llama y te llamó mi lengua
 Nunca, jamás, la desmintió mi pecho,
 Donde tu imágen y tu amor se encierran.
 Bastantes dias ya, bastantes dias
 Me reclama la gloria, que debieran
 Solamente en buscarla haberse empleado,
 Si nunca ardido en tu querer hubiera.
 Mis compañeros de infortunio, aquellos
 Que quisieron ponerme á su cabeza,
 Y llamarme su rey, desde el momento
 En que, entre el fuego y la matanza griega,
 Los libré del incendio de su patria,
 Despues que el cielo decretó perderla ;
 Esos han acusado con justicia
 Mi estacion en Cartago : ellos esperan,
 Confiados en la fé de los oráculos,
 Que Itália admire de la Troya nueva
 El naciente esplendor : yo mismo, Dido,

A acusarme llegué ; ni pudo Enéas
Esperar á que un Dios lo concitára,
Si no te hubiera amado con vehemencia.

DIDO

No insultes mas en mi presencia al cielo.
¿ De cuando acá los Dioses aconsejan
El perjúrio, el engaño ; y autorizan
A que un mortal sacrílego se atreva
A cubrir con su nombre sacrosanto
Las abominaciones que detestan ?

ENÉAS

Siempre el perjúrio y la traicion me imputas,
Cuando mis sentimientos no se mezclan
Con crímenes tan feos.—¿ En que tiempo
Su juramento ha quebrantado Enéas ?
Tè juré que te amaba ; y te amo, Dido,
Y te amaré, mientras la lumbré vea
Del sol vivificante, y esta vida
Me dispense el destino que me fuerza.
Yo debí obedecerle, y fué por eso
Que consentir no quise en que encendiera
Himenéo su antorcha, y nuestras almas
Por siempre uniese en ligadura eterna.
Nunca mi esposa te llamé, ni nunca
Se escapó de mis lábios una prenda
De tamaño valor : te alucinaste,
Y á los delirios de tu pasion ciega
Diste una realidad, que

DIDO

Tú, tú mismo
Me hiciste concebir tan lisongeras,
Tan dulces esperanzas.—¿ Con qué objeto

Fomentabas mi llama, y en mis venas
 El veneno fatal á cada instante
 Vertian tus palabras halagüeñas?
 Pero yo ¿ dónde voy?—¿ Cómo pretendo
 Con llanto débil ablandar la peña
 De que es formado el corazon de un mónstruo?
 Mis lágrimas ¿ qué valen? . . . —nada . . . —aumentan
 El triunfo del malvado, y, engreído,
 Contempla mi dolor y lo desprecia.
 ¿ Se le oye algun suspiro?—¿ Algun sollozo
 Interrumpe su hablar?—Quiere que crea
 Que lo violenta un Dios; como si fuesen
 Los Dioses como Dido, que no piensa
 En nada mas que en él; como si un hombre,
 Un hombre solo interesar pudiera
 A los que en lo alto de su gloria miran
 Como nada los cielos y la tierra.
 ¡ Un Dios!—¡ Blasfemo!—Parte; parte, inícuo;
 La ambicion es tu Dios: te llama; vuela
 Donde ella te arrebatara, mientras Dido
 Morirá de dolor: sí: pero tiembla,
 Tiembla cuando, en el mar, el rayo, el viento,
 Y los escollos que mi costa cercan,
 Y amotinadas las bramantes olas,
 En venganza de Dido se conmuevan.
 Me llamarás entónces, pero entonces
 Morirás desoído.—Cuando muera
 Tu amante desolada, entre los brazos
 De tierna hermana espirará siquiera.
 Y sus reliquias posarán tranquilas,
 Y bañadas de llanto en tumba régia:
 Pero tú morirás, y tu cadáver,
 Al volver de las ondas, será presa
 De los marinos mónstruos: é, insepulto,
 Ni én las mansiones de la muerte horrenda
 Descansarán tus manes.—Parte, ingrato,
 No esperes en Itália recompensas

Hallar de tu traicion: parte; que Dido
 Entonce al menos estará contenta
 Cuando allá á las regiones de las almas
 De tu espantable fin llegue la nueva. (*)

ESCENA III

Enéas (solo)

ENÉAS

¡ Dido! ¡ Dido infeliz!!—Ya no me escucha.
 La triste se abandona á la violencia
 De su pasion fatal; y yo, que la amo,
 ¿ Qué puedo hacer por mitigar su pena?
 Nada me es dado; nada: yo conmigo
 Me llevo su dolor; pero esta ausencia
 Se juzga ingritud; y mi memoria,
 Manchada de una nota que detesta
 Mi corazon sincero, será odiada
 De la muger que adoro.—Mas valiera,
 Sí, mas valiera que la suerte oscura
 Me hubiese confundido entre la inmensa
 Muchedumbre vulgar: mi nombre entónces
 Cuando muriere yo, tambien muriera,
 Sin emplearse la fama en trasmitirlo
 De una edad á otra edad: empero, exenta,
 Mi vida fuera mia, y mi cariño
 No costára á mi amante lo que cuesta.
 ¡ Oh cielos! El tormento que yo sufro
 No deberia ser la recompensa
 Del sacrificio doloroso y grande
 Que á nuestra voluntad consagra Enéas.
 Perdonadme, Deidades inmortales:
 Pero, ya que me disteis resistencia
 Para acallar los gritos de mi pecho,

(*) Se vá con precipitacion.

Y no escuchar mas voces que las vuestras,
 Mirad á Dido con piedad un dia ;
 Y llegue á persuadirse que su amante
 Hasta un extremo tal supo quererla,
 Que á una pasion tan dulce, nada, nada,
 Que no fueran los Dioses prefiriera.
 Pero, Enéas : ¡ qué es esto !—¿ Tu cariño
 Puede cegarte ya ? Sigue la senda
 Que la gloria te marca : los troyanos
 Te eligieron su rey ; toda la tierra
 Está pendiente de un destino nuevo :
 • Las esperanzas de los tuyos llena,
 Cual debieras hacerlo, aunque el Olympo
 No se dignára dirigir la empresa.
 Mucho tarda Nestéo : nuestras naves
 Pudieran ya partir ; nada interesa
 El esperar la noche, porque Dido
 Ya penetró el misterio. ¡ Que violentas
 Son ya las horas que en Cartago pasan !
 Mas ¡ que será ! La hermana de la reina
 Hacia esta estancia se dirige. ¿ A mi alma
 Nuevos combates por mi mal esperan !

ESCENA IV

A n a , E n é a s

ANA

En nueva vez os busco, para daros
 Por mi infeliz hermana nuevas quejas.
 ¿ Era posible que en el pecho vuestro
 Se anidára, señor, una dureza
 Que el exterior desmiente, y que parece
 No poderse hermanar con vuestras prendas ?
 En mí no vereis llanto ; y esto mismo
 Me cierra la esperanza. Al que no mueva
 Las lágrimas preciosas de su amante

¿ Que podrá ya mover ? Pero, ¿ no piensa
 El héroe de Ilion en la desgracia
 De Cartago, los tiros, y la ruina ?
 Cuando arribasteis vos á nuestros puertos
 En hora fortunada, estas riberas
 Recien dejaba el implacable Yarbas.
 Bien lo sabeis, señor ; en la demencia
 De su pasion feroz, pidió de Dido
 El tálamo partir, y que la diestra
 Le entregára mi hermana, consintiendo
 En un enlace que el amor detesta.
 Dido se denegó, y él mismo entonces
 Se presentó en Cartago. La fiereza
 De un carácter atroz, unida al fuego
 De un amor tan furioso como aquella,
 Se dejó ver en Yarbas : Dido opuso
 Mas tenaz y mas justa resistencia
 Al temerario empeño ; y, desesperado,
 El amante feroz se ausenta de ella :
 Pero, al partir, “ Yo volveré (le dijo)
 “ No ya como á rogarte ; ni la tea
 “ Que mi mano traerá podrá apagarse
 “ Sin que en cenizas á Cartago vuelva.
 “ Tú sola escaparás de tal incendio ;
 “ Pero no mas que para ser la presa
 “ En que se cebe mi rencor. Armada
 “ A toda la Getúlia en mi defensa
 “ Pronto verás venir ; y arrebatada
 “ De en medio de los tuyos, en mis tierras
 “ Serás esclava, pagarás bien caro
 “ Tu orgullo, tus insultos, y mi afrenta ;
 “ Y, si aquí á Yarbas conociste amante,
 “ Allá conocerás cómo se venga ”.
 Dijo, y partió ; y en los confines nuestros
 Ya bramaban las fúrias de la guerra,
 Cuando entraron, preñadas de troyanos,
 A este puerto, señor, las naves vuestras.

Dido las recibió; y al ver un héroe
De cuyo nombre sus comarcas llenas
Estaban de antemano, y los soldados
Que pelearon diez años contra Grecia,
Ni ya temió de Yarbas los insultos,
Ni pensó en levantar las fortalezas
Que en el cimientó veis, y en que debían
Ampararse los tirios en la guerra.
La Fama al punto discurrió, y de Yarbas
Llevó al oído la funesta nueva
De tan próspero arribo, y los amores
Que en el pecho encendisteis de la reina.
Lo supo; y, si, temiendo á los troyanos,
Contuvo sus furores la impotencia,
La sed de su venganza mas se enciende:
¿ Y cuál será su efecto cuando vea
Que, abandonada la infelice Dido
Del brazo que se alzaba en su defensa,
En presa queda á los rencores suyos?
¿ Cómo será su rabia, cuando aumentan
Los zelos su furor? ¡ Señor! al menos
Esperad unos meses, mientras puedan
Levantarse los muros de Cartago,
Ya que nos falta quien su vez hiciera.
Esperad unos meses: el delirio
Calmará de la reina, y ya dispuesta
A miraros partir, no hará en su pecho
El estrago que temo vuestra ausencia.
¡ Enéas! ¿ No escuchais? Si en su infortunio
A mi hermana mirárais, no cupiera
Mas resistencia en vos: yo la he dejado
En poder de sus tristes compañeras
Abandonada á su dolor terrible,
A un dolor que la mata: ni su lengua
Pronuncia ya mas voz que la de *muerte*,
Ni ya mi esfuerzo á consolarla llega.

ENÉAS

Señora, vuestra hermana es la que causa
 Que el favor que los cielos me dispensan
 Tenga por infortunio; y que la gloria
 Me parezca enfadosa, cuando vuelan
 Todos mis compañeros en su busca,
 Y ellos me llaman cual me llama aquella.
 ¿Y qué quereis de mí?—Yo adoro á Dido;
 Empero mas adoro la suprema
 Voluntad de los Dioses: ellos mismos
 Abatirse se dignan hasta Enéas,
 Lo futuro me enseñan, y me mandan
 Que parta al punto de esta dulce tierra:
 Y yo ¿qué puedo hacer?—Mi amante mismo
 La misma Dido ¿en mi lugar qué hiciera?
 ¿Teme de Yarbas el rencor innoble?
 Y antes que yo viniese ¿cual defensa,
 Que no fueran los tírios, á la rabia
 Del tirano vecino se opusiera?
 Los tírios bastarán; estas murallas
 Tienen tiempo de alzarse, antes que pueda
 El duro Yarbas concitar su pueblo,
 Reunirlo, armarlo, y emprender la guerra.
 Además, el amor no dura mucho
 En un pecho feroz; la llama tierna
 Es extranjería en él, arde de paso,
 Y luego lo abandona á su rudeza.
 Así de Yarbas la pasión insana
 Tal vez no existe ya, ni

ANA

Si existiera

En nuestro pecho la que en otros días
 A mi hermana jurasteis, no pudiera
 La ingratitude dictaros los efúgios
 Que vuestro mismo corazón condena.

ENÉAS

Ni yo ni nadie condenarme puede.
 Entre las esperanzas lisonjeras
 De que una nueva Troya allá en Itália
 Emúle de la antigua la grandeza,
 Y de ver á los míos presidiendo
 Los grandes cambios que la tierra espera,
 Solo Dido me afije; solo Dido
 Al hondo pecho los tormentos lleva
 Que amargan mi ventura, y que me impiden
 Ser feliz de una vez.—Jamás ausencia
 Fué mas justa en amante que la mia :
 Jamás hubo ninguno que cediera
 A una necesidad mas imperiosa
 Que la que á mi me arrastra. Si la reina
 Piensa que solo en su ulcerado pecho
 La hiel amarga del dolor se ceba,
 Es porque todavia no ha acabado
 De conocer el corazon de Enéas.
 Pero Nestéo viene.

ANA

¡ Oh Dios !

ENÉAS

¡ Señora !

Quizá el momento de partir se acerca :
 Volad á vuestra hermana, consoladla ;
 Si á mi me fuera dado, yo lo hiciera :
 Vuélvánla la razon vuestros consejos,
 Mas no la aconsejeis que me aborrezca.

ESCENA V

A n a , E n é a s , N e s t é o

ENÉAS

¡ Cuál tardaste, Nestéo ! No tardaras
 Si lo que siento yo tambien sintieras !

NESTÉO

No de otro modo pudo ser: las naves
 Estaban prontas ya, y solo á Enéas
 Esperaba el navío de Cloanto,
 Para tender al viento nuestras velas.
 Yo volaba á llamaros, cuando siento
 El náutico clamor desde la tierra,
 Y observo á los pilotos prepararse,
 Cual para resistir fiera tormenta.
 El lejano horizonte iba cubriendo
 Caliginosa nube, y densa niebla
 Nos ocultaba el mar, mientras brillaba
 En el resto del cielo, mas serena,
 Del almo sol la esplendorosa lumbre. . . .

ANA

¿ No veis, no veis, señor, lo que os espera
 Si á la merced del pérfido elemento
 Exponeis otra vez vuestra existencia ?

NESTEO

No, señora ; los cielos han hablado
 Mas que nunca esta vez. En la ribera
 Conmigo estaba el sacerdote santo ;
 Y, humillando su faz hasta la tierra,
 Invocó en alta voz á las Deidades
 Que al troyano protejen, y su lengua
 Enmudeció despues: sus actitudes,
 Su mirar, sus acciones, todo muestra
 Que lo agitaba un Dios, y que á su vista
 Los celestes arcanos se presentan.
 Al cabo prorrumpió.—“ No pienses, (dijo)
 “ Troyana gente, que segura senda
 “ Nos abrirá la mar, mientras no tiña
 “ La sangre de las víctimas la arena,
 “ Y no presencie Enéas y sus jefes

“El sacrificio que Neptuno ordena.
 “La conquista de Troya costó al Griego
 “Sacrificar en Aulida á Ifigénia,
 “Y el mismo dia se inmoló en las aras
 “Del Dios del mar una hecátombe entera.
 “Sin sangre de una virgen al Troyano
 “El ponto se abre cuando á Italia vuela;
 “Que, inmolados tres toros á Neptuno,
 “El mar y el viento su favor nos presta.”

Dijo, y al punto el horizonte limpio
 Quedó de nubes y de oscura niebla.
 Yo dispuse al momento que Cloanto,
 Sergesto, y los demás, que á la cabeza
 Están de nuestra gente, se impusiesen
 Del celestial portento; y, con presteza,
 Las naves por un rato abandonando,
 Saltasen nuevamente á la ribera.
 Os aguardan, señ r, y el sacerdote,
 Para empezar el sacrificio, espera
 Que concurráis tambien: cuando termine,
 El bélico clarín hará la seña
 Del reembarco de todo.

ENÉAS

¡Ana! Ahora,
 Decid, ¿nos habla el cielo?—¿Puede Enéas
 Ser acusado con razon de ingrato?
 Vamos, Nestéo.

ANA

Sí; la triste reina
 Tambien es una víctima inocente
 Que sacrifica Enéas. Ifigénia,
 Al puerto de Calcas inmolada,
 En Aulida espiró. Su misma tierra
 Verá morir á Dido, porque quiso
 Un bárbaro troyano que muriera.

No mas, señora, atormenteis mi pecho :
Si vuestro labio sin razon se niega
A consolar á Dido, y al contrario
Su desesperacion tal vez aumenta,
Enéas hará mas ; vendrá de nuevo
A ver si alcanza mitigar la fuerza
Del dolor de su amante. Los momentos
Que, en concluyendo el sacrificio, pueda
Permanecer aquí, scrán de Dido ;
Y cuando los clarines dén la seña
Del instante postrero, de su lado
Recien me apartaré ; que la terneza
Del que llamasteis bárbaro, se extiende
A mas de lo que creeis. - ¡ Pueda mi lengua
Persuadir á mi amante, y las deidades
Apartar de sus ojos esa venda
Que no la deja ver, y que su hermana
Se empeña en no rasgar, como debiera !

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO

ESCENA I

Dido Ana

DIDO

¿Aun dura el sacrificio? ¿Y el malvado
 El castigo no teme de su audacia?
 Implora á las deidades que le ayuden
 A faltar á su fé.—¿Cuál arrogancia
 Es igual á la suya?—¿Piensa acaso
 Que un sacrificio en las mentidas aras
 Comprometa á los Dioses, como á Dido
 Comprometer pudieran sus palabras?
 Pero ¡hermana! ¿se vá?—¿se vá, querida?
 ¿Nada dice de mí?—¿Y abandonada
 Así me deja á los furios míos,
 Así me deja á la pasión de Yarbas,
 Y á los horrores que en idea veo,
 Y á la muerte infeliz que me amenaza?
 ¡Ana! ¿No volverá?—Quizá mi llanto
 Penetrará una vez en sus entrañas,
 Y un pecho ablandará que no es de bronce;
 Que al menos no lo fué—Dime, ¿lloraba
 Cuando tú le pintaste mis dolores?
 ¿Dió un suspiro á tus quejas, ya que nada
 A mis lágrimas dió?—¿nada te dijo?
 ¿Ni siquiera te dijo que me amaba?

ANA

Lo repitió, querida; pero el duro
 Miente como mintió; ni hay esperanza
 De vencerle jamás.—Deja que vuele
 A hallar la muerte en su anhelada Italia.
 Tú, ya piensa en tí misma; y este llanto
 Que sea el postrer llanto que derrama
 Por un infame tu dolor terrible.
 Llorar, mas con tus lágrimas apaga
 Hasta el último resto del incendio
 Que furioso en tu pecho se cebaba.
 Llorar mas de una vez por un ingrato
 Es un delirio que quizá. . . .

DIDO

Ya basta ;
 Basta traidora de rasgar mi pecho.
 Cuando Dido indecisa batallaba
 Entre la fé á Siquéo, y este fuego
 En qué de pronto ardió, ¿no fué mi hermana
 No fueron sus consejos lisongeros
 Los que, adulando mi funesta llama,
 Hicieron que, cediendo á su violencia,
 Mi fé y mis juramentos olvidára?
 Tuya es la culpa, tuya : ¿y como ahora
 Pretendes que desame?—¿Piensas, falsa
 Que hay poder en los cielos ni en la tierra
 Capaz de hacer que de mi pecho salga
 La imágen del perjuro que idolatre,
 Y que en medio del alma está enclávada?
 Sábelo si lo ignoras : este incendio
 Que reduce á pavezas mis entrañas,
 Y en vez de sangre por mis venas corre,
 No es amor, no es pasion ; es la venganza
 De algun ser superior, es el enojo
 De todas las Deidades, conjuradas
 En contra de esta triste; así llegaron,

Ya llegaron al colmo mis desgracias,
 Y mi sufrir escede la medida
 Que á un mortal la natura le señala.
 ¿Lo sabes?—Oye mas,—Sí: tú, tú misma,
 En mis males horrendos empeñada,
 Quieres abandonarme.—¿A que, perjura,
 A que me aconsejastes que le amara,
 Si era de haber un dia en que tu labio
 Así se desmintiera? ¿en que tu hermana,
 Lejos de hallar consuelo en tu cariño,
 Viera en tí á su enemiga?—¡ Oh Dios!—¡ Ingrata !
 ¿ Quieres que deje que de mi se aparte ?
 ¿ Quieres que deje que se ausente á Italia,
 Y otra muger feliz, y otros amores,
 Y mi abandono. . . —¡ Cielo!—¡ Que!—¿ Pensabas
 Que hay vida para mí sin que conmigo
 Viva el amante que idolatra el alma ?
 ¿ Qué puede hacerme dulce la existencia ?
 Ni tu amor, ni tu fé.—¡ Qué fé!—ya falta
 De tu pecho tambien : ya te pusiste
 Del bando del malvado, y. . . .

ANA

¡ Dido ! ¡ Amada !
 Amada de mi vida, ¿ qué furor es,
 Qué poder invencible te arrebató,
 Y de tal modo trastornarte puede,
 Que aun contra mí tu corazon se alarma ?
 ¡ Cielos!—¡ yo tu enemiga!—¡ yo ponerme
 Del bando del perverso!—Me faltaba
 Este género nuevo de tormento
 Sobre el dolor que tu dolor me causa.
 ¡ Yo engañarte, querida—¡ yo, que vivo
 Para que vivas tú !

DIDO

Perdona, hermana;
 Perdóname otra vez,—¿ De mí qué esperas ?

Mi pecho sabe amarte como me amas
 Pero yo estoy en presa á mis furores,
 Y esta pasion . . . — ¡oh Dios!— Mi furia insana
 ¿ Tal vez pudo ofenderte?— Dulce amiga,
 ¿ Me querrás perdonar ?

ANA

Vuelva la calma,
 Vuelva, mi Dido, á tu angustiado pecho
 ¿ No soy tu hermana yo?—¿ No tienes tantas
 Pruebas de mi amistad?— El labio mio;
 Si alguna vez te dije que le amáras,
 Fué porque nunca sospeché que Enéas . . .

DIDO

No me le nombres mas; deja que parta
 Dó le llame el destino: será cierto
 Que le llama tal vez?— ¡ Siquiera, gratas
 Las Deidades que implora, facil senda
 Por entre el mar y los escollos le abran
 Y, ¡ ojalá que no envano se derrame
 La sangre de la víctima en las aras,
 Y los fervientes votos que alza al cielo
 No los disipe el viento en nuestras playas.
 Yo curaré mi mal: tambien á Dido
 La escuchará algun Dios.— ¡ No miras, Ana,
 Cual la tranquilidad vuelve á mi pecho,
 Y la razon, triunfando de mi llama,
 Ni grita envano, ni el furor impide
 Que la obedezca ya ?

ANA

¡ Ah ! No burladas
 Mis esperanzas queden — ¡ Qué dichosas
 Fuéramos ambas, si el amor dejára
 Su sitio á mi amistad ! ¡ Como mi mano

Derramaria bálsamo en tus llagas !
Házmelo consentir.

DIDO

Ana; yo nunca
Mis sentimientos te oculté: las ansias
Te revelé de mi pasión furiosa :
¿ Y podré reservarte la mudanza
Que han obrado los cielos en mi pecho,
Cuando menos mi pecho lo esperaba ?

ANA

¡ Ay, Dido !—¿ Será cierto ?—¡ Oh Dios !—¡ Qué nueva
Tan lisonjera y dulce para mi alma !
Bien : no lo veas mas : llama á Barcénia,
Llámala de una vez : de aquí que vaya
Hasta el lugar del sacrificio, y diga
A tu enemigo que al momento parta ;
Que no le quieres ver ; que

DIDO

No es posible.
¡ Que no le quiero ver !— Ana, te engañas,
Y me engaño yo misma — No, no creas
Que le amo ya ; mas antes de que salga
Para siempre de aquí —¡ Dios ! —¡ para siempre !
¡ Qué idea tan atroz !—¡ Cómo desgarras
De nuevo el corazón !

ANA

¡ Ah Dido ! ¡ Dido !
¡ Cómo te burlas de tu triste hermana !
Modera tus transportes, y refrena
Esa pasión frenética

¡ Inhumanas

Mas que inhumanas las Deidades todas
 Que el mortal reverencia !—Dido : basta,
 Basta ya de sufrir : venga la muerte,
 Y ahogue de una vez en mis entrañas
 Este mal insanable, este veneno
 Que me emponzoña toda.—¿ Piensas, Ana,
 Que hay vida para Dido, si se lleva
 Enéas mi vivir ?—Pero ¿ qué aguarda
 Mi furor que no tienta los socorros
 Que pueden valer ?—Sí : que á las armas
 Vuelen mis tírios, y con los troyanos
 En la defensa de mi amor combatan;
 Incendien sus bajéles, y destruyan
 De la agua en las orillas esas aras
 Que alzó la iniquidad, y en las que ahora
 El incienso en mi daño se levanta.
 Venguen los tirios á su reina, y luego. . .

ANA

¿ Qué dices, Dido ? ¿ Bastarán las armas
 De un puñado de hombres, que contigo
 De la Fenicia huyeron, contra tantas
 Legiones que obedecen al inícuo,
 Y que arden todas por marchar á Itália ?
 Pon un freno, querida, á tus transportes,
 Y deja que la mar venga mañana
 Sobre tu misma costa. . . .

DIDO

No lo creas :

Enéas partirá ; que nada basta
 A poder detenerlo ; y á Cartago
 Verás venir al indomable Yarbás ;
 Verás destruir desde el cimiento mismo

Mi naciente ciudad; oirás la llama
 Mas que en Troya estallar; y yo, cautiva,
 Despues que de los míos la matanza
 Y el esterminio vea, á los rencores
 Seré de un rey feroz abandonada,
 Enéas entre tanto. . . .

ANA

¿ Y desde ahora
 Por qué no prevenimos las desgracias
 Qué acabas de pintar? ¿ Por qué tus tirios
 No seguirán alzando estas murallas,
 Como antes que vinieran los troyanos
 A sembrar el horror en tus comarcas !

DIDO

Déjame ya. Barcénia en los altares
 No sé que puede hacer que tanto tarda.
 Yo tambien á los Dioses en mi templo
 Quize rogar por mí : tambien prepara
 Ya la sacerdotiza el sacrificio
 Que aplaque á Vénus, y en la tumba helada
 La sombra aplaque del esposo mio.
 ¿ Ultimo efugio que me resta, hermana ?
 Si este me falta ¿ encontraré por suerte
 El que de tu amistad mi pecho aguarda ?

ANA

¿ Y lo podrás dudar ?

DIDO

Dí, ¿ me prometes
 Servirme de una vez ? y de las ansias
 Que mi pecho devoran ¿ será dado
 Que por la ayuda de una mano cara
 Libre me pueda ver ?

DIDO

ANA

Háblame, Dido;
 Háblame por piedad. ¿Qué quieres que haga
 Para verte tranquila? Yo ¿que cosa
 Te podré denegar?

DIDO

¡Querida! Nada.

ANA

Nada, querida; nada: si mi muerte
 Puede librar tu vida. . . .

DIDO

Bien; pues arma,
 Arma tu mano de un puñal, y luego
 Aquí, donde está el fuego, aquí, mi amada,
 Húndelo todo. . . .

ANA

¡Oh Dios! ¡Qué horror! ¿Y Dido
 Tal se atreve á esperar? ¡Ingrata! ¡ingrata!
 ¿Este es el premio de carino tanto?
 ¿Así cual nunca, mi amistad agravias?
 ¿No te estremeces, Dido?

DIDO

No: la muerte
 Por una mano tan querida dada
 ¡Qué dulce me sería! ¿Lo rehusas?
 Puede ser que lo sientas.

ANA

¡Cielo! ¡Hermana!
 Ten piedad de tí misma. ¡Oh Dios! Barcénia (*)

(*) Aparte.

Se acerca ; del horror viene agitada;
 Y su rostro ¿Será, será que á tantos
 Otro motivo de furor se añada?

ESCENA II.

Dido, Ana, Barcénia (*)

DIDO

¿ Qué te agita; Barcénia? ¿ Qué terrores
 Aumentas á los míos? Habla; acaba
 De matarme tal vez. ¿ Pudiera el cielo

BARCENIA

Señora; el cielo sin piedad aparta
 Su bondad de nosotros. ¡ Ah! Yo tiemblo
 De repetir, señora, lo que pasa
 En el templo.— ¡ Qué horror!

DIDO (†)

Prosigue.

ANA (‡)

Nada;

Nada será, querida: el miedo turba
 Muy facilmente las vulgares almas.

BARCENIA

No enojeis mas al cielo, y á los Dioses
 Que presiden la muerte.— Yo la causa
 De tal portento ignoro: pero nunca
 La Deidad al mortal mostró tan clara

(*) Esta se presenta como horrorizada, y hasta en su modo de hablar indicará el espanto. Dido se poseerá cada vez mas de los mismos sentimientos.

(†) Con una inquietud animosa y afligente.

(‡) Con interés.

Su venganza terrible.—De la reina
 Obedecí el mandato, y á las aras
 Con la sacerdotiza me conduje.
 Recien las libaciones preparaba
 Y los santos licores, que debian
 Verterse por sus manos en la llama,
 Cuando el incienso ardió; y oscuro, y denso,
 El humo, léjos de subir, se abaja,
 Por invisible mano rechazado
 Del aire y los altares.—Azorada .
 La intérprete del cielo, los licores
 Iba en el fuego á echar; pero apagada
 La lumbre estaba ya, y el vino todo
 En negra sangre convertido . . .

DIDO (*)

¡ Hermana !

ANA (†)

¡ Dido ! ¡ Que horror!

BARCÉNIA

La tumba de Siquéo
 Tres veces se abre entonces, y otras tantas
 Cerrada con estrépito horroroso,
 Sus hondas caridades retumbaban.
 El espanto, señora, me ha apartado
 Del ominoso templo; y, encargada
 Por la sacerdotiza de que os llame,
 Pude apenas llegar hasta esta estancia.
 Sola os espera; porque sola, dice,
 Que con la reina las Deidades hablan.

(*) Temblando.

(†) Con una emocion que procurará dominar al momento.

ANA

No vayas, Dido, no : deja que aplaque
Semira á la Deidad, si está irritada.

BARCÉNIA

No, señora; volad : Semira inmóvil
En la puerta del templo. . . .

DIDO

Si : mi planta
Apenas nuevo ya ; mas voy : los Dioses
A la muerte, no al templo, á Dido llaman.
Ninguna de las dos mis pasos siga,
Ninguna de las dos.—Semira, aguarda. (*)

ESCENA III

Ana, Barcénia

ANA

¡Qué has hecho incauta! ¿No pudiste acaso
Moderar tu pavor?—Mira : mi hermana .
Ya sabes que ama á Enéas ; mas no sabes
Cuantos horrores desde anoche á su alma
Un sueño trajo, en que Siquéo mismo
En vengadora voz la amenazaba:
No sabes la partida del Troyano
El atentado que tal vez prepara :
Nada sabes, en fin : pero yo temo
Lo que debes temer : vuela, insensata ;
No abandones á Dido ni un momento ;
No la abandones á su fúria insana.
Yo tardo unos instantes porque espero
Al que sus penas horrosas causa,

(*) Dirá estos últimos dos versos con imperio, y con una serenidad como la de la desesperacion.— Se vá:

Y conviene que le hable, antes que Dido
 Pueda volver aquí : parte : ¡ qué tardas !
 Un momento que pase es una furia
 Que entra de nuevo á devorarla

BARCÉNIA

¡ Y Ana,
 Y Dido misma á la infeliz Barcénia
 No quisieron hacer una confianza,
 Que era justa quiza, que cuando menos ? . . .

ANA

No era preciso, amiga : yo bastaba,
 O creía bastar : pero ha llegado ,
 El instante en que tú . . . — ¡ Querida ! — ¡ Aguardas
 A que otra vez mi lengua te repita,
 Que Dido está en peligro ?

BARCÉNIA

¡ Oh Dios ! ¡ Y tanta
 Amistad que mi pecho la profesa !
 Voy, señora ; ya voy donde me llama
 Mas que todo, el cariño.

ANA

Si, mi amiga ;
 Obsérvala de cerca, y desalada
 Vuela hácia mi en el punto en que . . . (*) ¡ Dios santo !
 ¡ Oyes la seña ? Esa es. ¡ Oyes ? Mi hermana
 La escuchará tambien : ya parte Enéas :
 Fué mentida su vuelta : vamos ; nada
 Nos puede detener : vamos á Dido :
 Volemos, dulce amiga á consolarla ;
 Que este instante decide para siempre
 De su suerte, Barcénia, y ya se pasa. (†)

(*) Suena un clarin como á lo lejos. Se supone ser en la ribera.
 (†) Se van con precipitacion.

ESCENA IV (*)

Enéas, Nestéo

NESTEO

Que inoélito silen cio ! Esté palacio
Que siempre resonó

ENEAS

Nestéo, calla.

Vengo á cumplir los últimos deberes
Que me impone el amor, y apenas basta
A resistir mi corazon. Amigo;
Te lo debo decir, si así te llama
Mi pecho con verdad : voy á ausentarme
Para siempre de Dido; y estas playas
En jamás volverán á ver á Enéas,
Ní Eneas á su amante desolada.
Así lo quiere el cielo: mas mi vista
De mirarla, Nestéo, no se sácia:
El instante final es el mas fuerte
De todos los instantes: nunca estalla
Con mas furia el amor, que en el momento
En que es preciso abandonar su amada.
No me increpes, amigo: todo está hecho
Para la gloria ya: permite que haga
Algo por mis amores; y mi pecho
Que tanto há suspirado en esta estancia,
Suspire en ella por la vez postrera,
Y oiga mi Dido mis postreras ansias.
Ya la seña se dió; nuestras legiones
Embarcándose están: mientras que tarda
La última seña, que á partir nos fuerza,
Y no permite espera, es justo salga
Amor y nada mas, del pecho mio,

(*) La escena estar: un breve rato en una soledad y un silencio profundo; pasado este, se presentará á los dos actores.

Amor, y nada mas. ¡ A bien que faltan
 Muy menguados instantes!—Pero Dido
 ¿ Donde se ocultará—¿ No habrá su hermana
 Llegado á persuadirla que su amante
 La adora mas que nunca la adoraba?
 Nestéo, ¿ donde está?—¿ Será que crea,
 Que todavia crea que es ingrata
 Una alma en que ella vive, y fuera suya,
 Si fuese mia, como son las almas
 De todos los felices?

NESTÉO

Es muy justo,
 Es muy justo, Señor, que se deshaga
 Un rato el corazon entre suspiros
 Que una noble pasion del pecho arranca.
 Os dignasteis llamarme vuestro amigo:
 Lo soy, señor, lo soy: vuestra confianza
 Probadme en esta vez: no se repriman
 Vuestros sollozos mas: nunca degrada
 El querer con nobleza: un pecho grande
 Sensible debe ser.

ENÉAS

Nestéo, basta.
 Si el débil llanto de los ojos míos
 Brotar pudiera alguna vez, brotára
 Solo en esta ocasion. En ella al menos
 Lo arrancaría la mas digna causa,
 Y el secreto dichoso de tal llanto
 En pecho como el tuyo se encerrára.
 Mas el silencio del palacio crece,
 Ni hay quien se acerque á estos lugares. . . .

NESTÉO

Ana,
 Parece dirigirse hácia este sitio.
 ¿ No es ella?—¿ No la veis?

ENÉAS

Si amigo. ¡ Cuantas
Tristes ideas con su vista llenan
De sinsabor y de inquietud el alma !

ESCENA V

ANA, ENÉAS, NESTÉO

ANA

Tal vez ya no hay remedio — ¡ Oh Dios ! — ¡ Que véo !
¿ Qué haceis aquí, señor ?

ENÉAS

¿ Y vuestra hermana ?

ANA (*)

Mi hermana sufre mas de lo que Enéas
Es capaz de gozar, cuando le llaman
Cielos y gloria á un tiempo, y cuando llegan
Las horas de partir. — ¡ Señor ! el alma
De los grandes campeones no se vence
Con amor ni con llanto. ¡ Que pensára
De un héroe el universo, si pudiera
Ceder el héroe á las pasiones blandas !
En buen hora partid : lo que ya importa
Es que Dido no tenga la desgracia
De volveros á ver ; la herida suya
Está sangrando sin cesar, y es rara
Especie de crueldad venir vos mismo
Otra vez, y otra vez á desgarrarla.

ENÉAS

¿ Hasta cuando, señora, mis dolores
Han de ser descreidos ? — Esta llama

*) Con cierto aire de ironía.

Que mentida pensais, y que en mi pecho
 Encendió la pasión de vuestra hermana
 Es una llama noble, duradera,
 Que de un soplo imprevisto no se apaga,
 Ni se complace en insultar los males
 Del objeto adorado que la causa.

ANA

Que sea cual decís: nada interesa
 A Dios ser querido ó engañado
 De vos en adelante: mas, si es cierto
 Que os llega á lastimar su suerte infausta
 Partid en el momento; mis esfuerzos
 Bastarán, si es posible, á consolarla;
 Y si no, lloraré, como ya lloro,
 Los males que su amante la prepara.

ENEAS

A prepararla vengo, y á pedirla
 De nuevo que me crea. Mis palabras
 La podrán persuadir de mis amores,
 Y de la obligación que me arrebató
 Tan lejos de su lado. Nunca Dido
 Llegue á juzgarme ingrato: entonces, Ana,
 Me ausentaré forzado, pero al menos
 Me ausentaré sin que padezca el alma
 Con la idea feroz de que mi amante
 Juzga mentida mi pasión tirana,

ANA

Del corazón en el primer desorden
 ¿Cómo os podrá escuchar?—Vuestras miradas,
 Vuestras voces, señor, serán puñales
 Que en su pecho entrarán. Cuando la calma
 La restituya su razón, entonces
 Yo os prometo....—lo haré...—me obligo á hablarla.

Y á decirla tal vez cuanto vos mismo
 La pudierais decir : ahora, parta,
 Parta cuanto antes vuestra nave.—Dido
 No tardará en volver hasta esta estancia,
 Sola en su templo con Semíra queda;
 Barcénia está esperándola que salga
 Para no abandonarla un solo instante
 A sus terrores y á su fúria.

NESTÉO

De Ana

El consejo seguid : vuestra presencia
 Funesta puede ser ; y quien pensaba
 Darla consuelos en su mal, acaso
 Torne incurable la profunda llaga.

ANA

Si : sed piadoso en esta vez siquiera :
 Si amais á Dido, por piedad dejadla,
 Ya que no puede siempre á vuestro lado. . . .

ENÉAS

Apesar de la fuerte repugnancia
 Que siente el corazon, estoy resuelto.
 Adios, señora, adios. — ¡ Puedan mis ansias
 Ser creídas de Dido, y mi memoria
 No ser jamás aborrecida. — Parta,
 Parta sin verla yo : decís que, si amo,
 Lo debo hacer. . . .

ANA (*)

Oh ! Dios.

(*) Viendo á Ddo, y saliéndole al encuentro.

DIDO

¡Cuanta,
 Cuanta crueldad en ese pecho anidas!
 ¡Hijo de Vénus tú!—La tigre hircana,
 Cuya leche ferina fué, en naciendo,
 Tu sustento primero, tus entrañas
 A ser feroces enseñó.—¿Pensaste
 Que Dido acaso tu favor aguarda?
 ¡A que vienes aquí?—Parte, perverso,
 A mi? lo ves? la tumba helada
 Se me abre á cada paso....—allí Siquéo
 Me espera: sí: ¿no ves como me llama
 A jurarme de nuevo entre las sombras
 Un amor eternal? —¿Cenizas caras
 De mi primer objeto! confundidas
 Con las mias seréis.—¿No miras, Ana,
 No miras en contorno los sepulcros,
 Y los espectros, y la muerte....

ANA

¡Hermana!
 ¡Dido de mi alma! Por piedad te ruego....

DIDO

No hay piedad para mí: si la encontrára
 Maldijera el hallarla : ni en los cielos
 La quiero ya esperar.—Parte á tu Italia:
 ¡Qué aguardas ya?—lo ruego, te lo mando:
 Esa es, Enéas, tu dichosa patria,
 Y no aquel suelo engendrador de sierpes,
 Que sostuvo de Troya las murallas,
 Y qué algun dia la justicia griega
 Estéril hizo en vengadora llama.
 Vuela, vuela de mí.—Mis mismos Dioses
 Impiadosos me arrojan de sus aras.
 Y cuanto toco se convierte en sangre,

ESCENA VI (*)

Dido, Ana, Enéas, Nestéo, Barcenia

DIDO

¡Piedad! ¡Hermana!

ANA

¿Qué es esto, cielo santo?— ¡Qué terrores!
 Barcénia, tú la sigues.—¿De que causa
 Arranca este furor?

BARCENIA

Señora, tiemblo

De mirar á la reina. Cuanto pasa.
 Me amedrenta y me aterra. Un atentado
 Revuelve allá en su mente, y nada alcanza
 A poder refrenarla. En los umbrales
 Del templo me dejasteis: azorada
 De repente la reina sale, y entra
 Furiosa en su aposento: mis pisadas
 De cerca la seguian; y observando
 Que la observaba yo, vi que llevaba
 La mano hácia su seno, y sin hablarme,
 Salió otra vez despavorida....

DIDO

Nada;

Nada es, amiga.—¡Cielos! ¿Todavía
 ¡Bárbaro! todavía no se sácia.
 Tu impiedad de afligirme?—¿Qué haces?—¿Vienes
 A mirar ya completa y consumuda
 Tu obra de iniquidad?—¡malvado!—¿Esperas....

ENEAS

Espero; Dido, consólate.

(*) Dido saldrá con toda precipitacion, como horrorizada. Al encontrarse con su hermana, sin reparar en nadie, hará las escanaciones con que empieza esta escena y permanecerá como en un delirio en los brazos de Ana, hasta que vuelva á hablar Barcénia que la venia siguiendo

Y cuanto miro en derredor me espanta,
 Y las serpientes de las Fúrias moran
 Aquí, aquí. (*) ¿ Las ves como desgarrar
 El corazón sangriento, y envenenan
 Hasta el aliento que mi lábio exhala?
 ¿ Qué haces aquí, malvado?—¿ Ni á la tumba
 Quiéres que baje con placer ?

ENÉAS

¡ Amada !
 ¡ Amada mas que nunca !—No tu pecho
 Así abandones al furor (†)

DIDO

¿ Te llaman,
 Te llaman, Dido, las terribles voces
 Que en los sepúlcros retumbando vagan ?
 Ana, ¿ no las escuchas ?

ANA

¡ Dios ! ¡ Enéas !
 ¡ No pudierais partir sin que sonara
 Otra vez un clarín que anuncia muerte ?
 ¡ Esto hace, Enéas, quien á Dido amaba ?

ENÉAS

Parte, Nestéo; que Cloánto espere
 Un momento no mas

NESTÉO

¡ Señor ! (‡)

DIDO

No partas ;
 Deja que muera la infelice Dido,

(*) Oprimiéndose con la mano el corazón.

(†) Suena como en la ribera la última seña del clarín.

(‡) Como increpándole su debilidad.

A los que vuelan á buscar á Italia
 Gloria y renombre ¿interesar pudiera
 Una flaca muger, la débil llama
 De un corazon indigno de los héroes?
 No, Nestéo. . . .—¡Ah! Yo tiemblo. . . .¿Puedes Ana,
 Rogar al cielo. . . .pero ¡que! . . .—Semira
 A mi lado en el templo le rogaba,
 Y el templo todo repitió mil voces
 De muerte, y nada mas. . . .—muerte sonaban
 Las espaciosas bóvedas, y muerte
 Las tumbas respondían.

ANA

Basta, basta:
 Vuelve en tu acuerdo: te lo ruego, Dido:
 Yo soy quien te lo ruego.

DIDO

Si, mi hermana:
 Tranquila estoy, tranquila: tambien puedes
 Tranquilizarte tu —Dido lo manda.

ESCENA VII

Dido, Ana, Eneas, Nestéo, Sergesto, Barcenia

SERGESTO

Ya se há dado, señor, la última seña:
 Ya se empieza á mover toda la armada;
 Solo à vos y Nestéo en la ribera
 Un corto resto de mi tropa aguarda.
 El viento es favorable: apenas riza
 La suma superficie de las aguas;
 Y el sacerdote dice que los Dioses
 Ya os acusan, señor.

Nestéo, ¿ falta

Aun algo que añadir á mi dolores?
 ¿ Por qué no me ausenté sin que !legára
 A este sitio la reina ?—¿ Cómo puedo
 En medio del furor abandonarla ?

DIDO

Nada temas, Enéas. . . . —parte. . . . —¿ Dido !. . . .
 Ya voy, ya voy, Siquéo. . . . —¿ Sombra airada,
 No me persigas mas !. . . . —¿ Qué sudor frio
 Discurre por mis miembros !—¿ Dios ! *Helada*
Una mitad de mi ya no la siento. - (*)
 ¿ Ana ! ¿ Barcenia !—Pero ¿ qué ! ¿ No basta
 Mi mano á libertarme de mi misma ?
 Mira, traidor, y aprende. (†)

ENEAS

¿ Dido !!

ANA

¿ Hermana !?

NESTEO

¿ Qué horror !

SERGESTO

¿ Señor ! ¿ Qué haceis ? ¿ qué haceis ?—Huyamos
 De este sitio espantoso.

(*).....Helada

Una mitad de mí ya no la siento.—*Verso de Cienfuegos.*

(†) S. ca precipitadamente un puñal que habrá traído oculto, y se hiere.

DIDO (*)

¡ Sombra amada !....
 Perdóname....—te sigo....—¡ Hermana !....; Enéas !....
 Yo te amaba.....; cruel !.....y tu me matas. (†)

ENEAS

Nestéo ¿ qué hago yo ?

NESTÉO

Partir al punto.

ENEAS

¡ Qué funesto presájo llevo á Italia !

(*) Moribunda

(†) Muere.

FIN

ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

POR

JUAN CRUZ VARELA

1824

Al Sr. D. Joaquin Gonzalez Ledo.

SEÑOR :

Ha sido demasiado pública mi desgracia, para que me retraiga de recordarla, cuando la gratitud me impulsa á hacer que sea conocido por todas partes un hombre generoso. A principios de Octubre del año pasado, me ví precisado á ocultarme en mi país; y mi conducta fué para mis paisanos, en aquella época, como un texto sobre el que cada cual hizo su glosa, por valerme de la expresion del célebre Boileau. Vd., como todos, creyó que yo habia fugado de Buenos Aires; y estando Vd. próximo á regresar á su pátria, me dirigió á la Colonia del Sacramento, donde suponía que yo me hallaba entonces, la carta siguiente :

SEÑOR :

No he tenido la fortuna de tratarlo; lo respetaba por sus talentos, lo lamento por su desgracia, y acuso la. . . con que se ha procedido. Soy extrangero aquí, y no puedo ofrecerle socorros; pero regreso á mi patria, donde tengo amigos, tengo una casa, y algunos medios de que puedo disponer. Sírvase Vd. de ellos, y cuente con todo, si quiere transportarse allí.

Perdóneme Vd. si lo averguenzo con esta carta; pero sepa que nadie está impuesto de su contenido. Tambien yo fuí desgraciado; y fuera de eso, *homo sum, et humanum nihil á me alienum puto.*

Soy, señor, su mas seguro servidor.

J. G. Ledo.

Buenos Aires, 7 de Octubre de 1823.

Si se considera, Señor, que Vd. dirigió esta carta á un hombre que no conocia personalmente; que Vd. debia suponerse que yo me hallaba en circunstancias de admitir sus ofertas; y que ponia Vd. á mi disposicion su fortuna, sin otra relacion ni interés que el de proteger á un desgraciado, no podrá extrañarse que yo manifieste del modo mas público mi gratitud hácia un extranjero sensible, que se ha portado de un modo tan contrario al de aquellos de mis paisanos, que, en mi fortuna, se llamaban mas mis amigos. Tambien es indudable que á muchos de mis compatriotas tengo que vivir eternamente agradecido: pero las circunstancias que hacen la accion de Vd. mas acreedora á mi reconocimiento, no me permiten perder la primera ocasion que se me presenta de hacer saber á todos que el nombre de LEDO debe aumentar la lista, harto diminuta, de los hombres verdaderamente generosos.

Este solo interés me ha decidido á poner el nombre de Vd. al frente de la primer composicion mia que se ha publicado desde la época de su carta; y á satisfacer, dedicándosela, la deuda que me ha hecho contraer su bondad. Felizmente tambien es Vd. un hombre de letras; y, si su prudencia sabrá excusar los muchos defectos de la pieza que le dedico, su ilustracion se dignará tal vez indicármelos, y darme así otra prueba del afecto con que Vd. se ha servido distinguirme.

Soy, Señor, con la mayor consideracion—

Atento servidor.—

Juan C. Varela.

Buenos Aires, Junio 20 de 1824.

PROLOGO

La historia de los desgraciados hijos de Edipo, Polinício y Eteócles, es demasiado conocida, y ha dado asunto á tragédias terribles entre los poetas antiguos y modernos. La lectura del *Polinício* y la *Antigóna* del célebre Alfieri, me hizo concebir el plan de la pieza que presento al público. Argia, viuda de Polinício, hizo un viage desde Argos á Tébas, con el objeto de dar sepultura ocultamente á las cenizas de su esposo, cuyo cadáver habia mandado el usurpador Creón que quedara insepulto en medio del campo. Alfieri, en su *Antigóna*, supone que Argia llegó á Tébas, sin su hijo, y estando aun viva la princesa que dá el nombre á aquella tragédia. Yo he supuesto que Argia llegó á la córte de Creón, despues de muerta su cuñada Antigóna, y conduciendo á su hijo. Esto es accidental en composiciones de esta naturaleza, y en sucesos tan retirados de nuestra edad. Lo remoto de las épocas, perdidas entre los tiempos que se llaman fabulosos, dá libertad á los poetas para que, dejando en pié los hechos principales y conocidos, varien las circunstancias del modo conforme al plan cuya ejecucion se han propuesto.

Nada debo decir sobre el carácter de los personajes que he introducido en mi tragédia. El de Creón está pintado por el original Alfieri tal vez como el mas feroz que hasta ahora se ha presentado en la escena; y yo creo que los lectores de Argia, si conocen al trágico-italiano, conocerán tambien que quizá no son tan negros como los suyos los colores con que yo he pintado aquel monstruo; sin embargo, quiero ponerme á cubierto de una crítica que puede hacérseme á este respecto, aunque creo que no se me hará en mi país. Mi tragedia está llena de pasages, en que abiertamente se dice que las crueldades y atentados de Creón, son los que cometen, ó cometerian sin escrúpulo todos los reyes, siempre que los creyeran necesarios al logro de su venganzas, ó á los intereses de su ambicion. En una palabra, contra todos los monarcas *absolutos*, he disparado muchos tiros, y he tenido el mayor empeño en que fueran fuertes.

No es para un prólogo corto entrar en la discusion de si los autores trágicos deben ó no proponerse en sus composiciones un plan político, al que deben subordinar todas sus ideas. Yo, por mi parte, sigo la opinion de los que creen que al poeta se debe dejar toda la libertad posible; y que una idea dominante, que en ninguna de sus tragédias debiese perder de vista un autor, perjudicaria quizá al interés del drama, y al nudo y desenlace de la accion. Pero, sea de esto lo que fuere, la época en que he escrito mi tragédia, es decir, la época de la *libertad de mi país*, y la en que los soberanos de Europa han dado á conocer abiertamente á los que lo dudaban que todo rey *absoluto* es un tirano, es ciertamente la mas á propósito para acabar de arraigar entre nosotros el ódio á los tronos. En efecto, la inicua alianza, llamada *santa*, parece haberse empeñado en que todo el género humano desistiese mas que nunca el nombre de *monarca*; y en el país de la *libertad* no se violenta un escritor cuando se le presenta una ocasion cualquiera de atacar á los déspotas. No se me diga que esto es puro entusiasmo en que no tiene parte la razon; porque en persona de Adrasto, que tambien es rey, me parece haber hecho justicia á los soberanos que mandan como quieren los pueblos ser mandados.

Por lo demas, debo advertir que el hijo de Argia, llamado Lisandro en mi tragédia, tenia por nombre Tesandro; y he mudado la primera sílaba de este nombre, por haberme así parecido mas propio para la cadencia y melodía del verso. Virgilio lo cuenta entre los gefes griegos, que salieron del caballo de madera, en la noche del incendio de Troya.

.....*laetique cavo se robore promunt*
 Thessandrus, *Sthenelusque duces, et dirus Ulysses.*

La accion, pues, de mi tragédia es anterior á aquella célebre guerra; y esto viene en abono de lo que queda dicho al principio de este prólogo, con relacion al tiempo en que supongo que Argia hizo su viage á Tébas.

Ultimamente: la introduccion al diálogo con que empieza la escena 2.^a del quinto acto de *Argia*, es imitada de la que se lee al principio del acto cuarto de *Antigóna*; y he imitado este cortésimo diálogo porque me ha parecido sublime, y digno del elógio que le hace el S. Raineri de Calsabigi. Para que los que no conocen las obras del trágico italiano puedan comparar y juzgar, voy á copiarlo aquí, como se encuentra en la bella traduccion francesa de Alfieri. Creón, padre de Hemon, ha propuesto á Antigóna que elija la mano de este ó la muer-

te: la princesa no ha podido resolverse á este enlace, sin faltar á lo que se debe á sí misma; y al empezar el cuarto acto, habla con ella el tirano de este modo.

CREON

Avez-vous choisi ?

ANTIGÓNE

J' ai choisi.

CREON

Hemon ?

ANTIGONE

La mort.

CREON

Vous l'aurez.

Nada debo añadir sobre mi tragédia: el público y el tiempo son los que fallan irrevocablemente sobre el mérito ó nulidad de estas obras.

A C T O R E S

CREÓN, Rey de Tébas.
ADRASTO, Rey de Argos.
ARGIA, Hija de Adrasto, viuda de Polinico.
EURIMEDON, Favorito de Creón y general de sus fuerzas.

Guardias de Creón.—Soldados de Adrasto.

La escena es en Tébas, en el palacio de Creón.

ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Creón, Argia; y al fin de la escena guardias

CREÓN

No con tanta imprudencia abráis el pecho
A una esperanza vana. El resultado
Puede seros, Señora, mas terrible
De lo que habeis creído; y vuestro engaño
Quizá me compadece. Con el sitio
Que ha puesto á Tébas vuestro padre Adrasto,
¿Su venganza y la de Argia se consuman,
Y el trono de Creón se ha derrocado?—
Os engañais, Señora; el pueblo todo,
Si no me ama, me teme; y mis soldados
No se dejan vencer por los que el lujo
Y la molície de Argos enervaron.—
Si estais en Tébas por el gusto vuestro,
¿Que quiere Adrasto aquí?

ARGIA

¿Podreis dudarlo?
¡En Tébas yo gustosa! El hijo mio,
En una obscura cárcel encerrado,
¿Su balbuciente lábio no despliega,
Llamando al Cielo y á su madre en vano?—
A eso viene mi padre; á libertarme
Del furor de los mónstruos.

CREÓN

¡Libertáros!

¡Insensata!

ARGIA

¡Creón! El cetro en Tébas
 Es puñal de sus reyes: alcanzarlo,
 Pretenderlo no mas, es prepararse
 El fin de Polinício y de su hermano.
 Vos empuñais tal cetro; y las deidades
 Se cansan de los crímenes al cabo.—
 Eteócles y mi esposo, fraticidas,
 En sangre uno del otro se bañaron;
 Por ceder el primero á la violencia
 De un ódio injusto y de ambicion de mando,
 Y Polinício por derecho á un trono
 Que le usurpaba su perjuro hermano.—
 ¡Ay!—Jocasta, Creón, era su madre;
 Vuestros sobrinos eran; y acallando
 Los gritos de la sangre en vuestro pecho,
 Aquellos tres cadáveres formaron
 La escala ignominiosa, que hasta el sólio
 Os pudo conducir. ¿Tanto atentado
 Dejará impune por ventura el Cielo?

CREÓN

Polinício y Eteócles terminaron
 Una vida de horrores; ni sus nombres
 Me debeis repetir. En este estado
 Hablad de vos, de vuestra propia suerte,
 De la del hijo que llamais amado.

ARGIA

La suerte de los dos menos ingrata
 Desde ayer me parece. Los soldados
 Que condujo mi padre, y amenazan
 Esta erguida ciudad desde su campo,
 Son la esperanza de Argia.

CREÓN

¡Qué esperanza!

¡De qué, de qué viene á vengarse Adrasto?
 ¡Para qué consintió que allá en su reino
 A Polinício dierais esa mano,
 Que no podía contener el golpe
 Que ya le preparaba el cielo airado?
 Todo esto es consecuencia de aquel yerro;
 Yo no lo sé enmendar: de mi contrario
 Sabré triunfar, ó perecer; pero antes
 Muchos perecerán.

ARGIA

Mi padre acaso

No hubiera vuelto en armas contra Tébas,
 A no verse de nuevo provocado
 Por vuestra extraña atrocidad.—Retiente
 De los hijos de Edipo el fin infausto,
 Y aun humeando la sangre de Jocasta,
 Ocupásteis el trono. Sepultado
 El cadáver de Eteócles fué con pompa
 En magnífica tumba, y aplacaron
 Sus manes execrables los aromas
 Que sobre su sepulcro se quemaron.
 A Polinício en tanto una órden vuestra
 Le negó estos honores; y en el campo
 Arrojado insepulto su cadáver,
 De las bestias feroces fuera pasto,
 Si de Antígona la piedad no hubiese
 Vuestra inaudita ley atropellado.
 Ella erigió la pira, y con mi hijo
 Víne yo disfrazada desde Argos,
 A buscar de mi esposo las cenizas,
 Que su hermano guardaba. Llego y hallo
 Que también Antígona con la muerte
 Su oficiosa piedad había pagado.—
 ¡Bárbaro! ¡Era delito haber rendido
 Honores funerales á un hermano
 Tan digno de su amor? ¡Era delito
 No haber nacido, como vos, malvado!

CREÓN

Desprecio esos insultos y el motivo
 De la esperanza vuestra. Mas ¿acaso
 La muerte de Antígona es la que viene
 Vuestro padre á vengar? En mis estados
 Mi voluntad es ley, y á nadie debo
 De nada responder.—En vuestras manos
 Puse yo mismo los helados restos
 De Polinico, para vos tan caros,
 Y os ordené volver á vuestra patria
 Con los despojos del que amasteis tanto.
 ¿Por qué no habeis partido?

ARGIA

¿Y yo podría
 Llevar sus restos frios, y dejando
 Aquí la imágen viva de mi esposo,
 Ir sin el fruto de mi amor infausto?
 Me hubieseis vuelto mi hijo, y al instante
 Me hubiera yo de Tébas ausentado.—
 ¿Quién puede aquí vivir? ¿No ha sido siempre
 La mansion del delito este palacio?—
 ¡Hijo de mi dolor! Tú solo, solo
 Me aprisionas aquí. ¡Creón! ¡Ah! ¡Cuanto
 Ansio por verlo ya! ¿Porqué motivo
 Lo niegan desde ayer á mis abrazos?

CREÓN

Acabad de una vez de conocerme,
 Que todo el corazon voy á mostraros;
 Y ved si temo á vos ni á vuestro padre,
 Cuando así á mi enemiga me declaro.—
 Al interés de mi ambicion, Señora,
 Todo se subordina. Los hermanos
 Habian muerto ya; Jocastá quiso
 Seguirlos á la tumba; y no quedando
 De esa horrible familia entre los vivos
 Mas que Antígona ya, fué necesario
 Sacrificarla á mi quietud, pues siendo

Hermana de los dos, pudiera al cabo
 Juzgarse con derecho á la corona,
 Fingir un tiempo, y cuando yo, confiado,
 Libre ya de enemigos me creyese,
 Arrebatarme el cetro de las manos.
 Ella debió morir; para los reyes
 La sospecha que cause algun vasallo
 Es sobrado delito: mas su muerte,
 Sin visos de justicia, á mi reinado
 Pudiera ser perjudicial. Por eso
 Dicté la ley que os enfurece tanto
 Y el cuerpo exangüe del esposo vuestro
 De honores funerales fué privado.
 Yo bien sabía que Antígona sola
 Osaría oponerse á mi mandato,
 Y que la pena impuesta al que rindiera
 Los últimos honores á su hermano,
 No podría arredrarla; porque siempre
 Su amor á Polinício fué extremado.—
 Cayó en las redes que tendió mi astucia,
 Y todos mis designios se lograron.
 Por lo demás, á mí ¿qué me importaba
 Dar ó no sepultura....

ARGIA

¡Oh Dios! ¿Y tantos
 Respetos se atropellan? ¿Tanto puede
 La ambicion de mandar en un tirano?

CREÓN

Argia, voy á concluir.—Por mis afanes
 Acabó esa familia, que ha llenado
 De escándalos la Grécia, y que yo ansiaba
 Por ver exterminada, y dar un paso
 Desde vasallo á rey. Entre mis triunfos
 Solamente me daba sobresaltos
 Ese hijo vuestro, que, en edad tan tierna,
 Solo á odiar á Creón está enseñado.—
 Crecer en él miraba un enemigo,

A quien un día el interés del mando,
 Que lo creeria suyo, y el deseo
 De vengar á su padre infortunado,
 Le harían mendigar por toda Grécia
 El favor de mil reyes en mi daño;
 Porque el de Adrasto es poco. Mi fortuna
 Me puso en fin al niño entre las manos
 Cuando, oculta con él, aquí llegasteis.—
 Y ya ¿qué debo hacer? ¿Habré de darlo
 De nuevo á vuestro padre, y no teniendo
 Ya nada que temer, un gran contrario
 Me formaré yo mismo?—No Señora.—
 Hasta aquí su cariño os ha obligado
 A quedáros en Tébas: desde ahora
 Quedais por orden mía: este palacio
 Será vuestra prision, mientras decida
 De la madre y el hijo el mismo Adrasto.

ARGIA

Está, Señor, ya decidido: al punto
 Mandadnos á los dos hasta su campo,
 Y ciertamente ordenará mi padre
 El sitio levantar.

CREÓN

¡ Proyecto vano !
 De mi poder vuestro hijo nunca sale ;
 Y.... Señora.... temblad.—O vuelve á Argos
 Vuestro irritado padre, ó mi venganza
 Será digna del nombre de atentado.
 No hay medio ; ó muero, ó mando : mas mi muerte,
 Si es preciso que llegue....—No es del caso
 Deciros mas : á Eurimedon espero :
 Debeis, hasta que os llame, retiráros.—
 ¡ Soldados ! (1) Conducid hasta su estancia,
 Y custodiad á esa muger.

(1) Dirá esta expresion acercándose al bastidor, y llamando á los guardias, que se presentarán al momento en la escena.

ARGIA

¡Malvado!

¿Será que todavía horrores nuevos
 Meditareis furioso?—¡Hijo adorado!—
 ¡Haced, Señor, siquiera que lo vea!—
 ¡Adonde, sin mi beso y mis abrazos,
 Gemirá desde ayer? ¡oh Dios!

CREÓN

Vinieron
 Desde ayer vuestras tropas á sitiarnos.

ARGIA

Pero un niño, Creón, que apenas sabe
 A quien debe la vida, ni.....

CREÓN

Entretanto
 Justo es que la altivez y la soberbia
 Se vayan á rogar acostumbrando.

ARGIA

¡Bárbaro! ¡Yo rogarte! Argia te insulta;
 Quien ruega es una madre: pero ¿cuando
 Un corazon feroz ha distinguido....

CREÓN (*á los soldados*)

Llevadla; y que ninguno en mi palacio
 Se atreva á hablarla sin una orden mia. (1)

ESCENA II

Creón, Eurimedon

CREÓN

Eurimedon, ha tiempo que te aguardo.

(1) Las guardias conducen á Argia, que hará algunos esfuerzos por permanecer. En los momentos mismos en que Argia desocupa la escena, se presenta en ella Eurimedon.

EURIMEDON

Vuestro servicio é interés me tienen
Lejos de vos, Señor, tiempo mas largo
Del que quisiera yo.—¿Argia irá presa? (1)

CREÓN

Lo sabrás. Dime ahora ¿has observado,
Desde que yo me retiré del muro,
Y la noche llegó, si los argianos
Han movido su campo?

EURIMEDON

Ya habeis visto
Que de los puestos que hoy han ocupado
No pueden ofendernos, ni es posible
Que alcancen nuestras flechas á dañarlos.—
Señor, el enemigo no parece
Que en combatir se empeña: los soldados,
Enclavando sus lanzas en la tierra,
Descansaban inmóviles.—Periandro,
A favor de las sombras de la noche,
Ha salido del muro con sus bravos,
Y al enemigo hasta qué vuelva el dia,
Zeloso observará.

CREÓN

Tal vez tratados
Me querrán proponer. Yo nada temo,
Eurimedon, de los soldados de Argos:
Los míos son bastantes y atrevidos:
Pero el pueblo de Tébas, ya cansado
De horrores y de sangre, en esta guerra
Puede al fin rebelarse contra su amo,
Y, sacudiendo sedicioso el yugo,
A los proyectos cooperar de Adrasto.

(1) Hará esta pregunta como quien habla consigo mismo; pero de modo que lo escuche Creón.

EURIMEDON

Señor, al pueblo se intimida: es hecho
 Para temblar y obedecer callando.
 Semejante á las fieras, sus furores
 Contra el que lo domó nunca estallaron.
 Siempre enemigo fué de quien le teme,
 De quien sabe oprimirlo siempre esclavo.

CREÓN

Eurimedon, tú solo en toda Tébas
 Eres el hombre á quien mi amigo llamo,
 Y á quien lo creo tal. No me alucino:
 El pueblo me aborrece; y si dejamos
 Que, en el trastorno que la guerra causa,
 Encuentre la ocasion de demostrarlo,
 Puede perderse todo. El obedece,
 Pero murmura en el silencio. ¡Cuánto
 Me costó contenerlo, cuando puse
 La red en que cayeron los hermanos
 Polinício y Eteócles! El primero
 Era el amor del pueblo, que en mil bandos
 Se armaba ya por él, á no haber sido
 Que supe con mi astucia sujetarlo,
 Y alucinar á todos, encubriendo
 Los planes que á tí solo se confiaron.
 Ellos murieron; y al subir al trono
 Fué necesario, y justo nuevos lazos
 A Antígona tender, y el pueblo todo
 Se anegó por su muerte en nuevo llanto.—
 Yo sé exponerme, pero no sin causa;
 Y la que contra Tébas trae Adrasto
 Es la de Polinício. Ya he resuelto
 Mas bien que combatir, que los tratados
 Nos vuelvan á la paz; como no exijan
 Que entregue al hijo de Argia. En este caso
 Moriré, morirás, morirán ellos,
 Todos perecerán; pero del mando
 Descenderé á morir como he vivido,
 Vengativo, implacable; y arrastrando

Todos mis enemigos á mi tumba, .
Contento entonces al sepulcro bajo.

EURIMEDON

Nada debeis temer.

CREÓN

Yo nada temo.

Quien hizo por el trono, hasta ocuparlo,
Lo que ha hecho Creón, por conservarse
Todo atropellará si es necesario.

EURIMEDON .

Obedeceros es mi sola gloria. .
Me llamis vuestro amigo, y soy soldado.
Os lo digo, Señor, porque es preciso
Combatir y vencer. Bien sé que Adrasto,
Si Argia y su hijo se le entregan, luego
Pondrá fin á la guerra que ha empezado:
Pero ni vos podreis volverle el nieto,
Ni Adrasto pasará por un tratado
Que no tenga por base aquesta entrega.—
Lo repito; lidiemos y vencamos.

CREÓN

Si no hay mas medio, correrá la sangre:
Pero yo, Eurimedon, he imaginado
Una astucia que puede conducirnos
A la paz y reposo, conservando
Ese niño que causa mis alarmas,
Y á Adrasto al mismo tiempo alucinando.

EURIMEDON

Siendo así, practicad el pensamiento:

CREÓN

Sí: porque, aunque quisiera, guerreando,
Vengarme de ese rey, con todo, debo
No esponerme al furor de mis vasallos.—

¡Ay amigo! No siempre son los reyes
Lo que quisieran ser.

EURIMEDON

Pero entretanto
¿Os puedo yo servir en el proyecto
Que meditais? ¿Cual es?

CREÓN

Bastante extraño.
¿Creerías que, en mi edad y en mi carácter,
De un himenéo en el estrecho lazo
Pienso hallar mi salud, y hacer que sea
Mi aliado el sitiador?

EURIMEDON

¿Cómo! Explicaos.
¿De quien quereis ser el esposo?

CREÓN

De Argia.

EURIMEDON

No os entiendo, Señor.

CREÓN

Escucha.—Adrasto
No tiene tanta fuerza, que confie
En ella sola para el resultado
Feliz de su campaña; y, si ha venido,
Es, menos por confianza en sus soldados,
Que por causar la sedición en Tébas.
Por otra parte, yo sé bien que basto
Con mi tropa á destruirlo; mas mi tropa,
Empleada en contener al populacho,
No debe distraérse, y exponerme,
Al menos á morir sin ser vengado.—
En la pasada guerra la fortuna
Me arrebató mis hijos; pero al cabo

Me senté sobre el trono, y mi grandeza
 No me dejó lugar para mi llanto.
 Casándome con Argia hago heredero
 A su hijo de este trono; y si á ocuparlo
 Llega cuando yo muera, es porque quise,
 Pero no porque nadie me ha forzado.
 A bien que, muerto yo, muere conmigo
 Esta frenética ambicion de mando.

EURIMEDON

¿Y Argia, Señor, consentirá? ¿La altiva
 Viuda de Polinício, que vengado
 Nunca creerá bastante el menosprecio
 Que hicísteis del cadáver de su amado,
 Ni las astucias vuestras, que lo hicieron
 Descender á la tumba con su hermano?

CREÓN

Argia consentirá. La alternativa
 Será la muerte, ó aceptar mi mano.
 Además, ella sabe que su padre
 No está muy abundante de soldados,
 Y educar para rey un hijo suyo
 Es sobrada venganza de su agravio.

EURIMEDON

Y en el caso que Argia (porque es jóven)
 Os llegue á dar un hijo, ¿vos acaso
 Consentiréis que reine el de otro padre,
 Y de un padre, señor, que odiásteis tanto?

CREÓN

¡Ah! No amigo: eso no. Si tal sucede,
 Un veneno, un puñal bien disfrazado,
 Una red que se tienda, el tiempo mismo
 Nos dará la ocasion de libertarnos
 De quien ya entónces heredar nõ debe.—
 El peligro es de hoy; y si el tratado
 Cimenta la amistad y la confianza

Entre ambos reyes, el de Tébas y Argos,
 Mañana seré fuerte; el pueblo mismo,
 De quien recelo ahora, alucinado,
 Justo me llamará; y humilde y ciego,
 De quien yo nombre rey será el esclavo.—
 Este es mi plan, Eurimedon.—¿Qué dices?—
 Tan solo á consultarlo te he llamado.

EURIMEDON

Es muy digno de un rey: y sobre todo
 ¿Qué se pierde, Señor, con intentarlo?
 Si no surte el efecto.....—

CREÓN

Entonces Argia
 Y su hijo morirán; y contra Adrasto,
 Y contra el pueblo peharemos todos,
 Y, si yo muero, moriré vengado.
 Viéndolos perecer, aunque perezca.

EURIMEDON

Ya os he dicho, Señor, que soy soldado,
 Que os amo, y que.....

CREON

Lo sé. Argia está presa,
 Porque no convenia en mi palacio
 Dejarla libre, desde que han venido
 De su padre las tropas á sitiarnos:
 Pero libre estará, si entra en los planes
 Que con mis intereses he acordado.—
 Vuela á su estancia, empieza á prepararla,
 Díle que mis enojos han cambiado,
 Que he pensado en su suerte y en la mia,
 Permítele de su hijo los abrazos,
 Díle que amo la paz, mas mis recelos
 Ten cuidado á su vista de ocultarlos;
 Y que luego me espere en este sitio.
 No le descubras todo el plan.

ACTO PRIMERO

EURIMEDON

Ya parto.

ESCENA III

Creón (*solo*) .

CREÓN

O consiente la altiva en este enlace,
O el venidero sol alumbra estragos
Que jamas alumbró.—Bajar del sólio
Es peor que morir.—Voy entretanto
A recorrer los muros.—Madre é hijo
En mi poder están: puedo acabarlos
En un instante, y el tomar á Tébas
No es obra de otro instante.—¡Argia! ¡Lisandro!
Muy pronto se decide vuestra suerte ;
Y viviréis ó moriréis entrambos,
Segun lo dicte el interés del trono,
Segun yo quiera desplegar mi labio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Argia (*sola*)

ARGIA

¡Qué estraña novedad! Apenas puedo
Volver de mi sorpresa!—¡Mitigada
La furia de Creón.—¿Será posible? —
A nombre suyo Eurimedon me hablaba
De paz y de amistad; y el hijo mio
¡Lisandro de mi amor! ¡Ah! ¡Cómo el alma
Se ha gozado en tus besos! y tu rostro
¡Cómo mi llanto maternal bañaba!
¿Qué benéfica mano de repente
Me ha dado este consuelo en mi desgracia?
Pero ¿podré dudarle? A los temores
De Creón es debida esta mudanza.
Las armas de mi padre habrán logrado
Sobre las tuyas la primer ventaja;
Se acercará el peligro, y ¿qué tirano
A vista del peligro no desmaya?
El temor en Creón hace las veces
De justicia y piedad. Ya que no bastan
Su poder y su astucia á los designios
De su loca ambicion y su venganza,
Quiere que le agradezcan por favores
Lo que es necesidad; pero se engaña;
Que él mismo me ha enseñado á que conozca,
Todas sus artes, y el doblez de su alma.—
Pero yo me arretrato. No me traje
A la execranda Tébas la esperanza
De alzar al hijo mio sobre un trono
De que el cielo jamás el rayo aparta.
De Antigóna al llamado vine oculta,

Para llevarme las cenizas caras
 De su hermano y mi esposo, y conocerla,
 Porque supo querer á quien yo amaba.
 ¡Ay! ¡Que no la abracé!—¡ni pude en mi hijo
 La imágen de su hermano presentarla!
 Creón me descubrió: déjeme ahora
 Salir de Tébas, y partir cargada
 Del peso suave de la helada úrna
 Que los despojos de mi amado guarda:
 Déjeme conducir el tierno fruto,
 De mi infeliz amor, y nunca Argia
 Le llamará tirano, nunca Adrasto
 Ya contra Tébas volverá sus armas.
 Sí, Creón; vive y reina, y mi Lisandro
 Solo me ayude en mi tranquila patria
 A llorar á su padre. Si los cielos
 Lo hicieron para rey, Argos lo aguarda
 Con un trono de paz, despues que aprenda
 De Adrasto las virtudes del que manda.—
 ¡En qué ansiedad estoy!—Nadie parece.—(1)
 No veo en todas partes mas que guardias.—
 Creón me hace esperar en este sitio;
 Pero ya que no viene, y á la estancia
 Puedo volver de mi hijo. . . .—¡Qué silencio!
 El palacio esta noche la morada
 Parece de los muertos.—De repente
 Yo no sé que temor mi pecho asalta;
 Y el corazon....—¡O Dios!....—Alguno viene. (2)

ESCENA II—(3)

Creón, Argia

CREÓN

Cual si no hubiera guerra, todo calla.
 No parece esta noche precursora
 De los sucesos que la luz aguardan.

(1) Mirando afuera como atemorizada.

(2) Se retirará sobresaltada al fondo del teatro.

(3) Creón dirá los cinco primeros versos de esta escena sin ver á Argia; hasta que reparando en ella, le dirige la palabra.

Siempre entre las tinieblas espantosas
 Las catástrofes grandes se preparan.
 Demasiado tal vez en este sitio
 Os hice Argia, esperar; pero la causa
 Os es tan conocida como justa,
 Y no lo estrañaréis.

ARGIA

Vuestra tardanza
 No es lo que estraño ciertamente; veo
 Los motivos que sobran á excusarla.

CREÓN

Si ellos no fueran tantos y tan fuertes,
 Tiempo ha que á vuestro lado me encontrára,
 Porque nunca he deseado como ahora,
 Por su propio interés, hablar con Argia.

ARGIA

Argia no tiene otro interés que su hijo.

CREÓN

Pero en las circunstancias en que se halla,
 Ese interés alguna cosa tiene
 De comun con Creón.

ARGIA

¿Es arrogancia,
 O desprecio por mí lo que os induce
 A recordar, Creón, la inicua causa
 Que produjo el efecto de que tenga
 Algo comun con vos el hijo de Argia?

CREÓN

No es arrogancia ni desprecio. Acaso
 Pensásteis que esta noche se os pasára
 Sin gozar las caricias de Lisandro;
 Y Eurimedon, por mi orden, á gozarlas,

Sin que vos lo esperárais, os condujo.—
 ¡Nada os dice, señora, esta mudanza? —
 Que el efecto produzca tan siquiera
 De que escuchéis ahora mis palabras
 Con ¡menos prevencion: que un breve rato,
 De los resentimientos olvidada,
 Conozcais que la cólera no siempre
 Mis otros sentimientos avasalla;
 Que tambien la razon mis pasos guia,
 Y la justicia en mis acciones manda.

ARGIA

Difícil es, Creón; pero tal triunfo
 ¿Quién podrá celebrarlo mas que Argia?

CREÓN

No lo estrañéis, Señora. Un rey, que mira
 Que otro rey una guerra le declara
 Con precipitacion, y que sus tropas,
 Invadiendo de pronto sus comarcas,
 Asédian su ciudad, cede por fuerza
 Al impulso primero de su saña.
 Mi conducta con vos ha sido efecto
 De una causa tan grave.

ARGIA

Aun se ignoraban
 En Tébas los proyectos de mi padre.
 Ni teniais temor de que sus armas
 A amenazar viniesen vuestros muros,
 De repente inundando las campañas;
 Cuando vuestro rencor, no satisfecho
 Con ejercer su bárbara venganza
 Hasta en las sombras que á la Estigia fueron,
 En un infante tierno se cebaba.
 No es un sitio de ayer, no es esta guerra
 La que hace en vuestro pecho hervir la rabia;
 Al contrario; esa rabia envejecida
 Es de tan justa guerra infame causa.

CREÓN

¿Y por qué me insultais?—¿Será, Señora,
Que nunca deis oído á mis palabras,
Y prefirais el insultarme siempre
Al placer de que acaben las desgracias
Que pesan sobre vos y vuestro hijo?
¿Creón es inmutable? ¿Y sus entrañas
Ya no podrán á la piedad abrirse?

ARGIA

Vuestra alma está al delito acostumbrada,
Y la senda del crimen arraigado
No se abandona en un instante.

CREÓN

Basta:—

Si es que no puedo, segun vos, mudarme,
Seré lo que hasta aquí, sereis mi esclava,
Vuestro hijo gemirá más que ha gemido,
Ni lo vereis ya más.

ARGIA

No me acobardan
Unos furores, que, en el caso vuestro,
La desesperacion tal vez arranca,
Y ya tocan su fin.

CREÓN

Es excesiva,
Pero es bastante vana la confianza
Que teneis en Adrasto y. en sus tropas.
Ya poco tiempo para el dia falta,
Y no vendrá otra noche, sin que muera
Para siempre jamas esa esperanza.—
Yo queria evitar á mis vasallos
El prodigar su sangre, á vuestra patria
Funerales sin fin, al hijo vuestro
La esclavitud en que al presente se halla,
Y, sobre todo, hacer que á vuestro lado

Siempre fuera feliz.—¿No quiere Argia
Mas que horrores y muertes? ¡Bien! Que sea:
Pero no me atribuya sus desgracias.

ARGIA

¡Ociosas todavía en esta guerra,
No se han desenvainado las espadas?

CREÓN

No se han desenvainado; pero pronto
Se ha de ver en qué sangre están bañadas;
Y, derrotado Adrasto, tiemblen todos
Los que de Adrasto en mi palacio se hallan.

ARGIA

¿Y proponeis la paz?

CREÓN

No la propongo:
La recibo, la doy, cual mas os plazca;
Porque tan solo en vuestra mano dejo
El que haya medio ó no de celebrarla.

ARGIA

Si me volveis mi hijo.....—

CREÓN

Más os vuelvo,
Pues con un padre os lo presento.

ARGIA

¡Ay, Argia!
¡Con un padre!—¡Callad!—¡Oh, Polinico!—
¡Temprana sombra! ¿Dónde estás? La cara
Prenda de nuestro amor infortunado,
¿Qué otro padre que tú.....—¡Creón!.....—ya basta:
Despedazad mi corazón, y nunca,
Hablando de Lisandro, la palabra
De padre pronunciéis.

CREÓN

Con un amigo
Os lo vuelvo á lo menos, que lo haga
Saber amarme, y aun reinar un dia.

ARGIA

¡Amaros! ¡A Creón! ¡El hijo de Argia!

CREÓN

Si no me llega á amar, sabrá siquiera
Que, pudiendo haber hecho su desgracia
Larga como mi vida, generoso,
Aun hice más de lo que se deseaba:
Que su fortuna preferí y la vuestra
A la gloria tan fácil como vana
De vencer á quien vino á libertaros,
Y que lo hice feliz, cuando.....—

ARGIA

•
¿Se engañan
Mis oídos, Creón? ¿Que Dios ha sido
Capaz de obrar en vos tanta mudanza?

CREÓN

Os pido, Argia, hasta os ruego, que tranquila
Me escuchéis un momento.—Las alianzas
Que forma el himenéo entre los reyes,
Son efecto comun de lo que llaman
Razon de estado, ó interés del trono ;
Pero se forman, y una vez formadas,
Se cimenta la paz, y los esposos,
Conociéndose bien, al cabo se aman.—
Lisandro en Tébas será rey un dia.
Creón lo jura por su vida, si Argia
El lazo forma con que al juramento
Mi voluntad por siempre quedé atada.—
Himenéo y la paz bajen á Tébas.—
Señora.....—esta es mi mano.....—ó aceptadla,
O no me atribuyais.....—

ARGIA

Recien conozco,

Sí, conozco recien que en algo iguala
 Al bárbaro Créon esta infelice.—
 ¿A qué es posible comparar la rabia
 Que tu insultante audacia me ha causado,
 Sinó á la que emponzoña tus entrañas?
 ¡Hombre de fierro!—¿Quién te ha sugerido
 Ese género nuevo de venganza?—
 Nunca me ví mas humillada..... nunca
 Mas insano furor.....—Dáme esa espada,
 Verás como tu sangre de veneno
 Por una mano débil se derrama.
 Yo moriré despues; porque la afrenta
 De haber sido el objeto en que fijáras
 Tu pensamiento infame....—¡O Dios!—¿Cuál furia,
 De las hondos infiernos alanzado,
 La crueldad inaudita te ha inspirado
 De hablar así conmigo?—¿Con que Argia
 No te era conocida? •

CREÓN

Pues por eso

Os quiero hacer mi esposa. No me engaña
 Una altivez que no teneis. Conozco
 Que á no ser por las vanas esperauzas
 Que fundais en Adrasto, de mi lecho
 El honor.....—

ARGIA

No prosigas: y si tu alma
 En humillarme, bárbaro, se goza,
 No lograrás tal triunfo. (1)

CREÓN

Esa arrogancia

Merecia humillarse ciertamente:
 Pero Créon os honra, cuando baja
 Su pensamiento á vos.

(1) Argia quiere partir con precipitacion; Créon la detiene, y la fuerza á permanecer.

ARGIA

¿A quien podría
 Honrar jamas Creón sino á quien mata?
 Aquel que no sufrais sobre la tierra,
 ¿Que prueba de virtud dará mas clara?

CREÓN

Sabeis que la venganza está en mi mano,
 Pero que contra vos no quiero usarla ;
 Por eso me insultais : sois la primera
 Que impunemente á quien hablais agravia.—
 ¿A que nombrar la muerte?—Yo, Señora,
 Hacer de Argos y Tébas esperaba
 La mansion de la paz y de la vida.—
 En vuestra mano está. No hagais que parta
 La primer flecha; volará, y tras ella
 Mil muertes volarán, y vuestra patria
 Será una inmensa tumba, á la memoria
 De los héroes de Argos levantada.—
 Pensadlo bien, Señora: el himenéo
 Trae la oliva en su mano.

ARGIA

Las entrañas
 De la tierra se abren, y el infierno
 Es quien sus Furias implacables manda
 A presidir de Tébas los destinos.—
 Esa lengua, Creón, ¿como profana
 El nombre de himenéo, que algun dia
 De Polinício el alma con mi alma
 Unió enlazada tan estrecha y fuerte,
 Que ni tus irás á romperla bastan?

CREÓN

Polinício en las sombras de la muerte
 Está tranquilo, ni se cura de Argia.

ARGIA

No manches su memoria con nombrar
 ¡Ah! ¡No temblais, Creón? En esta sala
 Se consumó el horrendo fratricidio,
 Preparado por vos: en esta sala
 Me parece que miro de repente
 Que el frígido esqueleto se levanta,
 Y con ira que solo entre las sombras
 Puede engendrarse tal, grita, te llama,
 Y te pide razon de tus furores,
 De su olvidada tumba, su hijo, y Argia.—
 ¡No lo mirais, Creón?—Vuestra perfidia,
 Y no el valor de Eteócles la morada
 De la muerte le abrió.

CREÓN

Siempre la muerte
 En vuestro labio está. No quiero darla.
 Y pareceis desear que yo consienta
 En los campos de Adrasto en derramar'la.
 Un esposo llorais; se acerca el día;
 Y, sí no consentís en nuestra alianza,
 Un padre lloraréis, porque ¿que espera
 Sino la muerte en desigual batalla?

ARGIA

¡Quien! ¡Mi padre la muerte!—¡Dios! No escuches
 El voto de un malvado.—Desolada
 Estoy bastante ya.

CREÓN

Pues al momento,
 Señora, consentid, y tal alianza
 Vuestro padre autorize. Algunas horas,
 Con Lisandro en delicias anegada,
 Habeis pasado en esta noche: muchas
 Y nunca interrumpidas, os aguardan,

Si el furor deponéis, que igual al mio
 Vos misma habeis llamado.—Yo, sin causa
 Tan justa como vos, olvido todo.
 ¿Será que nunca os olvidéis de nada?

ARGIA

¿Y vos, que mereceis? ¡Traidor! ¡Impío!
 Mientras á mi Lisandro acariciaba,
 Tal vez sentí por vos menos desprecio:
 Llenaba toda la existencia de Argia
 El amor maternal, y aquel momento
 Hasta odiar á Creón se me olvidaba.—
 ¡Ay, hijo! ¿Quien creyera que el malvado
 Hacer de tus caricias intentára,
 Por un refinamento de perfidia,
 El inaudito precio de mi infamia?

CREÓN

Basta de insultos, me degrado
 En toleraros mas: mi lengua calla
 Lo que os hará temblar quizá bien presto:
 Mas mi furor es tal, que quiere pausas
 Para cobrar mas fuerza, y prontamente
 Con encono mayor volver al alma.—
 ¡Agenor! Tus soldados. (1)

ARGIA

Argia empieza

Recien á aborreceros.

CREÓN (*al oficial*)

En su estancia
 Con el mayor rigor que quede presa;
 Quitale el hijo, y cuida con tu guardia.
 De que jamás lo escuche ni lo vea.—
 Aprende á conocerme, temerária,
 Y tiembla por tu hijo, y por...—

(1) Dirá esto, acercándose al bastidor, y llamando al oficial y guardias, que se presentarán inmediatamente en la escena. El teatro se empezará á iluminar como si rayara el día, y progresivamente se aumentará la luz, hasta que al fin del acto quede del todo claro.

ARGIA

Mi hijo
En mi prision, Creón...—

CREÓN (*á los soldados*)

Arrebatadla.—(1)

ESCENA III

Creón (*sole*)

CREÓN

La aurora ya se muestra en el oriente.—
¡Oh tú, dia de horror que te levantas!
¿A quien serás funesto?—Mas ¡que digo!
A mi solo jamás.—Si los Monarcas,
Como se dicen dueños de sus pueblos,
Lo fuesen en verdad, no hubiera de Argia
Sufrido tanto insulto, ni humillado
Se viera mi furor. ¡Oh! ¡Si mi espada
De cuantos sediciosos hay en Tébas
Pudiera el pecho atravesar! Sus tramas
Encubren los traidores: si me fuera
Posible en un momento destrozarlas,
¿Qué seria de Adrasto? ¿Qué seria
De esa muger altiva y su esperanza?—
¡Esperanza! ¿Cual es?—A mi palacio
¿Qué pueblo puede entrar á libertarla,
Qué ejército que venga desde Argos,
Sin dejar un momento á mi venganza?—
¡Y no reinaré mas! ¡Oh! Sí.—¡Quien sabe
Si son acaso mis sospechas vanas!

(1) Las guardias arrebatan á Argia.

ESCENA IV

Creón, Eurimedon

CREÓN

Eurimedon ¿Qué dices?

EURIMEDON

En el cielo
 El resplandor del Sol recién rayaba,
 Cuando del campo regresó Periandro.
 El ejército de Argos no se avanza
 A los muros aún: nuestras legiones
 Los cubren y defienden, preparadas
 A que ningún argiano las insulte,
 Y ardiendo ya en la sed de la matanza.
 Pero sabreis bien pronto si á esta guerra
 Ponen fin los tratados ó las armas.

CREÓN

¿Por qué? ¿Que ha sucedido?

EURIMEDON

El mismo Adrasto,
 Sin broquel, sin espada, sin sus guardias,
 Y la oliva en la diestra levantando,
 Hasta el pie se acercó de las murallas.
 Desde allí pudo hablarme: en sus acciones,
 En su rostro, y en todas sus palabras
 El deseo de paz no mas se muestra.

CREÓN

Entonces está débil. Nuestras armas
 ¿No pudieran batirlo en el momento,
 Y enseñarle á su costa á respetarlas?

EURIMEDON

Fácil fuera tal vez: pero...—es preciso
Que os lo diga, Señor.—La desconfianza
Que en el pueblo teneis, quizá es mas justa
De lo que habeis creído.

CREÓN

¡El pueblo! Acaba.

EURIMEDON

Al rumor prontamente divulgado
De que el rey enemigo se acercaba
Con señales de paz, en nuestras calles,
En nuestros templos y en las anchas plazas
El pueblo se reunia, y muchas voces
De *paz*, de *libertad* se levantaban.
Isménio con su gente los tumultos
Logró al fin disipar, y hacer que...—

CREÓN

Basta.—

¡Y qué!—¿Ese pueblo infame no ha sufrido
Los crímenes de todos sus monarcas?
¿Por qué condena mi justicia ahora?
¿O está sujeto al pueblo quien lo manda?
Habla: ¿Que quiere Adrasto?

EURIMEDON

Para él solo
De Tébas pide que las puertas se abran;
Que anhela por hablaros; y ha jurado
Por la vida de Argia que sus armas,
Si se quiere escuchar á la justicia,
No habrán de derramar sangre tebana.

CREÓN

¿Por la vida de Argia?—Poco hace
Que, como nunca, conmovió mi rabia.

EURIMEDON

¡Que!—¿Prefiere la muerte á vuestra mano
Esa muger frenética, insensata?
Bien lo temia yo.

CREÓN

No me dió tiempo
Mi furor con la muerte á amenazarla. =
¡Oh pueblo! ¡pueblo vil!—¿Con que tú solo,
A mi pesar, refrenas mis venganzas?
¿Con que yo, que ni al cielo temeria
Si no fuera por tí, hasta á la infamia,
Hasta la astucia baja he de humillarme,
Por evitar la guerra, de hacer que Argia
Me oiga ofrecer mi mano, y la desprecie?—
¡Oh pueblo! ¡A lo que fuerzas á un monarca!
¡Oh ambicion de mandar! ¡A lo que obligas
A quien no quiere vida, si no manda!

EURIMEDON

Nada debeis temer: vuestros soldados...—

CREÓN

Antes que muera yo, matarán á Argia.—
Por la puerta Emoloides que entre Adrasto;
Y que Periandro, con la fuerza armada
Que le obedece, sobre el pueblo vele.

ESCENA V

Creón (*solo*)

CREÓN

Voy á ver entretanto si descansa
Mi espíritu un momento; mas mis iras
¡Oh Furias infernales! aumentadlas.

ACTO TERCERO

ESCENA I

Creón (*solo*)

CREÓN

El valor de Periandro es conocido,
Y su lealtad tambien: no temo al pueblo,
Mientras que su legion incontrastable
Se ocupe solamente en contenerlo.—
Mas, si en el caso de un combate, al muro
No va toda mi fuerza..... ¡Oh duda!—¡Oh cielo!
Si hicísteis á Creón tan ambicioso,
¿Por qué no permitís que sus deseos
Se cumplan sin obstáculo? A oponerse
Si llega el universo á mis proyectos,
¿Por qué no tiene para mi venganza
Una sola cabeza el universo?—
¡Yo habré de recibir en mi palacio
A quien me insulta! ¡Oh furia!

ESCENA II

Creon, Eurimedon

EURIMEDON

A Adrasto déjole
En el salon de los embajadores ;
Allí os espera, y á anunciarlo vengo.

CREÓN

¿Solo ha venido?

EURIMEDON

Solo.

CREÓN

¡Nuevo insulto!
 ¡Creón ya no es temible!—¡O habrá un medio
 Que un rey estime vil, como lo vengue,
 Y á quien quiera perder pueda perderlo ?

EURIMEDON

¡Señor! Me atreveria á aconsejáros
 Que lo escuchéis tranquilo. Siempre hay tiempo
 Para ejercer venganzas que son justas.

CREÓN

Bien. Ven con él aquí.

EURIMEDON

Ya os obedezco.

ESCENA III.

Creón. (*solo*)

CREÓN

Siempre hay tiempo; es verdad. Mas que á mi furia
 Cederé á mi interés este momento.
 A Adrasto escucharé; pero si Adrasto
 Librar piensa ese niño, que aborrezco,
 De mi poder, no hay paz; y si los dioses
 Me desamparan, llamaré al infierno.—(1)
 Creo nadar en sangre en mi palacio:
 Mas la mia.... ¡Que rabia!—¡Oh pueblo! ¡Oh pueblo!

ESCENA IV.

Creón, Adrasto, Eurimedon.

EURIMEDON

Os presento, señor, al rey de Argos.

(1) Flectere si nequeo superos, Acheronta movébo.—*Virg.*

CREÓN (*á Eurimedon*)

Retírate á los muros. El ejército
Es sobrado á cubrirlos: una parte
Que descanse, y la otra observe de ellos
El enemigo campo; y si sucede
Haber un movimiento, vuelve luego.

ESCENA V

Creon, Adrasto

ADRASTO

Nada sucederá: no jura en vano
El rey de Argos jamás. Ese guerrero
Que acaba de partir en este instante,
Sabe ya cuales son mis sentimientos;
Y que, entre el aparato de las armas,
El deseo de paz reina en mi pecho.

CREÓN

¡El deseo de paz! ¿Con fuerza armada
Se solicitan paces?

ADRASTO

El acero

Que empuñan mis soldados, no se tiñe
Sino en sangre de injustos. El derecho
De la justicia y la razon se atienda,
Y no creais que la sangre inunde el suelo.

CREÓN

¿Y es injusto Creón? ¿Es necesario
Para que reconozca esos derechos,
Con la espada en la mano reclamarlos?—
¿O venís á insultarme, aquí en el centro
De mi poder? ¿En medio de mis guardias?
¿En un palacio de que yo soy dueño,
Y en el que nadie, sin que tiemble, pisa?

Que su perjuro hermano le usurpaba.
 Y del que era mas digno que el protervo.
 Yo vine á sostener de Polinício
 Los derechos hollados: quiso el cielo
 Que él y Eleócles murieran; y mi patria
 Me miró regresar de asombro lleno,
 Pues Tébas en verguenza de la Grecia,
 Fue escándalo de todo el universo.—
 Desde entónces reinais.

CREON

Esa palabra,
 Esa última palabra, que, queriendo
 Acaso contenerla, os ha arrancado
 La imperiosa vehemencia del deseo,
 Justifican bastante la conducta
 Que ha observado Creón con vuestro nieto.—
 Si; desde entónces reino; ni es Adrasto
 Quien debe preguntar con que derecho.
 Si es que lo tuve ó no cuando mi mano
 Con sobrada justicia empuñó el cetro.
 Ahora, que me siento sobre el trono,
 ¿Quién podrá disputármelo? Por eso
 A Lisandro detuve, cuando vino
 Argia con él aquí. Si era heredero
 Del trono que yo ocupo, los delitos
 De su padre infeliz, que en él cayeron;
 De todos sus derechos lo privaron.
 Tébas detesta al hijo de un perverso,
 Que trajo alguna vez contra su patria
 Las armas de los reyes extrangeros.—
 Yo, por bien del estado no he querido
 Libertar á Lisandro; mas, supuesto
 Que amáis la paz y vuestras intenciones
 Se conforman en esto á mis deseos,
 Entrad por un tratado que yo mismo
 Os iba á proponer: este secreto
 Ya es conocido de Argia, y de otro modo
 No será rey Lisandro en ningun tiempo

ADRASTO

¿Qué secreto? ¿Qué rey?—Creón bien sabe
 Que del trono que ocupa el heredero
 Es Lisandro, y no mas; y yo le juro
 Qué si en Tébas con crímenes tan feos
 No se manchase el sólio, mis soldados
 Harian devolvérselo á su dueño.
 Pero no es esto lo que Adrasto quiere;
 Porque ama mucho á su inocente nieto,
 Para sentarlo nunca bajo el filo
 De un cuchillo invisible y justiciero.
 En Argos reinará, y....

CREON

En vano Adrasto,
 Por librarlo de mí, finge pretestos.

ADRASTO

Si como tiene fuerza, no tuviera,
 No se humillara Adrasto al fingimiento.

CREÓN

El camino de Tébas por dos veces
 Han conocido ya vuestros guerreros;
 Y Creón es prudente.

ADRASTO

Pero nunca
 Sabrá que yo he faltado á un juramento.

CREÓN

Los reyes juran hoy, pero mañana...—

ADRASTO

¡Los reyes! No, Creón. ¡Con mas respeto
 No os tratáis á vos mismo?

CREÓN

Nunca puede
Responder un monarca de sucesos

ADRASTO

No digo de Creón, del Universo
Un monarca legítimo no tiembla.

CREÓN

¿Qué me quereis decir?—Pero...—al momento
Explicaos. ¿Qué buscais?

ADRASTO

Bien conocidas
Os son mis pretensiones hace tiempo.
Tres veces desde Argos han venido
Mis enviados á Tébas: si con ellos
Me hubieseis vuelto á mi hija y á Lisandró,
Sin llenarlos de insultos y desprecios,
No me hubierais forzado á que sitiasen
La mal segura Tébas mis guerreros.—
Yo siempre amé la paz: quizá he sufrido
Mas de lo que debí; pero yo aprecio
La vida de los hombres sobre el vano
Orgullo que se adquiere con el cetro;
Y aunque siempre están pronto mis vasallos
A ofrecerme su sangre, la respeto.—
Pero, Creón, soy padre y soy monarca:
Dé títulos tan grandes, el primero
Es para mí muy santo, y reputado
Como el mayor favor que debo al cielo.
Mi dignidad de rey habeis hollado
En mis embajadores; y, sintiendo
Que ya no hay otro medio que la fuerza
Para hacer respetar tantos derechos,
Me valí de la fuerza.—Argia y Lisandro
Salgan de su penoso cautiverio;

Vuelvan á mi poder, y mis legiones
 El regresar en paz hasta mi reino
 Preferirán á la ominosa gloria
 De marchar vencedoras sobre muertos.—
 Esta es mi pretension. Argia y su hijo
 Que sean de la paz el digno precio.—
 A bien, Creón, que nada solicito
 Que no me lo debais; y olvido excesos
 De que acaso pudiera, y aun debiera,
 Tomar justa venganza, y no me vengo.—
 Ya sabeis todo: ó elegid las paces,
 Que, á fuer de soberano, aquí os ofrezco,
 O temed altamente los enojos
 De un ofendido padre, á quien el cielo
 Proteje en su justicia, y cuyas iras
 Sabrán medirse por su amor paterno.

CRÉON

Esas iras, Adrasto, ni son justas,
 Ni alarman á Creón. Ha mucho tiempo
 Que Argia estuviera en Argos, si ella misma
 No prefiriese Tébas á ese reino.
 El objeto que trajo en su venida
 Fué el de llevar los despreciables restos
 De su bárbaro esposo, que la espada
 Se atrevió á hundir en el fraterno pecho.
 Yo se los entregué....—

ADRASTO

No de ese modo
 Debeis hablar conmigo- Bien sabemos
 La causa de ese doble fratricidio,
 Y quien lo preparó, con cual objeto.—
 ¡ Creón! Bastante os digo. Esas cenizas,
 Que llamais despreciables, hasta el cielo
 Piden venganza aun; y acaso, acaso
 Hay en la tierra quien escuche el éco.

CRÉON

¡ Sereis vos ciertamente !

ADRASTO

Tal vez sea ;
 Pero, Creón, en este instante hablemos
 Como de rey á rey ; como lo exigen
 La paz, mi dignidad, mi honor, y . . . el vuestro.
 Usad de este lenguaje ; que sin duda
 No seréis vos quien perdereis en ello.

CREÓN

¿Fundais tanta arrogancia en que no es esta
 La primer vez que Tébas un asedio
 Ha sufrido por vos?—¡Bastante caro
 Le costó ese socorro á vuestro yerno!

ADRASTO

A todos les costó ; que el justo á veces
 En la ruina se envuelve del perverso.
 No era hecho Polinício para el crimen,
 Ni fué crimen en él pedir un cetro
 Que el tiempo y la política conducen ;
 Ni basta el juramento á detenerlos.

ADRASTO

El tiempo y la política son nada
 Para un hombre de fé, para un rey menos.

CREÓN

Pero vos habeis dicho que á mi tronp
 Nadie con mas razon tiene derccho
 Que Lisandro.

ADRASTO

Y lo digo.

CREÓN

Y eso basta
 Para que nunca salga de mi reyno.

Sobre todo, el tratado que propongo
 Disipa desconfianzas, y el cimienta
 Hechará de una paz firme y estable.
 En vuestra mano está.

ADRASTO

Si no envilezco
 Mi gloria; y de Argia y de Lisandro rompo
 La pesada cadena, proponedlo.

CREÓN

No os envilecerá: veréis al cabo
 Que, en el poder y rango que poséo,
 Conozco que la paz es sobre todo.
 ¡Así llegáseis vos á conocerlo!—
 ¡Agenor! (1) Que venga Argia. No le digas
 Que está su padre aquí; que su contento
 Quiero aumentar con la sorpresa. (2)

ADRASTO

¡A mi hija
 Me permitis que vea?—Lo agradezco—
 No lo solicité, por no exponerme
 A vuestra desconfianza ó á un desprecio:
 Pero el proyecto.....

CREÓN

De su labio mismo
 Lo podeis escuchar en el momento—
 Su inexperiencia, y su dolor acaso
 Se lo hacen reprobar; pero, mas cuerdo,
 Pensad, Adrasto, que, sin él, no hay Argia
 Ni paces para vos; que mis guerreros
 Ya impacientes están, porque no buscan
 Los vuestros en el muro su escarmiento;

(1) Se acercará al bastidor á llamar Agenor, y este oficial se presentará en el momento en la escena.

(2) Se va Agenor.

Y que Creón será mas formidable
Si se une á su ambicion un menosprecio.—
Ahí la teneis.

ESCENA VI

Creón, Adrasto, Argia

ARGIA

¡Tal vez para humillarme
De nuevo me llamais?...—¡Oh Dios! ¡Que veo!
¡Vos en Tébas, mi padre! (1).

ADRASTO

Sí, hija mia.

CREÓN (aparte)

Si esta ocasion tan favorable pierdo,
¿Cual otra espera mi venganza?—Adrasto,
Quedaos con ella; volveré bien presto.

ESCENA VII

Adrasto, Argia.

ARGIA

¿Dónde os hallais?—No sé si me abandone
Al temor ó al placer.—¿Cómo os encuentro
En la mansion del dolo y la venganza?—
¿Sois víctima tambien?—Hablad.—¿Qué es esto?

ADRASTO

Vue've á mis brazos, Argia.—¡Hija querida!
Descarga tus temores en mi pecho.
Tranquilízate.

ARGIA

Yo tranquilizarme,
Cuando aquí os miro solo é indefenso!—

(3) Argia corre á abrazarse con su padre, y permanecen abrazados mientras Creón dice los dos primeros de los versos que siguen.

La perfidia y Creón reynan en Tébas;
¿No lo sabeis, señor?

ADRASTO

Por eso vengo
A libertar á mi hija y á Lisandro
De la perfidia y de Creón: al menos
El malvado esta vez no es un tirano
Pues me deja abrazarte.

ARGIA

¡Y qué! ¿No debo
Esperar mas abrazos de mi padre
Que los que me permita ese perverso?

ADRASTO

Sí; en Argos los tendrás. Ahora es fuerza,
Emplear de otra manera estos momentos,
Y á tu quietud sacrificar las ansias
De estrecharte mil veces en mi seno.

ARGIA

¡A mi quietud!—¡Ah! Sí. Con vuestra vista
Puedo al fin mi furor lanzar del pecho.
Y en el vuestro, señor, ¿no han rebosado
La indignacion, las iras, y el deseo
De una venganza grande?—Habeis podido
La última infamia tolerar sereno?—
Una madre, que tiembla por su hijo,
Está expuesta al indigno atrevimiento
Del inícuo que, á fuerza de atentados.
Ahogó en su corazon los sentimientos:
Pero un padre, un monarca, un hombre ¿escucha
Tantos insultos sin vengarse luego?—
Creón pensó que mi virtud, mi gloria;
Y mi amor maternal tuvieran precio,
Y los quiso comprar: ¿pero á vos mismo
Se ha atrevido, señor, á proponerlo?—
¿Sois rey, y lo sufrís?—¿Soy vuestra hija,

Y así me cubre un vil de vilipendio?—
 ¡La paz! ¿Y que es la paz, siendo comprada
 Con mi vergüenza y el oprobio vuestro?—
 ¡Yo, esposa de Creon! ¡Ah! No es posible
 Que mi padre consienta...—

ADRASTO

No comprendo,
 Argia, lo que me dices.

ARGIA

¡Qué! ¿El malvado
 Os ha ocultado el criminal proyecto
 Que se ha atrevido anoche á revelarme?

ADRASTO

Animado mi pecho del deseo
 De ahorrar la sangre y evitar desgracias;
 Dejé mi campo; y solo, sin mi acero,
 Y sin otra defensa que la oliva,
 Me he presentado en Tébas, prometiendo
 A su bárbaro rey olvido y paces,
 Como quiera entregarme en el momento
 A Lisandro y á tí: mas mi designio
 Se frustra ciertamente. Me convenzo
 De que no hay con tiranos mas tratado
 Que humillarse á su yugo como siervos,
 O exterminarlos sin piedad.—Tu padre
 Vá á libertar de un mónstruo al Universo;
 El mismo es quien me obliga: no consiente
 En que salgais de Tébas ni yo puedo
 Consentir en la paz sin libertaros,—
 ¿Qué tratado propone? Su secreto
 Dice que tú lo sabes, y has venido
 A confiarme sus planes.

ARGIA

El perverso
 Temió arrostrar vuestro furor, y quiere

Que mi labio repita lo que el miedo
 En los suyos heló. Para insultáros
 Le faltó el inaudito atrevimiento
 Que ha tenido conmigo, al proponerme
 Mi verguenza y mi afrenta.

ADRASTO

¿Por qué medios
 Piensa lograr la paz?—Habla.

ARGIA

Ya hé dicho
 Cuanto puedo deciros.—¡Ah! ¡En mi lecho
 El que causó la muerte de mi esposo!
 ¡El que hace padecer á mi hijo tierno!
 ¡El bárbaro Creon!

ADRASTO

¡Argia!

ARGIA

¡Lisandro!
 ¿Te arrancan de mis brazos porque tengo
 Una virtud comun? ¿Es heroismo
 El mirar con horror este himenéo?
 Al grande criminal, grandes virtudes
 Lo deben irritar; mas mi desprecio
 Es un deber muy fácil de cumplirse,
 Ni debe enfurecer hasta el extremo
 De mi hijo infeliz. . . ¡Oh padre mio!
 Viuda de Polinício ¿crééis que puedo
 Ser esposa jamás. . .—

ADRASTO

¡Hija! ¿Qué dices?
 ¿Qué ha intentado Creón?—Yo me avergüenzo
 ¡Esposa tú! ¿De quien?

ARGIA

No quiere paces
El tirano de Tébas á otro precio

ADRASTO

¿Y tú pudiste oirlo? ¿Y tú venganza?
Pero ¿qué me detiene, que no vuelo
A encontrar á ese mónstruo abominable,
Y en su sangre lavar mi vituperio?

ARGIA

Deteneos, señor: solo y sin armas,
De la crueldad y la perfidia en medio,
¿Qué pretendéis hacer?—Volved al campo.
Huid de mis abrazos un momento
Por vuestro mismo honor, y con la espada
Entrad de nuevo á Tébas, conduciendo
Inevitable muerte á los malvados,
Y libertad para Argia y vuestro nieto.

ADRASTO

¿Y dónde está Lisandro?

ARGIA

De mis brazos
Lo han arrancado porque no consiento
En este enlace infame. ¡Ah! Libertadnos;
Libertad á Lisandro cuando menos.

ADRASTO

Sí: lo juro por tí: jamás Adrasto
Ha faltado á tan grato juramento:
Será completa la venganza mia;
Y, porque sea tal, un breve tiempo
Sofocaré en mi pecho los enojos.

ARGIA

Pero no os espongaís: de los guerreros
 Dirigid el furor en la batalla,
 Mas no lo precedáis.—¡Oh Dios! Si pierdo. . .—
 ¡Ah! ¡quien os diera ahora los soldados
 Que en ese mismo campo perecieron,
 Sosteniendo la causa de mi esposo
 Y vengarlo en su muerte no pudieron!

ADRASTO

Pocos me restan, pero son valientes;
 Y yo soy padre de Argia.

ARGIA

¿Y habéis vuelto
 Sobre la grande Tébas, sin la fuerza
 Necesaria á domarla? Señor, tiemblo
 Por vuestra suerte y la de mi hijo.—¿Acaso
 Ha decretado en su furor el cielo
 Que mi esposo, y mi padre, y mi Lisandro
 De una misma venganza en corto tiempo
 Víctimas han de ser? ¿Y yo infelice
 Lo habré de ver, sin perecer primero?

ADRASTO

No temas, hija mia, no hay tirano
 Que no se labre él mismo su escarmiento,
 Y Creón ya ha llenado la medida
 Que tiene la paciencia de los pueblos.
 Los feroces ministros de sus crímenes
 No bastan en el trono á sostenerlo;
 Y...—

ARGIA

¿Qué esperais? En los primeros pasos
 Está de su reynado, y todos ellos
 Creón con el terror y con la sangre
 Ha sabido marcar. Quizá en el pueblo
 Ninguno lo ama, pero todos tiemblan.

Sus tropas han llegado hasta el extremo
 De la licencia ya ; y él les permite,
 Como sean feroces, cuanto exeso
 La rabia militar cometer puede
 Contra los ciudadanos indefensos.
 El soldado de Tébas es un tigre
 Que no se harta de sangre.

ADRASTO

Muchos de ellos
 Detestan á Créon.—De Periandro
 Con la legion irresistible cuento ;
 Y con él combinados de antemano
 Están todos mis planes. En mi reyno
 Sus cartas recibí por mis enviados ;
 Y anoche mismo, que cubrió los puestos
 Avanzados del muro, fué á mi campo,
 Y convino conmigo en cuales medios
 Se debian emplear, si no pasaba
 Créon por mis propuestas. Los proyectos
 De Periandro se ignoran por los viles ;
 Y, como su valor es manifiesto,
 Allí lo ocupan donde el riesgo es grande.
 Su legion le obedece con respeto,
 Tiene muchos parciales decididos,
 Y es justamente amado por el pueblo.

ARGIA

¿Teneis, señor, confianza?

ADRASTO

¿Has olvidado
 Cuanto amó á Polinício ese guerrero,
 Y el tiempo que ha que cauteloso piensa
 En librar á su pátria de un perverso?

ARGIA

Bien lo recuerdo.—Pero yo he temido
 Que, viciado tambien con el ejemplo
 Del cruel Eurimedon, y...—

ADRASTO

Alguno viene.—
 ¡Hija mia, firmeza! Este secreto
 Ya sabes lo que vale.—Mis fatigas
 Al lado tuyo olvidaré bien presto.

ESCENA VIII

Creón, Adrasto, Argia, Eurimedon

CREÓN

Si las olvidaréis.—La paz Adrasto,
 Cuando la consolida el himenéo. . .—

ADRASTO

Si por mostrar confianza á quien debiera
 No mostrar mas que ódios y recelos
 No hubiera entrado desarmado en Tébas,
 Ya hubiese contestado con mi acero.
 Mas vuestro triunfo es corto; preparaos
 Que otro sol^o ya no alumbrá tanto exeso.

ARGIA

¡Padre mio! ¿Qué haceis?

CREÓN (*A Adrasto*)

En este instante
 Pudiera dáros muerte, mas la dejo
 Para cuando me sea mas gloriosa.

ADRASTO

Creón no tiene gloria: solo el miedo
 Es capaz de impedirle los delitos.

CREÓN

Eurimedon, conduce en el momento
 A ese insultante rey fuera del muro,
 Y vuelva su hija á su penoso encierro:
 Entrégala á Agenor.

ADRASTO

Ella y el mundo

Se librarán de vos: yo lo prometo.

ESCENA IX

Creón, (*solo*)

CREÓN

¿Y soy Creón, y sufro? ¿O es destino
 Que, cuando en igual sed estoy ardiendo
 De venganza y de mando, nunca, nunca
 Pueda llegar á verme satisfecho?—
 La suerte me presenta en mi palacio
 A mi enemigo, solo é indefenso;
 Me insulta, me desprecia; y con su hija
 Lo entretiene mi astucia, mientras vuo
 A mandarle una muerte inevitable,
 ¿Y destrozados mis designios veo?—
 Mi ambicion pone freno á mi venganza.
 Eurimedon, Periandro, el fuerte Isménio,
 Mis mejores amigos, han salvado
 A Adrasto de la muerte, y sus consejos
 Mi implacable furor han retenido.
 ¿Con que es preciso ya? ¿Debo vencerlo,
 Si lo quiero perder, sin yo perderme?—
 Pero ¿por qué vencer? Menos expuesto
 Era inmolarlo aquí: para un contrario
 Son el valor ó el dolo iguales medios.—(1)
 ¿Y quien me ha detenido? Los temores
 De irritar mas y mas á todo el pueblo,
 Y llenar mi venganza sin que el trono
 Se pudiese afianzar al mismo tiempo.—
 Si, Creón, ya la guerra es necesaria;
 Y despues de triunfar, ¡oh! ¡Cual me vengo
 Del pueblo, de Argia; de su padre, y su hijo!
 Correr mas rios de la sangre veo
 Debida á mi venganza, que de toda
 Cuanta derramarán tantos guerreros!

(1) Dolus an virtus: quis in hoste requirat?—*Virg.*

ACTO CUARTO

—

ESCENA I

Creon, Eurimedon

CREÓN

¿Há llegado á su campo?

EURIMEDON

Hasta muy cerca
Le acompañé yo mismo

CREÓN

¿Y que te ha dicho?
¿Se prepara muy pronto á acometernos?
¿Sus soldados serán tan atrevidos,
Que vengan á estrellarse contra el muro,
A hallar inevitable su exterminio?

EURIMEDON

Nada me ha hablado Adrasto: en su semblante
Se pintaba el furor: á recibirlo
Corto espácio sus gefes se avanzaron,
Y desde allí me despidió.

CREÓN

¿Destino
Has dado ya á mi tropa?

EURIMEDON

En las murallas,
En órden de defensa divididos,

Quedan los cuerpos todos, y Periandro
 Por las calles y plazas repartidos
 Tiene ya diestramente los soldados
 Que sobre el pueblo velan.

CREÓN

¡Ay amigo!
 ¡Oja!á que Creón no se arrepienta
 De haber una vez sola consentido
 En no derramar sangre, y de las manos
 Permitir escaparse á un enemigo!

EURIMEDON

Si Eurimedon en vos solo mirára
 Al monarca de Tébas, á los filos
 De mi espada cayeran sin exámen
 Las cabezas de todos los proscriptos
 Que señaláseis vos; mas mi respeto
 Es igual por mi rey á mi cariño.—
 Si amais ó aborrecéis, amo, aborrezco,
 Vuestros impulsos, como propios, sigo,
 Y con que vos queráis que corra sangre,
 El hacerla correr es deber mio:
 Pero tambien lo es correspondéros
 Tantos favores de que usais conmigo,
 Y pagar la amistad con que me honro.
 Y de que habeis querido hallarme digno.

CREÓN

El que me favorezca mis venganzas
 No me sabe querer.

EURIMEDON

Y el advertido
 Que, por favorecerlas, las dilata,
 Conciliando, señor, á un tiempo mismo
 Vuestros justos furores, y el deseo
 Mas justo, de afianzar vuestro dominio,
 ¡Ese no sabe amaros!

CREÓN

Me avergüenzo

De que otro sea quien me indique arbitrios
 De conciliar mis intereses todos.
 ¿O crees tú que Creón aun no ha aprendido
 El arte de reynar y de vengarse?
 Para subir al trono me he valido
 De todas sus lecciones, ¿y olvidarlas
 Pudiera, cuando mas las necesito?

EUUMEDON

Permitidme que os diga que los puestos
 De vasallo y de rey son muy distintos.—
 El que obedece y á mandar aspira,
 Su interés, sus recursos, sus peligros
 Ve con sus propios ojos; y detiene
 O apresura sus pasos á su arbitrio,
 Segun las circunstancias que le cercan,
 Y pesa y examina por sí mismo.
 Pero, llegando al trono, ya no puede
 Ni ver, ni oír, ni dar á sus designios
 Un impulso feliz, si no por medio
 De los leales que tenga á su servicio.
 Al resplandor de la diadema brilla
 La magestad no mas; y desde el sitio
 Elevado del sólio, las miradas
 De los reyes no bajan al abismo
 De humillacion y quejas, en que yace
 El pueblo infame justamente hundido,
 Y del que lucha por salir.

CREÓN

¿Y el pueblo
 Es algo ante su rey? ¿O su destino
 Ya no es callar y obedecer?

EURIMEDON

Del trono

Siempre fueron los pueblos enemigos
 Su gloria es humillar á los monarcas,

CREÓN

¿Y su padre cual es?

EURIMEDON

El que ha tenido
 En todo tiempo el débil contra el fuerte;
 El dolo, la traicion, el artificio.
 Con tal que tienda á destrozár el cetro,
 A todo se da el nombre de heroismo.—
 Estas armas, señor, no son temibles
 Para el que sabe prevenir sus tiros;
 Pero es preciso prevenirlos. Llega
 De repente entre riesgos y conflictos
 A vacilar el trono; ¿y sus columnas
 No serán del monarca los amigos?
 ¿No amarán á su rey los que se atreven
 A mostrarle veraces el camino
 Que es preciso seguir, y que no puede
 Por sí solo, aunque quiera descubrirlo?
 Os lo digo, señor, no porque intente
 Ni pueda contrariar vuestros designios,
 Ni porque me colmeis de mas favores
 Que los que mi esperanza han exedido:
 Pero os quiero hacer ver en mis consejos
 Vuestro bien solo, y nada mas he visto,
 Y que, si á darlos me atreví, os dignásteis
 Vos mismo á vuestro súbdito pedirlos.—
 Adrasto, Argia, Lisandro y una parte
 De ese pueblo insolente y atrevido
 Perecer deben, si los planes vuestros
 Ciegos no abrazan: pero ya es preciso,
 Si el primero resiste en un combate
 Vencerlo, y, en el acto de vencido,
 Sacrificarlo á una venganza justa;
 Que todo es excusable ó permitido,
 Y el furor de la guerra todo cubre.
 Y, pereciendo Adrasto, Argia, su hijo
 ¿Donde van á encontrar libertadores?

¿Donde un apoyo el pueblo? ¿Sus gemidos
 Habrá ya quien escuche? Los clamores
 Que se puedan alzar, serán seguidos
 Del seguro exterminio de rebeldes;
 Y una sola sospecha, un leve indicio,
 Que siempre para un rey debe ser crimen,
 Se borraré con sangre.—Os lo repito;
 No tendréis mas que hablar, y en el momento
 Mi sola espada os ahorrará suplicios

CREÓN

Te escuché, Eurimedon. Un rey á veces
 Nada es menos que rey: su poderío
 Es un nombre y no mas, porque no alcanza
 A do van sus deseos.—Mas ¡que digo!
 Si todo me abandona, yo me basto
 Mientras hierva en furor el pecho mio.
 ¡Amigo! sí; tú lo eres. ¿Me respondes
 Que triunfarás de Adrasto? ¿Serás digno
 De ser vasallo de Creón un dia?

EURIMEDON

Desde el tiempo de Eteócle y Polinício
 Adrasto me conoce, y bien le consta
 Cuanto hice yo por vos. Por él vencido,
 Mi cierto galardón será la muerte.
 Triunfaré ó moriré.

CREÓN

Triunfar amigo,
 Triunfar, y nada mas: ese es el medio
 De mandar y vengarme: tú lo has dicho;
 Y Creón sin venganza no es monarca,
 Y sin el cetro no es Creón.

EURIMEDON

Yo mismo
 Debí haber muerto á Adrasto en esta sala,

Cuando á insultáros indefenso vino;
 Y dobló sus insultos, desechando
 Tratados con que honrarlo habeis querido:
 Pero, ya lo sabéis, su muerte entónces,
 Si servia al furor, á un precipicio
 El trono despeñaba. El pueblo á oleadas
 Se agolpó á este palacio, y á impedirlo,
 No bastaron las fuerzas de Periandro;
 Bien que de la violencia usar no quiso;
 Porque en la muchedumbre aun no se oían
 De sedicion los clamorosos gritos.
 Mas no se dispó tanto tumulto
 Hasta el instante en que salió conmigo
 Adrasto de este sitio, llamó entonces
 Periandro de su tropa los caudillos,
 Y logró con astucia y con prudencia
 Disolver las reuniones.—Este indieio,
 Y otros que ha dado el insolente pueblo,
 Os deben persuadir que no hay partido
 Que se pueda tomar para acallarlos,
 Fuera del de vencer al enemigo;
 Y aun este debe emplearse cuando falten
 Al rey de Tébas los demas arbitrios.
 El tiempo urge; señor; Adrasto puede,
 Antes que el sol se ponga, combatirnos,
 Y exitar los furores populares,
 Que, mientras no hay alarma, están dormidos,
 Y tal vez hay peligro en despertarlos. —
 Hay quien muera por vos, siendo preciso;
 Mas, si podemos evitar el choque,
 Lo debemos hacer; y yo imagino
 Que solo Argia á su padre quitar puede
 Las armas de la mano; que á su hijo
 Mejor querrá mirar á vuestro lado
 Que no envuelto en su sangre; y que el rey mismo.
 Si sabe que los cuellos amenaza
 De Lisandro y de Argia un solo filo,
 Para el que un solo instante es suficiente
 Frenará sus furores vengativos.

Ofreced nuevamente vuestra mano
A esa flaca muger, que ha resistido
Solo porque confía: amenazadla,
Quitarla la esperanza, y...

CREÓN (*como dudando*)

Argia...—su hijo...—
Ya sé lo que he de hacer. Por precaverme
Y en un último lance que el destino
No me quite siquiera mi venganza,
Haz que sea Lisandro conducido
A la mazmorra oculta, donde han muerto
Mis anteriores víctimas.—¡Sigilo,
Y guardias escogidas! Que si llega
El trance necesario, un asesino
Del me responderá, sin que siquiera
Pueda escucharse su infantil gemido.—
Después vuela á los muros: yo con Argia
Estaré prontamente.

EURIMEDON

Y yo á serviros
Me preparo de modo, que este día
Conozcais lo que os amo.

CREÓN

Parte, amigo.

ESCENA II

Creón (*solo*)

CREÓN

¡Triste fatalidad! ¡Dioses supremos!
¿Que corazón es este que ha cabido
A Creón por desgracia?—O sois injustos,
O debéis proteger unos designios
Que son necesidad de mi existencia,—
¿Por qué hé nacido así? ¿Por qué respiro
Ambición y venganza, y nada sácia

Mi abrasadora sed? ¿Por qué no abrigo
 Un corazon mas vil cuanto mas tierno?
 Viviera humilde, mas quizá tranquilo.—
 ¡Y que es esto! ¡Qué digo! ¿Tal deseo
 Concebir un instante habré podido,
 Sin que su sola idea me confunda,
 Y sin avergonzarme de mí mismo?
 ¿Soy hecho yo para vivir humilde?
 ¿Soy hecho para amar?—¡Oh! su destino
 Ningun mortal violenta: giman todos,
 Y yo perezca, pero siga el mio.—
 Mas ¿por qué perecer, si aun es posible
 Triunfar sin exponerme?—Mis oidos
 No escucharán de Argia mas desprecios,
 Porque tengo en mis manos el arbitrio
 De reducirla al punto á ser mi esposa. —
 ¿Y el pueblo? ¿Adrasto?—¡Qué! ¿Por qué vacilo
 Entre el temor y la esperanza?—Al cabo
 En este horrible dia hé conocido
 Que tambien tiembla un rey: pero ya es tarde
 Para retrogradar en el camino
 Que un Génio de furor me ha señalado.
 Un muro han levantado mis delitos
 Que queda tras de mí; que se interpone
 Entre Creón y la virtud—¡Delitos!
 ¡Virtudes!—¡Oh! ¿Qué son? Vanas fantasmas
 Que á su arbitrio inventaron los caprichos
 De los que no han podido hacerse grandes
 Y arrastran viles un vivir mezquino.
 Yo de otra esfera soy, y mis virtudes
 Son las de todo rey, cuando há aprendido.
 El arte indispensable al que se sienta
 En el lugar que yo—Mas ¿que delirios
 Ofuzcan mi razon?—Siento, y extraño
 Sentir estos temores repentinos.—
 ¡Qué! ¿Ya no soy Creón?—Argia, sí, Argia
 Lo dijo anoche en este mismo sitio;
 Ella lo dijo ¡oh Dios! y allí la sombra,
 Allí la sombra está de Polinício,

Y brota negra sangre la honda llaga
 Que le abrió de su hermano el cruel cuchillo.
 ¡Espectro rencoroso! No me culpes
 Porque yo preparé tal fratricidio . . . —
 El trono... tú moriste por el trono;
 ¿Y es culpa hacer morir por conseguirlo?
 ¡Oh! no me muestres los desechos miembros
 De un cadáver horrible y corrompido
 En medio de los campos sin sepulcro—
 ¿La venganza contigo á los abismos
 De la tumba há bajado?—¿Qué me quieres?
 ¿Que al silencio eternal baje contigo?—
 Mas, Creón, ¿donde estás? ¿y por qué tiembblas?
 ¿Tendrá en tí la ilusion el poderie
 Que tiene sobre el débil? No. En tu acuerdo
 Vuelve, Creón, y caiga en el olvido
 Tu temor pasajero.—¿Y estoy solo?—
 Sí, solo estoy.—Al fin nadie me ha visto
 Temblar. Cual fuera la venganza mia
 Si hubiera aquí de mi terror testigos.—
 Voy á buscar á Argia, y ensañado
 Cual nunca llevo el pecho.

ARGIA (*adentro*)

No, asesinos,
 No podreis detenerme.

CREÓN

¿Argia es? ¿Qué es esto?
 Dejadla entrar, soldados.

ESCENA III

Creón, Argia

ARGIA (1)

Los oidos
 Abrid, Señor, al cabo á la plegaria
 De una mísera madre: mis sùspiros,

(1) Sale y se arroja precipitadamente á los piés de Creón.

Mis lágrimas amargas, vuestro pecho
 Por un instante tornarán benigno.
 Yo lo esperó, Creón,—A vuestras plantas
 A Argia no miréis, mirad os pido
 La desolada madre de Lisandro.
 ¿Que habéis hecho señor? ¿Donde está mi hijo?
 Respondedme.—¿Calláis? ¡Oh Dios! Yo misma
 Arrebató lo ví por los impíos,
 Pasarlo por delante de mi estancia,
 Al cielo alzar sus ayes doloridos,
 Tender á mi las inocentes palmas,
 Y ni valerle ni valerme.—Un niño
 ¿Donde por los soldados mas feroces
 Entre horrenda algazara es conducido?
 ¿Vos lo habéis ordenado?—No es posible.—
 ¿Qué habéis hecho, señor? Donde está mi hijo?

CREÓN

Lo que no hé ordenado és que atrevida
 Viniérais hasta aquí sin mi permiso.
 Habéis violado la prision. ¿Qué guardia
 Há sido la capaz de consentirlo?

ARGIA (1)

Ninguna. Mis dolores, mis transportes,
 Mi desesperacion y mi cariño
 En medio de las guardias me lanzaron,
 Cuando ví que Lisandro . . .—¿Y es delito
 Haberlas en su fúria atropellado,
 Y volar desolada hasta este sitio?
 Sin darme pronta y dolorosa muerte
 ¿Qué soldados bastáran á impedirlo?
 Una madre. . .—

CREÓN

Una madre tanto exeso
 No cometiera impune: mas la he visto
 Arrojar á mis piés, llorar, rogarme,
 Y esta disculpa solamente admito.

(1) Levantándose del suelo.

ARGIA

Esta es la primer vez que mis rodillas
 Ante el poder se doblan. Sin mi hijo
 ¿Quién lo viera jamás?—Pero ¿á que parte,
 Señor, lo arrebataron?—¿Está vivo?—
 ¿Hará falta tambien al poder vuestro
 Escuchar de una madre los gemidos?

CREÓN (1)

¿Y Adrasto? ¿Y el ejército que viene
 A librar á Lisandro, ya han perdido
 El poder de atajar el llanto vuestro?
 No llorábais anoche. El enemigo,
 Señora, es poderoso; y ya mi trono
 Bambolea en el borde de un abismo.
 ¿No lo habeis dicho vos? ¿Vuestra esperanza
 Y vuestro orgullo quedan desmentidos
 En un solo momento?—No.—¿Sois Argia,
 Y podéis humilláros?—¿O habeis visto
 Que, á pesar de Argos, y á pesar del mundo,
 Os puedo hacer temblar? ¿Habeis sentido
 Que, si al primer ensayo de mi fúria,
 Os hago estremecer por vuestro hijo,
 Puedo en lo que me resta de este día
 A tal punto llevar vuestro suplicio,
 Que ni llorar podáis?

ARGIA

¡Oh! Sí: gozáos
 Al ver mi confusion. Ya he conocido
 Lo que podéis y lo que puede Adrasto;
 Ya no soy mas que madre, y mi destino
 Es llorar como tal.—Un solo instante
 Basta para llenar vuestros designios,
 Si son designios de venganza y muerte;
 Y, aun cuando triunfe, no podrá impedirlo
 El que no sabe el tiempo que le baste

(1) Con cierto aire de ironía feroz.

Para pelear, vencer, y redimirnos.—
 Si, Creón; lo confieso : de vos solo
 Espera su salud el hijo mio :
 De vos solo...—

CREÓN

El momento que se pierda
 Para vos, nada mas, será perdido.—
 Aprovechad el tiempo; poco os falta;
 En Lisandro pensad, y decidíos,—
 Antes que ataque Adrasto nuestros muros
 Hasta el pié del altar venid conmigo ;
 Y aparentando que cèdeis gustosa,
 Y no como quien marcha á un sacrificio,
 Entrad al templo, y aceptad mi mano.
 Despues al pueblo vuestro lábio mismo
 Dirá que vuestro hijo es heredero
 Del trono de Creón; que habeis querido
 De grádo ser mi esposa ; y que los Dioses
 Bendicen esta union, y dan propícios
 La paz á Tébas.—Al instante á Adrasto
 Escribiréis tambien lo que yo mismo
 Sabré dictar, y Eurimedon que parta
 A llevar al rey de Argos vuestro aviso.—
 Esto es todo, Señora; no hay mas tiempo
 Que el que se vuela ya. Vuestros suspiros,
 Vuestro llanto y dolor no son del caso.—
 El momento en que avance el enemigo
 Es el momento en que este suelo tiña
 La sangre de Lisandro: prevenidlo:
 Solo de vos depende: no hay mas medio:
 O salvad ó perded á vuestro hijo.

ARGIA

¡Oh Dios! ¡Creón!...—¡Oh Dios!—Tomad mi sangre:
 Saciaos, Señor, con ella: agradecido
 Mi pecho quedará.

CREÓN

No. Vuestra sangre
 Ha de correr tambien; pero es preciso
 Que ella sea la última, y que llene
 De mi venganza hasta el menor vacío.—
 Despues que, á vuestra vista, entre mil ansias,
 Y entre el horror de bárbaros suplicios,
 Lisandro exale el postrimer aliento;
 Despues que de su madre los oídos
 Sus muribundos ayes despedazen,
 Y hagan que larga muerte en mil martirios
 A pausas baje á las entrañas vuestras,
 Entónces moriréis.

ARGIA (1)

¡Hijo!!—Yo espiro.

CREÓN (2)

¡Cuan vehemente en su pecho es el impulso
 Del amor maternal! Este deliquio
 La vino á sorprender sin decidirse.
 El será pasajero.—De su hijo
 Preferirá la vida, y á mis planes
 Servirá en adelante.—¡Que suplicio
 Es esta indecision en que hé quedado!—
 A nada me resuelvo. Mis designios
 Se frustrarán sin duda, si es que puede
 Solo el dolor matarla.—Pero vivo
 Siento latir su pecho, y aun respira.—
 Volviendo del letargo el triunfo es mio.—
 Mírala, Eurimedon.

(1) Dirá la expresion *hijo!* con el grito penetrante del dolor, y diciendo *yo espiro*, caerá desmayada sobre un sofá.

(2) Creón dirá lo que sigue contemplando á Argia, tocándola, y expresando los sentimientos que indican los versos, hasta que viendo que Euridemon entra á la escena, le dirige la palabra.

ESCENA IV

Creón, Argia, Eurimedon.

EURIMEDON

¡Que! ¿Está ya muerta?

CREÓN

No: pero apenas supo que los filos
De una espada, ya pronta á dar el golpe,
Amagan á Lisandro, si conmigo
No la liga himenéo, anonadada
Al peso del dolor no ha resistido,
Y está sin sentimiento.—¿No la miras?
¿Que te dice su rostro?

EURIMEDON

Si há podido
El solo amago tanto, no es posible
Que resista la prueba: preveníos
A ser esposo de Argia.

CREÓN

¿Y aun es tiempo?

EURIMEDON

Recien mueve su campo el enemigo.

CREÓN

Pues que muera Lisandro, y á la madre
El corazón traspásale ahora mismo.—
Hunde mil veces tu puñal.—¿Qué tardas?
No: espera á que ella vuelva, y muera el hijo:
Parte á sacrificarlo; y, cuando tornes,
Que ya no es madre le diré yo mismo.—
Mas no: trae á Lisandro: aquí perezca:
Llegó la hora de sangre; corre, amigo;
Y cuando venga Adrasto por su hija,
Respóndele que su hija ya há vivido.

ARGIA (1)

¿Adrasto?... ¿Mi hijo?..... ¿Que decís?—¿Aun vive?

● CREÓN

Argia, silencio y preparaos.

EURIMEDON

Vencidos

Aun no estamos, Señor; venid al muro:
Recien está el combate prevenido:
Si Argia lo impide, vivirá dichosa:
Si de Adrasto triunfamos, él, cautivo
Con la hija suya, doblarán el triunfo;
Y si la suerte inclina sus caprichos
En favor de ese rey, Argia y Lisandro
Mueren en un momento.

CREÓN (á Argia)

¿Habeis oído?

EURIMEDON

Entre el palácio, ¿quien podrá librarlos?—
Yo ya lo prometí, sabré cumplirlo.—
Dorramémos la sangre, pero en tiempo.
La sangre es un caudal, que, si es preciso
Al interés, se economiza; y luego
Llega la hora, y se derrama á rios.—
No disimuléis mas: sepa la altiva
Que himenéo ó la muerte es el destino
A que está reservada: ¡y cuales muertes!!
El trono así lo exige.

CREÓN (á Argia)

Hasta este sitio

Pronto viene Agenor: á vuestro encierro
Retornaréis con él.

(1) Mientras dice Creón los dos ó tres últimos versos anteriores, Argia irá volviendo pausadamente de su letargo; y hablará, despues de haberse acercado á los otros actores.

ARGIA

¿Y el hijo mio?

CREÓN

Consentid, ó muy pronto no sois madre :
Esta es la última vez que lo repito.—
Vamos al muro.

ESCENA V

Argia (*sola*)

ARGIA

¡Soberanos Dioses!

¡Qué poco poderoso es el auxilio
Que dáis á la inocencia! ¡Cómo triunfan
Con vuestra tolerancia los delitos!—
¿Para quién, Dioses, reserváis el rayo?
¿Para quién!—Para mí, para mi hijo.—
¡Qué! su vida ó su muerte está en mi mano,
Y siendo yo su madre ¿habré podido
Vacilar un momento?—Vuelve, mónstruo,
Vuelve, Creón, y admite el sacrificio
Que hago ya á tu ambicion y tus furores :
Seré tu esposa..... ¡Dios! ¡Mánes queridos
De Polinício! ¿me escucháis?—No: nunca
La que supo adorarte cuando vivo,
Y la que, aun muerto, tu memoria adora,
Jamás, jamás tu Argia, esposo mio,
De tal infámia cubrirá tu llama,
Ni en negros humos ahogará su brillo.—
¡Yo esposa de Creón!—Perdona, amado,
Perdóname otra vez : mas tu querido,
Tu adorado Lisandro.....—¿No te acuerdas,
Cuando de Argos partiste, al despedirnos,
Cuánto me hablaste de él?—¡Cielo! ¿Y ahora
Soy yo que lo abandono á su suplicio?
¿Así guardo el tesoro que confiaste
En tu postrer abrazo á mi cariño?—

¡Deidades del Olimpo, ó del Averno!
 ¿Cuáles me protegéis? ¿por qué camino
 De mi dolor salir?—Argia ¿no escuchas
 Los moribundos ayes de tu hijo?—
 ¡Madre! sí: ¡Madre! en su agonía grita,
 Y ya no hay madre para él.—(1) ¡Qué miro!—
 Ya voy, ministro de furor y muerte.
 ¿A arrebatarme vienes? Ya te sigo,—
 Vuela á mi estancia, y con la helada úrna,
 Do los restos están de Polinício,
 Me abrazaré llorando. ¡Pueda en ella
 De mi antigua esperanza hallar vestígios!
 Y al consultar esposo, tus cenizas,
 Díle á tu Argia lo que hará por tu hijo.

(1) Se recostará á un bastidor abatidísima y como insensible. Mientras dura la larga pausa que debe hacer, se presenta en la escena Agenor, se acerca á Argia, y esta, cuando lo siente, vuelve en sí, le dirige los dos primeros versos que siguen, y al fin del acto parte con él.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

ESCENA I

Creòn (*Agenor con sus guardias*).

CREÓN

No sé qué aterrador presentimiento
 Mi incontrastable corazón agita,
 Desde que ví que Adrasto á las murallas.
 Presidiendo su tropa, se aproxima.—
 El cielo está pesando mi destino,

Y en muy pocos momentos ya se inclina
 El inmutable fiel de la balanza
 Al lado de mi gloria ó de mi ruina.—
 Aun no empieza el combate.—¡Oh! ¡si evitarlo
 Pudiera yo!—¡Agenor! Haz que te siga
 Argia hasta este lugar: parte, no tardes;
 Nunca han valido mas que en este dia
 Los menores instantes. (1) O Argia impide .
 Este combate horrible, ó de mis iras.....—
 ¡Cielo! ¡Yo despreciado! ¡Yo vencido!—
 ¡Qué ansiedad! ¡Ah Creón! ¿Por qué á tu vista
 De la honda eternidad se abre la puerta,
 Y esta idea espantosa te horroriza?—
 ¿Númenes implacables? ¿Cual castigo.....?—
 Pero no: yo no cedo. Que decida
 De la guerra á su arbitrio la fortuna,
 Pero nada trastorna el alma mia.

ESCENA II

Creón, Argia, Agenor y las guardias.

CREÓN

Argia, ¿habeis elegido?

ARGIA

Sí.

CREÓN

¿Mi mano?

ARGIA

Mi muerte.

CREÓN

Moriréis. Mas, precedida
 Vuestra muerte será de la del hijo
 Que no queréis salvar. No fuera digna

(1) Se va Agenor. Las guardias quedan en la escena.

De Creón su venganza, y se perdiera,
 No muriendo Lisandro á vuestra vista,
 Y no apurando vos hasta las heces
 El cáliz de su bárbara agonía.
 Ya os lo he dicho otra vez.

ARGIA

¿Pero mi sangre
 No es bastante, Creón? ¿Y qué diría
 De un rey el universo, si supiera
 Que un niño tierno conmovió sus iras,
 Hasta el extremo de empapar las manos
 En su sangre inculpada?

CREÓN

No se cuida
 Creón de lo que diga el universo:
 Todo su mundo es él.—¿Argia imagina
 Evadirse del golpe que la espera,
 O que mi alma, al ver lágrimas, vacila?
 Perdeis llanto y palabras: una sola
 Proferid, y con ella muerte ó vida.

ARGIA

Sí, muerte para mí.—¿Creón! No es furia
 La que hay en vuestro pecho: es la justicia
 Quien lo hace inexorable: mas yo sola
 Al género de muerte mas impía
 Debo ser destinada. Yo hé venido
 A Tébas á buscar unas cenizas
 Que insepultas mandastéis que quedáran.
 Yo, yo soy solamente quien motiva
 Los furores de Adrasto: en esta guerra
 Se ha empeñado no mas que por su hija.
 Yo, yo la viuda soy de Polinício,
 Y por él os desprecio: y este día
 De sangre y mortandad, ¿quién lo ha traído?
 ¿Quien es la que se niega á verse unida
 Al rey de Tébas con estrecho lazo?

¿Quién es la que se niega y desestima?—
 Yo sola soy, Creón. ¡Ah! ¡cuantas causas
 Para que justamente á vuestras iras
 Caiga la sola madre! Pero mi hijo,
 Que ni ama ni aborrece todavia,
 Que llora en su desgracia y no la siente,
 Que no sabe si hay tronos: ni otras dichas
 Es capaz de gozar que de su madre
 Los besos, los abrazos, las caricias,
 ¿Ese niño inocente es bien que muera?—
 Si me dejais vivir, aprenderia
 Entonces de su madre á aborrecéros:
 Matadme y estorbadlo.

CREÓN

En este dia
 Pereceréis los dos, y es corto el tiempo
 De enseñar y aprender. ¡Qué! ¿Decidida
 No creéis que está su suerte?— Yo conozco
 Que despreciais la muerte, y atrevida
 La insultaréis sin duda; y es por eso
 Que debéis lentamente recibirla
 De Lisandro en persona. Vuestra sangre
 Me vengará de Adrasto, cual me vengo
 En Lisandro de vos. Si vuestra ruina
 No me fuera por esto necesaria,
 Os dejára vivir; porque la vida,
 Sin gozar de vuestro hijo, mas tormentos
 Os causaria que la muerte misma.—
 No salveis á ese niño. ¿Que le importa
 La ternura de madre á una heroina
 Que prefiere morir á dar su mano?
 ¡Oh! tanta gloria de una madre es digna.
 Ciertamente mi mano os envilece.
 Bien veis que os hago honor.

ARGIA

¿Mas abatida,
 Mas humillada, bárbaro, me quieres?—

Vuela, vuela, malvado, y asesina
 Con tu execrada mano al niño tierno,
 Que yo amo mas porque tu rábida exita:
 Bebe su sangre: arráncale del pecho
 El débil corazon: mientras palpita
 Gózate con mirarlo: en mil pedazos
 Destrózalo... —¡Ay!....—¡Que mas!—¡Cruel! ¡Perdida
 Está ya mi razon!—¡Señor! (1) La muerte.....—
 ¡Ah! ¡por piedad, la muerte! Aquí rendida
 A vuestro pies la pido.

CREÓN

Sed mi esposa,
 El himenéo la batalla impida,
 Regresen los argianos á su pátria,
 Y viviréis los dos.

ARGIA (2)

¡Ah! Las cenizas
 De Polinício, que bañó mi llanto,
 ¿Por qué no respondieron?—¡Sombra amiga!
 Sal de los hondos senos de la muerte;
 Llega, y en Tébas á tu esposa mira.—
 Dime ¿por qué te amé?—¿Por qué me hiciste
 La madre de Lisandro?—¡Arrepentida
 Argía estará de serlo! No, mi esposo.—
 Mas ¿no escuchas la voz de tu querida?
 ¿No vuelas, Polinício, á mi socorro?—
 Un bárbaro asesino solicita,
 Por interes de su ambicion sin freno,
 Lo que mi amor te dió. Lisandro espira.
 Si no se alza tu brazo descarnado,
 Si el dolor de quien vive no dá vida
 A los que, sombras, en la Estígia vagan;
 Si no vienes en fin.—¡Creón! ¿Soy hija
 De Adrasto todavia? ¿Vive? ¿Acaso
 La suerte de un combate?.....—¡Qué agonias!
 Hija y madre á la vez.....—

(1) Se arroja á los piés de Creón.

(2) Levantándose del suelo.

CREÓN

Ya no hay mas tiempo.

¿Consentis?

ARGIA

¡Ah! Matadme.

CREÓN

Conducidla

Soldados, á la lóbrega mazmorra;
 Suplan las téas á la luz del dia,
 Que en aquella prision jamas penetra;
 Alumbrad mi venganza; que á su vista
 Muera cruelmente el hijo; y á este sitio,
 Salpicada de sangre tan querida,
 Arrastradla otra vez.

ARGIA

¡Creón! Dejadme

Que consulte de nuevo las cenizas
 De mi perdido esposo. Permitidme
 Que un momento no mas.....

CREÓN (*á los soldados*)

Esas reliquias

De la úrna sacad en que reposan,
 Y en el suelo furiosos esparcidlas,
 A los piés del verdugo que á Lisandro
 Debe arrancar la abominable vida.
 Este es un sacrificio anticipado
 A los mánes de Argia. Si mis iras
 No toleran igual entre los vivos,
 ¿Valdrán mas que Creón estas cenizas?

ARGIA

Pero ni yo ni vos amar podemos
 Este enlace sacrilego: si unida
 Estuve á Polinício.....

CREÓN

Quién se acerca?

ARGIA

¡Deidades! Protegedme en este día.

CREÓN

¿Qué es esto, Eurimedon?

ESCENA III

Creon, Argia, Eurimedon, Agenor y sus guardias.

EURIMEDON (1)

¡Señor! Salváos.

Tan solamente pudo la perfidia
 Lo que el valor de Adrasto no pudiera.—
 Periandro..... ¡Ah! De Periandro la inaudita
 Traicion es sin ejemplo. Se há vendido,
 Y nos vendió. Las huestes enemigas
 A la puerta Emoloides amagaban,
 Y, viendo nuestra tropa prevenida,
 Reusaban acercarse. De repente
 La legion de Periandro se aproxima
 Al muro que cubríamos; el pueblo
 Con ímpetu furioso lo seguia,
 Y, armado ya por él desde antemano,
 A un combate interior se precipita
 Con los soldados nuestros. Entretanto
 La legion del traidor carga, desquicia
 Las principales puertas, y los muros
 A los argianos en su seno abrigan.
 Todo ha sido un momento.—Adrasto, el pueblo,
 El pérfido Periandro todavia
 Vertiendo están la sangre de los fieles
 Que al honor de su rey se sacrifican.
 Pero el número vence. Ismenio apénas
 Será posible que las avenidas

(1) Saldrá precipitado, furioso, y con la espada desnuda.

Del palacio defienda un breve rato :
 En este empeño queda: decidida
 Vuestra guardia á morir, se ha preparado
 A que la entrada.....—

CREÓN

Basta. ¿Y esa vida
 Porqué no se ha perdido? ¿Así se guarda
 Una fé tantas veces prometida?

EURIMEDON

Yo he volado hasta vos con este aviso.....—

CREÓN

Bien. El pueblo.....—Periandro.....

ARGIA

Al fin tranquila
 Puede Argia respirar.

CREON (*á Eurimedon*)

¡ Amigo ! El mando
 Espiró ya, pero comienza mi ira.—
 Ahora mismo arrebátala: haz que mire
 Que á pesar de su triunfo, el hijo espira ;
 Y traela aquí de nuevo. Ella no debe
 Morir por otra mano que la mia.

ARGIA

No, Creón.

CREÓN

Parte al punto: sácia tu alma
 Con el placer de ver como palpita
 Roto su corazon.....—

ARGIA

No. Vuestra esposa
 Seré mas bien.

CREÓN

No es tiempo ya.—Dáos prisa
A arrastrarla de aquí.

ARGIA á los soldados.

¡Oh Dios! Dejadme.—
Lisandro! ¡Ah, mi Lisandro!!—¡Horrible dia! (1)

ESCEÑA IV

Creón, Agenor, guardias.

CREÓN (2)

Y Creón ya no es rey. El trono mio
Caer de otra manera no podia.—
¡Traidores! ¡Oh! ¡Qué fúria!—¡Cuánta sangre!—
Un momento no mas: y ya la mia
Ha de correr tambien.—Decid (3) ¿Vosotros
Sois soldados de Adrasto? ¡Qué! ¿Ya pisa
Mi palacio ese rey?—¡Qué rey! No sabe
Triunfar, si no triunfando la perfidia.—
Y yo ¿como triunfé?—¿Remordimientos?—
¡Oh! no: jamas, Creón: no lo admitas.—
Ya ha saltado la sangre de Lisandro.
Argia la ha visto ya, y Argia no expira
Porque el Génio que manda en mis venganzas
Dilata por mi bien sus agonias.—
Yo moriré despues, sin que ella sepa
Cual es mi suerte, y esta idea misma
Doblará sus tormentos cuando muera.—(4)

(1) Una parte de las guardias arrebatan violentamente á Argia, y parten con Eurimedon. El resto de ellas queda con Agenor en la escena.

(2) Creón prorumpirá despues de una pausa regular, en la que manifestará el furor y la desesperacion. Las pequeñas líneas que parten los versos, indican las circunstancias en que este actor debe variar sus posiciones y su tono, hacer sus pausas, mostrar la impetuosa contrariedad de efectos en que debe batallar.

(3) Hará estas preguntas á los mismos soldados de su guardia, como si no los conociera.

(4) Se oirá un ruido como de armas y voces á lo lejos. Este, en intervalos mas ó menos cortos, se irá sintiendo mas cerca, hasta el principio de la escena sexta.

¡Qué rumor, Agenor!—Parte. ¿La grita
 Y el tumulto no escuchas? Parte y díme
 Si ya Adrasto á este sitio se encamina.—(1)
 ¡Oh! ¡Qué fuera de mí si mi venganza
 Me quitará tambien, como me quita
 El poder de vengarme en adelante!
 ¡Oh! ¡Que fuera de mí, si salva á su hija,
 Y si á Lisandro salva!—El ruido crece.—
 ¡Qué momentos, Creón! ¡Como te agitan!
 ¡Cielos! ¿Quién entra aquí?

ESCENA V

Creón, Argia, Eurimedon, *las guardias de la escena anterior.*

ARGIA

Quién de tu rabia
 Ha triunfado, Creón; quien todavía
 Es madre, y lo será.

CREÓN

¿Que es lo que dices?

EURIMEDON

La legion de Periandro, á mi salida,
 Ya entraba en el palacio; y los soldados
 Que á Lisandro guardaban, ó caían
 A los golpes traidores, ó vencidos,
 El peso de las armas deponían.
 El subterráneo penetró Periandro
 Con planta vencedora y atrevida,
 Y, al llegar á la torre, descubrimos
 Que en sus brazos al niño conducía
 Lejos de su prision, y que volaba
 Al encuentro de Adrasto.

CREON

Todavía
 ¡Oh fúrias infernales! si hay furores,
 Traédlos á mi pecho.

1 Se vá solo Agenor, y no vuelve mas á la escena.

EURIMEDON

La osadía

De Isménio y Agenor y algunos bravos
 Es lo solo que resta; pero espiran
 Sin poderos valer. ¡Señor! salváos :
 Ya se acercan: mirad por vuestra vida:
 Si es posible, salváos.

CREÓN

¡Eh! ¿Que dices?
 ¿Que sirve ya el vivir?—¡Ah! ¿Mi desdicha
 Sabes cual es, cobarde?—Es que tu mano
 No supo responderme de una vida,
 Y ha dejado incompleta mi venganza.
 ¿De una vida? ¿Que digo! Si respira
 Adrasto, á tí lo debe. ¿No te acuerdas?—
 ¡Con que traidores todos!—Pero su hija.....

ARGIA

¡La hija de Adrasto! Mi Lisandro vive;
 No temo á nadie ya.

CREÓN

¡Altiva! ¿Miras
 El triunfo de tu padre? ¿Ves mi tropa :
 Que, á fuerza de perfidia, está vencida?
 Vélo, pero no esperes. ¿Por qué piensas
 Que estos breves momento aun respiras?
 Es por que veas y que te atormentes
 Con la idea feroz de que mi ruina
 Y el triunfo de los tuyos no te salvan,
 Vélos antes de morir: vive affigida
 Este instante final.....—¡Eh! ¿Quien!.....—¿Que ruido? (1)
 ¿Que es eso, Eurimedon?

EURIMEDON

Ya se aproximan,
 Señor, los vencedores á este sitio.

(1) Es el tropel de los actores de la escena siguiente. Creón, al sentirlo, agarrará á Argia con una mano, y con la otra desenvainará un puñal.

ESCENA VI (1)

Creon, Adrasto, Argia, Eurimedon, *guardias de Creón,*
soldados de Adrasto.

ADRASTO

¡Mónstruo! Entrégame á Argia.

CREON

Recíbidla. (2)

ARGIA

¡Bárbaro!

ADRASTO (3)

¡Hija!

ARGIA

¡Padre!...—En vuestros brazos...—
Pues vive mi hijo...—Moriré tranquila. (4)

ADRASTO

¡Soldados! A pedazos las entrañas
De esa fiera arracad.

CREÓN

La mano mía
Es quien sola penetra en mis entrañas.—(5)
Adrasto...—muero yo...—pero mis iras
Hasta el infierno bajaran conmigo...—
Y en el infierno triunfarán de tu hija. (6)

(1) Al presentarse los soldados Argianos en la escena, los de Creón y Eurimedon harán con las armas un movimiento ligero, como de querer defenderse; pero á otro movimiento igual de los soldados de Adrasto, se contendrán al instante.

(2) Hierde mortalmente á Argia.

(3) Correrá á abrazar á Argia, esclamando dolorosamente ¡hija!

(4) Muere en brazos de su padre.

(5) Se hiere con el mismo puñal con que hirió á Argia.

(6) Cae sin que nadie lo sostenga, y espira abandonado.

